

DUMAS
LOS
BORGIA

BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

Alejandro Dumas

—♦♦♦—
LOS BORGIA

D-2
2494

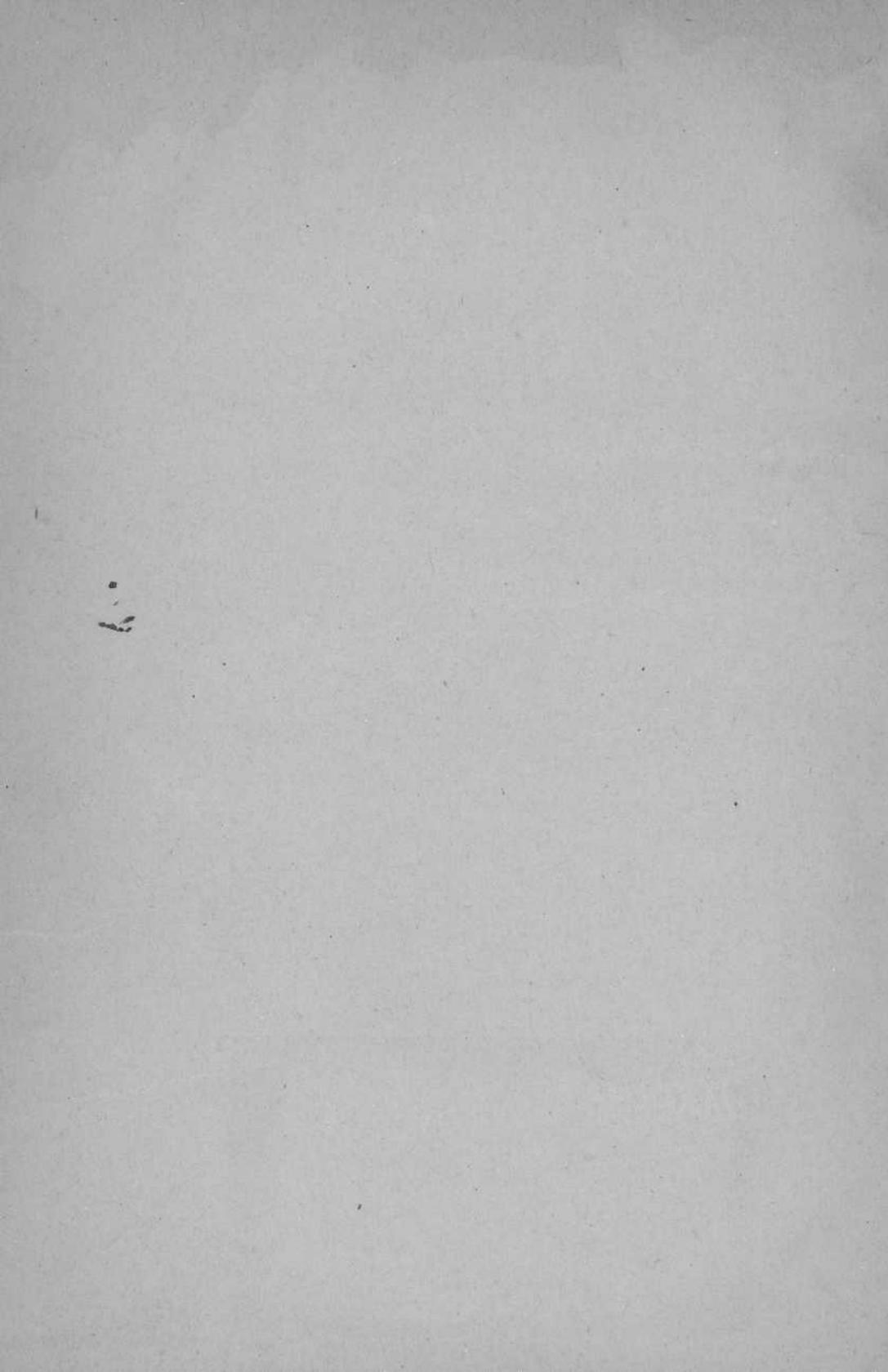
P-c-1

2-40

B.P. de Soria



61060149
D-2 2494



LOS BORGIA

1060149

D-2
2474



2
184

BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

ALEJANDRO DUMAS

LOS BORGIA

TRADUCCIÓN DE

A. BONET MARQUÉS



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

PROVENZA, 95

BARCELONA

1932



Derechos reservados.

LOS BORGIA

(1492-1507)

En los alrededores de Florencia, a una legua aproximadamente, se halla situado el palacio Carregi. En una de sus alcobas, el día 8 de abril de 1492, tres hombres estaban reunidos alrededor de una cama en la que yacía un moribundo.

Era el primero de estos hombres Ermolao Barbaro, autor del tratado *Del Celibato* y de los *Estudios sobre Plinio*, y se hallaba sentado al pie del lecho y medio envuelto en las cortinas de brocado de oro, a fin de ocultar sus lágrimas. El año precedente, estando en Roma en calidad de embajador de la República de Florencia, Inocencio VIII le había nombrado patriarca de Aquilea.

El segundo, Angel Policio, el Cátulo del siglo xv, talentoso a la antigua y florido, al que se hubiera podido tomar por un poeta de los tiempos de Augusto, por sus versos latinos, estaba arrodillado y tenía entre sus manos una del moribundo.

Finalmente, el tercero, Pico de la Mirándola, que a los veinte años hablaba veintidós idiomas y ofrecía contestar a setecientas preguntas que se le hicieran en cualquiera de ellos por veinte hombres de los más ilustrados del mundo entero, si se conseguía reunirlos en Florencia, se hallaba de pie y apoyado contra una de las columnas torneadas de la cabecera del lecho del paciente, siguiendo, con pro-



funda melancolía, los progresos de la enfermedad en el rostro del moribundo.

Este era Lorenzo *el Magnífico*, que, atacado desde los comienzos de aquel año por una intensa fiebre, a la que se había juntado la gota, enfermedad hereditaria en su familia, y al ver la inutilidad e impotencia de las bebidas de perlas disueltas que le hacía tomar el curandero Leoni de Spoleto, el cual más parecía querer aplicar sus remedios a la riqueza que a las necesidades de la enfermedad, había comprendido la precisión de dejar las tiernas palabras de sus mujeres, los dulces cantos de sus poetas, los ricos tapices de sus palacios y había hecho llamar al dominico Jerónimo María Francisco Mateo Savonarola para que le absolviera de sus pecados, que en un hombre de posición inferior a la suya tal vez se hubieran calificado de crímenes.

Por lo demás, y no sin cierto temor, contra el cual resultaban impotentes las alabanzas de sus amigos, el voluptuoso usurpador aguardaba al sombrío y severo dominico, cuyas predicaciones conmovían a Florencia, y en cuyo perdón se basaban en adelante todas sus esperanzas de otro mundo. En efecto, Savonarola era uno de esos hombres de mármol, que, al igual que el Comendador, vienen a llamar a la puerta de los voluptuosos en medio de sus fiestas y sus orgías, para advertirles que, a pesar de todo, es llegada la hora de que piensen en el Cielo. Nacido en Ferrara, donde su familia, una de las más ilustres de Padua, había sido llamada por el marqués Nicolás de Este, Savonarola se fugó de la casa paterna y profesó poco tiempo después en el convento de los religiosos dominicos de Florencia, arrebatado por una vocación irresistible. Allí, destinado por sus superiores a dar lecciones de filosofía, tuvo que luchar primeramente contra los defectos de un órgano vocal, débil y duro, y después contra una pronunciación deficiente, y, sobre todo, contra el abatimiento de sus fuerzas físicas, agotadas por una abstinencia en extremo severa.

Condenóse desde entonces Savonarola al más absoluto retiro, y desapareció en las profundidades de su convento, como si la losa del sepulcro hubiera ya caído sobre él. Allí, arrodillado sobre las piedras, rezando continuamente ante un crucifijo de madera, exaltado por las vigili-
as y las pe-

nitencias, no tardó en pasar de la contemplación al éxtasis y comenzó a sentir dentro de sí el impulso secreto y profético que le llamaba a predicar la reforma de la Iglesia.

Sin embargo, la reforma del predicador de Florencia, más respetuosa que la de Lutero, a la que precedió unos veinticinco años, respetaba las cosas cuando atacaba a los hombres, y su objeto era sólo cambiar los dogmas humanos, pero no la fe divina. Savonarola no procedía sino por el entusiasmo, mientras que Lutero empleaba el razonamiento. En el reformador de Florencia, la lógica cedía siempre ante la inspiración; no era un teólogo, era un profeta.

A pesar de esto, su frente, humilde hasta entonces ante la autoridad de la Iglesia, habíase erguido ante los poderes temporales. La Religión y la Libertad le parecían dos vírgenes igualmente santas, de modo que, en su imaginación, tan culpable le parecía Lorenzo al avasallar a la una, como el papa Inocencio VIII al ultrajar a la otra, resultando que, mientras Lorenzo había vivido rico, feliz y magnífico, no quiso Savonarola, a pesar de las instancias que le hicieron, sancionar con su presencia un poder que consideraba como ilegítimo. Pero cuando supo que Lorenzo, desde su lecho de muerte, le llamaba, no vaciló. El austero predicador se había puesto inmediatamente en camino, con los pies y la cabeza desnudos, esperando salvar, no sólo el alma del moribundo, sino también la libertad de la República.

Como hemos dicho, la llegada de Savonarola era esperada por Lorenzo con impaciencia mezclada de inquietud; de suerte que, al escuchar el rumor de sus pasos, su pálido rostro tomó un tinte aún más cadavérico, al tiempo que, incorporándose sobre su codo, ordenaba con un ademán a sus amigos que se alejaran. Estos obedecieron inmediatamente, y, apenas habían salido por una puerta, la cortina de otra se alzó, dando paso a Savonarola. Al divisarlo, Lorenzo de Médicis leyó sobre aquella frente de mármol la inflexibilidad de una estatua y cayó nuevamente en el lecho exhalando un suspiro tan profundo, que parecía el último.

El dominico paseó su mirada por la habitación, como para asegurarse de que estaba bien solo con el moribundo; luego, con paso lento y solemne, avanzó hacia la cama.

Lorenzo lo miró aproximarse, aterrorizado, y, cuando estuvo junto a él, exclamó:

—¡Ah, padre mío, he sido un gran pecador!

—La misericordia de Dios es infinita—respondió el fraile,—y como ministro de Él, me presento ante ti.

—¿Creéis, pues, que Dios me perdonará mis pecados?—repuso el moribundo, renaciendo a la esperanza al oír de la boca del fraile palabras tan inesperadas.

—Todos tus pecados y tus crímenes te los perdonará Dios—respondió Savonarola.—El te perdonará tus placeres frívolos, tus voluptuosidades adúlteras, tus fiestas obscenas: eso, en cuanto a los pecados. En cuanto a tus crímenes se refiere, Dios te perdonará haber prometido la cantidad de dos mil florines al que te trajera la cabeza de Dietisalvi, de Nerón Nigi, de Angel Antinori, de Nicolás Soderini, y cuatro mil al que te los entregara vivos; Dios te perdonará el haber hecho que muriesen sobre el cadalso o en el suplicio los hijos de Papi Orlandi, Francisco de Brisighella, Bernardo Nardi, Jacob Frescobaldi, Amoretto Baldovinetti, Pedro Balducci, Bernardo de Bau-dino, Francisco Frescobaldi y otros, más de trescientos, que no por ser menos célebres que éstos, dejaba Florencia de quererlos lo mismo.

Y, a cada uno de estos nombres, pronunciados lentamente por Savonarola, que tenía los ojos fijos en el moribundo, éste respondía con un gemido que evidenciaba la feliz memoria del dominico. Cuando Savonarola terminó, Lorenzo, con acento de duda, articuló esta pregunta:

—¿Y creéis, padre mío, que Dios me perdonará mis pecados y mis crímenes?

—Todo te será perdonado — dijo Savonarola, — pero bajo tres condiciones.

—¿Cuáles? — preguntó el moribundo.

—La primera — indicó Savonarola, — es que has de sentir una fe ciega en el poder y en la misericordia de Dios.

—¡Padre mío — repuso Lorenzo, con vivacidad, — esa fe la siento en lo más profundo de mi corazón!

—La segunda—prosiguió el fraile,—es que has de devolver todo lo que has confiscado y retenido injustamente.

—¿Tendré tiempo para eso, padre?

—Dios te lo dará—replicó el fraile.

Lorenzo cerró los ojos, como para reflexionar más li-

oremente; después, tras un instante de silencio, respondió:

—Sí, padre mío, lo haré.

—La tercera — continuó Savonarola, — es que has de devolver a la República su antigua independencia y su legendaria libertad.

Lorenzo, con un movimiento convulsivo, se irguió sobre la cama, interrogando con sus ojos los del dominico, como para convencerse de que había entendido bien. Savonarola repitió las mismas palabras.

—¡Jamás, jamás! — exclamó Lorenzo, cayendo nuevamente sobre su lecho y sacudiendo la cabeza. — ¡Jamás!

Savonarola, sin contestar una sola palabra, dió un paso para retirarse.

—¡Padre! ¡padre mío! — dijo el moribundo, — ¡no os alejéis de este modo! ¡Apiadaos de mí!

—¡Ten piedad de Florencia! — respondió Savonarola.

—¡Pero, padre — exclamó Lorenzo, — Florencia es libre, Florencia es feliz!

—Te engañas, Florencia es esclava y está pobre — gritó el dominico, — pobre de genio, pobre de dinero y pobre de valor. Pobre de genio, porque a tu muerte te sucederá tu hijo Pedro; pobre de dinero, porque con sus caudales has sostenido la magnificencia de tu familia y el crédito de tus factorías; pobre de valor, porque has quitado a los magistrados legítimos la autoridad que la Constitución les otorgaba, y porque has desviado a tus conciudadanos del doble camino militar y civil, en el cual, antes de que con tu lujo los afeminaras, habían desplegado virtudes de la época antigua, de suerte que, cuando brille el día, no lejano — continuó Savonarola, con la mirada fija como si leyera en el porvenir, — en que los bárbaros bajen de las montañas, los muros de nuestras ciudades, al igual de los de Jericó, se derrumbarán sólo al ruido de sus trompetas.

—¡Queréis, padre, que en mi lecho de muerte me despoje del poder que ha formado la gloria de toda mi vida! — exclamó Lorenzo de Médicis.

—No soy yo; es el Señor quien lo quiere — respondió fríamente Savonarola.

—¡Imposible! ¡Imposible! — murmuró Lorenzo.

—¡Entonces, muere como has vivido — exclamó el dominico — en medio de tus cortesanos y tus aduladores y

que se encarguen ellos de perder tu alma como han perdido tu cuerpo!

Y, dichas estas palabras, el austero dominico, sin escuchar los gritos del moribundo, abandonó la habitación con la misma expresión y el mismo paso con que había entrado, espíritu ya tan desprendido de la tierra, que parecía cernerse por encima de las cosas humanas.

A las exclamaciones de Lorenzo de Médicis viendo desaparecer al fraile, Ermolao, Policio y Pico de la Mirándola, que nada habían perdido de las palabras que entre el moribundo y Savonarola se habían cruzado, entraron nuevamente en la habitación encontrando a su amigo estrechamente abrazado a un magnífico crucifijo que acababa de arrancar de la cabecera de su cama. En vano intentaron tranquilizarlo con palabras amigas: Lorenzo *el Magnífico* sólo les respondió con sollozos, y una hora después de la escena que dejamos relatada, con los labios pegados a los pies del Cristo, expiró en los brazos de aquellos tres hombres, de los cuales el más privilegiado, a pesar de que los tres eran jóvenes, no debía sobrevivirle más de dos años.

«Como su pérdida debía traer consigo muchas calamidades—dice Maquiavelo,—el Cielo quiso dar de ella presagios demasiado ciertos: sobre la cúpula de la iglesia de Santa Reparata, cayó un rayo, y Rodrigo Borgia fué nombrado papa.»

* * *

En la época en que comienza este relato, es decir, hacia fines del siglo xv, la plaza de San Pedro de Roma estaba lejos de presentar el aspecto grandioso que presenta en nuestros días a los que llegan a ella por la plaza de los Rusticucci.

En efecto, la basílica de Constantino había desaparecido, y la de Miguel Angel, obra maestra de treinta papas, que costó tres siglos de trabajo, y en la que se gastaron doscientos sesenta millones de liras, aun no existía.

El antiguo edificio, que había durado mil ciento cuarenta y cinco años, amenazó ruina hacia 1440, y Nicolás V, el precursor artístico de Julio II y de León X, lo hizo demoler, así como el templo de Probo Anicio, que estaba con-

tiguo, y en su lugar echó los cimientos de un nuevo templo, obra de los arquitectos Rosselini y Bautista Alberti; pero, algunos años después, muerto Nicolás V, y como el veneciano Paulo II no pudo dar más que cinco mil escudos para continuar el proyecto de su predecesor, las obras del monumento se detuvieron casi al nivel del suelo, presentando el aspecto de un edificio muerto al nacer, aspecto más triste aún que el de una ruina.

En cuanto a la plaza misma, no tenía aún, como fácilmente se comprenderá por la explicación que acabamos de dar, ni la hermosa columnata del Bernini, ni las fuentes con surtidores, ni el obelisco egipcio erigido, al decir de Plinio, por el faraón Nuncor en la ciudad de Heliópolis y transportado a Roma por Calígula, quien lo puso en el circo de Nerón, en donde quedó hasta 1586: ahora bien, como el circo de Nerón estaba situado sobre el mismo terreno que hoy ocupa la iglesia de San Pedro, y ese obelisco cubría con su base el lugar donde está la sacristía actual, allí se le veía como una aguja gigantesca elevarse entre las columnas truncadas, los muros desiguales y las piedras a medio tallar.

A la derecha de este obelisco, se levantaba el Vaticano, espléndida torre de Babel, en la que han tomado parte, desde hace mil años, todos los arquitectos célebres de la escuela romana; y, en aquella época, no tenía aún sus dos magníficas capillas, sus doce grandes salones, sus veintidós patios, sus treinta escaleras y sus dos mil habitaciones; porque Sixto V, aquel sublime guardador de cerdos, que tantas cosas hizo en sus cinco años de pontificado, no había podido añadirle todavía el inmenso edificio que, por el lado oriental, domina el patio de San Dámaso; pero ya era el viejo y santo palacio de antiquísimos recuerdos, en donde Carlomagno, al hacerse coronar emperador por el papa León III, había recibido hospitalidad.

El día 9 de agosto de 1492, todo Roma, desde la puerta del Pópolo hasta el Coliseo, y desde las Termas de Diocleciano hasta el castillo de Sant'Angelo, parecía haber convenido en reunirse en aquella plaza: la multitud que la inundaba era tan grande que refluía a todas las calles contiguas que se unían al centro formando como una estrella, y se la veía, cual un mar humano, subir a la basílica, agruparse sobre las piedras, colgarse de las columnas, encara-

marse sobre las paredes, penetrar en las casas y asomarse a sus balcones, tan numerosa, y tan apiñada, que bien hubiera podido decirse que las ventanas estaban tapiadas con cabezas. Pues bien, toda aquella multitud miraba fijamente a un solo punto del Vaticano, porque, como hacía diez y seis días que Inocencio VIII había muerto, el Vaticano encerraba en aquel momento el cónclave, que había de elegir el nuevo papa.

Desde su fundación hasta nuestros días, es decir, durante unos veintiséis siglos, Roma ha sido la ciudad de las elecciones. Constantemente ha elegido sus reyes, sus cónsules, sus tribunos, sus emperadores y sus papas: así, pues, Roma, durante los días de cónclave, parece dominada como por una fiebre extraña, que impulsa a todos hacia el Vaticano, o hacia Monte Cavallo, según el palacio en que la asamblea escarlata se celebre: en efecto, la exaltación de un nuevo pontífice era allí asunto de suma importancia, porque, como según el término medio establecido desde San Pedro hasta Gregorio XVI, cada papa reina ocho años aproximadamente, esos ocho años eran, según el carácter del elegido, un período de tranquilidad o de desorden, de justicia o de venalidad, de paz o de guerra.

Ahora bien, nunca tal vez, desde el día en que el primer sucesor de San Pedro ocupó la silla pontificia, hasta el interregno en que se estaba, se había manifestado mayor inquietud que la que existía en el momento en que hemos presentado a todo ese pueblo estrujándose en la plaza de San Pedro y en las calles que a ella afluían. Es verdad que había razón para ello, pues Inocencio VIII, al que llamaban *Padre del pueblo* por haber aumentado el número de sus súbditos con ocho hijos y otras tantas hijas después de una vida de voluptuosidades, acababa de morir tras una agonía lenta, en el transcurso de la cual, si hemos de dar crédito al diario de Esteban Infessura, se habían cometido doscientos veinte asesinatos en las calles de Roma.

Como de costumbre, el poder había recaído en el cardenal camarlengo, el cual se convertía en soberano durante el interregno; pero, como éste había tenido que cumplir con todos los deberes de su cargo, es decir, hacer acuñar moneda con su nombre y sus armas, sacar el anillo del Pescador del dedo del difunto papa, vestir, afeitarse, dar colorete y hacer embalsamar el cadáver, después de los

nueve días de funerales, hacer que bajasen el féretro del último papa fallecido al nicho provisional en donde debe reposar hasta que su sucesor vaya a ocupar su lugar y lo envíe a su tumba definitiva, y, finalmente, como había tenido que tapiar la puerta del cónclave y la del balcón en donde se proclama la elección pontifical, no le había quedado ni un momento para ocuparse en la policía, de suerte que los asesinatos se habían cometido sin interrupción, y todos pedían a gritos una mano enérgica que hiciera volver a su vaina todas aquellas espadas y puñales.

La multitud miraba, pues, como hemos dicho, fijamente al Vaticano, y particularmente una chimenea en la que debía aparecer la primera señal, cuando de pronto, al toque del *Ave María*, es decir, a la hora en que empieza a obscurecerse el día, un ensordecedor griterío mezclado con fuertes carcajadas se elevó de todo aquel pueblo, cual si fuera un murmullo discordante de amenazas y de burlas: se acababa de notar en lo alto de la chimenea una pequeña humareda que, como tenue nube, se elevaba perpendicularmente en el espacio. Esta nube anunciaba que Roma estaba todavía sin dueño y que el mundo aun no tenía papa, pues ese humo era el de las cédulas de escrutinio que se quemaban, prueba de que aun había discordancia entre los cardenales.

Apenas apareció la leve humareda, que se disipó casi inmediatamente, todo aquel innumerable pueblo, cuando supo con certidumbre que era inútil esperar, y que todo quedaba pendiente hasta el día siguiente a las diez de la mañana, hora en que los cardenales hacían su primera votación, se retiró tumultuosamente, como si hubiese sonado el disparo del último cohete de un castillo de fuegos de artificio; tan completa fué la dispersión, que, a los pocos momentos, sólo quedaban allí, donde un cuarto de hora antes se agitaba todo un mundo, unos cuantos curiosos retrasados; luego, y poco a poco, fueron desapareciendo todos, pues acababan de sonar las nueve y media, y en esa hora las calles de Roma comenzaban a ofrecer muy poca seguridad; sólo se veía algún rezagado que apresuraba el paso; las puertas fueron cerrándose sucesivamente; las luces de las ventanas se apagaron una tras otra, y, por último, al sonar las diez, exceptuando una de las ventanas del Vaticano, en donde lucía la claridad de una lámpara

obstinada, casas, calles y plazas, todo quedó sumido en la más profunda obscuridad.

En ese instante, y junto a la basílica en construcción, un hombre embozado en una capa surgió como una sombra, y, deslizándose cautelosamente y con lentitud por entre las piedras que yacían en torno de los cimientos del nuevo templo, se adelantó hasta la fuente que ocupaba el centro de la plaza en el mismo sitio que hoy se alza el obelisco de que ya hemos hablado; al llegar allí, se detuvo, doblemente oculto por la obscuridad de la noche y por la sombra del monumento, y, después de cerciorarse de que estaba completamente solo, desenvainó la espada, con la punta de la cual golpeó tres veces el empedrado de la plaza, haciendo saltar chispas de él a cada golpe. Aquella señal, pues no era otra cosa, no fué dada en vano: la lámpara que lucía aún en el Vaticano se apagó, y en el mismo instante cayó un objeto, arrojado desde la ventana, a pocos pasos de distancia del hombre de la capa, el cual, guiado por el sonido metálico que produjo aquel objeto al chocar contra las piedras, no tardó en echarle mano a pesar de las tinieblas, desapareciendo en seguida.

El desconocido caminó sin volver la cara hasta la mitad de Borgo Vecchio; allí giró hacia la derecha y tomó por una calle en cuya extremidad había una Madonna con su lámpara a cuya luz se dispuso a examinar lo que había recogido del suelo; era un escudo romano, pero estaba hueco, y en su interior encerraba una carta, que el hombre a quien estaba dirigida comenzó a leer, a riesgo de ser reconocido; tanta era su prisa por saber lo que contenía.

Decimos a riesgo de ser reconocido, porque, en su apresuramiento, la capucha de su capa le había caído hacia atrás, y como su cabeza estaba bañada por el círculo luminoso proyectado por la lámpara, no era difícil distinguir a favor de aquella claridad un hermoso joven de veinticinco a ventiséis años, vestido con un jubón violeta, abierto en los hombros y en los codos, que dejaba ver la camisa; su cabeza estaba cubierta por una gorra adornada con una pluma que le caía hasta el hombro. Verdad es que no se detuvo mucho tiempo, porque, apenas terminó de leer el billete que acababa de recibir de tan misteriosa y extraña manera, lo guardó nuevamente dentro de la moneda de plata, y embozándose perfectamente en su capa,

volvió a emprender su camino con paso rápido, atravesó el Borgo Santo Spirito y tomó por la calle de la Longara, por la cual siguió hasta más arriba de la iglesia de Regina Coeli. Cuando estuvo allí, dió tres rápidos aldabonazos en la puerta de una casa de hermosa apariencia que se abrió en seguida; luego, subiendo airoosamente la escalera, entró en una cámara en donde era esperado con tan visible impaciencia por dos mujeres que, al verle, exclamaron las dos a un mismo tiempo:

—Y bien, Juan, ¿qué noticias nos traes?

—Excelentes—respondió el joven, besando a la una y estrechando la mano de la otra:—nuestro padre ha ganado hoy tres votos; pero todavía le faltan seis para tener mayoría.

—¿Y no es posible comprarlos?—exclamó la mujer de más edad, mientras que la otra interrogaba con la mirada.

—Creo que sí, madre mía—respondió el joven,—y eso es, precisamente, lo que mi padre ha pensado. Cede al cardenal Orsini su palacio de Roma juntamente con las posesiones de Monticello y de Soriano; al cardenal Colonna su abadía de Subiaco; al de Sant'Angelo el palacio episcopal de Porto; al cardenal de Parma el pueblo de Nepi; al cardenal de Génova la iglesia de Santa María in Vía Lata, y, finalmente, al cardenal Savelli la iglesia de Santa María la Mayor y el pueblo de Civita-Castellana. En cuanto al cardenal Ascanio Sforza, ya sabe que hemos enviado anteayer a su casa cuatro mulas cargadas de plata y vajilla, y bajo esta garantía ha prometido dar cinco mil ducados al cardenal patriarca de Venecia.

—Pero, ¿cómo lo haremos para que los demás sepan las intenciones de Rodrigo?—preguntó la mujer de más edad.

—Todo ha sido previsto por mi padre, y nos abre un medio fácil; no ignoráis, madre, la ceremonia que está en uso para llevar la comida a los cardenales.

—Sí; es llevada en un gran cesto, en unas parihuelas, con las armas del purpurado al cual va destinada.

—El obispo registrador de los cestos ha sido sobornado por mi padre; mañana, que no es día de vigilia, se enviará un pollo, como asado, a cada uno de los cardenales Orsini, Colonna, Savelli, de Sant'Angelo, de Parma y de Génova, y cada pollo contendrá una donación, en debida

forma, hecha por mí en nombre de mi padre, de las casas, palacios o iglesias que les están destinados.

—¡Magnífico!—exclamó la mujer de más edad;—ahora, estoy segura de ello, todo irá bien.

—Y, por la gracia de Dios — respondió la joven con una sonrisa extrañamente burlona, — nuestro padre será papa.

—¡Ah! ese día será el más dichoso para nosotros—exclamó Juan.

—Y para la cristiandad — agregó la joven con expresión todavía más irónica.

—¡Lucrecia — dijo la madre, — tú no mereces la felicidad que nos llega!

—¡Qué importa, si de todas maneras nos viene! Por lo demás, madre, ya conocéis el proverbio: «Dios bendice las familias numerosas», y con mayor motivo la nuestra, que tanta semejanza tiene con la de los patriarcas.

Y al mismo tiempo dirigió a su hermano una mirada tan voluptuosa, que el joven se ruborizó; pero, como por el momento tenía más en qué pensar que en sus amores incestuosos, ordenó que fuesen despertados cuatro criados, y, mientras que éstos se armaban para acompañarle, redactó y firmó las seis donaciones que al día siguiente debían enviarse a los cardenales; porque, como no quería que nadie le viese en casa de ellos, se disponía a aprovechar la noche para entregarlas por sí mismo a las diferentes personas de confianza que debían hacerlas llegar a manos de los interesados a la hora de la comida, conforme estaba convenido. Luego, cuando las donaciones estuvieron en buen orden y listos los sirvientes, Juan salió con ellos, dejando a las dos mujeres, que se entregaron a las más risueñas esperanzas sobre su futura grandeza.

En cuanto empezó a clarear el día, el pueblo, tan ardiente y tan solícito como la víspera, se precipitó de nuevo hacia la plaza del Vaticano, en donde, al sonar las diez de la mañana, el humo volvió a salir para anunciar que ningún cardenal había obtenido mayoría, lo que despertó entre la multitud las mismas expresiones de entusiasmo y de contrariedad que el día anterior. Sin embargo, comenzaba a circular el rumor de que las probabilidades estaban divididas entre tres candidatos, esto es: Rodrigo Borgia, Julián de la Rovère y Ascanio Sforza; porque el

pueblo ignoraba todavía el presente de las cuatro mulas cargadas de vajilla y de plata que había sido hecho a este último, y que, mediante su parte, había cedido a su competidor los votos de que disponía.

En medio de la agitación que este desengaño había producido entre la multitud, se oyeron cánticos religiosos: era una procesión que el cardenal camarlengo había dispuesto para obtener del Cielo la pronta elección de un papa, la cual, saliendo de la iglesia de Araceli, en el Capitolio, debía hacer estaciones delante de las vírgenes principales y en las basílicas más frecuentadas. Tan pronto como se vió el crucifijo de plata que la precedía, el orden fué restablecido y todos cayeron de rodillas guardando el más profundo silencio, de suerte que el más supremo recogimiento sucedió al tumulto y al bullicio que, a cada nueva aparición del humo, se oía pocos minutos antes. Así, pues, muchos pensaron que la procesión, al mismo tiempo que el religioso, tenía un fin político, y que su influencia debía ser tan grande en la tierra como en el Cielo. De todos modos, si éste había sido el propósito del cardenal camarlengo, no se engañó, pues el efecto que produjo coronó sus deseos; pasada la procesión, las risas y las bromas continuaron; pero los gritos y las amenazas habían cesado completamente.

Así transcurrió el resto del día, porque, en aquella época, no se trabajaba en Roma: se era cardenal o lacayo, y cada uno vivía sin que se supiera cómo. La multitud iba, pues, engrosando a cada instante, cuando hacia las dos de la tarde, otra procesión, que tenía el privilegio de provocar tanto ruido como silencio recomendaba la otra, cruzó a su vez por la plaza de San Pedro: era la procesión de la comida. El pueblo la acogió con sus habituales carcajadas, pues no era posible que sospechase que con aquella procesión, más eficaz que la primera, acababa de pasar el nuevo papa.

Al igual que la víspera, la hora del *Ave María* sonó, pero, como el día anterior, la espera de tantas horas fué inútil, pues cuando dieron las ocho y media el humo diario reapareció en lo alto de la chimenea. Mas como habían circulado rumores venidos del interior del Vaticano y por los cuales se anunciaba que, según toda probabilidad, la elección se efectuaría el día siguiente, aquel buen pueblo

se armó de paciencia. Además, había sido tan caluroso aquel día y el pueblo estaba tan abrumado de cansancio y tan quemado por el sol, él, que vive siempre en la sombra y sin hacer nada, que ya ni siquiera tenía fuerzas para gritar.

El día siguiente, el 11 de agosto de 1492, amaneció tormentoso; sin embargo, no fué obstáculo para que la multitud llenara plazas, calles, puertas, casas y basílicas. Después de todo, aquella disposición del tiempo era una verdadera bendición del Cielo, porque, aun cuando hiciera calor, cuando menos se verían libres del sol.

Próximamente a las nueve, sobre el Trasteverè se cernía una terrible tormenta; pero, ¿qué importaba a aquella muchedumbre la lluvia, los relámpagos y los rayos? Tenía otra preocupación; esperaba la elección de su papa. Le había sido prometido para ese día, y era fácil ver, en las disposiciones de cada uno, que, si pasaban las veinticuatro horas sin elección, era casi seguro que estallaría un motín: así, pues, conforme iba acercándose la hora, la agitación aumentaba. Sonaron las nueve, las nueve y media, las diez menos cuarto, sin que nada viniera a confirmar o a destruir las esperanzas; finalmente, la primera campanada de las diez se dejó oír; y, mientras las miradas se dirigían hacia la chimenea, el reloj fué dando las campanadas lentamente, cada una de las cuales repercutía en el corazón de los allí congregados. Cuando sonó la última campanada, que se desvaneció retumbando en el espacio, un grito inmenso, salido al mismo tiempo de cien mil pechos, sucedió a aquel silencio: *Non v'è fumo!* ¡No hay humo!... Es decir: Tenemos papa.

Eran tales los transportes de alegría y entusiasmo de la muchedumbre en aquel momento, que nadie hizo caso de la lluvia que empezó a caer.

Finalmente, de la pared que tapiaba el balcón, objeto de las miradas de todo el pueblo, se desprendió una piedrecita; su caída fué acogida con inmensa aclamación; poco a poco, la abertura se agrandó y en pocos minutos fué lo suficientemente ancha para permitir a un hombre asomarse al balcón.

Iba a hacerlo el cardenal Ascanio Sforza, pero la lluvia y los relámpagos lo asustaron haciéndole retroceder; inmediatamente la multitud prorrumpió en gritos, im-

precaciones y aullidos, amenazando con demoler el Vaticano y con ir a buscar él mismo a su papa. Ante aquella algarabía, el cardenal Sforza, más atemorizado por la tormenta popular que por la celeste, se asomó al balcón, y entre dos truenos, en un momento de silencio que no se explicaban los que habían oído los rumores que le habían precedido, hizo la proclamación siguiente:

—Debo anunciaros una gran alegría: el eminentísimo y reverendísimo señor Rodrigo Lenzuolo Borgia, arzobispo de Valencia, cardenal diácono de San Nicolás in Carcere, vicescanciller de la Iglesia, ha sido elegido papa, habiendo adoptado el nombre de Alejandro VI.

La nueva de este nombramiento fué acogida con extraña alegría. Verdad es que Rodrigo Borgia gozaba fama de hombre disoluto, pero el libertinaje había subido al trono con Sixto IV y con Inocencio VIII; de modo que para los romanos ninguna novedad había en la singular posición de un papa que tenía una querida y cinco hijos. Lo esencial era que el poder recayese en manos firmes, y más importante aún era para la tranquilidad de Roma que el nuevo papa heredara la espada de San Pablo que las llaves de San Pedro.

De modo que el carácter dominante en las fiestas que se dieron con este motivo, fué más bien guerrero que religioso, y más parecía corresponder al nombramiento de un joven conquistador que a la exaltación de un pontífice anciano; por doquiera aparecieron inscripciones proféticas sobre el nombre de Alejandro, que, por segunda vez, parecía prometer a los romanos el imperio del mundo; y aquella misma noche, en medio de las ardientes iluminaciones y de los fuegos de artificio, que parecían convertir a la ciudad en un lago de llamas, se leyó, entre las aclamaciones del populacho, esta inscripción:

En los tiempos de César, Roma, victoriosa,
de su casa soberana fué, y doquiera dominó;
más hará Alejandro para verla gloriosa;
César no era más que un hombre, pero Alejandro es Dios.

En cuanto al nuevo papa, una vez llenadas las formalidades de etiqueta que le imponía su exaltación, y cuando hubo pagado a cada uno el precio de su simonía, desde lo alto del Vaticano extendió su mirada sobre Europa,

vasto tablero político, que tenía la esperanza de dirigir al gusto de su genio.

El mundo se hallaba en una de esas épocas supremas en que todo se transforma, entre un período que termina y una era que comienza: Al Oriente, Turquía; al Sur, España; en el Occidente, Francia, en el Norte, Alemania, iban a adquirir, con el título de grandes naciones, la influencia que, andando el tiempo, debían ejercer sobre los Estados Secundarios.

Acompañemos con la mirada a Alejandro, y veamos cuál era su situación respectiva en lo que se refiere a Italia, país por todas codiciado.

Constantino Paleólogo, llamado *Dragoses*, sitiado por trescientos mil turcos, después de llamar en vano a toda la cristiandad en su socorro, y no habiendo querido sobrevivir a la pérdida de su Imperio, fué encontrado en medio de los muertos, cerca de la puerta Tofana, y el 30 de mayo de 1453, Mahomet II entraba en Constantinopla, donde, después de un reinado que le valió el sobrenombre de *Fatila*, o *el Vencedor*, murió dejando dos hijos, el mayor de los cuales, bajo el nombre de Bayaceto II, fué el que subió al trono.

Sin embargo, el advenimiento del nuevo sultán no se había realizado con la tranquilidad que su derecho de primogenitura y la elección de su padre debían prometerle. Zizimo, su hermano mayor, conocido también con el nombre de Gien, había alegado que él era *porfirogénito*, es decir, nacido durante el reinado de su padre, mientras que Bayaceto, anterior a esa época, no era sino el hijo de un simple particular. Era una mala sutileza legal; pero, en donde la fuerza lo puede todo y el derecho nada, era lo suficiente para levantar una guerra. Los dos hermanos, al frente cada uno de sus respectivos ejércitos, se encontraron, pues, en Asia el año 1482; Gien fué derrotado después de un combate que duró siete horas, y, perseguido por su hermano, que ni siquiera le dió tiempo para rehacer su ejército, se vió obligado a embarcarse en Cilicia, y se refugió en Rodas, implorando la protección de los caballeros de San Juan; pero, no atreviéndose éstos a darle asilo en su isla, tan próxima al Asia, lo enviaron a Francia, en donde lo hicieron guardar con cuidado en una de sus encomiendas, a pesar de las instancias de Caitbai, soldán

de Egipto, el cual, habiéndose rebelado contra Bayaceto, deseaba que el joven príncipe formase parte de su ejército, para de este modo dar a su rebelión una apariencia de guerra legítima. Además, idéntica petición hicieron sucesivamente y con el mismo fin político Matías Corvino, rey de Hungría, Fernando, rey de Aragón y de Sicilia, y Fernando, rey de Nápoles.

Por su parte, Bayaceto, que sabía toda la importancia de semejante rival, en el caso de que llegase a ser alguna vez el aliado de cualquiera de los príncipes con quienes estaba en guerra, había enviado embajadores a Carlos VIII ofreciéndole, si se comprometía a retener a Gien junto a él, una considerable pensión y la posesión de la Tierra Santa, tan pronto se conquistase a Jerusalén de manos del soldán de Egipto. El rey de Francia había aceptado.

Mas, entonces, Inocencio VIII intervino, a su vez, reclamando la persona del joven príncipe, en apariencia para apoyar en los derechos del proscrito una cruzada que predicaba contra los turcos, pero sin otra mira que la de cobrar la pensión de cuarenta mil ducados prometida por Bayaceto II al príncipe cristiano que se encargara de ser el carcelero de su hermano. Carlos VIII no se atrevió a negar al jefe espiritual de la cristiandad una petición apoyada en tan santas razones, de modo que Gien, el infeliz joven, punto de mira de tantos intereses diversos, salió de Francia, acompañado por el gran maestre d'Aubusson, bajo cuya custodia directa estaba, y que, mediante un capelo de cardenal, había consentido en ceder su prisionero, haciendo su entrada solemne en Roma el día 13 de mayo de 1489, caballero en un gran soberbio alazán y revestido con un magnífico traje de Oriente, entre el prior de Auvernia, sobrino del gran maestre d'Aubusson, y Francisco Cibo, hijo del papa.

Desde esa época, allí había quedado, y Bayaceto, fiel a su promesa, había pagado con exactitud al soberano pontífice la pensión de cuarenta mil ducados.

Esto, en lo que a Turquía se refiere.

España estaba regida por Fernando e Isabel y echaba los cimientos de aquella vasta potencia, que, veinticinco años más tarde, hizo exclamar a Carlos V que el sol no se ponía en sus Estados. En efecto, esos dos soberanos conocidos en la historia con el nombre de *Católicos*, habían

conquistado sucesivamente casi toda España y logrado arrojar a los moros de Granada, su último baluarte, en tanto que dos hombres de genio, Bartolomé Díaz y Cristóbal Colón, en provecho de dichos reyes, acababan de encontrar el uno un mundo perdido y el otro un mundo ignorado. Gracias, pues, a sus victorias y a sus descubrimientos en el Nuevo Mundo, los Reyes Católicos adquirieron una influencia en la corte de Roma como jamás gozaron sus predecesores.

Esa era la situación de España.

En Francia, el día 30 de agosto de 1483, Carlos VIII había sucedido en el trono a su padre Luís XI, el cual, a fuerza de ejecuciones, le había preparado un reino tranquilo y tal como convenía a un niño que entraba a reinar bajo la regencia de una mujer, regencia gloriosa, pues contuvo las pretensiones de los príncipes de la sangre y terminó las guerras civiles, incorporando a la corona todo cuanto restaba aún de grandes feudos independientes. De modo que, en esa época, Carlos VIII, de unos veintidós años de edad, era, si hemos de creer a La Trémouille, un príncipe pequeño de cuerpo y grande de corazón; si prestamos fe a Commines, un pichón apenas salido de su nido, desprovisto de discernimiento y de prudencia, de cuerpo débil, engreído de su voluntad y rodeado más bien de locos que de gentes de peso; y finalmente, si escuchamos a Guicciardini, que, en su calidad de italiano, bien podía haber emitido un juicio algo parcial, un joven conocedor de las acciones humanas, y deseoso de reinar y de adquirir gloria, deseo fundado más bien en su ligereza e impetuosidad que en la conciencia de su genio; enemigo de fatigas, cuando intentaba dedicar su atención a algún asunto serio, casi siempre se mostraba desprovisto de prudencia y de buen juicio. Si algo en él parecía digno de alabanza, al primer golpe de vista, al observarlo de cerca, se veía que ese algo estaba más cerca del vicio que de la virtud. Verdad es que era liberal, pero inconsideradamente, sin medida y sin distinción. Algunas veces su voluntad era incommovible, pero por obstinación y no por constancia, y en cuanto a lo que sus aduladores llamaban en él bondad, más bien convenía el nombre de insensibilidad a las injurias, o de debilidad de ánimo.

En cuanto a su retrato físico, de atenernos a lo que

el mismo Guicciardini dice, era menos ventajoso aún, y respondía maravillosamente a esta debilidad de espíritu y de carácter. Era pequeño, de cabeza voluminosa, cuello corto y grueso, el pecho y los hombros amplios y levantados, las piernas largas y delgadas, lo mismo que los muslos; y como al mismo tiempo su rostro no era hermoso, salvo la mirada, que tenía dignidad y vigor, y sus miembros eran desproporcionados entre sí, más bien parecía un monstruo que un ser humano.

Tal era, a grandes rasgos, el hombre al que la veleidosa fortuna debía convertir en un conquistador, y al que el Cielo reservaba más gloria de la que podía soportar.

Esto por lo que respecta a Francia.

El Imperio lo ocupaba Federico III, al que acertadamente habían apellidado *el Pacífico*, no porque mantuviese siempre la paz, sino porque, siempre derrotado, se veía obligado constantemente a hacerla. La primera prueba que dió de esa longanimidad absolutamente filosófica fué en su viaje a Roma, adonde se encaminaba para ser consagrado. Al cruzar los Apeninos unos bandoleros le atacaron dejándole completamente despojado, a pesar de lo cual ninguna persecución intentó contra ellos. Así, pues, envalentonados por el ejemplo y la impunidad de los ladrones de baja estofa, los grandes no tardaron en ponerse en acción. Amurates se apoderó de una parte de Hungría; Matías Corvino tomó la Baja Austria, y Federico se consoló de esas invasiones repitiendo esta máxima: *El olvido es el remedio de las cosas que uno ha perdido*. En la época a que hemos llegado, Federico, después de cincuenta y tres años de reinado, acababa de concertar el matrimonio de su hijo Maximiliano con María de Borgoña, y desterrar del Imperio a su yerno Alberto de Baviera, que pretendía la propiedad del Tirol. Los asuntos de familia lo tenían demasiado ocupado para poder inquietarse por lo que sucedía en Italia. Por otra parte, andaba en busca de una divisa para la casa de Austria, ocupación de las más importantes para un hombre de un carácter como el suyo. Por fin, esa divisa, que casi debía realizar Carlos V, se encontró, con gran contento del anciano emperador, el cual, juzgando que ya nada le quedaba por hacer en la tierra después de esta última prueba de sagacidad, murió

el 19 de agosto de 1493, dejando el Imperio a su hijo Maximiliano.

Componíase esta divisa de las cinco vocales A, E, I, O, U, y significaban:

AUSTRIÆ EST IMPERARE ORBI UNIVERSO

lo que quiere decir: *A Austria toca mandar al mundo entero.*
Así se encontraba Alemania.

Pasadas en revista con la mirada las cuatro naciones que, como hemos dicho, propendían a convertirse en potencias europeas, echemos una ojeada a los Estados secundarios que formaban un círculo más aproximado alrededor de Roma, y que, por decirlo así, debían servir de armadura a la reina espiritual del mundo, en el caso de que a alguno de esos gigantes políticos que hemos descrito se le ocurriera atravesar el Adriático o los Alpes, el Mediterráneo o los Apeninos para ir a atacarla.

Estos Estados secundarios eran: el reino de Nápoles, el ducado de Milán, la Magnífica República de Florencia, y la Serenísima República de Venecia.

El reino de Nápoles estaba en manos del anciano Fernando, cuyo nacimiento era, no solamente ilegítimo, sino que, según todas las probabilidades, hasta incestuoso. Su padre, Alfonso de Aragón, había heredado la corona de Juana de Nápoles, que lo había adoptado por sucesor. Pero, como, temiendo que le faltara un heredero, la reina, en su lecho de muerte, había nombrado dos en lugar de uno, Alfonso se vió obligado a sostener sus derechos contra Renato, disputándose los dos pretendientes, durante algún tiempo, la corona. Finalmente, la casa de Aragón venció a la de Anjou, y, durante el año 1442, Alfonso se afirmó definitivamente sobre el trono. No tardaremos en ver a Carlos VIII reclamando los derechos del pretendiente expulsado.

Fernando, que carecía del valor y el genio de su padre, fué triunfando sucesivamente de sus enemigos; tuvo dos competidores que le superaban mucho en mérito. Uno era el conde de Viana, su sobrino, que alegando el vergonzoso nacimiento de su tío, contaba con todo el partido aragonés; el otro era el duque Juan de Calabria, a quien apoyaba todo el partido anjovino. Logró quitárselos, no obstante,

de encima, y se mantuvo sobre el trono, fortificado en su prudencia, que muy frecuentemente llegaba hasta la duplicidad. Tenía un ingenio cultivado, había aprendido ciencias, y sobre todo legislación. Era mediano de estatura, cabeza grande y hermosa, frente despejada y admirablemente encuadrada por un marco de hermosos cabellos blancos que le caían hasta los hombros. Finalmente, aunque por excepción, ejercitó su fuerza física en las armas; esta fuerza era tan grande, que hallándose un día en la plaza del Mercado Nuevo, en Nápoles, cogió por los cuernos a un toro que se había escapado, parándolo en firme, por más esfuerzos que hizo el animal para librarse de sus manos.

La elección de Alejandro le había causado gran inquietud, y, a pesar de su prudencia, no pudo dejar de decir en presencia del que le había llevado la noticia, que no sólo dejaba de congratularse de esa elección, sino que pensaba que ni un solo cristiano podía alegrarse de ella, en vista de que Borgia, que siempre había sido un mal hombre, sería de seguro un mal pontífice, añadiendo que, a pesar de que esa designación fuera excelente y la elección pudiese agradar a todos los demás, no por eso dejaría de ser fatal a la casa de Aragón, aunque él había nacido súbdito de ella y le debía el origen y los progresos de su fortuna; pero, en donde entran las razones de Estado, no tardan en desterrar los efectos de la sangre y del parentesco, y con mayor razón aún, por consiguiente, las simples relaciones de súbdito y de hombre agradecido.

Como se ve, Fernando juzgaba a Alejandro con su perspicacia habitual, lo que no fué óbice, como no tardaremos en ver, para que fuese el primero en concertar alianza con él.

El ducado de Milán pertenecía nominalmente a Juan Galeazzo, nieto de Francisco Sforza, que en 26 de febrero de 1450 se había apoderado de él por la violencia y lo había legado a su hijo Galeazzo María, padre del joven príncipe reinante: decimos nominalmente, porque el verdadero dueño del Milanésado en ese momento, era, no el legítimo heredero, que parecía poseerlo, sino su tío Ludovico, apellidado *el Moro* a causa del moral que llevaba en sus armas. Expatriado con sus otros dos hermanos, Felipe, que murió envenenado en 1479, y Ascanio, que llegó a ser

cardenal, volvió a Milán pocos días después de haberse perpetrado (26 de diciembre de 1476) el asesinato de Galeazzo María, en la basílica de San Esteban, y se apoderó de la regencia del joven duque que contaba entonces ocho años de edad. Desde ese instante, y aunque su sobrino llegó a la edad de veintidós años, Ludovico continuó gobernando mucho tiempo más; porque, pocos días después de haber manifestado su deseo de hacerse cargo del poder, el joven duque cayó enfermo, y se decía que había ingerido uno de esos venenos lentos, pero mortales, de los que tan frecuente uso hacían los príncipes de aquella época, que, aun en el caso de ser una enfermedad natural, se le buscaba una causa que pudiera relacionarse con algún grande interés. Pero sea lo que fuere, Ludovico, creyendo a su sobrino demasiado débil para ocuparse en los asuntos de su ducado, lo había relegado al castillo de Pavía, en donde iba languideciendo ante los ojos de su esposa Isabel, hija del rey Fernando de Nápoles.

Grande era la ambición, el valor y la astucia de Ludovico, el cual estaba familiarizado con la espada y el veneno, que, alternativamente, y según las ocasiones, empleaba sin tener predilección ni repugnancia por la una o por el otro, que por lo demás, se hallaba muy decidido a heredar a su sobrino, muriera éste o no muriera.

Aunque conservaba el nombre de República, Florencia había perdido poco a poco todas sus libertades, y pertenecía de hecho, si no de derecho, a Pedro de Médicis, al cual, como hemos visto, aun a riesgo de perder su alma, Lorenzo la había legado como un bien paterno. Por desgracia, el hijo carecía del genio del padre: era hermoso, es verdad, mientras que Lorenzo, por el contrario, era de una fealdad notable; tenía una voz agradable y armoniosa, en tanto que Lorenzo era gangoso; sabía el griego y el latín, y tenía conversación agradable y fácil, e improvisaba versos tan bien como aquel a quien habían apellidado *el Magnífico*. Aunque ignorante en los asuntos políticos, era orgulloso e insolente para con los que de ellos habían hecho un estudio. Además, le agradaban los placeres; apasionado por el bello sexo, se ocupaba incesantemente en los ejercicios corporales que podían hacerle brillar ante los ojos de las mujeres, especialmente en el de la pelota, en el cual era muy hábil, y se prometía, en cuanto cumpliera el luto, ocupar, no sólo a Florencia, sino a toda

Italia, con el esplendor de su corte y la fama de sus fiestas. Estos eran, por lo menos, los deseos de Pedro de Médicis; pero el Cielo decidió otra cosa.

En cuanto a la Serenísima República de Venecia, de la que, en la época a que hacemos referencia, era dux Agustín Barbarigo, había llegado a su más alto grado de poderío y esplendor. Desde Cádiz hasta las lagunas de Meótides no había en ese tiempo un solo puerto que no se abriese a sus miles de barcos; en Italia poseía, a más del litoral de las lagunas y el antiguo ducado de Venecia, las provincias de Bérgamo, Brescia, Cremona, Verona, Vicenza y Padua; tenía la Marca Trevisana, comprendiendo el Feltarno, Bellunois, Cadorin, Polesina de Rovigo y el principado de Rávena; tenía el Friuli, menos Aquilea; la Istrua, menos Trieste; en la costa oriental del golfo, tenía Zara, Spalatro y el litoral de la Albania; en el mar Jónico, las islas de Zanto y de Corfú; en Grecia, Lepanto y Patras; en la Morea, Morón, Corón, Nápoles de Rumanía y Argos; finalmente, en el Archipiélago, además de varios pueblos y establecimientos en las costas, tenía a Candía y el reino de Chipre.

De modo que, desde la desembocadura del Po, hasta la extremidad oriental del Mediterráneo, la Serenísima República era dueña del litoral, e Italia y Grecia parecían arrabales de Venecia.

En los intervalos dejados libres entre Nápoles, Milán, Florencia y Venecia, se habían establecido unos cuantos tiranos que ejercían soberanía absoluta en su territorio, resultando que los Colonna estaban en Ostia y en Nettuno, los Montefeltri en Urbino, los Manfredi en Faenza, los Bentivogli en Bolonia, los Malatesta en Rímini, los Vitelli en Cittá di Castello, los Baglioni en Perusa, los Orsini en Vicovaro y los príncipes de Este en Ferrara.

Finalmente, y en el centro de ese círculo inmenso, compuesto de grandes potencias, de Estados secundarios y de tiranuelos, se levantaba en lo más alto de la espiral, Roma, la más alta sí, pero la más débil entre todos, careciendo de influencia, de territorio, de ejército y de dinero.

El nuevo pontífice trataba de devolverle todo esto; veamos, pues, qué hombre era Alejandro VI, para acometer y realizar empresa tan grande.

Rodrigo Lenzuolo Borgia había nacido en Játiva, pro-

vincia de Valencia, España, en 1430 ó 1431, y descendía por su madre de una familia que, según la pretensión de varios autores, era de estirpe regia, y que, antes de que sus ojos se fijaran en la tiara, se habían fijado en las coronas de Aragón y de Valencia; desde su infancia dió pruebas de una vivacidad de espíritu maravillosa, y conforme iba creciendo, demostraba un genio sumamente apto para las ciencias, sobre todo para la del Derecho; resultado de ello fué que adquirió sus primeras distinciones como abogado, consiguiendo crearse, con su habilidad para discutir los asuntos más espinosos, una reputación grandísima. No tardó, sin embargo, en cansarle esta carrera, y, repentinamente, la abandonó para dedicarse a la de las armas, la seguida por su padre; pero, después de algunas acciones que probaron su sangre fría y su valor, perdió la afición a ésta, como le había pasado con la otra; y como su padre muriese al comenzar esta aversión dejándole una considerable fortuna, decidió no hacer nada y vivir dejándose llevar por su capricho y su fantasía. Por ese tiempo se hizo amante de una viuda que tenía dos hijas. Murió la viuda; Rodrigo se encargó de la tutela de las hijas, puso a una de ellas en un convento, y como la otra era una de las mujeres más hermosas de su tiempo, la conservó a su lado como querida. Era la famosa Rosa Vanozza, de la que tuvo cinco hijos: Juan, Pedro Luis, Godofredo, César y Lucrecia.

Rodrigo vivía retirado de los negocios públicos y dedicado por completo a sus amores y a su paternidad, cuando supo que su tío, que le quería como a un hijo, acababa de ser elegido papa, bajo el nombre de Calixto III. Pero estaba tan enamorado entonces, que el amor hacía callar en él la ambición, y casi le asustó la exaltación de su tío, pues temía que le obligase a entrar en los asuntos públicos. La consecuencia fué que, en vez de ir a Roma, como cualquier otro hubiera hecho en su lugar, se contentó con escribir a Su Santidad una carta en la cual le rogaba siguiera dispensándole sus bondades, y le deseaba un largo y feliz pontificado.

Este comedimiento por parte de uno de sus parientes, en medio de las ambiciones que rodeaban al nuevo pontífice, impresionó singularmente a Calixto III: éste sabía el valor del joven Rodrigo, y en el momento en que era

asediado por todas partes por las medianías, aquella capacidad que se quedaba modestamente a un lado creció más ante sus ojos; y esto dió por resultado una contestación a Rodrigo diciéndole que, al recibir su carta, dejara a España por Italia, y a Valencia por Roma.

Aquella carta venía a sacar a Rodrigo del centro de bienestar que se había formado, y en el que tal vez se hubiera adormecido como un hombre vulgar, si la fortuna no hubiese venido a tomarlo de la mano. Rodrigo se sentía feliz, y, además, era rico; las malas pasiones naturales en él, si no se habían extinguido, por lo menos estaban adormecidas; sólo la idea de cambiar la dulce vida que llevaba por la ambiciosa y agitada que se le prometía, le asustó; y, en lugar de obedecer a su tío, retardó los preparativos de su partida, esperando que Calixto lo olvidaría. Mas no fué así; a los dos meses de haber llegado a Valencia la carta del papa, un prelado romano hacía entrega a Rodrigo del nombramiento para un beneficio que valía veinte mil ducados por año, acompañado de una orden terminante para que fuera lo más pronto posible a tomar posesión de su cargo.

Era imposible retroceder; Rodrigo obedeció; pero, como no quería separarse de la que desde hacía ocho años constituía su felicidad, Rosa Vanozza partió por su lado, y, mientras él se dirigía a Roma, ella se encaminaba a Venecia, acompañada por dos criados de confianza y bajo la custodia de un caballero español, llamado Manuel Melchiori.

La fortuna cumplió todo cuanto había prometido a Rodrigo; el pontífice lo recibió como a un hijo, y le hizo, sucesivamente, arzobispo de Valencia, cardenal diácono y vicesecanciller, agregando a todos estos favores una pensión de cuarenta mil ducados; de suerte que Rodrigo, a los treinta y cinco años de edad, se encontró tan rico y poderoso como cualquier príncipe.

Rodrigo hubiera preferido ser general de la Iglesia a recibir el cardenalato que lo encadenaba en Roma; ejerciendo el primer cargo, habría tenido mayor libertad para ver a su amante y a su familia. Mas su tío le hizo entrever la posibilidad de sucederle algún día, y de tal modo se apoderó de Rodrigo desde ese momento la idea de ser el jefe supremo de reyes y pueblos, que solamente veía el fin que su tío le había hecho vislumbrar.

Desde entonces se apoderó del joven cardenal aquella potencia de hipocresía que hizo de él la más perfecta encarnación del demonio que quizás haya existido en la tierra; Rodrigo dejó de ser el mismo hombre: con palabras de humildad y arrepentimiento en los labios, la cabeza inclinada cual si el peso de sus pasadas faltas le abrumase, desdeñoso de las riquezas adquiridas, que, siendo, como él decía, bienes de los pobres, a ellos debían volver, pasaba su vida en las iglesias, en los monasterios o en los hospitales, adquiriendo a los ojos de todos, hasta de sus enemigos, según dice un historiador, la reputación de un Salomón por su talento, de un Job por su paciencia, y de un Moisés por la publicación de la palabra de Dios: la única persona en el mundo que conocía el valor de la conversión del cardenal, era Rosa Vanozza.

El asentar de ese modo su reputación de santidad fué un buen acuerdo de Rodrigo, porque su protector murió después de un pontificado de tres años, tres meses y diez y nueve días, no quedando a Borgia otro apoyo que su propio mérito contra los numerosos enemigos que le había acarreado su rápida fortuna; así, pues, durante todo el pontificado de Pío II estuvo constantemente alejado de los negocios, no viéndosele reaparecer hasta la época de Sixto IV, que le hizo donación de la abadía de Subiaco, y lo envió en calidad de Legado ante los reyes de Aragón y de Portugal. A su regreso, bajo el pontificado de Inocencio VIII, se decidió a establecerse en Roma; Manuel Melchiori, después de acompañar allí a la familia del cardenal Borgia, pasó, desde ese momento, por marido de la Vanozza y tomó el nombre de conde Fernando de Castilla. Rodrigo Borgia recibió al noble español como a compatriota y amigo; éste, cuyo propósito era llevar una vida muy retirada, alquiló una casa en la calle della Longara, cerca de la iglesia de Regina Coeli, a orillas del Tíber. En aquella casa era donde, después de haber pasado el día rezando y haciendo obras piadosas, el cardenal se quitaba la máscara todas las noches. Entonces se decía, aunque nadie pudiera probarlo, que en aquella casa pasaban cosas infames: se hablaba de incesto entre el padre y la hija y entre los dos hermanos y la hermana; por lo que Rodrigo, para que cesaran esos rumores, que empezaban a difundirse, envió a César a estudiar en Pisa, quedando

en la casa la Vanozza, con Lucrecia, que estaba prometida con un joven noble aragonés, y los otros dos hijos. Pedro Luis había muerto en 1485.

Este era el estado de cosas al morir Inocencio VIII y ser elegido papa Rodrigo Borgia.



Ya hemos visto cómo se verificó la elección, lo cual motivó que los cinco cardenales que no habían tomado parte en esta simonía, que eran los cardenales de Nápoles, de Siena, de Portugal, de Santa María in Portici y de San Pedro en Liens protestasen resueltamente de ella y la clasificasen de manipulación; mas no por eso dejó Rodrigo de tener mayoría: Rodrigo ya era el ducentésimo décimosexto sucesor de San Pedro.

Sin embargo, y a pesar de haber logrado su intento, no se atrevió Alejandro VI, de momento, a soltar la máscara que por tanto tiempo había llevado el cardenal Borgia, aunque al saber su nombramiento no pudo disimular la alegría que le causaba, tanto, que, al anunciarle que el escrutinio se había decidido en su favor, exclamó levantando las manos hacia el cielo y con acento de ambicioso satisfecho:

—¿Entonces, ya soy papa? ¿Soy ya el Vicario de Cristo?
—¿Soy, pues, la clave de la bóveda del mundo cristiano?

—Sí, Santo Padre — le respondió el cardenal Ascanio Sforza, el mismo que por cuatro mulas con cargamento de plata había vendido a Rodrigo los nueve votos de que disponía en el cónclave—; y esperamos, por vuestra elección, dar gloria a Dios, tranquilidad a la Iglesia y alegría a la cristiandad, y que el Todopoderoso os ha escogido como el más digno de todos vuestros hermanos.

Por corta que fuera esta respuesta, fué lo suficiente para que el nuevo pontífice recuperase el imperio sobre sí mismo, y con voz humilde y las manos cruzadas sobre el pecho exclamase:

—Confiamos en que Dios nos concederá su poderosa ayuda, a pesar de nuestra debilidad, y que hará por Nos lo que hizo por el Apóstol, al entregarle, en otro tiempo, las llaves del Cielo y confiarle el gobierno de la Iglesia, gobierno que, sin la ayuda divina, hubiera sido una carga

demasiado pesada para un mortal; pero Dios le prometió que su espíritu la dirigiría; confío en que lo mismo hará con Nos, y en cuanto a vosotros, no dudamos que tendréis todos la santa obediencia debida al jefe de la Iglesia, en imitación de la que el rebaño de Cristo está obligado a tener para el príncipe de los apóstoles.

Así que hubo acabado su discurso, Alejandro se revistió con los hábitos pontificales, e hizo que fueran arrojadas por las ventanas del Vaticano tiras de papel con su nombre escrito en latín, las cuales, arrastradas por el viento, se encargaron de esparcir por todo el mundo la noticia del grande acontecimiento que iba a cambiar la faz de Italia.

El mismo día se expidieron correos a todas las cortes de Europa.

César Borgia se enteró de la elección de su padre en la universidad de Pisa, donde estudiaba: varias veces su ambición le había hecho soñar con tal fortuna, y, sin embargo, su alegría fué casi insensata. Tendría entonces unos veintidós o veinticuatro años, y estaba adiestrado en todos los ejercicios corporales y sobre todo en las armas; montaba en pelo los más fogosos caballos, y de un solo tajo con su espada cortaba a cercén la cabeza de un toro; era, además, arrogante, envidioso, disimulado y, según afirma Tomasi, grande entre los impíos, como su hermano Juan era bueno entre los grandes. En cuanto a su rostro, hasta entre los autores contemporáneos ha habido divergencias; porque los unos lo pintan como un monstruo de fealdad, en tanto que otros, por el contrario, han ponderado su belleza: esta contradicción se debe a que, en ciertas épocas del año, principalmente en la primavera, su cara se cubría de postillas, que, mientras duraban, hacían que su aspecto fuese repugnante, mientras que, en el resto del año, era el sombrío caballero de negros cabellos, tez pálida y barba de color leonado, que nos ha legado Rafael en el hermoso retrato que de él hizo. Por lo demás, tanto los historiadores, como los cronistas y pintores, convienen en su mirada fija y poderosa, en cuyo fondo brillaba una llama incesante, que le daba algo de infernal y sobrehumano. Tal era el hombre cuyas esperanzas acababa de ver colmadas por la suerte, y que había tomado como divisa: *Aut, Cæsar, aut nihil* (o César, o nada).

César emprendió el viaje acompañado de algunos de sus familiares, y apenas fué reconocido en las puertas de Roma, los respetos que le rindieron atestiguaron inmediatamente su cambio de fortuna: en el Vaticano repitieron esas manifestaciones, los grandes se inclinaron ante él, como ante alguien que fuera más grande que ellos. De modo que, llevado de su impaciencia, sin visitar a su madre ni a ninguna otra persona de su familia, subió directamente a la cámara del papa con objeto de besarle los pies; y como éste había recibido noticia de su llegada, le esperaba en medio de una brillante y numerosa asamblea de cardenales, rodeado él por los tres hermanos de César. Su Santidad lo recibió con rostro afable, pero sin dejarse llevar hasta las demostraciones de su amor paternal; se inclinó hacia él besándole en la frente, y le preguntó cómo se encontraba de salud y cómo le había ido en su viaje. César contestó que en cuanto a salud estaba bien y completamente al servicio de Su Santidad; y que en lo referente al viaje, todas las molestias y fatigas estaban compensadas por el gozo que sentía al poder adorar sobre su santa sede pontificia a quien era tan digno de ella. A esas palabras, dejando a César de rodillas, como estaba, y volviéndose él a sentar, pues se había levantado para besarle, el Papa dió a su rostro un aire grave y reposado, y en voz alta para que todos lo oyesen, y lo suficientemente despacio para que sus palabras pudieran ser pesadas y retenidas en la imaginación de sus oyentes, dijo:

—Nos estamos bien persuadidos, César, de que estáis singularmente gozoso al vernos en este elevado puesto, tan alto por encima de nuestros méritos, y al que plugo a la bondad divina hacernos subir. Eramos acreedor a este gozo, primero, en cambio del amor que siempre os hemos tenido y todavía os tenemos; y además, nos lo debíais por vuestro propio interés, puesto que podéis prometeros recibir en adelante de nuestra mano pontifical todos aquellos beneficios a que seáis digno por vuestras buenas obras; pero, si vuestro gozo, y os repetimos lo que hemos dicho a vuestro hermano, se funda en otras bases, os habéis equivocado mucho, César, y os encontrareis tristemente engañado. Nos, quizás hemos aspirado, y con humildad lo confesamos ante todos, con demasiada pasión a la soberanía del pontificado, y para llegar a él

hemos seguido todos los caminos que ha podido abrirnos la industria humana; pero hemos obrado de este modo con el propósito de que, una vez llegados a nuestro objeto, únicamente seguiríamos la vía que conduce al mejor servicio de Dios, y a la mayor exaltación de la Santa Sede, a fin de que una gloriosa memoria de las cosas que podamos hacer, borren el recuerdo de las cosas que hemos hecho. Tan es así, que confiamos dejar a nuestros sucesores un camino en el cual, si no encuentran las huellas de un santo, podrán cuando menos seguir los pasos de un pontífice. Dios, que nos ha secundado en los medios, nos reclama el resultado, y Nos estamos dispuestos a satisfacer plenamente esta gran deuda que hemos contraído con Él; por esa razón no queremos que nuestros fraudes despierten los rigores de su justicia. Únicamente un impedimento podía oponerse a nuestras buenas intenciones: que sintiéramos un interés demasiado vivo por vuestra fortuna. Pero, para evitar esto, nos hemos acorazado de antemano contra nuestro amor, y hemos rogado a Dios que nos dé fuerzas para no cometer un desliz por causa vuestra; porque, en el camino del favoritismo, un pontífice no puede resbalar sin caer, y no puede caer sin causar gran perjuicio al honor de la Santa Sede. Mientras vivamos lloraremos los pecados a que debemos la experiencia de esta verdad, ¡y plegue a Dios que nuestro tío Calixto no esté en el purgatorio más abrumado por el peso de nuestros pecados que por el de los suyos propios! ¡Ah! él era rico en todas las virtudes, él estaba lleno de buenas intenciones; pero sentía demasiado amor por los suyos, y, entre los suyos, por Nos particularmente: de suerte que, dejándose guiar ciegamente por ese amor y por el que sentía por sus parientes, a los que consideraba como carne de su carne, acumuló sobre algunas cabezas solamente, tal vez las menos dignas, los beneficios que debían recompensar los méritos de un gran número de hombres. En efecto, en nuestra casa fué depositando esos tesoros que no debían acumularse a costa de los pobres, o que convenía dedicar a mejor uso. Para formarnos feudos, desmembró del Estado eclesiástico, ya tan débil y tan restringido, el ducado de Spoleto, así como otros ricos dominios, y apoyó en nuestra flaqueza la vicecancillería, la viceprefectura de Roma, el generalato de la Iglesia, y todos los cargos de

más consideración, que, en lugar de estar monopolizados así, debían haberse conferido a aquellos que por sus méritos eran más dignos de desempeñarlos. Hubo entonces personas que, mediante nuestra recomendación, fueron elevadas a dignidades supremas, las cuales sólo contaban para ello con el mérito de una protección demasiado parcial que Nos le otorgábamos, mientras que otras eran alejadas solamente por los celos que su propio mérito nos inspiraba. Por despojar a Fernando de Aragón del reino de Nápoles, Calixto encendió una guerra terrible, cuyo feliz éxito había de aumentar nuestra fortuna, y cuyo fracaso sólo podía acarrear vergüenza y daño a la Santa Sede. Por último, el dejarse gobernar por los que sacrificaban el bienestar público a sus intereses particulares, causó notable perjuicio, no solamente al trono pontificio y a su fama, sino también, cosa que es más fatal, a su conciencia. Y, sin embargo, ¡oh sabiduría de los juicios de Dios! por mucho que se dedicara a establecer nuestra fortuna, apenas la muerte le arrebató del lugar supremo que ocupamos hoy en día, fuimos derribados del alto puesto que ocupábamos, y nos encontramos abandonados a la furia del pueblo y a los odios vengativos de esos barones romanos, que se consideraban como ofendidos por nuestra benévola parcialidad para sus enemigos. De modo que, como os digo, César, no solamente nos vimos precipitados desde lo alto de nuestra grandeza, y desposeídos de aquellos bienes y dignidades que nuestro tío había acumulado bajo nuestros pies, sino que, para salvar la vida, tuvimos que condenarnos, con nuestros amigos, a un destierro voluntario, y sólo gracias a eso pudimos librarnos de la tempestad que nuestra excesiva fortuna había desencadenado. Esto fué una prueba evidente que Dios nos daba, burlándose de los designios de los hombres cuando esos designios son injustos, de que es un error imperdonable en los pontífices empeñarse en favorecer una casa, que sólo puede durar unos cuantos años, más que a la gloria de la Iglesia, que es eterna; nos probó asimismo que es una gran locura en los políticos que, teniendo el gobierno de un dominio que no es hereditario ni para ellos ni para sus sucesores, apoyan el edificio de su grandeza en otras bases que en las altas virtudes practicadas en beneficio de todos, y creen asegurar la duración de su fortuna por

medios distintos de los que comprimen esos torbellinos inesperados que, elevándose durante la calma, pueden despertar una tempestad, es decir, crearles una masa de enemigos, de los que uno solo, obrando seriamente, podría causarles más daño que la ayuda que pudieran proporcionarle las demostraciones engañosas de cien amigos. Si vos y vuestros hermanos seguís la senda que os trazamos, ni un solo deseo formularéis que no se vea al instante realizado; pero, si tomáis el camino contrario, si habéis esperado que nuestro afecto será el complaciente de vuestros desórdenes, pronto os convenceréis de que somos pontífice para la Iglesia y no para la casa, y que, como Vicario de Cristo, queremos hacer lo que Nos juzgemos que es necesario para el bien de la cristiandad, pero no lo que vos creáis para bien vuestro; y, bien entendido esto, César, recibid nuestra bendición.

Y, diciendo estas palabras, Alejandro VI se levantó, impuso las manos a su hijo, que permanecía aún de rodillas, y se retiró a sus habitaciones sin invitarle a que le siguiera.

Estupefacto se quedó César al escuchar un discurso tan inesperado para él, y que de un solo golpe destruía sus más caras esperanzas. Así, pues, se levantó aturdido y tambaleándose cual si estuviese ebrio, y saliendo del Vaticano en aquel mismo instante, corrió a casa de su madre, en la que no había pensado primero, y a la que retornaba en su abandono.

Rosa Vanozza participaba de todos los vicios y todas las virtudes de una cortesana española: devota de la Virgen hasta la superstición, tierna para con sus hijos hasta la debilidad, complaciente para con Rodrigo hasta el libertinaje, pero confiada completamente en la fuerza de un poder que venía ejerciendo desde hacía casi treinta años, y segura, como la serpiente, de ahogar en sus repliegues cuanto no podía fascinar con la mirada. No era desconocida para la Vanozza la hipocresía de su antiguo amante, y, en consecuencia, poco trabajo le costó tranquilizar a César.

Cuando éste llegó, Lucrecia acompañaba a la Vanozza; los dos jóvenes cambiaron ante los mismos ojos de la madre un beso incestuoso, y, antes de retirarse, habían quedado de acuerdo para reunirse aquella misma noche en

casa de Lucrecia, que, separada de su marido, al cual pagaba Rodrigo una pensión, vivía completamente libre en su palacio de la vía del Pellegrino, situado frente al Campo de las Flores.

Llegó la noche, y César, a la hora convenida, fué a casa de Lucrecia; pero ya estaba allí su hermano Juan. Los dos nunca se habían querido. Sus sentimientos eran muy distintos, sin embargo. El odio, en Francisco, era el temor instintivo que el ave siente ante el cazador, mientras que en César, era ese deseo de venganza y de sangre que vive incesantemente en el corazón del tigre. No obstante, los dos hermanos se besaron; por benevolencia el uno, y el otro por hipocresía. Cuando se vieron, el sentimiento de su doble rivalidad en los favores de su padre y de su hermano Juan le enrojeció, en tanto que la lividez cubría el rostro de César. Los dos se sentaron dispuestos a no salir el uno sin el otro, cuando llamaron a la puerta y anunciaron un rival ante el cual uno y otro tenían que retirarse: el padre.

No se había equivocado la Vanozza al animar a César. En efecto, Alejandro VI, aunque tronando contra los abusos de la familia, había ya comprendido todo el partido político que de sus dos hijos y de su hija podía sacar; porque si bien sabía que con Juan y con Godofredo no podía contar, en cambio estaba seguro de la adhesión de Lucrecia y de César. Indudablemente, por esa parte, la hermana era digna pareja del hermano. Libertina por imaginación, impía por temperamento, ambiciosa por cálculo, Lucrecia sentía un loco deseo de placeres, de alabanzas, de honores, de oro, de pedrerías y de suntuosas moradas. Española bajo sus rubios cabellos, cortesana bajo su aire cándido, tenía la cabeza de virgen de Rafael y el corazón de Mesalina; por eso Rodrigo la amaba como hija y como amante, pues en ella veía reflejados, cual en mágico espejo, sus vicios y sus pasiones. Lucrecia y César eran, pues, los bien amados de su corazón, y juntos componían la trinidad diabólica que por espacio de once años ocupó el trono pontificio, como una sacrílega parodia de la Trinidad celeste.

A pesar de todo, en el principio nada desmintió las reflexiones que en su discurso hiciera Rodrigo a su hijo César, y el primer año de su pontificado excedió las espe-

ranzas que habían concebido los romanos cuando su elección. Tan admirablemente dictó sus disposiciones para el abastecimiento de los graneros públicos, que, en el tiempo que alcanzaba la memoria de los hombres de aquella época, jamás habían gozado de tan maravillosa abundancia; y a fin de que el bienestar bajara hasta a las últimas clases de su fortuna particular, hizo inmensas limosnas que permitieron participar a los pobres de este banquete general, del que desde hacía tanto tiempo estaban excluidos. En cuanto a la seguridad personal en la población, desde los primeros días de su advenimiento al solio pontificio, quedó restablecida por medio de una policía firme y vigilante, y, por un tribunal formado por cuatro doctores de reputación insospechable, los cuales se encargaban de perseguir todos los crímenes nocturnos, tan comunes bajo el pontificado precedente que su mismo número les aseguraba la impunidad, dando desde sus primeros juicios tal ejemplo de severidad, que ni el rango ni la fortuna de los culpables logró suavizar. Contrastaba tan grandemente esto con la corrupción del pontificado anterior, durante el cual el vicecamarero respondía públicamente a los que le reprochaban la falta de justicia que se observaba: «Dios no quiere que el pecador muera, sino que viva para que pueda pagar», que la capital del mundo cristiano creyó, por un momento, que había vuelto a los mejores días del pontificado. Así, pues, al año de su encumbramiento, Alejandro VI había reconquistado el crédito espiritual perdido por sus predecesores. Únicamente faltaba establecer su crédito político para dejar realizada la primera parte de su gigantesco plan. Podía valerse de dos medios para llegar a este fin: las alianzas o las conquistas. Tuvo que empezar por intentar las alianzas. El noble aragonés con el cual estaba prometida Lucrecia, no era ni por su nacimiento, ni por su fortuna, ni por su genio, lo bastante poderoso para satisfacer las ambiciones de Alejandro VI por lo que decidió que aquellas relaciones se rompiesen, quedando así Lucrecia libre para casarse con otro.

Rodrigo Borgia entabló dos negociaciones a la vez; tenía necesidad de un aliado que pudiera velar por él sobre la política de los Estados que le rodeaban. Juan Sforza, nieto de Alejandro Sforza, hermano del gran Francisco I, duque de Milán, era señor de Pésaro; la situación topográ-

fica de aquella ciudad, emplazada a orillas del mar, entre Florencia y Venecia, le convenía, pues, maravillosamente; de modo que, desde el primer momento, fijó los ojos en él, y, como por ambos lados eran iguales los intereses, no tardó en ser Juan Sforza el primer marido de Lucrecia.

Al mismo tiempo, se habían hecho proposiciones a Alfonso de Aragón, presunto heredero de la corona de Nápoles, para concertar un enlace entre doña Sancha, su hija natural, y Godofredo, hijo tercero de Alejandro VI; pero, queriendo sacar el viejo Fernando el mejor partido posible de esta alianza, dilató las negociaciones con demoras, pretextando que los dos niños eran muy jóvenes todavía y que, por consiguiente, por más que le hiciera gran honor semejante alianza, nada había que exigiera el apresuramiento en los esponsales. Así quedaron las cosas, con gran descontento por parte del papa, el cual no se dejó engañar por este aplazamiento y tomó la respuesta que le dieron por lo que era realmente; por una negativa. Alejandro y Fernando quedaron, pues, como antes estaban, es decir, jugadores políticos de igual habilidad, y esperando que los acontecimientos se declarasen por el uno o por el otro. Sin embargo, la fortuna se inclinó por el lado de Alejandro.

Aunque tranquila, Italia presentía que aquella calma era solamente el entorpecimiento que precede a la borrasca. Era demasiado rica y vivía demasiado feliz para que las demás naciones no la envidiasen. En efecto, la negligencia y la envidia de la República florentina todavía no habían hecho una comarca pantanosa de las llanuras de Pisa. Las guerras de los Colonna y los Orsini no habían cambiado todavía en campos incultos las ricas campiñas romanas. El marqués de Marignano no había llevado aún la desolación a más de ciento veinte pueblos, sólo en la República de Siena. Finalmente, las marismas eran ya insalubres, pero no mortales.

Flavio Blondo, al describir a Ostia en 1450, cuya población es hoy de unos treinta mil habitantes, se contenta con decir que su estado era menos floreciente que en tiempos de los romanos, en cuya época tenía unos cincuenta mil.

En cuanto a los campesinos italianos, eran tal vez los más felices de la tierra: en lugar de vivir diseminados por

los campos y aislados los unos de los otros, habitaban agrupados en pequeñas ciudades amuralladas, teniendo así protegidos sus ganados, sus aperos y sus cosechas; sus casas, por lo menos las que quedan de esa época, prueban que estaban instalados con más bienestar, gusto y arte que el que hoy tienen los burgueses de nuestras ciudades. Finalmente, esa reunión de intereses comunes, esa aglomeración de individuos en pueblos fortificados, les permitió ir tomando, poco a poco, cierta importancia de que carecían los villanos de Francia y los siervos de Alemania; tenían armas, un tesoro común, magistrados elegidos, y si alguna vez combatían, por lo menos lo hacían en defensa de una patria.

El comercio, por lo demás, no estaba menos floreciente que la agricultura. Había en Italia, en esa época, una infinidad de fábricas en las que se trabajaban la seda, las lanas, el cáñamo, las peleterías, el alumbre, el azufre y el betún; si alguna de esas primeras materias no era producida por su suelo, la traían a sus puertos desde el Mar Negro, de Egipto, de España, de Francia, y, una vez doblado su valor por la elaboración, volvía con frecuencia a salir para los puntos de donde habían venido: el rico aportaba sus mercancías, el pobre su industria. El primero tenía la seguridad de que no le faltarían brazos para trabajar; el segundo estaba seguro de que no le faltaría trabajo en qué emplearlos.

El arte, por su lado, no se había quedado atrás: es verdad que habían muerto Dante, Giotto, Brunelleschi, Donatello; pero acababan de nacer Ariosto, Rafael, Bramante y Miguel Angel. Roma, Florencia y Nápoles habían heredado obras maestras de la antigüedad, y los manuscritos de Esquilo, de Sófocles y Eurípides, gracias a la conquista de Mahomed II, se habían reunido con las estatuas de Xantipo, de Fidias y de Praxíteles.

Los principales soberanos de Italia habían, pues, comprendido, al contemplar aquellas pingües cosechas, aquellas fábricas florecientes y aquellas maravillosas iglesias, y al fijar después sus ojos sobre los pueblos bárbaros, pobres y guerreros que los rodeaban, que no tardarían en convertirse para las otras naciones en lo que América fué para España, esto es, en una vasta mina de oro para explotar. En consecuencia, desde 1480, Nápoles, Milán,

Florenia y Ferrara habían firmado una liga ofensiva y defensiva, dispuesta a hacer frente tanto a las enemistades intestinas como a las exteriores, lo mismo a peninsulares que a ultramontanos. Ludovico *el Moro*, que era el más interesado en sostener esta liga, por hallarse más cerca de Francia, lado de donde parecía amenazar la tormenta, vió en la elección de Alejandro VI un medio, no sólo de estrechar más esta alianza, sino de hacer que a los ojos de Europa apareciera en todo su poderío y unidad.

Todos los Estados cristianos acostumbraban enviar a Roma, a cada nueva exaltación, una embajada solemne para renovar, en nombre de cada uno de ellos, su juramento de obediencia al Santo Padre. Ocurriósele a Ludovico reunir los embajadores de las cuatro potencias aliadas de modo que entrasen en un mismo día en Roma, y encargar a uno solo de los embajadores, al del reino de Nápoles, por ejemplo, que llevara la palabra en nombre de todos.

Por desgracia, ese plan no concordaba con los proyectos magníficos de Pedro de Médicis. El orgulloso joven, nombrado embajador de la República florentina, había visto, en la misión a él confiada por sus compatriotas, un medio de hacer brillar su fausto y de ostentar sus riquezas. Desde el día de su nombramiento, el palacio de Médicis se vió lleno de sastres, joyeros y mercaderes de telas; encargó la confección de vestiduras magníficas, bordadas de piedras preciosas, que había sacado del tesoro de su familia. Todas sus alhajas, tal vez las más ricas de Italia, veíanse sembradas en las ropas de sus pajes, y uno de ellos, el favorito, iba a llevar un collar de perlas tasado en cien mil ducados. Por su parte, el obispo de Arezzo, Gentile, que había sido profesor de Lorenzo de Médicis, era el segundo embajador nombrado, y debía llevar la palabra. Gentile tenía ya preparado su discurso, esperando encantar los oídos con su elocuencia, como Pedro de Médicis confiaba deslumbrar los ojos con sus riquezas. Ahora bien; si la palabra era llevada por el embajador de Nápoles, la elocuencia de Gentile era cosa perdida, y de entrar Pedro de Médicis en Roma confundido con los demás embajadores, su magnificencia no sería notada. Estos dos graves intereses, comprometidos por la proposición del duque de Milán, cambiaron toda la faz de Italia.

Fernando de Nápoles había prometido a Ludovico

conformarse, por su parte, con el plan que había imaginado, cuando el anciano rey, solicitado por Médicis, retiró de pronto su palabra. Sforza procuró informarse de las causas que habían producido este cambio, y supo que la influencia que había vencido a la suya era la de Pedro. Al no poder darse cuenta de los motivos reales que habían dictado esa oposición, vió en ello una liga secreta contra él, atribuyendo este cambio político a la muerte de Lorenzo *el Magnífico*. Por lo demás, cualquiera que fuese esa causa, le perjudicaba visiblemente: Florencia, antigua aliada de Milán, lo abandonaba por Nápoles. El duque de Milán resolvió, pues, echar un contrapeso en la balanza. Reveló a Alejandro la política de Pedro y de Fernando, proponiéndole una alianza defensiva y ofensiva, a la cual juntarían la República de Venecia; intimando al duque Hércules III de Ferrara que se pronunciase por una de las dos alianzas. Alejandro VI, resentido de la conducta de Fernando para con él, aceptó la proposición de Ludovico, firmándose el día 22 de abril de 1493 el acta de la confederación por la cual los nuevos aliados se obligaban a poner en pie de guerra, para mantener la paz pública, un ejército de veinte mil caballos y diez mil infantes.

Fernando vió con cierto temor la formación de esta liga; pero creyó hallar un medio de neutralizar sus efectos despojando a Ludovico de su poder, que, sin ser usurpado aún, se hacía ya demasiado largo, rebasando el término que debía tener, puesto que su nieto Galeazzo había cumplido ya los veintidós años sin que por eso Ludovico dejase de mantener la regencia. Por consiguiente, el duque de Milán fué invitado por Fernando, de un modo terminante, a que resignara el poder soberano en manos de su sobrino, bajo pena de ser declarado usurpador.

Terrible era el golpe, pues se corría el peligro de llevar a Ludovico a una de esas combinaciones políticas que le eran familiares, y ante las cuales jamás retrocedía, por peligrosas que fueran. En efecto; así sucedió. Ludovico *el Moro*, inquietado en la posesión de su ducado, resolvió amenazar a Fernando en la de su reino.

No había cosa más fácil: conociendo el duque de Milán las disposiciones belicosas de Carlos VIII, y no ignorando las pretensiones de la casa de Francia sobre el reino de Nápoles, envió dos embajadores al joven monarca

Invitándole a reclamar los derechos de la casa de Anjou, usurpados por la de Aragón; ofreciéndole, para inducirle más en esa empresa lejana y azarosa, un paso fácil y amistoso por sus propios Estados.

Dado el carácter del rey de Francia, semejante proposición no dejaría de ser aceptada; en efecto, ante él y como por encanto, se abría un horizonte magnífico; lo que el duque de Milán le ofrecía, era el dominio del Mediterráneo, el protectorado de toda Italia; era, finalmente, un camino abierto por Nápoles y Venecia que podía conducirle a la conquista de Turquía o de la Tierra Santa, según que se le antojara vengar los desastres de Nicópolis o de Mansurá. La proposición fué, pues, aceptada, y por intermedio del conde Carlos de Belgiojoso y del conde de Cajazzo, por parte del duque de Milán, y del obispo de Saint-Malo y del senescal de Beaucaire, por la del rey de Francia, se firmó una alianza secreta en la que se convino:

Que Carlos VIII intentaría la conquista del reino de Nápoles;

Que Ludovico acompañaría con quinientas lanzas al rey de Francia a través de sus Estados;

Que Ludovico consentiría que el rey de Francia armase en Génova los barcos que quisiera;

Y, finalmente, que Ludovico prestaría a Carlos VIII doscientos mil ducados, pagaderos en el momento de su partida.

Por su parte, el rey de Francia se obligó:

A defender la autoridad personal del duque de Milán en su ducado contra cualquiera que pretendiese despojarle de ella;

A dejar en Asti, ciudad que pertenecía al duque de Orleans por habérsela legado en herencia su abuela Valentina Visconti, doscientas lanzas francesas, dispuestas siempre para socorrer a la casa de Sforza;

Y a abandonar, finalmente, el principado de Tarento a su aliado tan pronto como hubiese conquistado el reino de Nápoles.

Apenas concluído este tratado, Carlos VIII, al que parecían exageradas sus ventajas para él, pensó en librarse inmediatamente de cuantos obstáculos pudieran retrasar o estorbar su expedición. Precisa era esta precaución, puesto que sus relaciones con las grandes potencias

distaban mucho de ser como él las hubiera podido desear.

En efecto, Enrique VII había desembarcado en Calais con un grueso ejército amenazando a Francia con una nueva invasión.

Los reyes de España, Fernando e Isabel, si no habían contribuído a la caída de la casa de Anjou, habían mantenido, cuando menos, a la rama de Aragón con su dinero y sus tropas.

Finalmente, con la devolución que Carlos VIII hizo de Margarita de Austria, con la que estaba desposado, a Maximiliano, su padre, y con el matrimonio que contrajo con Ana de Bretaña, la guerra con el Rey de romanos había tomado nueva fuerza.

Por el tratado de Etaples (3 de noviembre de 1492), Enrique VII se separó de la alianza que tenía con Maximiliano, obligándose a cesar en sus conquistas.

Este tratado costó a Carlos VIII setecientos cuarenta y cinco mil escudos y el reembolso de los gastos para la guerra de Bretaña.

Por el tratado de Barcelona, firmado el 19 de enero de 1493, los Reyes Católicos quedaron comprometidos a no prestar socorro a su primo Fernando de Nápoles, y a no poner obstáculos a los proyectos de la corte de Francia en Italia.

Al rey de Francia le costó Perpiñán, el condado del Rosellón y la Cerdeña, dados como prenda por la suma de trescientos mil ducados a Luis XI por Juan de Aragón y que Luis no quiso devolverle en la época fijada, mediante la restitución de dicha suma; tanta era la importancia que el viejo zorro real concedía a la posesión de esas puertas abiertas sobre los Pirineos, que él podía cerrar por dentro en caso de guerra.

Para terminar, Maximiliano, por el tratado de Senlis, firmado el día 23 de mayo de 1493, perdonó a Francia la afrenta que había recibido por mano de su rey Carlos VIII.

El rey de Francia cedió, por dicho tratado, los condados de Borgoña, de Artois, de Charlais y la señoría de Noyers, que había recibido con la dote de Margarita, y a más de las ciudades de Aire, Hesdin y Bethune, que se obligó a devolver a Felipe *el Hermoso* tan pronto como llegara a su mayor edad.

Mediante estos sacrificios, quedó el joven monarca en paz con todos sus vecinos, y pudo emprender el proyecto propuesto por el duque de Milán, al cual se lo sugirió, como hemos dicho, la negativa a acceder a su plan de diputación, negativa inspirada por el deseo que Pedro de Médicis sentía de ostentar sus magnificencias y Gentile de pronunciar su discurso.

De modo que, gracias a la vanidad de un profesor y al orgullo de un estudiante, iba a verse el mundo removido desde el golfo de Tarento hasta los montes Pirineos.

El papa Alejandro VI, que se encontraba en el centro de ese vasto temblor de tierra, del que Italia no había sentido aún las primeras sacudidas, se aprovechó de la preocupación instintiva de los espíritus para desmentir por primera vez el famoso discurso que hemos reproducido, creando cardenal a Juan Borgia, su primogénito, que durante el pontificado de su antecesor Inocencio VIII había sido nombrado arzobispo de Montreal y gobernador de Roma.

Esta promoción, que se acogió sin murmuraciones, teniendo en cuenta los antecedentes del agraciado, fué una especie de ensayo que intentó Alejandro VI, y que, en vista de su buen éxito no tardó en decidirle a dar a César Borgia el arzobispado de Valencia, beneficio de que él había gozado antes de su elevación al pontificado. Pero aquí surgieron las dificultades por parte del que recibía la gracia. Gran trabajo iba a costarle al impetuoso joven, que tenía todos los instintos y todos los vicios de un capitán de *condottieri*, imponerse, aunque sólo fuera en apariencia, las virtudes de un hombre de Iglesia; pero como su mismo padre le había dicho que las altas dignidades seculares estaban reservadas para su hermano mayor, decidióse a aceptar lo que se le daba, temeroso de no obtener otra cosa; sin embargo, su odio contra Juan se acentuó, porque desde entonces era dos veces su rival, en amores y en ambiciones.

De repente, y cuando menos lo esperaba, Alejandro VI vió que el rey Fernando volvía a él; pero demasiado hábil político, el papa no quiso acoger este retorno sin antes conocer las causas de él: pronto supo lo que se tramaba en la corte de Francia contra el reino de Nápoles, y todo se lo explicó.

Entonces fué él quien impuso condiciones.

Pidió la realización del matrimonio de su tercer hijo, Godofredo, con doña Sancha, hija natural de Alfonso, exigiendo que aportara en dote a su esposo el principado de Esquilache y el condado de Cariati, con diez mil ducados de renta, y el cargo de protonotario, que era uno de los siete grandes oficios de la corona, independientes de la autoridad real.

Pidió para su hijo mayor, creado duque de Gandía por Fernando *el Católico*, el principado de Tricarico, los condados de Chiaramonte, Lauria y Carniola, con doce mil ducados de renta y el primero de los siete grandes oficios que quedara vacante.

Pidió que a su embajador en la corte de Nápoles, Virginio Orsini, se le diera el tercero de esos grandes oficios, que era el de condestable, es decir, el más eminente de todos.

Y, finalmente, que Julián de la Rovère, uno de los cinco cardenales que habían protestado contra su elección y que se hallaba fortificado en Ostia, donde el roble, al cual debía su nombre, y que forma sus armas, todavía está esculpido sobre todos los muros, fuese expulsado de la ciudad devolviéndosela a él.

Nada de lo que el papa pidió le fué rehusado.

En cambio, Alejandro VI sólo se obligó a no retirar a la casa de Aragón la investidura del reino de Nápoles que le había sido concedida por sus predecesores. Era pagar excesivamente cara una simple promesa, pero de ella, si la cumplían, dependía la legitimidad del poder de Fernando, porque el reino de Nápoles era un feudo de la Santa Sede. Únicamente Alejandro VI podía pronunciarse sobre la justicia de las pretensiones de cada competidor; de modo que la continuación de esta investidura era de suma importancia para la casa de Aragón, desde el momento en que la de Anjou se alzaba a mano armada para despojarla.

Como se ve, en el corto espacio de tiempo que era papa, no hacía todavía un año, Alejandro VI había adelantado ampliamente en el engrandecimiento de su poder temporal. Es verdad que, personalmente, era el que poseía el más reducido de los territorios italianos; pero, por la alianza de su hija Lucrecia con Juan Sforza, su mano se extendía hasta Venecia, mientras que, por el casamiento de su hi-

jo Godofredo con doña Sancha, y por las concesiones territoriales hechas al duque de Gandía, tocaba con la otra en la extremidad de la Calabria.

Firmado ya este tratado, tan ventajoso para él, y como César se quejase de que siempre se olvidaban de él en el reparto de los favores paternales, le nombró cardenal de Santa María Novella.

Pero como no existía aún ejemplo en la Iglesia de que un bastardo hubiera revestido la púrpura, Alejandro tuvo necesidad de proporcionarse cuatro testigos que declarasen que César era hijo del conde Fernando de Castilla: como se ve, el tal don Manuel Melchiori era un hombre precioso, puesto que supo representar el papel de padre con tanta gravedad como había hecho el de esposo.

En cuanto al casamiento de los dos bastardos, podemos decir que se celebró con todo esplendor, enriquecido con las dobles pompas de la realeza y de la Iglesia, y luego, como Alejandro VI había obtenido de los recién casados que habitarían cerca de él, el nuevo cardenal César Borgia se encargó de que su entrada y recepción en Roma fuese bien pomposa, pompa a la que Lucrecia, que gozaba de su padre un favor nunca visto en la corte de los papas, quiso realzar con todo el brillo que en sus manos estaba añadir. César salió a recibir a ambos jóvenes con una rica y magnífica escolta de señores y cardenales, mientras que Lucrecia los esperaba con las más bellas y nobles damas de Roma, en un salón del Vaticano, donde, de antemano, había sido preparado un trono para el papa, teniendo a sus pies cojines que debían ocupar Lucrecia y doña Sancha. De modo, dice Tommasi, que, a juzgar por el aspecto de la asamblea y por lo que en ella se hablaba, más bien se hubiera creído asistir a la audiencia magnífica y voluptuosa de algún rey de la antigua Asiria que al severo consistorio de un pontífice romano, el cual debe hacer que la santidad del nombre que lleva resplandezca en todas cuantas acciones ejecuta. Pero — añade el mismo historiador — si la víspera de Pentecostés se pasó en esas dignas funciones, las ceremonias con que fué celebrada al siguiente día la fiesta de la venida del Espíritu Santo no fueron menos decentes según el espíritu de la Iglesia, a juzgar por lo que de ella dice el maestro de ceremonias en su diario cotidiano:

«El papa llegó a la basílica de los Santos Apóstoles, sentándose cerca de él, sobre el pupitre de mármol en donde los canónigos de San Pedro acostumbran cantar la Epístola y el Evangelio, Lucrecia, su hija, y Sancha, su nuera, rodeadas, para mayor vergüenza de la Iglesia y con gran escándalo del pueblo, de una multitud de damas romanas mucho más dignas de habitar el barrio de Mesalina que la ciudad de San Pedro.»

Así, pues, tanto en Roma como en Nápoles, la espera de una ruina próxima les tenía a todos adormilados, perdiendo de este modo el tiempo y gastándose el oro en vano humo de orgullo; y esto en tanto que los franceses, bien despiertos, sacudían ya las antorchas con que iban a incendiar a Italia.

En efecto, los propósitos de conquista de Carlos VIII no eran ya objeto de duda para nadie. El joven rey había enviado a los diversos Estados de Italia una embajada compuesta de Perrón de Baschi, de Bricconnet, de d'Aubigny y del presidente del parlamento de Provenza. La misión de esta embajada sólo tenía por objeto pedir la cooperación de los príncipes italianos para hacer recobrar a la casa de Anjou sus derechos a la corona de Nápoles.

Los primeros a quienes esta embajada se dirigió fueron los venecianos, a los cuales pidió ayuda y consejo para el rey su amo. Pero los venecianos, fieles a su sistema político, que les valió el ser llamados los judíos de la cristiandad, respondieron que no podían prometer su ayuda al joven rey, por cuanto constantemente tenían que estar en guardia contra los turcos; y que en lo que se refería al consejo, creían que sería un exceso de presunción por parte de ellos dar su opinión a un príncipe al que generales tan experimentados y ministros tan avisados rodeaban.

Perrón de Baschi, en vista de la imposibilidad de obtener otra respuesta, retornó a Florencia. Pedro de Médicis lo esperaba en gran consejo, habiendo reunido para esta solemnidad no sólo a los Setenta, sino también a todos los gonfaloneros que habían tomado asiento en la *Señoría* durante los treinta y cuatro años últimos. La petición expuesta por el embajador de Francia fué: que la República permitiera al ejército francés el paso por sus Estados, y se comprometiera a proveerlo de todo lo necesario, mediante el pago al contado. La magnífica República con-

testó que, si Carlos VIII marchaba contra los turcos en lugar de marchar contra Fernando, le concedería todo cuanto deseaba; pero, estando ligada a la casa de Aragón por un tratado de alianza, no podía traicionarla concediendo al rey de Francia lo que pedía.

Entonces los embajadores se dirigieron a Siena. La pequeña República, asustada del honor que se le hacía al pensar en ella, contestó que su único deseo era permanecer neutral, y que considerándose demasiado débil para declararse de antemano en favor o en contra de rivales semejantes, se vería forzada, naturalmente, a inclinarse en favor de la parte más pujante. Provistos de esta respuesta, que por lo menos tenía el mérito de la franqueza, los enviados del rey de Francia se dirigieron hacia Roma, y, conducidos ante el papa, le pidieron para su rey la investidura del reino de Nápoles.

El papa contestó que habiendo sus antecesores dado esa investidura a los príncipes de la casa de Aragón, él no podía retirársela sin un juicio que probara que la casa de Anjou tenía más derecho a ella que la que se le pedía desposeyera. Recordó entonces a Perrón de Baschi que, dependiendo Nápoles de la Santa Sede, únicamente al papa correspondía la elección de su soberano, y que, por consiguiente, atacar al que reinaba en aquel momento, era atacar a la misma Iglesia.

Como se ve, las gestiones de la embajada no prometían gran ayuda a Carlos VIII, por lo que éste resolvió contar solamente con su aliado Ludovico, y confiar todas las demás cuestiones a la fortuna de sus armas.

Por ese mismo tiempo se recibió la noticia del fallecimiento de Fernando, y esto lo fortificó más aún en esta resolución. El anciano rey, al regresar de una cacería, había sido atacado de una tos catarral, que lo puso en dos días en el último trance, falleciendo el día 25 de enero de 1494, a los setenta años de edad, después de un reinado de treinta y seis, sucediéndole en el trono su hijo Alfonso, que fué nombrado inmediatamente rey de Nápoles.

Fernando no había mentido a su título de dichoso, pues dejaba el mundo en el momento en que la fortuna iba a cambiar para su familia.

Alfonso había hecho ya sus primeras armas: había combatido con ventaja contra la República de Florencia

y la de Venecia, y había arrojado a los turcos de Otranto; además, era considerado tan sutil como su padre en la política tortuosa que tan en uso estaba a la sazón por las cortes de Italia; de suerte que abrigó hasta la esperanza de reunir a sus aliados, el enemigo con quien estaba en guerra, cuando llegaron hasta él las primeras pretensiones de Carlos VIII.

Nos referimos a Bayaceto II.

En consecuencia, envió ante ese príncipe a Camilo Pandone, uno de sus ministros de confianza, para hacer comprender al sultán otomano que la expedición de Carlos VIII a Italia no era más que un pretexto para aproximarse a sus conquistas mahometanas, y que, una vez en el Adriático, el rey de Francia solamente tendría que hacer uno o dos días de travesía para llegar a Macedonia, desde donde, por tierra, podía marchar hacia Constantinopla. En vista de eso, y para sostener sus intereses comunes, le encargaba que le proporcionase seis mil caballos y otros tantos infantes, cuyo sueldo prometía pagar mientras estuvieran en Italia. En Tarento se reunió al embajador francés el enviado del papa, Jorge Bucciarda, encargado por su parte, en nombre de Alejandro VI, de llamar a los turcos en su ayuda contra los cristianos. Sin embargo, mientras esperaba la contestación de Bayaceto, que podía tardar muchos meses, Alfonso expuso sus deseos de celebrar una entrevista con el papa y Pedro de Médicis, para en ella convenir las medidas que debían adoptar con respecto a lo más urgente. La cita se fijó en Vicovaro, cerca de Tivoli, y las tres partes interesadas se reunieron allí el día que de antemano se indicó.

Alfonso, que al salir de Nápoles había dejado dispuesto el empleo de sus fuerzas de mar y confiado a su hermano Federico el mando de una flota compuesta de treinta y cinco galeras, diez y ocho buques de alto bordo y doce bastimentos pequeños, con los que debía vigilar el puerto de Liorna y esperar allí la flota que Carlos VIII armaba en Génova, acudía a la entrevista, más que nada, para decidir con sus aliados la marcha de las operaciones de los ejércitos de tierra. Podía disponer inmediatamente, sin contar el contingente que debían proporcionarle sus aliados, de cien escuadrones de caballería gruesa, compuesto cada uno de veinte hombres, y de tres mil ballesteros y

jinetes de caballería ligera. Proponía, en consecuencia, avanzar inmediatamente por Lombardía, operar una revolución favorable para su sobrino Galeazzo, y arrojar de Milán a Ludovico antes de que pudiera recibir socorros de Francia, con el objeto de que el rey francés, al pasar los Alpes, se encontrase con un enemigo al que le sería preciso combatir, en vez de un aliado que le había prometido hombres, dinero y paso franco.

Esta proposición era, a un tiempo mismo, la de un gran político y un capitán atrevido; pero, como los reunidos habían acudido allí más que por el bien común, por sus propios intereses, Pedro de Médicis recibió el consejo con bastante frialdad, pues no le agradaba desempeñar en la guerra otro papel que el que estuvo a punto desempeñar en la embajada, y Alejandro VI, que contaba emplear las fuerzas de Alfonso por su propia cuenta, lo rechazó. Recordó, además, al rey de Nápoles que una de las condiciones de la investidura, que le había prometido, era arrojar al cardenal Julián de la Rovère de la ciudad de Ostia, y entregarle la plaza, conforme estaba convenido. Por otra parte, los favores que la embajada de Nápoles habían valido a Virgilio Orsini concitaron contra este favorito de Alejandro VI a Próspero y a Fabricio Colonna, a los cuales pertenecían casi todos los pueblos de los alrededores de Roma. Ahora bien, Alejandro VI no podía mantenerse de este modo entre enemigos tan poderosos, por lo que importaba muy mucho librarle de los unos y de los otros, teniendo en cuenta la necesidad de que el papa estuviera tranquilo, puesto que era el alma y la cabeza de una liga en la que los demás sólo eran el cuerpo y los miembros.

Aun cuando el rey de Nápoles hubiera discernido perfectamente los motivos de frialdad de Pedro de Médicis, y el papa no le hubiese dado ningún trabajo para averiguar los suyos, no por eso se vió menos obligado a acceder a la voluntad de sus aliados dejando al uno la defensa de los Apeninos contra los franceses, y ayudando al otro a desembarazarse de sus vecinos los romañolos. Para conseguirlo, apuró el sitio de Ostia, agregando a los doscientos hombres de armas del papa que mandaba Virgilio, una parte de la caballería ligera; este pequeño ejército debía situarse en los alrededores de Roma y mantener a

los Colonna en la obediencia. Del resto de sus tropas hizo dos divisiones, una de las cuales, obedeciendo las órdenes de su hijo Fernando, debía recorrer la Romaña, a fin de obligar a los pequeños príncipes a levantar y entregarle el contingente que le habían prometido, mientras él, al frente de la otra, defendía los desfiladeros de los Abruzzos.

En la madrugada del día 23 de abril, Alejandro VI se vió libre del primero y el más ardiente de sus enemigos: Julián de la Rovère, comprendiendo que le era imposible sostenerse por más tiempo contra las tropas de Alfonso, decidió embarcarse a bordo de un bergantín que lo condujo a Savona.

Desde esa fecha empezó Virgilio aquella famosa guerra de partidarios que convirtió la hermosa campiña romana en el más poético desierto que existe en el mundo entero.

El rey de Francia se hallaba en Lyon no sólo dudando respecto al camino que debía tomar para introducirse en Italia, sino que comenzaba a reflexionar sobre las probabilidades azarosas de semejante expedición. Exceptuando al duque de Milán, en ningún otro había encontrado simpatía: de modo que creyó que se vería obligado a combatir, no solamente contra el reino de Nápoles, sino contra Italia entera. Los preparativos de guerra le habían agotado todo el dinero de que podía disponer; la señora de Beaujeu y el duque de Borbón reprobaban resueltamente su empresa. Briçonnet, a pesar de haberla aconsejado, no se atrevía ya a sostenerla; finalmente, cuando Carlos VIII, más irrevoluto que nunca, había dado ya contraórdenes a varios cuerpos de tropas que se habían puesto en movimiento, el cardenal Julián de la Rovère, arrojado de Italia por el papa, hizo su entrada en Lyon presentándose ante el rey.

El cardenal acudía, lleno de odio y de esperanza, cuando encontró a Carlos VIII disponiéndose a abandonar el proyecto, proyecto en el cual el enemigo del papa cifraba sus deseos de vengarse. Refirió a Carlos VIII las divisiones de sus enemigos, cada uno de los cuales seguía su interés particular: Pedro de Médicis el de su orgullo, Alejandro VI el del engrandecimiento de su casa. Le hizo presente las flotas que, completamente dispuestas, tenía en los puertos de Villafranca, Marsella y Génova, cuyos arma-

mentos se perderían: le recordó que había enviado por adelantado a Pedro d'Urfé, su caballerizo mayor, para hacer que tuvieran preparado alojamiento en los palacios de los Spínola y de los Doria. Finalmente, le hizo ver el ridículo y la vergüenza que el renunciar a una empresa con tanta resolución proclamada le valdría, máxime teniendo en cuenta los onerosos tratados de paz que para su ejecución se viera obligado a concertar con Enrique VII, con Maximiliano y con Fernando *el Católico*. El cardenal de la Rovère había tenido buena puntería al tocar en su orgullo a Carlos VIII, pues, venciendo sus vacilaciones, ordenó a su primo el duque de Orleáns, que más tarde ocupó el trono con el nombre de Luis XII, que tomara el mando de la flota francesa y se encaminara con ella a Génova, envió órdenes a Antonio de Bessay, barón de Tricastel, para que condujera a Asti los dos mil infantes suizos que había levantado en los cantones, y, finalmente, él mismo salió el día 2 de agosto de 1494 de Vienne del Delfinado, cruzó los Alpes por el monte Ginebra, sin que un solo cuerpo de ejército se opusiera a su paso, y bajó al Piamonte y al Monferrato, que en aquel momento estaban gobernados por dos regentes, pues los soberanos de estos principados, Carlos Juan Amades y Guillermo Juan, contaban seis y ocho años respectivamente.

Las dos regentes salieron al encuentro de Carlos VIII, una en Turín, la otra en Casale, cada una al frente de una numerosa y brillante corte, y cubiertas de joyas y de pedrerías. Carlos VIII, que no ignoraba que, a pesar de esas demostraciones amistosas, ambas habían hecho tratados con su enemigo, Alfonso de Nápoles, las trató con la mayor cortesía, y como le hicieran protestas de su amistad, les rogó que le dieran una prueba de ella prestándole las joyas y pedrerías de que estaban cubiertas. Las dos regentes, viéndose en el caso de obedecer a esta invitación, que equivalía a una orden, se despojaron de sus magníficos collares, anillos y pendientes. El rey de Francia les dió un recibo en el que estaba todo perfectamente detallado, y empeño las alhajas por veinticuatro mil ducados; luego, provisto de esta suma, prosiguió su camino y se dirigió hacia Astí, cuya soberanía conservaba el duque de Orleáns, como hemos dicho, y a donde fueron a reunírsele Ludovico *el Moro* y su suegro, el príncipe Hércules de Este,

duque de Ferrara. Iban con ellos las tropas y el dinero prometido, y, además, una corte compuesta de las más hermosas mujeres de Italia.

Dieron comienzo las fiestas, los bailes y los torneos con una magnificencia que sobrepujó a todo cuanto se había visto hasta entonces en Italia. Pero, de pronto, una enfermedad del rey lo interrumpió todo. La enfermedad que Cristóbal Colón trajo del Nuevo Mundo, y que los italianos llamaron mal francés, y los franceses mal italiano, se manifestaba por primera vez en Italia. Lo que hay de probable es que una parte de la tripulación de Cristóbal Colón, que era genovesa, había ya traído de América esa extraña y cruel compensación de sus minas de oro.

Sin embargo, la indisposición del rey no alcanzó la gravedad que en los primeros momentos se temiera. Al cabo de pocas semanas, ya curado, se encaminó hacia Pavia en donde se estaba muriendo el joven duque Galeazzo. El rey de Francia y él eran hijos de dos hermanas de la casa de Saboya; y por consiguiente, primos hermanos. Carlos VIII no podía dispensarse de visitarlo, por lo que fué a verle al castillo en donde habitaba, más bien en calidad de preso que como señor. Lo encontró recostado en un canapé cama, pálido y extenuado por el abuso de las voluptuosidades, según unos, por un veneno lento y mortal, según otros. Pero por muchos deseos que Galeazzo sintiera de quejarse a Carlos VIII, no se atrevió a decirle nada, puesto que su tío Ludovico no se separó un solo momento de ellos. Sin embargo, al ir a levantarse Carlos VIII para salir, abrióse una puerta y apareció en ella una mujer joven, que fué a echarse a los pies del rey: era la esposa del infeliz Juan Galeazzo que venía a suplicar a su primo que nada hiciera contra su padre Alfonso, ni contra su hermano Fernando. El duque de Milán frunció el ceño cuando vió esto, pues no sabía aún la impresión que esta escena produciría en su aliado; sin embargo, pronto se serenó. Carlos VIII había contestado que la gloria de su nombre, así como el interés de su reino, no le permitían retroceder en lo que llevaba avanzado, y que esos motivos eran demasiado importantes para sacrificarlos al sentimiento de piedad que experimentaba, por profundo y real que fuera. La pobre joven, al ver perdidas sus últimas esperanzas, se arrojó entristecida en brazos de su esposo.

Carlos VIII y Ludovico *el Moro* salieron: Juan Galeazzo estaba condenado.

Al día siguiente, el rey de Francia salió para Florencia, acompañado por su aliado; pero, al llegar a Parma, recibió Ludovico la noticia del fallecimiento de su sobrino, viéndose obligado a excusarse ante el rey francés de que le dejara continuar solo su camino; pues los intereses que le llamaban a Milán eran de tal importancia en aquellas circunstancias, que no podía estar alejado de allí un día más. En efecto, se trataba de recoger la sucesión del hombre que había asesinado.

No sin cierta inquietud, prosiguió Carlos VIII su viaje. Habíase conmovido profundamente al ver al joven príncipe moribundo, y en su interior sentía el convencimiento de que moría por mano de su tío Ludovico; no ignoraba que un asesino puede ser un traidor, motivo por el cual avanzaba con alguna inquietud por un país desconocido para él, viendo ante sí un enemigo declarado y dejando detrás un amigo dudoso: comenzaba a entrar en las montañas, y como el ejército únicamente vivía al día, la menor parada forzosa traería consigo el hambre. Ahora bien, se hallaba frente a Fivizzano, Sarzano y Pietra Santa, que se consideraban como fortalezas inexpugnables; además, se encontraba en un país casi estéril, sobre todo en octubre, pues únicamente produce aceite y el trigo se lo proporciona de las provincias vecinas; un ejército entero podía quedar destruido allí por la escasez y la malaria, más aún que por los medios de resistencia que ofrece a cada paso el terreno. La situación era grave, pero nuevamente vino el orgullo de Pedro de Médicis a ayudar a Carlos VIII.

Pedro de Médicis, conforme recordarán nuestros lectores, se había comprometido a cerrar la entrada de la Toscana a los franceses; sin embargo, al ver que su enemigo bajaba los Alpes, menos confiado en sus fuerzas, pidió socorros al papa. Tan pronto como se difundió en la Romaña el rumor de la invasión ultramontana, los Colonna se pronunciaron en favor de Carlos VIII, y reuniendo todas sus fuerzas, se apoderaron de Ostia, en donde aguardaban la flota francesa para ofrecer a sus tropas el paso hacia Roma; entonces, Alejandro VI, en lugar de enviar las tropas a Florencia, vióse precisado a hacer un llamamiento a to-

dos sus soldados alrededor de su capital, enviando a decir a Pedro de Médicis que, si Bayaceto atendía su demanda de tropas y se las enviaba, pondría ese ejército a su disposición. Pedro de Médicis no había tomado ninguna resolución todavía ni había formado plan alguno, cuando supo dos noticias terribles. Un vecino celoso, el marqués de Tordinovo, no tuvo inconveniente en indicar a los franceses el lado débil de Fivizzano, de suerte que éstos penetraron en la ciudad pasando a cuchillo tanto a la guarnición como al vecindario; por otra parte, Gilberto de Montpensier, que estaba de descubierta a orillas del mar para proteger las comunicaciones del ejército francés con su flota, había encontrado un destacamento que Pablo Orsini enviaba a Sarzano para reforzar la guarnición, dejándolo completamente deshecho después de una hora de combate. Ni uno solo de los prisioneros se libró de la muerte; todos los que cayeron en su poder fueron exterminados.

Era la primera vez que los italianos, acostumbrados a los combates caballerescos del siglo xv, se encontraban en contacto con los terribles ultramontanos, que, no tan adelantados como ellos en cuanto a civilización, consideraban todavía la guerra como una verdadera lucha mortal. Así, pues, la noticia de esta carnicería produjo gran sensación en Florencia, la ciudad más rica, más comerciante y más artista de Italia. Consideraban a los franceses semejantes a un ejército de aquellos que sólo apagan el fuego con la sangre; y las profecías de Savonarola, al vaticinar la invasión de los ultramontanos y la destrucción que debía seguirla, volvieron a la memoria de todos. Hubo tal efervescencia, que Pedro de Médicis, resuelto a obtener la paz, costase lo que costase, hizo que la República decretase el envío de una embajada al vencedor, y, por su decisión de ponerse él mismo en manos de Carlos VIII, consiguió formar parte de esta embajada. En virtud de esto, salió de Florencia, acompañado por otros cuatro representantes, y, cuando llegó a Pietra Santa, hizo que pidieran al rey francés un salvoconducto para él solo. Al siguiente día de esta petición, Briçonnet y de Pienes fueron en su busca y lo llevaron a la presencia de Carlos VIII.

A pesar de su nombre y de su influencia, Pedro de Médicis, a los ojos de la nobleza francesa, que consideraba

como un deshonor ocuparse en las artes o la industria, no era más que un comerciante rico, con el cual era inútil guardar muy severas atenciones, por cuya razón, Carlos VIII, que lo recibió a caballo, le preguntó con altanería y cual si hablase con un subordinado suyo, de dónde le había venido ese orgullo de querer disputarle el paso por la Toscana. Pedro de Médicis respondió que, con el consentimiento del mismo Luis XI, su padre Lorenzo había firmado un tratado de alianza con Fernando de Nápoles, y que se había visto obligado a obedecer esos compromisos; pero, resuelto a no prolongar su adhesión a la casa de Aragón y llevar la contraria a la de Francia, se sentía dispuesto a hacer todo cuanto Carlos VIII exigiera de él. El rey, que ni siquiera soñaba en que su enemigo se le presentara con tanta humildad, pidió que se le entregara la plaza de Sarzano, a lo que consintió inmediatamente Pedro de Médicis. Entonces, el vencedor, queriendo ver hasta dónde llegaba la deferencia del embajador de la Magnífica República, manifestó que distaba mucho de bastarle aquella concesión y que necesitaba, además, las llaves de Pietra Santa, de Pisa, de Librafatta y de Liorna. No opuso más dificultades Pedro de Médicis en la entrega de estas plazas de las que opusiera en la de Sarzano, consintiendo en ello con la única salvedad de la palabra que le dió Carlos VIII de entregarle dichas ciudades tan pronto como hubiese conquistado Nápoles.

Finalmente, viendo el rey la facilidad de tratar con el representante que le habían enviado, exigió, como última condición, con el carácter de *sine qua non* para otorgar su real protección, que la Magnífica República le prestara la cantidad de doscientos mil florines. Pedro de Médicis, que con la misma facilidad disponía del tesoro que de las fortalezas, respondió que sus conciudadanos se considerarían felicísimos de poder prestar ese servicio a su nuevo aliado. El rey de Francia le hizo entonces montar a caballo y le ordenó que marchara delante de él, a fin de comenzar la ejecución de sus promesas con la entrega de las cuatro plazas fuertes que había exigido. Obedeció Pedro de Médicis, y el ejército del rey francés, guiado por el hijo de Lorenzo *el Magnífico*, prosiguió su marcha triunfal a través de la Toscana.

Cuando llegaron a Lucca, Pedro de Médicis se enteró

de la terrible fermentación que las concesiones hechas a Carlos VIII habían producido en Florencia. Todo lo que la Magnífica República había creído que el rey de Francia exigiría era simplemente el paso por su territorio; el descontento era, pues, general, y vino a aumentarlo el regreso de los otros embajadores, a los cuales ni siquiera había consultado Pedro de Médicis para obrar como lo hizo. En cuanto a éste, juzgando necesario su regreso, solicitó de Carlos VIII su consentimiento para regresar a la capital. Como había cumplido sus compromisos, menos el del préstamo, y éste únicamente podía ser negociado en Florencia, el rey no vió en ello ningún inconveniente, y, la misma tarde en que se había separado del ejército francés, Pedro regresó de incógnito a su palacio de la Vía Larga.

El día siguiente, Pedro quiso presentarse ante la *Señoría*, pero, cuando llegó a la plaza del Palacio Viejo, vió que salía a su encuentro el gonfaloniero Jacobo de Nerli, el cual le significó la inutilidad de proseguir su camino, mostrándole al mismo tiempo a Lucas Corsini, que, con la espada en la mano y acompañado de varios guardias, permanecía de pie en la puerta con orden de impedirle el paso. Pedro de Médicis, asombrado de semejante oposición, que por primera vez veía, ni siquiera intentó combatirla; y retirándose a su casa, escribió a Pablo Orsini, su cuñado, que viniera a buscarlo con sus gentes de armas. Para desgracia suya, la carta fué interceptada. La *Señoría*, viendo en ella una tentativa de rebelión, llamó en su ayuda a los ciudadanos, los cuales se armaron a toda prisa y fueron a reunirse en la plaza del Palacio. Entretanto, el cardenal Juan de Médicis había montado a caballo, y, convencido de que Orsini le prestaría su apoyo, recorría las calles de Florencia, acompañado por sus servidores y lanzando su grito de guerra: ¡*Palle!* ¡*Palle!* Pero los tiempos habían cambiado; aquel grito no encontraba eco, y al llegar el cardenal a la calle de los Calzaioli, respondieron tales murmullos a su grito, que comprendió que en vez de intentar la sublevación de Florencia, lo más acertado era abandonar la ciudad antes de que la fermentación llegase más lejos. Se retiró inmediatamente a su palacio, con la esperanza de encontrar allí a sus hermanos Pedro y Julián. Pero éstos, bajo la protección de Orsini y sus soldados acababan de huir por la puerta de San Gallo. Ante

la inminencia del peligro, Juan quiso seguir el ejemplo de sus dos hermanos, pero por dondequiera que pasaba era acogido con clamores cada vez más amenazadores.

Finalmente, al ver que el peligro aumentaba por momentos, echó pie a tierra, y entró en una casa que estaba abierta. Por fortuna, el edificio comunicaba con un convento de franciscanos; uno de los frailes prestó su hábito al fugitivo que logró de este modo salir de Florencia y reunirse con sus hermanos en los Apeninos.

Aquel mismo día quedaron declarados los Médicis traidores y rebeldes, y se enviaron embajadores al rey de Francia. En Pisa lo encontraron, en donde acababa de libertar a la ciudad del yugo que sobre ella habían ejercido los florentinos por espacio de ochenta y siete años; por toda respuesta dijo a los mensajeros que iba a encaminarse a Florencia.

Como fácilmente se comprende, semejante contestación asustó a la Magnífica República. Florencia no tenía ni tiempo para preparar su defensa, ni contaba con medios para defenderse. Sin embargo, cada casa poderosa reunió a su alrededor a sus servidores y a sus vasallos, y, habiéndolos armado, esperó no con intención de romper las hostilidades, pero sí con el propósito de defenderse en el caso de ser atacados por los franceses. Se convino que si alguna cosa hacía necesario acudir a las armas, las campanas de las diferentes iglesias de la ciudad darían la señal para todos tocando a rebato. Esta resolución era quizás más terrible en Florencia que en cualquiera otra población. Los palacios que de aquella época se conservan son hoy todavía verdaderas fortalezas, y los eternos combates entre güelfos y gibelinos habían familiarizado a los toscanos con las guerras callejeras.

El día 17 de noviembre por la tarde se presentó Carlos VIII en la puerta de San Friano. Allí le esperaba reunida la nobleza florentina ataviada con sus mejores vestiduras, acompañada por el clero, que cantaba himnos, y por el pueblo, que, amante de los cambios, esperaba obtener algún retorno de libertad por la caída de los Médicis. El rey de Francia se detuvo un momento bajo una especie de dosel dorado que habían dispuesto para él, y respondió con unas cuantas palabras evasivas a las frases de bienvenida que le dirigió la *Señoría*; después pidió su lanza,

la apoyó sobre el muslo y dió la orden de entrar en la ciudad, la que cruzó con todo su ejército yendo a alojarse en el palacio de los Médicis, que de antemano le había sido preparado.

Al día siguiente comenzaron las negociaciones, pero se hallaron muy distantes de llegar a una avenencia. Los florentinos habían recibido a Carlos VIII como a huésped, y éste había entrado como vencedor. De modo que, al hablar los diputados de la *Señoría* de ratificar el tratado de Pedro de Médicis, el rey les respondió que, habiendo sido derrocado por ellos el que lo había hecho, el tratado no existía; que Florencia era conquista suya, como lo probaba el haber entrado en ella el día antes lanza en mano; que se reservaba la soberanía sobre ella, y decidiría en todo según tuviera a bien, comunicándoles si se decidía por la restauración de los Médicis o si delegaba su autoridad en la *Señoría*, y que, por lo demás, solamente debían volver al día siguiente para que les diera por escrito su ultimátum.

Esta respuesta consternó a la magnífica República, pero no por eso dejaron los florentinos de afirmarse más en su resolución de defenderse. Por su parte, el rey de Francia quedó asombrado de la extraña población de la ciudad, porque no solamente las calles por donde había pasado, sino todas las casas, desde las azoteas a los respiraderos de los sótanos, estaban rebosantes de gente. Florencia en aquella época podría tener unas ciento cincuenta mil almas.

El día siguiente, a la hora convenida, los diputados fueron a ver a Carlos VIII; cuando se hallaron ante él, volvieron a comenzar las discusiones. Finalmente, vista la imposibilidad de entenderse, el secretario real, que estaba de pie en las gradas del trono ocupado por el rey de Francia, desplegó un papel y comenzó a leer, artículo por artículo, las condiciones de Carlos VIII. Pero, apenas se había llegado a la tercera parte de la lectura, la discusión volvió a continuar con más ardor que antes; el rey dijo que así sería o daría orden de hacer tocar sus trompetas, y entonces, Pedro Capponi, secretario de la República, llamado el Escipión de Florencia, arrancando de manos del secretario real la capitulación vergonzosa que proponía, y haciéndola pedazos, exclamó:

—¡Pues bien, Sire, haced que suenen vuestras trompetas, nosotros haremos sonar nuestras campanas!

Y después de haber tirado los trozos de papel a la cara del lector estupefacto, abandonó el salón para dar la orden terrible que iba a convertir a Florencia en campo de batalla.

Lo atrevido de esta respuesta salvó a la ciudad, pues los franceses creyeron que, para hablar tan alto, y a ellos que con ningún obstáculo habían tropezado todavía, era menester que los florentinos tuvieran recursos ignorados, pero ciertos. Los pocos hombres de prudencia que conservaban algún influjo sobre el rey, le aconsejaron que moderara sus pretensiones, y entonces Carlos VIII presentó unas condiciones más razonables, que fueron aceptadas y firmadas por las partes, las cuales se publicaron el día 26 de noviembre durante la misa en la catedral de Santa María de las Flores.

Las nuevas condiciones eran las siguientes.

La *Señoría* debía pagar al rey de Francia, a título de subvención y en tres plazos, la suma de ciento veinte mil florines.

La *Señoría* levantaría el embargo que sobre los bienes de los Médicis pesaba, y anularía el decreto por el cual se ponía precio a la cabeza de cada uno de ellos.

La *Señoría* se comprometía a otorgar el perdón de sus ofensas a los habitantes de Pisa, mediante su vuelta bajo la obediencia de los florentinos.

Y, finalmente, la *Señoría* se obligaba a reconocer los derechos del duque de Milán sobre Sarzano y Pietra Santa, cuyos derechos, una vez reconocidos, serían apreciados y juzgados por árbitros.

Por su parte, Carlos VIII se comprometía a restituir las fortalezas que se le habían consignado, ya cuando se hubiese apoderado de la ciudad de Nápoles, o cuando se diese por terminada la guerra por una paz o por una tregua de dos años, o cuando por cualquier motivo, saliera de Italia.

Dos días después de esta proclamación, y con mucho contento por parte de la *Señoría*, el rey de Francia salió de Florencia y se adelantó hacia Roma por el camino de Poggibondi y Siena.

Alejandro VI comenzaba a compartir el terror gene-

ral: había tenido noticia de las matanzas de Fivizzano, de la Lunigiana y de Immola; sabía que las fortalezas de la Toscana habían sido entregadas a Carlos VIII por Pedro de Médicis, que Florencia se había rendido, y que Catalina Sforza había tratado con el vencedor; veía repasar, desalentados, los restos del ejército napolitano a través de Roma, para ir a reorganizarse en los Abruzzos, de suerte que se hallaba sin defensa frente a un enemigo que avanzaba hacia él, teniendo toda la Romaña de un mar al otro, y marchando en una sola línea desde Piombino hasta Ancona.

Precisamente en ese momento recibía el papa la respuesta de Bayaceto: su tardanza obedecía a haber sido detenidos el enviado pontificio y el embajador napolitano en Sinigaglia por Juan de la Rovère, hermano del cardenal Julián en el momento en que pusieron el pie en tierra. La respuesta que del sultán Bayaceto traían era que, encontrándose en aquel momento preocupado con una triple guerra, una con el soldán de Egipto, otra con el rey de Hungría, y la tercera con los griegos de Macedonia y del Epiro, se veía completamente imposibilitado de poder ayudar, no obstante su gran deseo, a Su Santidad, con sus armas. Acompañaba a los enviados un favorito del sultán, el cual era portador de una carta particular para Alejandro VI, en la que Bayaceto le ofrecía, bajo ciertas condiciones, ayudarle con su dinero. A pesar de que los enviados se vieron detenidos, como hemos dicho, el favorito del sultán no tardó en encontrar un medio para hacer llegar su despacho al papa; lo reproducimos en toda su ingenuidad:

«El sultán Bayaceto, hijo de Mahomed II, por la gracia de Dios emperador de Asia y de Europa, al padre de la cristiandad, Alejandro VI, pontífice de Roma y papa por la Providencia celeste: Después de saludarle conforme es nuestro deber, participamos a Su Grandeza, por mediación de su enviado Jorge Bucciarda, que hemos sabido su convalecencia, lo cual nos ha causado grande alegría y consuelo; además, entre otras cosas, habiéndonos referido el dicho Bucciarda que el rey de Francia, que marchaba contra Su Grandeza, manifestaba el deseo de apoderarse de nuestro hermano Gien, que está bajo vuestra custodia, cosa que no solamente sería contra nuestra voluntad, sino de la que se seguiría gran daño para Vuestra

Grandeza y para toda la cristiandad, hemos reflexionado sobre ello con vuestro amigo Jorge, encontrando un medio excelente para el reposo, para la utilidad, para el honor de Vuestro Poder, y al mismo tiempo para nuestra satisfacción personal; sería conveniente que nuestro hermano Gien, que, como hombre que es, está sujeto a la muerte, falleciera lo más pronto posible, en vista de que esa muerte, que, en su posición sería una dicha, ha de ser de suma utilidad a Vuestro Poder, grandemente cómoda para vuestro reposo, así como agradabilísima para mí, que soy vuestro amigo; que si esta proposición, como espero, la acogiera Vuestra Grandeza, en su deseo de agradarnos, más conveniente sería para vuestro bien y satisfacción nuestra, que eso fuera más bien pronto que más tarde, y por el modo más seguro que os pluguiera emplear, que mi dicho hermano Gien pasara de las angustias de este mundo a otro mejor y más tranquilo, en el que por fin encontrase el descanso; y si este proyecto es adoptado por Vuestra Grandeza y nos envía el cuerpo de nuestro hermano, Nos, el abajo firmado, Bayaceto, nos obligamos a entregar a Vuestra Grandeza, en el punto y a la persona que más le plazca, la suma de trescientos mil ducados, con cuya suma podría comprar alguna hermosa propiedad a sus hijos, y a fin de que esa compra resultase más fácil, consentiríamos, en tanto ocurría el suceso, en entregar esos trescientos mil ducados en manos de un tercero, para que Vuestra Grandeza tuviera la seguridad de recibirlos en un día fijo y mediante entrega del cuerpo de nuestro hermano. Además, y para su mayor satisfacción, prometo a Vuestra Grandeza que, mientras ocupe el trono pontificio, ningún daño sufrirán los cristianos, cualquiera que sea su calidad o condición, ni por mar, ni por tierra, por ninguno de los míos ni de mis servidores, ni de mis compatriotas, y para la mayor seguridad y satisfacción de Vuestra Grandeza y a fin de que no pueda abrigar ninguna duda sobre el cumplimiento de las cosas que le prometo, yo he jurado y afirmado, ante vuestro enviado Bucciarda, por el verdadero Dios que nosotros adoramos y sobre nuestros Evangelios, que todo cuanto he ofrecido a Vuestra Grandeza será observado punto por punto; y al objeto de que vuestro ánimo no conserve la menor duda de cuanto llevo dicho y esté de nuevo íntima y profundamente convencido, yo,



el abajo firmado, sultán Bayaceto, juro por el creador de los cielos y de la tierra, así como de todo lo que en ellos está, juro, digo, por el único Dios en que creemos y al que adoramos, observar religiosamente todo lo que dejamos expuesto, y no hacer ni emprender nada en lo futuro contra Vuestra Grandeza.

»Escrito en nuestro palacio de Constantinopla el día 12 de septiembre de 1494 del nacimiento de Cristo.»

Grande fué la alegría que esta carta causó al Santo Padre; un socorro de cuatro o cinco mil turcos, dadas las circunstancias por que atravesaba, era ya insuficiente, y únicamente podía comprometer más aún al jefe de la cristiandad, mientras que una suma de trescientos mil ducados, casi un millón de francos, era agradable recibirla en cualquiera circunstancia. Es cierto que, mientras viviera Gien, Alejandro cobraría una renta de ciento ochenta mil francos, que en renta vitalicia representaba un capital de unos dos millones; pero, cuando se necesita dinero, es preciso saber hacer un sacrificio en el descuento. De todos modos, Alejandro no tomó ninguna resolución, pues estaba decidido a obrar según las circunstancias.

Pero lo que más urgía decidir era la conducta que debía adoptar respecto del rey de Francia: el papa no había creído en las victorias de los franceses en Italia, y, conforme hemos visto, había fundado la futura grandeza de su familia en su alianza con la casa de Aragón. Pero he aquí que la casa de Aragón estaba bamboleándose y que un volcán, aún más terrible que el Vesubio, amenazaba devorar a Nápoles. Era necesario cambiar de política y arrimarse nuevamente al vencedor; pero esto no era muy fácil, pues Carlos VIII guardaba profundo rencor al papa por haberle negado la investidura que había concedido a los aragoneses.

Sin embargo, envió al rey de Francia el cardenal Piccolomini.

De momento no pareció muy acertada esta elección, en vista de que el embajador era sobrino del papa Pío II, que había combatido encarnizadamente a la casa de Anjou; pero Alejandro VI, al obrar así, tenía una segunda intención imposible de penetrar a los que le rodeaban. En efecto, había adivinado que Carlos VIII se resistiría a recibir a su enviado, y que, en las conferencias que susci-

taría esta repugnancia, Piccolomini se vería relacionado con los hombres que dirigían las acciones del joven rey que eran Briçonnet y Felipe de Luxemburgo. Ahora bien, Piccolomini estaba autorizado para prometerles a ambos el capelo, y, conforme lo había previsto el papa, en la imposibilidad de obtener de Carlos VIII una audiencia, el enviado de Alejandro VI tuvo que conferenciar con los que le rodeaban. Eso era, precisamente, lo que deseaba el papa. Piccolomini regresó a Roma con la negativa del rey, pero llevó la palabra de Briçonnet y Felipe de Luxemburgo de que se empeñarían con todo su poder para que Carlos VIII recibiese otra embajada.

Entretanto, los franceses seguían en su avance sin detenerse nunca más de cuarenta y ocho horas en cada ciudad; de modo que a cada momento se hacía más urgente decidir alguna cosa con Carlos VIII. El rey había entrado en Siena y en Viterbo sin haber desenvainado la espada; Ives d' Alègre y Luis de Ligny se hicieron cargo de la plaza de Ostia de manos de Colonna; Civitavecchia y Corneto se entregaron al monarca francés; los Orsini se habían sometido y, finalmente, Juan Sforza, yerno del papa, declaró que se retiraba de la alianza aragonesa. Alejandro juzgó llegado el momento de abandonar a su aliado, y envió a los obispos de Concordia, de Terni y a monseñor Graziano, su confesor, para que tratara con Carlos VIII. Los tres habían recibido el encargo de renovar a Briçonnet y a Felipe de Luxemburgo la promesa de la púrpura, y llevaban amplios poderes para negociar en nombre de su señor, tanto en el caso de que el rey de Francia quisiera incluir a Alfonso II en el tratado como en el de que no quisiera firmar cosa alguna sino con el papa. Estos delegados encontraron a Carlos VIII vacilando entre las insinuaciones de Julián de la Rovère, el cual, testigo de la simonía del papa, insistió ante el rey para que convocase un concilio e hiciera derrocar al jefe de la Iglesia, y la oculta protección que los obispos de Mans y de Saint-Malo le concedían; de suerte que el rey, resuelto a tomar por sí mismo consejo de las circunstancias, y sin decidirse aún a nada prosiguió su marcha, y volvió a enviar al papa sus embajadores haciéndoles acompañar por el mariscal de Gié, el senescal de Beaucaire y Juan de Gannay, primer presidente del Par-

lamento de Paris, el cual llevaba el encargo de decir al Pontífice:

1.º Que el rey, ante todo, quería ser admitido en Roma sin resistencia de ninguna clase; que, mediante esa admisión voluntaria, franca y leal, los privilegios de la Iglesia y la autoridad del Santo Padre serían respetados.

2.º Que el rey deseaba se le hiciera entrega de la persona de Gien con el fin de hacer de él un arma contra el sultán cuando llevase la guerra, ya a Macedonia, ya a Turquía, ya a Tierra Santa.

3.º Que en cuanto a las demás condiciones, era tan poca su importancia, que quedarían zanjadas en la primera conferencia que se celebrase.

Los embajadores añadieron que el ejército francés se hallaba ya sólo a dos jornadas de Roma, y que dentro de dos días, probablemente, iría el mismo Carlos VIII a pedir la respuesta a Su Santidad.

Era inútil contar con negociaciones tratándose de un príncipe que obraba de un modo tan expeditivo. El papa hizo decir a Fernando que, en interés de su propia seguridad, saliese cuanto antes de Roma; pero el duque de Calabria no quiso atenerse a razones y declaró que sólo saldría por una puerta cuando Carlos VIII entrara por la otra. Después de todo, su estancia no fué larga. Al cabo de dos días, y aproximadamente a las once de la mañana, un centinela que estaba de vigía en lo alto del castillo de Sant'Angelo, donde se había retirado el papa, dió el aviso de que en el horizonte aparecía la vanguardia del enemigo: inmediatamente Alejandro y el duque de Calabria subieron a la azotea que domina la fortaleza y pudieron comprobar que el soldado no se había engañado. Entonces fué cuando Fernando montó a caballo y, conforme había dicho, salió por la puerta de San Sebastián, en el mismo instante en que la vanguardia francesa llegaba y se detenía a quinientos pasos de la puerta del Pópolo. Era el 31 de diciembre de 1494.

A las tres de la tarde, cuando todo el ejército hubo llegado, la vanguardia reanudó la marcha a tambor batiente y con banderas desplegadas. Este ejército se componía de suizos y de alemanes, con sus ropajes cortos, ceñidos y de distintos colores; iban armados con espadas cortas y aceradas, como las que antiguamente usaban

los romanos, y llevaban lanzas de madera de fresno de diez pies de largo, de moharra angosta y aguzada: sólo una cuarta parte usaba, en lugar de lanza, alabardas con el hierro cortado en forma de hacha y que terminaban en una punta con cuatro ángulos. Con estas armas herían tanto de filo como de punta. La primera fila de cada batallón llevaba la cabeza y el pecho cubiertos con cascos y corazas, de suerte que, al entrar los soldados en batalla, presentaban al enemigo una triple fila de puntas de hierro que se alzaban o se bajaban como las púas de un puerco espín. A cada millar de soldados acompañaba una compañía de cien fusileros; los jefes, para diferenciarse de sus soldados, llevaban unos plumeros altos sobre el casco.

A la infantería suiza, seguían los ballesteros gascones: sumaban cinco mil; su traje era sumamente sencillo y contrastaba con el rico uniforme de los suizos, entre los cuales el más pequeño les llevaba la cabeza; por lo demás, eran excelentes soldados, valientes y sumamente ligeros, reputados sobre todo por la prontitud con que tendían y tiraban sus ballestas de hierro.

A continuación venía la caballería, es decir, lo más escogido de la nobleza francesa, con sus cascos y collarines dorados, con sus sobrevestas de terciopelo y de seda, con sus espadas, cada una de las cuales tenía un nombre, con sus escudos, que cada uno representaba un señorío, y, finalmente, con sus colores, significando cada uno una pasión. Además de esas armas defensivas, cada jinete empuñaba, como los hombres de armas italianos, una lanza de sólida y estriada punta, y en el arzón de la silla una maza de armas tallada en cascos o guarnecida de puntas. Montaban caballos grandes y vigorosos que carecían de cola y de orejas, según el uso francés. Esos caballos, al contrario de los que usaban los hombres de armas italianos, no llevaban caparazones de cuero cocido, lo que los exponía más a los golpes. A cada jinete seguían tres caballos, el primero de los cuales era montado por un paje, armado como él, y los otros dos por escuderos, a los que se llamaba auxiliares laterales, por combatir, en la refriega, a la derecha y a la izquierda de su jefe. Esa tropa, no solamente era la más magnífica, sino también la más considerable del ejército, porque, teniendo en cuenta que eran dos mil quinientos caballeros, seguidos cada uno de tres

servidores, formaban un total de diez mil hombres.

Cinco mil hombres de caballería ligera les seguían, armados de grandes arcos de madera, que, como los arqueros ingleses, lanzaban a lo lejos largas flechas. Eran sumamente útiles en las batallas, porque, dirigiéndose rápidamente a donde el socorro hacía falta, en un momento podían volar de un ala a otra, de la retaguardia a la vanguardia, y, luego, una vez agotadas sus aljabas, salir nuevamente a galope, sin que la infantería ni la caballería gruesa pudieran perseguirlos. Sus armas defensivas consistían en sus cascos y una media coraza; algunos llevaban, además, una lanza corta para clavar en tierra al enemigo caído; todos iban cubiertos con largas capas adornadas con herretes y placas de plata, en medio de las cuales brillaban los blasones de sus jefes.

Cerrando la marcha venía la escolta del joven rey: cuatrocientos arqueros, de los que cien escoceses formaban la hilera, mientras cien caballeros, escogidos entre los más ilustres, iban a pie, al lado del príncipe, llevando sobre los hombros pesadas mazas de armas. Carlos VIII, en medio de tan brillante escolta, avanzaba, cubierto, lo mismo que su caballo, con una espléndida armadura; a su derecha y a su izquierda iban el cardenal Ascanio Sforza, hermano del duque de Milán, y el cardenal Julián de la Rovère, del que tanto hemos hablado, y que más tarde fué papa con el nombre de Julio II. A continuación seguían los cardenales Colonna y Saveri y detrás de ellos Próspero y Fabricio Colonna, así como todos los príncipes y generales italianos que se habían unido a la fortuna del vencedor, y marchaban mezclados con los grandes señores de Francia.

Largo rato hacía que la multitud agolpada para ver aquellos soldados tan nuevos y extraños para ella, escuchaba con inquietud un ruido sordo que se iba aproximando por momentos y parecía el retumbar del trueno: pronto pareció que la tierra temblaba, los vidrios de las ventanas vibraron, y detrás de la escolta del rey viéronse saltar sobre sus cureñas treinta y seis cañones de bronce, que avanzaban arrastrados cada uno por seis caballos vigorosos. Esos cañones tenían ocho pies de largo; y como la boca era bastante ancha para que un hombre pudiera meter la

cabeza, se calculó que cada una de esas terribles máquinas, que los italianos apenas conocían, debía pesar unas seis mil libras. Después de los cañones, seguían las culebrinas, de diez y seis pies de largo, y los falconetes, de los cuales los más pequeños lanzaban balas del grosor de una granada. Esta formidable artillería cerraba la marcha formando la retaguardia del ejército francés. Cuando ésta llegó a la ciudad, la cabeza de la columna hacía seis horas que había penetrado, y como era ya de noche y de cada seis artilleros había uno que llevaba una antorcha, esta iluminación daba a los objetos que alumbraba un carácter más sombrío aún que el que le hubiera dado la luz del sol. Carlos VIII se alojó en el palacio de Venecia, teniendo toda esa artillería apuntada hacia la plaza y las calles circunvecinas. El resto del ejército desparramóse por toda la ciudad.

Aquella misma noche fueron llevadas a Carlos VIII, más para hacerle honor que para tranquilizarle respecto a su seguridad, las llaves de Roma y las de la puerta del jardín del Belvedere. Por lo demás, del mismo modo se había procedido con el duque de Calabria.

El papa, conforme hemos dicho, habíase retirado al castillo de Sant'Angelo sólo con seis cardenales, de suerte que, desde el día siguiente de su llegada, el joven rey encontróse rodeado de una corte mucho más brillante que la del jefe de la Iglesia. Entonces púsose nuevamente sobre el tapete la convocación de un concilio, que, al declarar a Alejandro convicto de simonía, procediese a deponerlo. Mas, como los principales consejeros del rey habían sido ganados por el papa, hicieron notar que el momento en que se preparaban a marchar contra los infieles era mal escogido para provocar un nuevo cisma en la Iglesia y como esa era la opinión íntima del rey, fácilmente pudieron convencerlo, y se decidió que se trataría con Su Santidad.

Sin embargo, poco faltó para que las negociaciones, apenas comenzadas, se rompieran, porque la primera cosa que pidió Carlos VIII fué la entrega del castillo de Sant'Angelo; mientras que el papa, viendo en esta fortaleza su única seguridad, por su parte, era la última cosa que quería conceder. Dos veces, en su impaciencia juvenil, quiso Carlos VIII tomar por la fuerza lo que de

buena voluntad no se le concedía, e hizo apuntar sus cañones sobre la residencia del Santo Padre; pero éste se quedó impávido ante tales demostraciones; y esta vez, a pesar de su obstinación, fué el rey de Francia el que tuvo que ceder.

Dejóse, pues, a un lado ese artículo, y se convino en las condiciones siguientes:

Entre Su Majestad el rey de Francia y el Santo Padre, habría, a contar desde aquel momento, sincera amistad y firme alianza, y mientras se llevaba a cabo la conquista definitiva del reino de Nápoles, el rey de Francia ocuparía, para mayor comodidad y ventaja de sus armas, las fortalezas de Civitavecchia, Terracina y Spoleto.

Finalmente, el cardenal Valentino (dábase este nombre a César Borgia, por su arzobispado de Valencia), seguiría al rey Carlos VIII más bien en rehenes que en calidad de legado apostólico.

Fijadas estas condiciones, se arregló el ceremonial de la entrevista. El rey Carlos VIII abandonó el palacio de Venecia y fué a instalarse en el Vaticano. A una hora convenida, él entró por una puerta del jardín contiguo al palacio, mientras que el papa, que estaba aún en el castillo de Sant'Angelo, gracias al corredor que pone en comunicación los dos palacios, bajaba por otra puerta al mismo jardín. Esta estratagema dió por resultado que al cabo de un instante el rey notó la presencia del papa y se arrodilló una vez; mas Alejandro VI hizo como si no lo hubiera visto, de modo que el rey avanzó unos cuantos pasos más, y se arrodilló por segunda vez; como en ese momento un macizo de plantas ocultaba a Su Santidad dándole una nueva excusa, el rey, cumpliendo todo el ceremonial, levantóse nuevamente, y, dando algunos pasos, fué a arrodillarse por tercera vez frente al Santo Padre, que lo vió por fin. Alejandro VI fué hacia él como para impedir que se arrodillara, quitóse la birreta, y, estrechándole entre sus brazos, lo alzó, lo besó con ternura en la frente, y no quiso cubrirse hasta que el rey lo hubo hecho. Entonces, y después de permanecer un momento de pie y cambiar algunas palabras de cortesía y de amistad, el rey suplicó encarecidamente a Su Santidad que se dignase agregar al Sacro Colegio a Guillermo Briçonnet, obispo de Saint-Malo. Aunque esto estaba convenido de antemano entre ese prelado y Su Santidad, Alejandro quiso tener

el mérito de no demorar la concesión de lo que se le había pedido, y ordenó en el mismo instante a uno de sus servidores que fuera a las habitaciones de su hijo, el cardenal Valentino, y trajese una capa y un capelo. Entonces el papa, tomando al rey de Francia de la mano, lo condujo al salón del Loro, donde debía verificarse la ceremonia de recepción del nuevo cardenal. En cuanto al juramento de obediencia que Carlos VIII debía prestar a Su Santidad, como a jefe supremo de la Iglesia cristiana, aplazóse la celebración de esta solemnidad para el día subsiguiente.

Todo cuanto Roma tenía de poderoso en la nobleza, en el clero y en las armas, se reunió aquel día alrededor de Su Santidad. Por su parte, el rey de Francia se encaminó al Vaticano con un séquito espléndido de príncipes, de prelados y de capitanes. A las puertas del palacio encontró a cuatro cardenales que habían salido a su encuentro; dos de ellos se colocaron a su lado y los otros dos detrás, y, seguidos de todo el cortejo, cruzaron una larga fila de salones llenos de guardias y de servidores, llegando finalmente al salón de recepciones en cuyo trono se hallaba el papa teniendo detrás a su hijo César Borgia. En cuanto Carlos VIII llegó a la puerta, comenzó a cumplir el ceremonial de costumbre; y, después de pasar de las genuflexiones a los besos en los pies, en la mano y en la frente, se quedó de pie, mientras que el primer presidente del Parlamento de París, adelantando algunos pasos, dijo en voz alta:

«Santísimo Padre:

»Mi rey se halla ante Vos completamente dispuesto a prestar a Vuestra Santidad el juramento de obediencia que le debe; pero es de uso en Francia que el que ofrece vasallaje a su señor reciba de él en cambio las gracias que le pide. En consecuencia, Su Majestad, sin dejar de obligarse por su parte a usar para con Vos de una munificencia mayor aún que la que Vuestra Santidad haya tenido con él, os suplica muy encarecidamente que le otorguéis, tres favores, los cuales son: primero, la confirmación de los privilegios ya concedidos al rey mismo, a la reina, su esposa, y al Delfín, su hijo; además, la investidura, para él y sus sucesores, del reino de Nápoles, y, finalmente, que le sea entregada la persona de Gien, hermano del sultán Bayaceto II, emperador de los turcos.»

El papa se quedó estupefacto al oír este discurso, pues no esperaba estas tres peticiones, que, por su parte, Carlos VIII hizo tan públicamente para quitarle todo medio de negárselas. Pero, recobrando en seguida su presencia de espíritu, contestó al rey que de muy buen grado confirmaría los privilegios que sus predecesores habían concedido a la casa de Francia; por consiguiente, podía considerar como concedida esta primera petición; en cuanto a la investidura del reino de Nápoles, era asunto que debía tratarse en el consejo de cardenales, pero que él haría todo cuanto estuviese de su parte para que estos accediesen a sus deseos; finalmente, que, en cuanto al hermano del sultán, difería para mejor ocasión discutir la cosa con el Sacro Colegio, afirmando que, como esa entrega no podía menos de ser útil para el bien de la cristiandad, puesto que su petición obedecía al objeto de asegurar más el éxito de una cruzada, no sería culpa suya si, también en este punto, el rey no quedaba satisfecho.

A semejante contestación, Carlos VIII se inclinó en señal de que estaba contento; y permaneció de pie y descubierta frente al papa mientras que el primer presidente, tomando nuevamente la palabra, se expresó en estos términos:

«Santísimo Padre:

»La costumbre de los reyes cristianos, y particularmente de los cristianísimos de Francia, de significar, por medio de sus embajadores, el respeto que a la Santa Sede y a los soberanos pontífices que la Divina Providencia eleva a ella profesan es muy antigua; pero el rey cristianísimo, al desear hacer una visita a la tumba de los santos apóstoles, ha querido, no por medio de un embajador ni de un delegado, sino por sí mismo, pagar esta deuda religiosa, que considera como sagrada; por esa razón, Santísimo Padre, Su Majestad el rey de Francia os reconoce por el verdadero Vicario de Cristo, por legítimo sucesor del apóstol San Pedro, y os promete y jura la fe filial y respetuosa que los reyes, sus predecesores, os han prometido y jurado, consagrándose él y todas sus fuerzas al servicio de Vuestra Santidad y a los intereses de la Santa Sede.»

Alejandro VI levantóse en extremo gozoso, porque este juramento prestado con tanta publicidad, le quitaba todo temor de un concilio; de modo que, dispuesto a conce-

der a Carlos VIII todo lo que le pidiera, lo tomó de la mano izquierda, dándole una corta pero amistosa respuesta, y le llamó el hijo mayor de la Iglesia. Cuando la ceremonia hubo terminado, abandonaron el salón, llevando siempre el papa al rey de la mano, y anduvieron así hasta la cámara en donde se depositan las vestiduras sagradas; allí, el papa significó su deseo de acompañar al rey hasta sus habitaciones; pero, como éste no quiso permitirlo, los dos se saludaron nuevamente y se separaron para retirarse a sus departamentos respectivos.

El rey permaneció aún ocho días más en el Vaticano, y luego fué a ocupar nuevamente el palacio de San Marcos. Durante esos ocho días, todo cuanto Carlos VIII pidió, fué debatido y arreglado a su satisfacción. El obispo del Mans fué hecho cardenal; la investidura del reino de Nápoles fué prometida al vencedor; finalmente, se convino que, en el momento de partir, el papa, mediante una suma de ciento veinte mil libras, haría entrega de la persona del hermano del emperador de Constantinopla al rey de Francia; sólo que, en el deseo de llevar su hospitalidad hasta el último extremo, el papa invitó a Gien a comer para el mismo día en que debía salir de Roma con su nuevo protector.

Cuando llegó el momento de la partida, Carlos VIII, completamente armado, montó a caballo, y se encaminó con un numeroso y brillante séquito al palacio del Vaticano; al llegar frente a la puerta, se apeó, y, dejando su escolta en la plaza de San Pedro, subió acompañado tan sólo por algunos señores. En la cámara encontró a Su Santidad que le estaba esperando, teniendo a su derecha al cardenal Valentino, a su izquierda a Gien, el cual, como hemos dicho, acababa de comer en su compañía, y alrededor de él trece cardenales: inmediatamente el rey, hincada la rodilla en tierra, pidió al Santo Padre su bendición, y se inclinó para besarle los pies; pero el papa no lo consintió, y tomándole en sus brazos, con la boca de un padre y el corazón de un enemigo, lo besó con cariño en la frente. Después, Alejandro VI presentó a Carlos VIII el hijo de Mahomed II, hermoso joven que tenía algo de noble y de regio en su aspecto, y cuyo magnífico traje oriental contrastaba por su amplitud y su forma con el ceñido y severo vestido de los cristianos. Gien se adelantó hacia

Carlos VIII, sin humildad, pero sin altanería, y, como hijo de emperador que trata con un rey, le besó la mano, y luego el hombro; después, y dirigiéndose al papa, le dijo en lengua italiana, que hablaba correctamente, que le rogaba lo recomendara al gran rey que bajo su protección lo tomaba, asegurando al pontífice que jamás se arrepentiría de haberle devuelto su libertad, y diciendo a Carlos VIII que esperaba que sólo habría de tener razones para alabarle, si, después de haber tomado a Nápoles, pasaba a Grecia, como era su intención. Dijo estas palabras con tal dignidad y una dulzura tan grande al mismo tiempo, que Carlos VIII tendió leal y francamente la mano al joven sultán, como a un compañero de armas. Una vez hecha la entrega del joven Gien, Carlos VIII se despidió del papa, y bajó a la plaza. Allí esperó a César Borgia, el cual, conforme hemos dicho, debía acompañarle en calidad de rehenes, y se había quedado atrás para cambiar algunas palabras con su padre. A los pocos momentos, el cardenal Valentino se presentó, montado en una mula ricamente enjaezada, y haciendo conducir tras él seis magníficos caballos que el papa regalaba al rey de Francia. Carlos VIII montó inmediatamente en uno de ellos para hacer honor al presente que Alejandro VI acababa de hacerle, y salió de Roma con el resto de sus tropas, encaminándose hacia Marino, donde llegó aquella misma tarde.

Allí se enteró de que Alfonso, desmintiendo su reputación de hábil político y de gran general, habíase embarcado con todos sus tesoros en una flotilla de cuatro galeas, dejando el cuidado de la guerra y el gobierno de su reino a su hijo Fernando. Todo, pues, favorecía la marcha triunfal de Carlos VIII; las puertas de las ciudades abríanse por sí mismas al aproximarse él; sus enemigos huían sin esperarle, y, sin haber librado una sola batalla, había ya adquirido el sobrenombre de conquistador.

Al amanecer del día siguiente el ejército reanudó su marcha, y, después de haber caminado todo el día, se detuvo por la tarde en Velletri. Allí, el rey, que había cabalgado desde por la mañana, en compañía de César Borgia y del hermano del sultán Bayaceto II, dejó al primero en su alojamiento, y llevándose consigo al segundo, se dirigió al suyo. Entonces, el cardenal Valentino, que llevaba entre los bagajes del ejército veinte furgones pesada-

mente cargados, hizo abrir uno de ellos, sacando de él un magnífico *buffet*, con la vajilla, de oro y plata, necesaria para su mesa, y, lo mismo que la vispera había hecho, ordenó que le preparasen la cena. Durante ese tiempo, como la noche había cerrado, se retiró a una habitación apartada, y, despojándose de su vestidura cardenalicia, se puso la ropa de un palafrenero. Oculto bajo este disfraz abandonó la casa que se le había designado para alojamiento; sin ser reconocido, atravesó las calles, franqueó las puertas y logró llegar al campo. Un criado le esperaba con dos caballos de posta a una media legua del pueblo. César, que era excelente jinete, saltó sobre la silla, y, en compañía de su criado, a galope tendido, emprendió nuevamente el camino de Roma, a donde llegó al ser de día. César Borgia, apeóse en casa del señor Flores, auditor de la Rota, donde hizo que le trajeran un nuevo caballo y vestidura decente; después dirigióse a casa de su madre, la cual al verlo lanzó un grito de alegría, porque, mudo y misterioso para todo el mundo, hasta para ella, César no había dicho ni una palabra de su próximo regreso a Roma.

Este grito de alegría lanzado por la Vanozza, al ver nuevamente a su hijo, era inspirado por un espíritu de venganza, más bien que por el amor maternal. Una noche, mientras que todo era fiesta en el Vaticano y Carlos VIII y Alejandro VI se juraban una amistad que estaban lejos de sentir y cambiaban juramentos que de antemano habían traicionado ya, un mensajero entregó a César una carta de parte de la Vanozza en la que le rogaba que sin dilación pasase por su casa de la calle Longara. César había interrogado al mensajero; pero éste respondióle que no podía decirle nada, y que todo cuanto deseaba saber lo oiría de labios de su madre. En cuanto se vió libre, César, vestido de particular y envuelto en una amplia capa, abandonó el Vaticano y se dirigió hacia la iglesia de Regina Cœli, en cuyas inmediaciones se hallaba situada, conforme recordarán nuestros lectores, la casa que habitaba la querida del papa.

Conforme se aproximaba a la casa de su madre, César comenzó a notar extrañas señales de devastación. La calle estaba sembrada de restos de muebles y de jirones de telas ricas. Cuando llegó al pie de la pequeña escalinata que conducía a la puerta de entrada, echó de ver que las

ventanas estaban rotas y que en ellas flotaban, desgarrados, los restos de las cortinas; de suerte que, no pudiendo explicarse lo que había motivado aquel desorden, se lanzó al interior y recorrió muchas habitaciones desiertas y destrozadas. Finalmente, al ver luz, entró en una de ellas, y encontró a su madre sentada sobre los restos de un cofre de ébano todo incrustado de marfil y plata. En cuanto la Vanozza vió a César se levantó, pálida y con el cabello suelto, y, mostrándole con la mano la desolación que la rodeaba, le dijo:

—Mira, César, esta es la obra de tus nuevos amigos.

—¿Qué es lo que ha sucedido, madre?—preguntó el cardenal.—¿De qué proviene el desorden que os rodea?

—Lo que ocurre—contestó la Vanozza rechinando de rabia los dientes,—es que la víbora que con vuestro calor habéis reanimado acaba de morderme, temiendo sin duda romperse los dientes en vosotros.

—¿Quién ha hecho esto?—exclamó César;—decídmelo, madre, y juro por el Cielo que he de devolvérselo, y con creces.

—¿Que quién ha hecho esto?—replicó la Vanozza;—pues el rey Carlos VIII, por mano de sus fieles aliados los suizos. Habiéndose enterado de que Melchiori estaba de viaje, y que, por consiguiente, me hallaba sola con algunos miserables criados, han venido y han roto las puertas, como si hubieran tomado por asalto a Roma, saqueando la casa de la madre del cardenal Valentino, ultrajándola y abrumándola de mayores insolencias que de turcos y sarracenos podíase esperar, en tanto que su hijo agasajaba a su amo.

—Está bien, madre mía, estad tranquila; tanta vergüenza se lavará con sangre. En cuanto a lo que hemos perdido, eso es nada comparado con lo que podíamos perder; mi padre y yo, no dudéis de ello, os devolveremos mucho más de lo que os han quitado.

—¡No son promesas lo que necesito, sino venganza!—exclamó la Vanozza.

—Madre mía—dijo el cardenal,—seréis vengada, o perderé el nombre de hijo vuestro.

Cuando hubo calmado a su madre con estas palabras, la acompañó al palacio de Lucrecia, la cual se hallaba completamente libre por su casamiento con el señor de Pésaro,

y volvió al Vaticano, en donde dispuso que la casa de su madre fuera amueblada con mayor magnificencia que antes del desastre. Estas disposiciones se llevaron a cabo puntualmente, y, en medio de ese nuevo lujo, pero con el mismo odio en el corazón, César encontró a su madre al volver. El grito de alegría que lanzara cuando lo vió, obedecía a esta causa.

Muy pocas palabras se cruzaron entre la madre y el hijo; después César, volviendo a montar a caballo, regresó al Vaticano, de donde había salido dos días antes en calidad de rehenes. Alejandro, avisado anticipadamente de esa fuga, no sólo la había aprobado, sino que había revelado de antemano a su hijo del perjurio que iba a cometer; recibió, pues, a César con alegría, mas no por eso dejó de aconsejarle que se ocultara, puesto que, según todas las probabilidades, no tardaría el rey de Francia en reclamar sus rehenes.

En efecto, al día siguiente, en la primera visita de la corte, al levantarse el rey, notóse la ausencia del cardenal Valentino; y, como Carlos VIII se inquietaba al no verlo presentarse, envió a averiguar la causa que le impedía ir junto a él. Cuando el enviado llegó al alojamiento que César abandonó la víspera, enteróse de que el cardenal había salido hacia las nueve de la noche anterior y que desde entonces no había regresado. Fué el comisionado a dar esta noticia al rey, el cual sospechó en seguida que el cardenal se había escapado, y en el primer impulso de su cólera notificó esta traición a todo el ejército. Los soldados recordaron entonces aquellos veinte furgones tan pesadamente cargados, y de uno de los cuales había hecho sacar el cardenal, a la vista de todos, tan magnífica vajilla, de oro y plata, y, no dudando que los demás encerrarían objetos tan preciosos como la vajilla, precipitáronse sobre los carros y los hicieron pedazos; pero sólo encontraron piedras y arena, lo que probó al rey que esta fuga había sido preparada con anticipación y aumentó su cólera contra el papa. Así, pues, sin pérdida de tiempo, envió a Roma a monseñor Felipe de Bresse, que más tarde fué duque de Saboya, con la orden de expresar al papa todo su descontento por semejante conducta para con él. Pero el papa contestó que era completamente nueva para él la noticia de la evasión de su hijo, y expresó lo sinceramente que

sentía lo ocurrido, pues no sabía dónde podía estar. En todo caso, afirmó que el cardenal no estaba en Roma, y al decir esto no mentía, pues César habíase retirado con el cardenal Orsini a una de sus posesiones, en donde por el momento estaba oculto. Esta respuesta fué llevada a Carlos VIII por dos mensajeros enviados por el papa, los obispos de Nepi y de Sutri. El pueblo, por su parte, diputó un embajador al rey. Este embajador era monseñor Porcari, decano de la Rota, el cual tenía el encargo de expresar al rey el disgusto que habían sentido los romanos al saber la falta de palabra del cardenal. Carlos VIII no se sentía muy dispuesto a pagarse de palabras huecas, pero tenía que hacer frente a asuntos de mayor importancia; así, pues, continuó, sin detenerse, la marcha a Nápoles, en donde hizo su entrada el domingo 22 de febrero del año 1495.

Cuatro días más tarde, el desventurado Gien, que había enfermado en Capua, moría en el castillo Nuovo. Al separarse de él y en el banquete de despedida, el papa quiso ensayar en su persona aquel veneno (1) del que tanto uso contaba hacer en adelante entre los cardenales, y del cual debía sufrir él mismo los efectos, como justa recompensa. De este modo, el papa se había arreglado para cobrar con ambas manos, pues en doble especulación había vendido a un mismo tiempo la vida del infeliz joven a Carlos VIII por ciento veinte mil libras, y su muerte, a Bayaceto, en trescientos mil ducados.

Pero el segundo pago se retrasó, porque el emperador de los turcos, como recordarán nuestros lectores, sólo se había obligado a pagar el oro fratricida a cambio del cadáver, y el cadáver, por orden de Carlos VIII, había sido enterrado en Gaeta.

(1) El veneno de los Borgia, según dicen algunos autores contemporáneos, era de dos clases: líquido y en polvo.

El líquido lo preparaban, según aseguran, de un modo bastante extraño para que nosotros lo pasemos en silencio. Sin embargo, no haremos más que repetir lo que hemos leído, sin responder de nada, por temor a que la ciencia nos dé un mentís. Hacían tragar a un jabalí una fuerte dosis de arsénico; después, cuando el veneno comenzaba a obrar, colgábase al animal por las patas, y, al declararse las convulsiones, del hocico del jabalí comenzaba a chorrear una abundante baba que era recogida en un plato de plata del que pasaba a un frasco que se cerraba herméticamente. Esta baba era la que constituía el veneno líquido.

En cuanto al veneno en polvo, lo preparaban con una harina blanca casi impalpable, con sabor de azúcar, a la que daban el nombre de *cantarello*. Ignoramos su composición.

Sólo al considerar César Borgia que el rey de Francia, ocupado en instalarse en su nueva capital, tenía que pensar en demasiadas cosas para inquietarse por él, se atrevió a reaparecer en Roma, y, presuroso por cumplir la palabra dada a su madre, marcó su regreso con su venganza.

El cardenal Valentino tenía a sueldo un español, del cual había hecho el jefe de sus *bravi*; era un hombre como de unos cuarenta años, cuya vida entera sólo había sido una larga rebelión contra todas las leyes de la sociedad, el cual jamás retrocedía ante ninguna acción, con tal que se le pagara lo que valiese. Don Miguel Correglia que bajo el nombre de Michelotto adquirió una sangrienta celebridad, era perfectamente el hombre que necesitaba César; de modo que, al igual que Michelotto tenía a César una adhesión sin límites, César había depositado en Michelotto una confianza ilimitada, y a éste fué a quien el cardenal encargó de una parte de su venganza, reservándose para sí la ejecución de la otra.

Don Miguel recibió la orden de recorrer la campiña de Roma y degollar a todos los franceses que encontrase. En seguida se puso a la obra, y apenas pasados algunos días, ya había obtenido los resultados más satisfactorios: más de cien personas habían sido saqueadas y asesinadas, figurando entre estos últimos el hijo del cardenal de Saint-Malo, que regresaba a Francia, y sobre el cual Michelotto encontró una suma de tres mil escudos.

César, por su parte, se reservó los suizos por haber sido los que más particularmente habían tomado parte en la devastación de la casa de la Vanozza; contaba el papa entre su servidumbre como ciento cincuenta soldados de esa nacionalidad, que habían hecho venir a sus familias a Roma, y se habían enriquecido tanto con su paga como ejerciendo alguna industria. César Borgia los hizo despedir a todos, con orden de que salieran de Roma antes de las veinticuatro horas, y de los Estados romanos en el término de tres días. Los pobres diablos habíanse reunido todos, al objeto de obedecer la orden que se les diera, cada uno con su mujer, sus hijos y su equipaje, en la plaza de San Pedro, cuando de repente se vieron cercados por el cardenal, a cuyas órdenes obedecían dos mil soldados españoles, los cuales comenzaron a tirar sobre ellos con arcabuces y a cargarlos a sablazos, mientras que César y su

madre contemplaban la matanza desde una ventana. Así murieron cincuenta o sesenta de ellos; pero los demás lograron reunirse, hicieron frente a los asesinos, y, sin amilanarse, batiéronse en retirada hasta llegar a una casa en la que se fortificaron y se defendieron tan valientemente, que dieron tiempo al papa, que ignoraba quién fuese el autor de semejante matanza, para enviar al capitán de su guardia, el cual, ayudado por el fuerte destacamento que tenía a sus órdenes, consiguió sacarlos de la ciudad, ya en número de cuarenta: los demás habían sido exterminados en la plaza o muertos en la casa.

Pero ésta no era de ningún modo una verdadera venganza puesto que no alcanzaba a Carlos VIII, el verdadero y único autor de todas las tribulaciones por las que, desde hacía un año, habían pasado el papa y su familia; de modo que César no tardó en abandonar esas maquinaciones vulgares para ocuparse en asuntos de mayor interés, y se dedicó con toda la fuerza de su genio a renovar la liga de los príncipes italianos que la defección de Sforza, el destierro de Pedro de Médicis y la derrota de Alfonso de Aragón habían roto.

Esta empresa llevóse a cabo con mayor facilidad de la que el papa esperaba. Los venecianos no habían visto sin inquietud a Carlos VIII pasar tan cerca de ellos, y temblaban de que, una vez posesionado de Nápoles, se le ocurriera conquistar el resto de Italia. Por su parte, Ludovico Sforza comenzaba a temer, viendo la rapidez con que el rey de Francia había destronado a la casa de Aragón, que pronto no hiciese distinción entre sus aliados y sus enemigos. Maximiliano, a su vez, sólo buscaba una ocasión para romper la paz momentánea que había concertado a fuerza de concesiones. Finalmente, los *Reyes Católicos* estaban aliados con la casa destronada. De suerte que abrigando todos, aunque con diversos intereses, un temor común, no tardaron en ponerse de acuerdo sobre la necesidad de echar a Carlos VIII, no ya de Nápoles, sino de Italia entera, y se comprometieron por todos los medios que estuvieran a su alcance, bien fuese por medio de negociaciones, por sorpresa o por la fuerza, a contribuir a esta expulsión. Los únicos que se negaron a formar parte de esta combinación ofensiva fueron los florentinos, los cuales continuaron siendo fieles a la palabra dada.

Según los artículos que entre los confederados se convinieron, la alianza debía durar veinticinco años, y tenía por fin ostensible defender la majestad del pontífice romano y los intereses de la cristiandad, de suerte, que esos preparativos hubieran podido ser tomados por los de una cruzada contra los turcos, si el embajador de Bayaceto no hubiese asistido constantemente a todas las deliberaciones, aunque, por pudor, los príncipes cristianos no se atrevieron a admitir ostensiblemente en la liga al emperador de Constantinopla. El ejército que los confederados habían de poner en pie de guerra debía constar de treinta y cuatro mil caballos y veinte mil infantes, y cada uno habíase fijado un contingente; de modo que, por su parte, Alejandro VI debía dar cuatro mil caballos, Maximiliano seis mil y el rey de España, el duque de Milán y la república de Venecia, ocho mil cada uno, debiendo aprestar, además, cada confederado, en el término de seis semanas, a contar desde la firma del tratado, cuatro mil infantes. Las flotas las proporcionarían los Estados marítimos; pero los gastos que ocasionaran se repartirían entre todos.

Esta liga se publicó el 12 de abril de 1495, domingo de Ramos, en todos los Estados de Italia, y particularmente en Roma, en medio de infinitas fiestas y regocijos. Casi inmediatamente después de haberse publicado estos artículos ostensibles, los confederados comenzaron a poner en ejecución los artículos secretos. Esos artículos obligaban a los *Reyes Católicos* a enviar a Ischia, donde se había retirado el hijo de Alfonso, una flota de sesenta galeras, las cuales debían llevar seiscientos jinetes y cinco mil infantes, para ayudarle a recuperar el trono. Esas tropas irían confiadas al mando de Gonzalo de Córdoba, al que la toma de Granada le había valido ser reputado como primer general de Europa. Por su parte, los venecianos, con una flota de cuarenta galeras, comandadas por Antonio Grimani, debían atacar todos los establecimientos que los franceses tuvieran en las costas de Nápoles y Calabria. En cuanto al duque de Milán, comprometíase a detener los socorros que desde Francia llegasen, y a echar de Asti al duque de Orleans.

Quedaba el emperador de Alemania, el cual habíase obligado a invadir las fronteras de Francia, y Bayaceto, que con sus caudales, su flota y sus soldados, debía ayudar

unas veces a los venecianos y otras a los españoles, según que lo llamaran Barberigo o Fernando *el Católico*.

Para Carlos VIII era tanto más inquietante esta liga cuanto que el entusiasmo con que había sido recibido no tardó en extinguirse. Y es que le había ocurrido lo que ordinariamente sucede a los conquistadores que tienen más fortuna que genio; en lugar de formarse entre los grandes vasallos napolitanos y calabreses un partido cuyas raíces se fijaran en el mismo suelo, confirmándoles sus privilegios y aumentando su poder, habíalos disgustado concediendo todos los títulos, empleos y feudos, a los que le habían seguido desde Francia, de modo que todos los cargos del reino estaban ocupados por extranjeros. Esto dió por resultado que, en el momento en que se proclamaba la liga, Tropea y Amentea, que habían sido dadas al señor de Precy por Carlos VIII, se rebelaron y enarbolaron la bandera de Aragón; que la flota española sólo tuvo que presentarse frente a Reggio, en Calabria, para que esa ciudad, más descontenta de la dominación nueva que de la antigua, le abriera sus puertas en el mismo instante, y que don Federico, hermano de Alfonso y tío de Fernando, que, después de todo, no había salido de Brindis, únicamente tuvo que presentarse delante de Tarento para que le recibiesen como libertador.

Carlos VIII supo todas estas noticias en Nápoles, cuando, cansado ya de su nueva conquista, que necesitaba un trabajo de organización mayor del que él era capaz de llevar a cabo, ya volvía los ojos a Francia, donde le aguardaban las fiestas de la victoria y el triunfo del regreso. De modo que cedió a las primeras indicaciones que le hicieron aconsejándole que volviera a emprender el camino de su reino, amenazado, como ya dijimos, al Norte por los alemanes, y al Sur por los españoles. En consecuencia nombró como virrey suyo a Gilberto de Montpensier, de la casa de Borbón; a d'Aubigny, de la casa Estuardo de Escocia, su teniente en Calabria; a Esteban de Vèse, comandante de Gaeta; y a don Julián, Gabriel de Montfaucon, Guillermo de Villeneuve, Jorge de Sily, el bailío de Vitry, y Graciano Guerra, gobernadores de Sant'Angelo, Manfredonia, Trani, Catanzaro, Aquila y Sulmone; luego, dejando al representante de sus derechos la mitad de los suizos, una parte de los gascones, ochocientas lanzas fran-

cesas y unos quinientos hombres de armas italianos, estos últimos a las órdenes del prefecto de Roma, de Próspero y de Fabricio Colonna y de Antonio Savelli, salió de Nápoles el 20 de mayo, a las dos de la tarde, para, con el resto de su ejército, compuesto de ochocientas lanzas francesas, doscientos gentileshombres de su guardia, cien hombres de armas italianos, tres mil infantes suizos, mil franceses y mil gascones, cruzar toda la península italiana. Además, confiaba en que Camilo Vitelli y sus hermanos, que debían traerle doscientos cincuenta hombres de armas, se le reunirían en Toscana.

Ocho días antes de salir de Nápoles, Carlos VIII había enviado a Roma a monseñor de Saint-Paul, hermano del cardenal de Luxemburgo, y en el momento de emprender la marcha, envió al arzobispo de Lyon; ambos habían recibido el encargo de asegurar al papa que el deseo más sincero y la más firme voluntad del rey de Francia eran continuar siendo su amigo. Verdad es que en lo que más empeño tenía Carlos VIII era en separar al papa de la liga, a fin de hacerse de él un apoyo espiritual y temporal; pero un rey joven, ardiente, ambicioso y bravo, no era el vecino que más convenía al papa; éste no quiso hacer caso de nada, y como las tropas que había pedido al Dux y a Ludovico Sforza no le habían sido enviadas en número suficiente para defender a Roma, contentóse con abastecer el castillo de Sant'Angelo, puso en él una formidable guarnición, dejó al cardenal de San Anastasio para recibir a Carlos VIII, y él se retiró a Orvieto con su hijo César.

Carlos VIII sólo se detuvo tres días en Roma, desesperado de que Alejandro VI, a pesar de sus ruegos, se negara a esperarle allí. Así, pues, durante esos tres días, en lugar de escuchar las opiniones de Julián de la Rovère, que le aconsejaba que reuniese nuevamente un concilio para deponer al papa, hizo entregar a los oficiales romanos, esperando de este modo atraer a Su Santidad, las ciudades de Terracina y de Civitavecchia, conservando sólo en su poder la de Ostia, que había prometido devolver al cardenal de la Rovère. Finalmente, cuando hubieron transcurrido esos tres días, salió de Roma, y, dividido su ejército en tres columnas, encaminóse hacia la Toscana, cruzó los Estados de la Iglesia, y al llegar a Siena se le incorporó Felipe de Commines, al que había enviado co-

mo embajador extraordinario ante la República de Venecia, y que le anunció que sus enemigos tenían cuarenta mil hombres en armas, y se disponían a combatirlo. El efecto que esta noticia produjo al rey y a los gentileshombres de su ejército fué excitar desmedidamente su alegría, porque habían concebido tal desdén por sus enemigos en su fácil conquista, que no creían que un ejército enemigo, por numeroso que fuera, se atreviese a disputarles el paso.

Sin embargo, Carlos VIII no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia, al enterarse en San Teranzo de que la vanguardia que iba al mando del mariscal de Gié, y que se componía de seiscientas lanzas y mil quinientos suizos, habíase encontrado en Fornovo con los confederados que habían establecido su campamento en Guiarola. El mariscal mandó hacer alto en el mismo instante, y, por su parte, dispuso también acampar, aprovechando la altura en que se encontraba para formarse una defensa con la naturaleza del mismo terreno. Cuando hubo tomado estas medidas, envió, de una parte, un heraldo al campo enemigo para pedir a Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, que mandaba en jefe el ejército confederado, que le facilitara el paso para las tropas de su rey, así como víveres a precio razonable; de la otra, expidió un correo a Carlos VIII incitándole a que apresurara su marcha, así como la de la artillería y la de la retaguardia.

Los confederados dieron una respuesta evasiva, pues estaban vacilantes entre comprometer en un solo combate todas las fuerzas de Italia, o, arriesgando el todo por el todo, intentar el aniquilamiento del rey de Francia y de su ejército, sepultando así al conquistador en su conquista. En cuanto a Carlos VIII, halláronlo ocupado en inspeccionar el paso de los últimos cañones por la montaña de Pontremoli: cosa que resultaba algo difícil a causa de que, como no había senda trazada, habíanse visto obligados a subirlos de un lado y a bajarlos del otro a fuerza de brazos, con lo que se ocuparon doscientos hombres por cada pieza. Finalmente, como toda la artillería pudo llegar sin novedad al otro lado de los Apeninos, Carlos VIII apresuró su marcha hacia Fornovo, donde llegó con todo su séquito al día siguiente por la mañana.

Desde la cima de la montaña en que el mariscal de Gié había acampado, el rey de Francia podía ver a un mismo

tiempo su campamento y el del enemigo; ambos se hallaban situados en la orilla derecha del Taro y a cada extremidad del círculo de una cadena de colinas en forma de un anfiteatro, de suerte, que el espacio que mediaba entre los dos campamentos, amplia hoyo o cuenca donde se extendía en sus crecientes invernales el torrente que le servía de límite, consistía en una llanura cubierta de casquijo, donde era tan difícil maniobrar a la caballería como a la infantería; además, desde el ejército confederado hasta el francés, extendíase un pequeño bosque que seguía la vertiente occidental de las colinas y estaba ocupado por los sestradiotes, que, amparados por la arboleda, habían ya trabado algunas escaramuzas con las tropas francesas durante los dos días que habían hecho alto para esperar al rey.

La situación no tenía nada de tranquilizadora. Desde lo alto de la montaña que dominaba a Fornovo, veíanse, como hemos dicho, los dos campamentos, pudiéndose fácilmente calcular la diferencia numérica de cada uno de ellos. En efecto, el ejército francés, aminorado por las diversas guarniciones que se había visto obligado a dejar en las ciudades y fortalezas que Carlos VIII deseaba conservar en Italia, apenas se elevaba a ocho mil combatientes, mientras que el ejército milanés-veneciano elevábase a más de treinta y cinco mil hombres. Carlos VIII resolvió, pues, intentar nuevamente las vías de la conciliación, y envió a Commynes, el cual, conforme dijimos, se le debía reunir en Toscana, con el encargo de hablar con los proveedores de Venecia, a los cuales había conocido en su embajada, y sobre los que tenía gran ascendiente, gracias a la estima que generalmente se hacía de su mérito. Había recibido el encargo de decir, en nombre del rey de Francia, a los jefes del ejército enemigo, que su amo sólo deseaba continuar su camino sin hacer ni recibir daño alguno; que, en consecuencia, pedía un paso libre a través de aquellas hermosas llanuras de Lombardía que, contempladas desde las alturas en que se hallaba situado, veíalas extenderse hasta al pie de los Alpes.

Commynes encontró al ejército confederado en grandes disensiones: los milaneses y los venecianos opinaban que que debían dejar pasar al rey sin atacarlo, debiendo darse por contentos, decían, de que abandonara así a Italia sin

haber causado en ella otro daño; pero los embajadores de España y de Alemania pensaban de distinto modo que sus aliados. Como sus amos no tenían tropa alguna en el ejército, y estaban ya hechos los gastos que debían hacer, todo redundaría en su provecho si se daba la batalla, puesto que, si la ganaban, recogerían los frutos de la victoria, y, en caso de que la perdiesen, de ningún modo sufrían los daños de la derrota. Esta disidencia en las opiniones hizo que fuese aplazada para el día siguiente la respuesta que debía darse a Commines, decidiéndose que al otro día tuviera una nueva conferencia con un plenipotenciario que se nombraría durante la noche: esta conferencia debería celebrarse entre los dos ejércitos.

Carlos VIII pasó la noche grandemente inquieto: todo el día el cielo había amenazado lluvia (ya dijimos que el Taro era un torrente); el río, vadeable aún aquel día, podía, pues, desde el siguiente, presentar un obstáculo insuperable; y aquel aplazamiento tal vez se había pedido sólo con objeto de empeorar más aún la posición del ejército francés. En efecto, tan pronto como llegó la noche, declaróse una tormenta espantosa, que, mientras duró la obscuridad, llenó el Apenino de rumores, y surcó de relámpagos el cielo. Cuando amaneció el día siguiente, pareció que el tiempo se calmaba algo; pero el Taro, que la víspera sólo era un arroyo, habíase convertido en torrente y subía con rapidez a lo largo de sus orillas. Carlos VIII, armado ya y a caballo, llamó a las seis de la mañana, a Commines, ordenándole que fuera a la cita que le habían dado los proveedores venecianos; pero apenas hubo acabado el rey de darle esta orden, oyéronse grandes gritos en la extrema derecha del ejército francés. Los estradiotes, que gracias al bosque que se extendía entre ambos campamentos, habían sorprendido un puesto, y después de haberlo pasado a cuchillo, llevaban, según su costumbre, las cabezas de los muertos colgadas del arzón de sus sillas. Un destacamento de caballería salió en su persecución; pero, semejantes a bestias feroces, habíanse internado en los bosques que les servían de refugio desapareciendo en ellos.

Lo inesperado de este ataque, que, según todas las probabilidades, había sido preparado por los embajadores españoles y los alemanes, produjo en toda la línea el efecto

de una chispa en un reguero de pólvora. Commines, por su parte, y los proveedores venecianos, por la suya, en vano intentaron suspender el combate de un lado y otro: las tropas ligeras, devoradas por la impaciencia de escaramucear, y, como era muy habitual en esa época, sin atender más que al peligroso impulso del valor personal, habían venido a las manos, bajando hacia la llanura, como en un circo, en busca de un combate lucido. Por un instante, el joven rey, a quien el ejemplo arrastraba, estuvo también a punto de olvidar su responsabilidad de general para obrar como soldado; pero Claudio de la Châtre, mariscal de Gié, y los señores de Guisa y de La Trémouille, pudieron contener este primer impulso, y determinaron a Carlos VIII a tomar el partido más prudente, que era cruzar el Taro sin buscar el combate, aunque sin evitarlo en el caso de que el enemigo cruzase el río intentando cortarles el paso. En consecuencia, y según la opinión de los más entendidos y más valientes capitanes, el rey dispuso así sus líneas de batalla:

La primera, comprendía la extrema vanguardia y un cuerpo destinado a sostenerla; esta vanguardia componíase de trescientos cincuenta hombres de armas, los mejores y los más bravos del ejército, a las órdenes del mariscal de Gié y de Santiago Trivulzio, constando el cuerpo que seguía de tres mil suizos, al mando de Engelberto de Clèves y de Lornay, caballerizo mayor de la reina; seguían detrás trescientos arqueros de la guardia, los cuales había dispuesto el rey que se apearan para poder apoyar a la caballería combatiendo en los intervalos.

La segunda, que dirigía el mismo rey, y que formaba el cuerpo de ejército, se componía de la artillería, mandada por Juan de Lagrange, de cien gentileshombres de la guardia, cuyo estandarte llevaba Golles Carronel, de los pensionistas de la casa del rey, al mando de Aymar de Prie, de los escoceses, de doscientos ballesteros a caballo, y del resto de los arqueros franceses, que conducía el señor de Crussol.

Finalmente, la tercera, o sea la retaguardia precedida de los equipajes llevados por seis mil bestias de carga, sólo contaba trescientos hombres de armas, y marchaba bajo las órdenes de los señores de Guisa y de La Trémouille; era la parte más débil del ejército.

Carlos VIII, una vez hecha esta distribución, ordenó a la vanguardia que pasara el río, cosa que hizo al instante, por frente al pequeño pueblo de Fornovo, marchando los jinetes con agua hasta la pantorrilla, y los infantes agarrados a la cola de los caballos; después, así que vió a los últimos soldados de esta primera parte del ejército en la otra orilla, el rey púsose en marcha a su vez siguiendo el mismo camino y pasando por el mismo vado, dando orden a los señores de Guisa y de La Trémouille que arreglaran la marcha de la retaguardia por la del cuerpo principal del ejército, conforme él había arreglado la de éste por la que había seguido la vanguardia.

Sus órdenes se ejecutaron fielmente, y, hacia las diez de la mañana, todo el ejército francés hallábase en la orilla izquierda del Taro: entonces, y como por las disposiciones del ejército enemigo el combate era inminente, los bagajes, conducidos por el capitán Odec de Riberac, separáronse de la retaguardia y fueron a situarse en la extrema izquierda.

Francisco de Gonzaga, general en jefe de las tropas confederadas, había arreglado sus disposiciones por las del rey de Francia: cumpliendo sus órdenes, el conde de Cajazzo, con cuatrocientos hombres de armas y dos mil infantes, había cruzado el Taro a la altura del campamento veneciano, y debía hacer frente a la vanguardia francesa, mientras él, subiendo por la orilla derecha hasta Fornovo, franquearía el río por el mismo vado que había seguido Carlos VIII, a fin de atacar la retaguardia de éste. Finalmente, había colocado sus estradiotes entre esos dos pasos, con la orden de que, tan pronto como viesan al ejército francés atacado por la vanguardia y por la retaguardia, cruzasen el río a su vez y cayeran sobre los flancos del enemigo. Además de esas medidas de ataque, Francisco de Gonzaga había tomado sus precauciones para la retirada, dejando tres cuerpos de reserva en la otra orilla; uno de los cuales, al mando de los proveedores venecianos, guardaba el campamento, y los otros dos, bajo las órdenes de Antonio de Montefeltro el primero, y el segundo a las de Aníbal Bentivoglio, escalonados de modo que pudieran sostenerse mutuamente.

El rey de Francia notó todas esas disposiciones, reconociendo en ellas esa sabia estrategia italiana, que hacía

de los generales de esa nación los primeros tácticos del mundo; pero, como no había posibilidad de eludir el peligro, decidióse a pasar de través y ordenó que continuara la marcha: mas no tardó el ejército francés en encontrarse detenido entre el conde Cajazzo, que le cerraba el paso con sus cuatrocientos hombres de armas y sus dos mil infantes, y Francisco de Gonzaga, que, conforme dejamos dicho, se puso en seguimiento de la retaguardia enemiga con seiscientos hombres de armas, que constituían lo mejor de su ejército, un escuadrón de estradiotes y más de cinco mil infantes: sólo ese cuerpo superaba a todo el ejército francés.

Mientras tanto, al verse los señores de Guisa y de La Trémouille estrechados de este modo, ordenaron a sus doscientos hombres de armas que dieran cara al enemigo, en tanto que, en el extremo opuesto, es decir, en la cabeza del ejército, el mariscal de Gié y Trivulzio ordenaban hacer alto, y mandaban poner las lanzas en ristre. Durante ese tiempo, según la costumbre, el rey, que se hallaba en el centro, armaba caballeros a los gentileshombres que, por su valor personal o por la amistad que les dispensaba, tenían derecho a este favor.

Mas, de pronto, resonó un terrible choque detrás del rey: era la retaguardia francesa que venía a las manos con el marqués de Mantua. En ese encuentro, en el que cada uno había escogido su adversario, cual si estuviesen en un torneo, se rompieron una infinidad de lanzas, sobre todo en manos de los jinetes italianos, puesto que para restarles peso las usaban huecas, resultando, por consiguiente, menos sólidas. Inmediatamente, los que quedaban desarmados echaban mano a la espada, y como eran más numerosos que los franceses, el rey los vió de repente rebasar su ala derecha, de modo que parecían prontos a envolverlo: en aquel mismo momento oyéronse grandes gritos frente al centro; eran los estradiotes que cruzaban el río, para ejecutar su ataque.

En seguida Carlos VIII dividió su cuerpo de ejército en dos destacamentos, y confiando el uno al mando del bastardo de Borbón, para que hiciera frente a los estradiotes, lanzóse él con el otro en socorro de la retaguardia, confundiendo entre los combatientes, donde hería como rey aunque peleaba como el último de sus capitanes. Secunda-

da por ese refuerzo, la retaguardia logró sostenerse, a pesar de ser los enemigos cinco contra uno, y el combate, en ese punto, continuó con maravilloso encarnizamiento.

Conforme le había sido ordenado, el bastardo de Borbón, se lanzó al encuentro de los estradiotes; pero, llevado por su caballo, se internó tanto en las filas de ellos, que había desaparecido: esto, unido al extraño modo de vestir de sus nuevos antagonistas y a su manera particular de combatir, produjo alguna impresión sobre los que debían hacerle frente; de modo que por un momento reinó el desorden entre el centro, y los jinetes se desparramaron en lugar de estrechar las filas y de combatir en cuerpo. Esta falsa maniobra hubiera podido resultarles desfavorable, pero la mayor parte de los estradiotes, al ver los bagajes aislados y sin defensa, esperanzados por el botín, corrieron a ellos en lugar de valerse de su ventaja. No obstante, el grueso de esa tropa continuaba combatiendo, y estrechaba vigorosamente a los caballeros franceses, cuyas lanzas cortaban con sus terribles cimitarras. Por fortuna, el rey, que acababa de rechazar el ataque del marqués de Mantua, vió lo que a su espalda ocurría, y, volviendo a todo el correr de su caballo en socorro de su centro, cayó sobre los estradiotes con los gentileshombres de su casa, no ya armado de su lanza, que acababa de romperse, sino con su larga espada, que relucía en torno suyo como un relámpago; y fué tal su empuje, que, ya fuese llevado por su caballo, como le había sucedido al bastardo de Borbón, o que el valor lo arrastrase, se encontró de pronto entre el grueso de los estradiotes, acompañado tan sólo por ocho de los gentileshombres que acababa de armar caballeros, de uno de sus escuderos, llamado Antonio de los Ambus y de su portaestandarte, gritando: «¡Francia! ¡Francia!» para que con él se reuniesen todos aquellos gentileshombres desparramados. Estos, al ver que el peligro no era tan grande como habían creído, comenzaron a desquitarse y a devolver con usura a los estradiotes los golpes que de ellos habían recibido.

Mejor marchaban las cosas en la vanguardia, a la que el marqués de Cajazzo debía atacar, porque, aun cuando iba al frente de fuerzas que superaban en número a las de los franceses, y al pronto pareciera animado de las más formidables intenciones, detúvose en la carga, y a unos

diez o doce pasos de distancia del frente de batalla de los franceses, volvió la cara sin romper una sola lanza. Los franceses quisieron perseguirle; pero el mariscal de Gié, temeroso de que esta huida fuese una añagaza para alejar del centro a la vanguardia, ordenó a todos que permanecieran quietos: sin embargo, los suizos alemanes, que no comprendieron la orden, o que creyeron que no iba dirigida a ellos, se lanzaron en su persecución, y, aunque a pie, les dieron alcance matándoles un centenar de hombres; esto fué suficiente para que el desorden se introdujese entre ellos y los unos se dispersasen por la llanura y los otros se arrojasen al agua para cruzar el río y refugiarse en su campamento; al ver esto, el mariscal de Gié destacó un centenar de hombres de armas para que fuesen en socorro del rey, el cual, continuando el combate con valor inaudito, corría los más graves peligros, viéndose constantemente separado de sus gentileshombres, que no podían seguirlo; porque, en donde veía peligro, allí se precipitaba, gritando: «¡Francia!» sin inquietarse gran cosa de si le seguían. Ya no peleaba con su espada, que, al igual que su lanza, hacía tiempo que se le había roto; defendíase con una pesada hacha de armas cuyos golpes, ya de filo, ya de punta, eran casi siempre mortales. Así, pues, los estradiotes, viéndose muy estrechados por la casa del rey y por los pensionistas, no tardaron en pasar del ataque a la defensa y de la defensa a la fuga. Y entonces fué cuando mayor riesgo corrió el rey, porque, arrastrado en la persecución de los fugitivos, no tardó en encontrarse solo, rodeado de aquellos hombres, que, a no ser por el terror de que estaban poseídos, de haberse reunido, le habrían ahogado a él y a su caballo; pero, como dijo Commines, aquel que Dios guarda, bien guardado está, y Dios guardaba al rey de Francia.

Sin embargo, la retaguardia estaba en aquel momento rudamente estrechada; y, aunque los señores de Guisa y de La Trémouille sostuviéronse con toda la firmeza que les fué posible, indudablemente hubieran tenido que ceder ante el número, de no haberles llegado un doble socorro: el uno se lo llevaba el infatigable Carlos VIII, el cual, no teniendo ya nada que hacer entre los fugitivos, volvía a lanzarse nuevamente entre los combatientes, y el otro venía de los sirvientes del ejército, los cuales, al verse libres del ataque de los estradiotes y al ver que sus enemigos

huían, acudieron armados de las hachas con que cortaban la madera para edificar los alojamientos, y arrojábanse entre los combatientes, cortando los jarretes de los caballos, y rompiendo a grandes golpes las viseras de los jinetes desmontados.

Los italianos no pudieron resistir este doble choque; la *furia francesa* destruía todos los cálculos estratégicos posibles, y desde hacía más de un siglo tenían olvidadas aquellas encarnizadas y sangrientas luchas por la especie de torneos que ellos llamaban sus guerras; de suerte que, no obstante los esfuerzos realizados por Francisco de Gonzaga, la retaguardia volvió también la cara y emprendió la huída, repasando el torrente a toda prisa, y sobre todo con gran trabajo, pues aun seguía crecido por la lluvia que había caído durante toda la batalla.

Algunos opinaban que debían perseguir a los vencidos, porque había tal desorden en su ejército, que, desde el campo de batalla, del que tan gloriosamente se habían apoderado los franceses, veíaseles huir en todas direcciones, llenando los caminos de Parma y de Bercetto; pero el mariscal de Gié y los señores de Guisa y de La Trémouille, que habían hecho lo bastante para que no llegara a sospecharse que retrocedían ante un peligro imaginario, contuvieron ese arranque, al observar el cansancio que reinaba entre los hombres y los caballos, cansancio que les hubiera expuesto a perder la ventaja obtenida si intentaban ir más allá. Esta última opinión fué la que se adoptó, no obstante el parecer de Trivulzio, de Camilo Vitelli y de Francisco Secco, que querían que se persiguiera la victoria.

Carlos VIII retiróse a una pequeña aldea de la orilla izquierda del Taro, y se puso al abrigo en una pobre casa, donde se desarmó: de todos los capitanes y soldados, era tal vez el que más había peleado.

En el transcurso de la noche engrosó tanto el torrente, que al ejército italiano, aunque hubiera podido reponerse de su derrota, habríale sido imposible perseguir al ejército francés. El rey, que, después de una victoria, no quería que nadie pudiese creer que huía, permaneció durante todo el día en el campo de batalla, y fué a pernoctar a Medesena, pequeño pueblo situado sólo a una milla más abajo del lugarejo donde había descansado después del combate.

Pero cuando reflexionó, durante la noche, que había hecho lo bastante por el honor de sus armas, derrotando a un ejército cinco veces más numeroso que el suyo, causándole tres mil muertos y esperándole día y medio para darle tiempo a tomarse el desquite, dos horas antes de que amaneciera hizo que reanimaran los fuegos, a fin de que el enemigo lo creyera todavía en su campamento; y, habiendo montado todos a caballo sin hacer el menor ruido, el ejército francés, casi fuera ya de peligro, prosiguió su marcha hacia Borgo San Donnino.

Mientras sucedía todo esto, el papa había regresado a Roma, donde no tardaron en llegar las noticias que más armonizaban con su política. En efecto, el papa supo que Fernando había pasado de Sicilia a Calabria con un ejército compuesto de mil voluntarios y un considerable número de jinetes e infantes españoles, que de parte de los *Reyes Católicos*, Fernando e Isabel, le traía el famoso Gonzalo de Córdoba, el cual llegaba a Italia con una reputación de gran capitán, a la que debía causar algún perjuicio la derrota de Seminara. Casi al mismo tiempo, la flota aragonesa batía a la flota francesa; finalmente, la batalla del Taro, aunque verdaderamente perdida por los confederados, no dejaba de ser una victoria para el papa, puesto que su resultado era abrir un regreso hacia Francia al que él consideraba como su más mortal enemigo. De modo que comprendiendo que ya nada tenía que temer del rey de Francia, envióle un breve, que se había detenido en Turín para socorrer a Novara, por el cual, en virtud de su autoridad pontificia, le ordenaba, así como a su ejército, que abandonase Italia y llamara las tropas que aun tenía en el reino de Nápoles, en un plazo de diez días, bajo pena de excomunión y de tener que comparecer ante él en persona.

Carlos VIII respondió:

1.º Que no comprendía cómo el papa, jefe de la liga, le ordenaba que abandonase Italia, mientras que los confederados no sólo le habían negado el paso, sino que intentaron, aunque inútilmente, como había podido saberlo Su Santidad, cerrarle todo regreso a Francia;

2.º Que, en cuanto a llamar a sus tropas de Nápoles, él no era bastante irreligioso para hacer eso, puesto que si habían entrado en ese reino lo hicieron con el consentimiento y la bendición de Su Santidad.

3.º Que, en cuanto a tener que comparecer en persona, en la capital del mundo cristiano, se asombraba grandemente de que el papa exigiera eso en aquel momento, puesto que, seis semanas antes, a su regreso de Nápoles, y deseando vivamente avistarse con Su Santidad para testimoniarle su respeto y obediencia, Su Santidad, en vez de acceder a sus deseos, había salido de Roma al aproximarse él, y tan precipitadamente, que, a pesar de todas las diligencias hechas, no pudo conseguir el volver a juntarse con él.

Sin embargo, en cuanto a este último artículo, prometió a Su Santidad que, si él, por su parte, se comprometía a esperarlo esta vez, le daría la satisfacción que deseaba, volviendo a Roma una vez que hubiese terminado a su satisfacción los asuntos que a su reino le llamaban.

A pesar del orgullo burlón que en esta respuesta resaltaba, no por eso dejó de verse Carlos VIII menos obligado por las circunstancias a obedecer al extraño breve que había recibido. En efecto, no obstante el refuerzo de suizos que en su socorro llegaba, el rey se vió obligado, por lo urgente de su presencia en Francia, a concertar con Ludovico Sforza una paz por la cual le cedía la plaza de Novara, mientras que Gilberto de Montpensier y d'Aubigny, por su parte, después de haber defendido la Calabria, la Basilicata y Nápoles, palmo a palmo, viéronse finalmente reducidos, después de un sitio de treinta y dos días, a firmar, el 20 de julio de 1496, la capitulación de Atella, por la que debían ser entregadas a Fernando II, rey de Nápoles, todas las plazas y fortalezas de su reino, de las que sólo pudo gozar tres meses, pues murió de extenuación el 7 de septiembre siguiente, en el castillo de la Somma, al pie del Vesubio, sin que los cuidados prodigados por su joven esposa pudieran reparar el daño que su belleza había causado.

Su sucesor fué Federico, su tío; resultando que, desde hacía tres años que era papa, Alejandro VI, conforme él iba afirmándose sobre el solio pontificio, vió pasar por el trono de Nápoles cinco reyes: Fernando I, Alfonso II, Carlos VIII, Fernando II y Federico.

Esta rápida sucesión de soberanos y esas conmociones del trono eran lo más ventajoso que podía ocurrir para la fortuna de Alejandro VI, puesto que cada nuevo monarca

sólo era verdaderamente rey bajo la condición de recibir la investidura del pontífice. Ello dió por resultado que el único que resultó favorecido con todos esos cambios fué Alejandro VI, puesto que sucesivamente, a pesar de sus simonías, había sido reconocido como jefe supremo de la Iglesia por Ludovico Sforza y las Repúblicas de Florencia y de Venecia, que habían tratado con él, habiendo sido, además, adorado sucesivamente por los cinco reyes que se habían sucedido en el trono de Nápoles. Alejandro VI pensó, pues, que el momento de fundar el poderío de su casa había llegado apoyándose por un lado en el duque de Gandía, que debía desempeñar todas las altas dignidades temporales, en tanto que César Borgia sería llamado a todas las grandes funciones eclesiásticas. El papa, para asegurar estos nuevos proyectos, nombró cuatro cardenales españoles, con los cuales el número de sus compatriotas en el Sacro Colegio se elevaba a veintidós, asegurándole en él una mayoría constante y cierta.

Lo primero que la política pontificia necesitaba, era librar a los alrededores de Roma de todos aquellos pequeños señores llamados los vicarios de la Iglesia, y a los que Alejandro, por su parte, daba el nombre de esposas o manillas del papado. Ya han visto nuestros lectores que el papa había comenzado esta obra incitando a los Orsini contra los Colonna, cuando la empresa del rey de Francia habíale obligado a reunir todos los recursos de su ingenio y todas las tropas de sus Estados, cual si para su propia seguridad tuviera que hacer con ellas una guardia alrededor de su persona.

Pero he aquí que, en su imprudencia, los Orsini, los antiguos amigos del papa, se habían pasado a los franceses, y con ellos penetrado en el reino de Nápoles, de suerte que Virginio, uno de los principales jefes de aquella poderosa casa, había sido hecho prisionero durante la guerra, y se hallaba en poder de Fernando II. Era ésta una ocasión que Alejandro no podía dejar escapar; de suerte que, una vez hubo intimado al rey de Nápoles que no pusiera en libertad al que desde el 1.º de junio de 1496 había declarado rebelde, el 26 de octubre siguiente, es decir, en los primeros días del reinado de Federico, con el cual sabía Alejandro VI que podía contar absolutamente por la necesidad que tenía de recibir la investidura, pronunció

en consistorio secreto una sentencia de confiscación contra Virginio Orsini y toda su familia; después, y como no todo consistía en declarar confiscados los bienes, hizo proposiciones a los Colonna, diciendo que, como prueba de la renovación de su amistad, les encargaba la ejecución, bajo las órdenes del duque de Gandía su hijo, de la sentencia dictada contra sus antiguos enemigos, debilitando de este modo a sus vecinos, el uno por medio del otro, hasta que pudiera atacarlos sin peligro y hacer desaparecer a vencedores y vencidos.

La proposición fué aceptada por los Colonna, siendo el duque de Gandía nombrado general de la Iglesia, del cuyo cargo su padre, revestido de las vestiduras pontificales, le entregó las insignias en la iglesia de San Pedro en Roma.

Desde el primer momento, las cosas marcharon tal como Alejandro VI había esperado, y antes de que terminara el año, el ejército pontificio habíase apoderado de una infinidad de castillos y fortalezas pertenecientes a los Orsini. Éstos se consideraban ya como perdidos cuando Carlos VIII, al cual se habían dirigido sin esperanzas de que, preocupado como estaba de sus propios asuntos, pudiera prestarles gran ayuda, a falta de armas y de tropas, les envió a Carlos Orsini, hijo de Virginio, que se hallaba prisionero, y a Vitellozo Vitelli, hermano de Camilo Vitelli, uno de los tres valientes *condottieri* italianos que había tomado a sueldo y habían combatido por él en el paso del Taro. Estos dos capitanes, que habían probado su valor y habilidad, llevaban consigo una enorme cantidad de dinero que debían a la liberalidad de Carlos VIII; de modo que, tan pronto como estuvieron en Cittá di Castello, centro de su pequeña soberanía, y expresaron la intención de formar un ejército de hombres de armas, los reclutas se presentaron de todas partes para alistarse bajo su bandera. No tardaron, pues, en reunir un pequeño ejército, y como durante su permanencia entre los franceses habían estado en condiciones de estudiar la parte de su organización militar por la que eran superiores a los italianos, aplicaron a sus tropas esas mejoras, consistentes sobre todo en ciertos cambios en los trenes de artillería, que hacía más fácil la maniobra, y en la substitución de las armas ordinarias por picas que en la forma se parecían a las de

los suizos, pero que tenían dos pies más de largo. Hechos estos cambios, Vitellozo Vitelli adiestró durante tres o cuatro meses a su gente en el manejo de sus nuevas armas; después, y al juzgarlos en estado de servirse de ellas con ventaja, habiendo obtenido algunos subsidios de las ciudades de Perusa, Todi y Narni, que temían les llegara su turno después del de los Orsini, como a éstos les había llegado después del de los Colonna, marchó hacia Bracciano, plaza que el duque de Urbino tenía sitiada, y que, en virtud del tratado antes mencionado, había sido prestada al papa por los venecianos.

El general veneciano, sabedor de que Vitellozo Vitelli se le acercaba, quiso ahorrarle la mitad del camino y salió a su encuentro; los dos ejércitos se encontraron en el camino de Soriano, y el combate se trabó en el mismo instante. El ejército pontificio lo componía un cuerpo de ochocientos alemanes, con los que los duques de Urbino y de Gandía contaban más que con cualesquiera otros, y con razón, porque, en efecto, eran las mejores tropas del mundo; pero Vitellozo Vitelli hizo que esos soldados escogidos fuesen atacados por su infantería, la cual, armada con sus formidables picas, los atravesaban sin que éstos, que tenían las picas cuatro pies más cortas, pudiesen devolverles los lanzazos que recibían; al mismo tiempo, su artillería ligera serpenteaba sobre los flancos del ejército, siguiendo sus más rápidos movimientos, y por la puntería y rapidez de sus disparos hacía callar a la artillería enemiga; de modo que, después de una resistencia más larga de lo que era posible esperar de un ejército atacado por medios tan superiores, las tropas pontificias emprendieron la huida, llevando consigo hacia Ronciglione al duque de Gandía herido de un lanzazo en la cara, a Fabricio Colonna y al legado; en cuanto al duque de Urbino, que combatía la retaguardia para apoyar la retirada, cayó prisionero juntamente con toda la artillería y los bagajes del ejército vencido.

Sin embargo, por grande que fuera este éxito no aumentó el orgullo de Vitellozo Vitelli hasta el punto de cegarle respecto a su situación: comprendió que tanto él como los Orsini eran demasiado débiles para sostener una guerra semejante; que el pequeño tesoro a que debía su ejército no tardaría en agotarse, y que éste desaparecería

con aquél. Apresuróse, pues, a que le perdonasen su victoria, haciendo proposiciones que tal vez, de haber sido el vencido, él mismo no habría aceptado. Sin embargo, el papa las aceptó en el mismo instante, pues en el intervalo había recibido la noticia de que Trivulzio acababa de repasar los Alpes y entrar nuevamente en Italia con tres mil suizos, pues temía que el general italiano llevara la vanguardia del rey de Francia. En vista de eso, decidióse que los Orsini pagasen setenta mil florines por los gastos de la guerra y que todos los prisioneros fuesen canjeados por ambas partes sin pagar rescate, exceptuando el duque de Urbino. Para seguridad del pago de los setenta mil florines, los Orsini hicieron entrega como garantía, en manos de los cardenales Sforza y San Severino, de las fortalezas de la Anguillara y de Cervetri; después, como en el día señalado para el pago no tenían el dinero necesario, estimaron al duque de Urbino, su prisionero, en cuarenta mil ducados, lo que casi formaba la suma debida, y se la cargaron en cuenta a Alejandro VI, el cual, esta vez, rígido observador de las obligaciones contraídas, hizo que su propio general, tomado a su servicio, le pagase el rescate que éste debía a sus enemigos.

El papa, por su parte, hizo que entregaran a Carlos Orsini y a Vitellozo Vitelli el cadáver de Virginio, ya que no la persona. Por una extraña fatalidad, el prisionero había dejado de existir ocho días antes de firmarse el tratado, sucumbiendo a la misma enfermedad, si podía juzgarse por analogía, que había costado la vida al hermano de Bayaceto.

Cuando se hubo firmado la paz, Próspero Colonna y Gonzalo de Córdoba, que el papa había pedido a Federico, llegaron a Roma con un cuerpo de ejército de tropas napolitanas y españolas. Alejandro, en la imposibilidad de utilizarlas contra los Orsini, y no queriendo reprocharse el haberlas hecho ir a Roma inútilmente, las ocupó en tomar nuevamente a Ostia. Gonzalo fué recompensado por ese hecho de armas, recibiendo de manos del papa la Rosa de Oro, es decir, la más alta distinción que Su Santidad podía conceder. Gonzalo compartió ese honor con el emperador Maximiliano, el rey de Francia, el dux de Venecia y el marqués de Mantua.

Y en esto llegó la fiesta de la Asunción, a la que Gonzalo

de Córdoba fué invitado. Para asistir a ella, salió de su palacio, se dirigió al encuentro de la caballería pontificia y colocóse a la izquierda del duque de Gandía, cuya belleza personal, realizada con todo el lujo que había juzgado oportuno desplegar en aquella fiesta, atraía todas las miradas. En efecto, su séquito vestía tan magníficas libreas, que nada de lo visto hasta entonces en Roma, la ciudad de las pompas religiosas, se podía comparar con su riqueza. Todos aquellos pajes y aquellos criados montaban soberbios caballos que cubrían gualdrapas de terciopelo con franjas de plata, en medio de las cuales colgaban, de distancia en distancia, campanillas del mismo metal. El duque de Gandía vestía un traje de brocado de oro, y llevaba al cuello un hilo de las perlas más hermosas y más gruesas de Oriente que tal vez poseyera hasta entonces príncipe cristiano alguno, y rodeaba su gorra una cadena de oro guarnecida de diamantes, de los que el más pequeño valía veinte mil ducados. La magnificencia contrastaba grandemente con el sencillo traje de César Borgia, cuya sotana y manto de púrpura no admitía adorno alguno, dando esto por resultado que César, doblemente envidioso de su hermano al oír los elogios que de su magnificencia hacían, concibió nuevo odio contra él. De modo que, desde ese momento, el cardenal Valentino decidió en su interior la suerte de aquel hombre, al que sin cesar encontraba en el camino de su orgullo, de su amor y de su ambición.

En cuanto al duque de Gandía—dice el historiador Tommaso, — razón tuvo ciertamente en dejar, con motivo de esta fiesta, el recuerdo público de su gentileza y su esplendor, puesto que ésta fué la pompa que precedió a la de sus funerales.

Lucrecia, por su parte, había ido a Roma bajo pretexto de tomar parte en esta solemnidad, pero, en realidad, como no tardaremos en ver, con objeto de convertirse en un nuevo instrumento de ambición en manos de su padre.

Como en manera alguna se contentaba el papa con un vano triunfo de ostentación y de orgullo para su hijo, y como su guerra con los Orsini no le diera el resultado que de ella esperaba, se decidió, para aumentar la fortuna de su primogénito, a hacer lo que había reprochado al papa Calixto III hacer por él mismo, en el discurso que le había dirigido, es decir, desmembrar de los Estados Eclesiásti-

cos las ciudades de Benevento, Terracina y Pontecorvo, al objeto de formar con ellas un ducado y dárselo como infantazgo. Esto lo propuso en pleno consistorio, y como el colegio de cardenales era, conforme hemos dicho, completamente suyo, no tropezó con ninguna dificultad. El nuevo favor concedido a su hermano mayor exasperó a César, el cual, sin embargo, recogiendo su parte en las mercedes paternas, acababa de ser nombrado legado *a látere* ante Federico, por lo que, en nombre del papa, debía ponerle por sus manos la corona en la cabeza.

Lucrecia, mientras tanto, después de haber pasado algunos días en completo holgorio con su padre y sus hermanos, habíase recluso en el convento de San Sixto, sin que se supiera el verdadero motivo de este retiro, y sin que en sus instancias, César, que sentía por ella un amor tan extraño como desnaturalizado, pudiese lograr que, cuando menos, para retirarse del mundo de este modo, esperara el día siguiente de su partida para Nápoles. Semejante obstinación por parte de su hermana hirióle profundamente; porque desde el día en que su hermano mayor se mostrara en la procesión con su magnífico traje, había creído notar que su incestuosa amante le trataba con frialdad, y el odio a su rival aumentóse de tal modo, que resolvió deshacerse de él costase lo que costase. En consecuencia, hizo decir al jefe de sus esbirros que le esperaba aquella misma noche.

Michelotto estaba acostumbrado a esta clase de mensajes, que casi siempre tenían por objeto secundar un amor o realizar una venganza. Ahora bien, como en uno o en otro caso, ordinariamente, recompensábasele con esplendidez, guardóse bien de faltar a la cita, y a la hora convenida fué introducido ante su amo.

César Borgia lo esperaba apoyado contra una gran chimenea, no ya vestido con su traje de cardenal, sino con un jubón de terciopelo negro cuyos acuchillados abríanse sobre una chupa de raso del mismo color. Una de sus manos jugaba maquinalmente con sus guantes, mientras que la otra cariciaba la empuñadura de un puñal envenenado del que no se separaba jamás. Era el vestido que usaba en sus expediciones nocturnas; de modo que Michelotto no se sorprendió de verlo vestido así. Sin embargo, la mirada de sus ojos era aún más sombría que de

costumbre, y sus mejillas, habitualmente pálidas, estaban lívidas. Michelotto no hizo más que mirar a su amo, y sintió que entre César y él iba a pasar algo terrible.

Indicóle César que cerrase la puerta, y Michelotto apresuróse a obedecer; luego, tras un instante de silencio, durante el cual los ojos de César parecían investigar el interior del despreocupado *bravo* que ante él estaba de pie y descubierto, le dijo con voz en la que se transparentaba un ligero acento de burla:

Michelotto, ¿qué te parece este traje? ¿Me sienta bien?

Por muy acostumbrado que el esbirro estuviese a los circunloquios que generalmente empleaba su amo antes de llegar a su verdadero objeto, se hallaba tan lejos de esperar semejante pregunta, que, al pronto, se quedó sin responder, y sólo después de un instante pudo decir:

—Admirablemente, monseñor; gracias a ese traje, Vuestra Excelencia tiene el aire de un capitán, como de eso tiene el corazón.

—Mucho me complace que opines de ese modo—dijo César.—Y ahora, ¿sabes quién motiva que en lugar de este traje, que únicamente puedo llevar de noche, me vea obligado a vestir durante el día la sotana y el capelo cardenalicios, y a pasar mi tiempo yendo de iglesia en iglesia y de consistorio en consistorio, mientras que en el campo de batalla debería mandar algún magnífico ejército, en el que tú tendrías el grado de capitán, en lugar de ser, como eres, jefe de algunos cuantos esbirros?

—Sí, monseñor—respondió Michelotto, que a las primeras palabras de César le había comprendido;—quien motiva todo esto es monseñor Juan, duque de Gandía y de Benevento, vuestro hermano mayor.

—¿Sabes tú—repuso César sin dar otra aprobación que un movimiento de cabeza a la respuesta del *bravo*,—sabes tú quién tiene las riquezas y no tiene el genio, quién el casco, pero no la cabeza, quién la espada, pero no la mano que debe esgrimirla?

—También es el duque de Gandía—dijo Michelotto.

—¿Sabes tú—continuó César,—quién es el que constantemente se interpone en el camino de mi ambición, de mi fortuna y de mi amor?

—Siempre el duque de Gandía—repitió Michelotto,

—¿Y qué es lo que tú piensas de esto?— preguntó César.

—Lo que yo pienso, es que es preciso que muera— respondió fríamente el esbirro.

—Opino del mismo modo, Michelotto—dijo César dando un paso hacia él y tomándole la mano,—y lo que siento es no haber pensado antes en ello; porque, si el año pasado, al cruzar el rey de Francia por Italia, hubiese tenido espada en lugar del báculo, en este momento me encontraría soberano de algún buen señorío. No cabe duda de que el papa quiere engrandecer su casa, pero se ha equivocado respecto a los medios, pues debiera haberme hecho duque, y a mi hermano cardenal. De haberme hecho duque a mí, no cabe duda de que a la autoridad de su poder yo hubiera añadido la intrepidez de un corazón que habría sabido hacerla valer. Aquel que quiere abrirse un camino hacia los señoríos y un trono, para conseguirlo debe pisotear los obstáculos que se encuentran en su camino, y correr francamente, sin inquietarse por los desgarrones que las espinas causen en su carne; debe herir a ojos cerrados, con la espada o el puñal, para abrir camino a su fortuna; no debe temer que sus manos se tiñan en su propia sangre; y, finalmente, debe seguir el ejemplo que le han dado todos los fundadores de imperios, desde Rómulo hasta Bayaceto, que ambos sólo reinaron bajo la condición de perpetrar un fratricidio. Pues bien, tú lo has dicho, Michelotto, esa condición es la que se me impone, y he resuelto no retroceder ante ella. Ahora, ya sabes para qué te he llamado. ¿Me he equivocado al contar contigo?

Como era de esperar, Michelotto, que en la comisión de este crimen veía asegurada su fortuna, respondió a César que estaba por completo a sus órdenes, y que le designara solamente el tiempo, el lugar y el modo de ejecutarlo. Contestóle César que el tiempo, naturalmente, no debía estar muy lejano, puesto que él estaba a punto de salir para Nápoles; en cuanto al lugar y al modo, dependerían de la ocasión, y que cada uno por su lado la acecharía para aprovecharse de ella en cuanto se presentara favorable.

Al día siguiente de haber tomado esta resolución, César supo que habían fijado para su partida el día 15 de junio; al mismo tiempo, recibió una invitación de su madre para que fuese a cenar a su casa el 14. La fiesta se daba en su

honor y para despedirlo. Michelotto recibió orden de estar listo a las once de la noche.

Habían dispuesto la mesa al aire libre en una viña magnífica que la Vanozza poseía cerca de San Pedro de Liens: los convidados eran César Borgia, héroe de la fiesta, el duque de Gandía, el príncipe de Esquilache, su esposa doña Sancha, el cardenal de Monte Reale, Francisco Borgia, hijo de Calixto III, don Rodrigo Borgia, capitán del palacio apostólico; don Godofredo Borgia, y, finalmente, don Alfonso Borgia, sobrino del papa: hallábase, pues, toda la familia reunida, a excepción de Lucrecia que, todavía en el retiro, se había negado a ir.

La cena fué verdaderamente espléndida, mostrándose en ella César tan alegre como de costumbre; en cuanto al duque de Gandía, nunca pareció tan gozoso.

En medio de la cena, el duque recibió de manos de un hombre enmascarado una carta; al romper el sello la alegría le puso colorado, y, después de haberla leído, respondió esta sola palabra: «Iré» y la guardó rápidamente en el bolsillo de su jubón; pero, por de prisa que procuró ocultarla a todas las miradas, César tuvo el suficiente tiempo de echar sobre ella una ojeada, y creyó reconocer la letra de su hermana Lucrecia. Durante este tiempo, el mensajero había desaparecido, sin que nadie más que César se fijara en él, porque, en aquella época, acostumbrábase hacer llevar los mensajes de amor por hombres cubiertos con un antifaz, o por mujeres cuyo rostro desaparecía bajo un velo.

Al dar las diez todos abandonaron la mesa, y como el aire era suave y puro se pasearon algún tiempo bajo los magníficos pinos que durante el día daban sombra a la casa de la Vanozza, pero sin que César perdiera de vista a su hermano un solo momento. Cuando sonaron las once, el duque de Gandía se despidió de su madre. César hizo lo mismo pretextando que deseaba pasar esa misma noche por el Vaticano para despedirse del papa, deber que le sería imposible cumplir al día siguiente, pues su partida estaba fijada para el amanecer. Este pretexto era muy admisible puesto que el papa velaba todas las noches hasta las dos o las tres de la madrugada.

Los dos hermanos salieron juntos, montaron en sus respectivos caballos, que a la puerta les esperaban, y

uno al lado de otro caminaron hasta el palacio Borgia, habitado a la sazón por el cardenal Ascanio Sforza, que lo había recibido en donativo de Alejandro la víspera del día en que éste fué elegido papa. Allí se separó el duque de Gandía de su hermano, diciéndole, con una sonrisa, que no pensaba volver a su casa en aquel momento, porque antes tenía que pasar algunas horas con una hermosa dama que lo esperaba. César le respondió que era muy dueño de hacer lo que le conviniera, y le dió las buenas noches.

El duque de Gandía tomó camino hacia la derecha y César lo hizo hacia la izquierda; pero César notó que el camino que el duque había tomado conducía hacia el monasterio de San Sixto adonde, como hemos dicho, Lucrecia se había retirado; después de hecha esta observación que le confirmaba sus sospechas, dirigióse hacia el Vaticano, en donde, cuando hubo hablado con el papa, se despidió de él y recibió su bendición.

A partir de este instante todo es misterioso como la sombra en la que se desarrolló el terrible suceso que vamos a relatar. Sin embargo, he aquí lo que se cree:

El duque de Gandía, al separarse de su hermano César, despidió su servidumbre, quedando sólo a su lado un criado de confianza, en cuya compañía se encaminó hacia la plaza de la Giudecca. Al llegar allí, encontróse con el enmascarado que le llevara la carta durante la cena; y prohibiendo entonces a su criado que le siguiera más allá, ordenóle que le esperase en la plaza donde estaban, diciéndole que, a lo sumo, estaría de vuelta dos horas después, y se le reuniría al pasar. En efecto, a la hora señalada por el duque regresó, el cual, a su vez, despidió al hombre enmascarado, y se puso en camino para su palacio; pero al doblar la esquina del Ghetto, el barrio de los judíos, cuatro hombres a pie, guiados por otro que estaba a caballo, se lanzaron sobre él. Creyó el duque de Gandía que se trataba de ladrones, o que era víctima de alguna equivocación, por lo que dió su nombre; pero lejos de detener con eso los puñales de los asesinos, éstos redoblaron sus golpes, y el duque de Gandía cayó muerto al lado de su criado, que estaba moribundo.

Entonces el jinete, que, inmóvil e impasible, había visto perpetrar el asesinato, obligó a su caballo que se aproximara al cadáver; los cuatro asesinos cargaron luego el

cuerpo sobre la grupa, y, caminando al lado del caballo para sostener el cadáver, se internaron por la callejuela que conduce a la iglesia de Santa María in Monticelli. En cuanto al infeliz criado, por muerto lo dejaron sobre el empedrado. Sin embargo, como recobrase algunas fuerzas al cabo de algunos instantes, sus gemidos fueron oídos por los vecinos de una casita pobre, que salieron a recogerlo y lo llevaron a una cama, donde expiró casi en seguida, sin que pudiera dar ningún informe sobre los asesinos, ni sobre el asesinado.

El duque fué esperado toda la noche y toda la mañana siguiente; la espera pronto se convirtió en temor y más tarde en alarma: fueron a ver al papa y le avisaron que, desde que abandonara la casa de su madre, el duque de Gandía no había regresado a su palacio.

Alejandro trató, no obstante, de hacerse ilusiones durante el resto del día, creyendo que su hijo, sorprendido por la aurora en alguna aventura amorosa, esperaba para salir la vuelta de la obscuridad, con cuya ayuda había ido. Pero la noche transcurrió, como el día, sin que tuvieran noticia alguna, de suerte que, al siguiente, el papa, atormentado por los más tristes presentimientos y por esa voz fatal del pueblo que clamorea las grandes desgracias, dejóse llevar de la más profunda desesperación, y sólo pudo decir a los que se presentaban ante él, en medio de sus sollozos y suspiros, estas palabras, que repetía mil veces:

—¡Que lo busquen, y que se sepa de qué modo ha succumbido el desgraciado!

Todos comenzaron entonces a buscar, porque, como hemos dicho, el duque de Gandía era querido por todos; pero, no obstante las indagaciones que se llevaron a cabo en la ciudad, no pudo descubrirse nada más que el cuerpo de un hombre asesinado en el que se reconoció al criado del duque. De éste, ningún rastro había: se pensó, con razón, que probablemente habría sido arrojado al Tíber, y comenzaron a seguir sus orillas, empezando por la calle de la Ripetta, interrogando a todos los barqueros o pescadores que hubieran podido ver, bien fuese desde sus casas, o desde sus barcas, lo que había pasado en las orillas del río durante las dos noches precedentes.

Al principio fueron inútiles cuantas preguntas hicie-

ron; pero, al llegar a la altura de la calle del Fantanone, encontróse por fin a un hombre que dijo haber visto, la noche del 14 al 15, algo que tal vez tuviera relación con el asunto que a todos inquietaba.

Era un esclavón llamado Jorge, el cual, remontando el río, llevaba un cargamento de madera a Ripetta. He aquí sus propias palabras:

«Cuando hube depositado el miércoles por la noche mi carga de madera en la orilla, quedéme en mi barca, descansando al fresco de la noche y vigilando que otros no cargasen lo que yo había descargado, cuando, hacia las dos de la madrugada, vi que por la callejuela que hay a la izquierda de la iglesia de San Jerónimo, desembocaban dos hombres a pie los cuales se adelantaron hasta el centro de la calle; por la atención con que miraban a todos lados, claramente se veía que sólo habían ido allí para ver si pasaba alguien por aquella calle. En efecto, al asegurarse de que ésta estaba desierta, volvieron a la misma calleja, de donde otros dos salieron a su vez, usando las mismas precauciones para convencerse de que nada nuevo había, los cuales, al encontrarlo todo como deseaban, hicieron señas a sus camaradas para que vinieran. Aproximóse entonces un hombre que montaba un caballo tordo, el cual llevaba sobre la grupa el cadáver de un hombre, cuya cabeza y brazos colgaban de un lado y los pies del otro, y era sostenido por los dos hombres que primero habían venido a la descubierta. Los tres hombres acercáronse en seguida al río, mientras los otros dos guardaban la calle, y, adelantándose hacia la parte en que desemboca en el Tíber la cloaca de la ciudad, el jinete hizo que su caballo volviera la grupa hacia el río; los dos hombres que estaban a su lado tomaron el cadáver el uno por los pies y el otro por las manos, lo balancearon tres veces, y, a la tercera, lo arrojaron con todas sus fuerzas al río; entonces, aprovechando el ruido que hizo el cuerpo al caer en el agua, el jinete preguntó: «¿Está hecho?», y al contestarle los otros: «Sí señor», se volvió en seguida. Al ver que sobre el agua flotaba una cosa negra pregunté que qué era aquello, y uno de los hombres le contestó: «Es su capa, señor», mientras que otro recogía piedras e iba hacia donde todavía se veía con objeto de hacerla sumergir. Tan pronto como hubo desaparecido se retiraron los dos hombres, y,

después de haber caminado un rato por la calle, metieron-se por la callejuela que conduce a San Jaime y no los volvió a ver.»

Ante tales noticias, que quitaban toda esperanza a los que hubieran podido abrirla todavía, uno de los servidores del papa preguntó al esclavón cómo habiendo presenciado semejante cosa, no la había denunciado al gobernador. Pero el hombre le respondió que, desde que ejercía su oficio en el río, muchas veces había visto arrojar hombres muertos al Tíber, sin jamás haber oído decir que se inquietara nadie por ello, por cuya razón estaba persuadido de que con ese cadáver ocurriría lo mismo que con los demás, y no había creído deber hablar de ello, pensando que a eso no le darían más importancia que a lo ocurrido antes.

Guiados por estos informes, los servidores de Su Santidad procedieron inmediatamente a reunir a todos los barqueros y pescadores que acostumbraban navegar por el río, y como ofrecieron una buena recompensa al que encontrara el cadáver del duque, no tardó en haber un centenar dedicado a la tarea, y con tan buen resultado, que antes de que llegara la noche de ese mismo día, que era viernes, dos hombres fueron sacados del agua, en uno de los cuales reconocióse inmediatamente al desdichado duque.

En cuanto inspeccionaron el cadáver no hubo ya duda alguna sobre la causa de su muerte. Tenía el cuerpo atravesado por nueve puñaladas, la principal en la garganta, que le seccionaba la yugular; en cuanto a sus vestidos, no habían sido tocados. Tenía su jubón y su capa, sus guantes en la cintura y su oro en la bolsa; por consiguiente, el duque había sido asesinado por venganza y no por codicia.

La barca que conducía el cadáver remontó el Tíber hasta el castillo de Sant'Angelo, en donde fué depositado; en seguida fueron a buscar al palacio del duque el magnífico traje que llevaba el día de la procesión, y con él lo vistieron; después colocaron a su lado las insignias del generalato de la Iglesia. Así estuvo expuesto todo el día, faltando el valor a su desesperado padre para ir a verlo. Finalmente, al llegar la noche, sus más fieles y sus más dignos servidores lo transportaron a la iglesia de la Madonna del Pópolo, con todos los honores que la Corte y la Iglesia podían tributar al hijo del papa.

Mientras esto ocurría, César, con sus manos ensangrentadas, coronaba a Federico de Aragón.

Alejandro VI sintió aquel golpe en lo más profundo de su corazón. No sabiendo, en un principio, sobre quién hacer recaer sus sospechas, dió las órdenes más severas para que se persiguiera a los asesinos; pero, a medida que el tiempo transcurría, se levantaba ante él la sangrienta verdad. Vió que el golpe que le había anonadado, hiriendo a su casa, partía de ella misma, y entonces su desesperación convirtiéndose en frenesí; corrió como un insensato a través de los salones del Vaticano, y, entrando en pleno consistorio, con los vestidos desgarrados, los cabellos cubiertos de ceniza, confesó, entre sollozos los desórdenes de su vida pasada, reconociendo que la desgracia que en aquellos momentos le abrumaba era un justo castigo de Dios. Después se encerró en una de las más oscuras y secretas cámaras de su palacio, diciendo que quería dejarse morir de hambre.

Y, en efecto; durante más de sesenta horas no tomó ningún alimento de día ni reposó de noche, contestando sólo con gemidos de mujer o con rugidos de león a los que llamaban a la puerta para suplicarle que viviera; tanto, que, al ver que no podían conseguir que cediese a los ruegos de Julia Farnesio, la nueva amante que acababa de tomar, y a la que llamaban Giulia Bella, decidieron llamar a Lucrecia, aquella hija doblemente amada, para vencer su obstinación mortal. Lucrecia salió del retiro en donde lloraba al duque de Gandía, para ir a consolar a su padre. En efecto, abrióse esta vez la puerta, y hasta entonces, el cardenal de Segovia, que había permanecido cerca de veinticuatro horas arrodillado en el umbral suplicando a Su Santidad que recobrará sus ánimos, no pudo entrar con algunos servidores que llevaban vino y algún alimento.

Durante tres días y tres noches el papa estuvo solo con Lucrecia, volviendo después a aparecer en público, si no consolado, al menos calmado; porque según asegura Guicciardini, Lucrecia le hizo comprender lo muy peligroso que sería para él demostrar muy al descubierto al asesino, que no tardaría en regresar, el amor inmoderado que por la víctima sentía.

*
* *

César, mientras tanto, permanecía en Nápoles, no ya sólo con objeto de que el dolor paterno se fuese calmando, sino para llevar a buen término una negociación de la que estaba encargado, consistente en las proposiciones de matrimonio entre su hermana Lucrecia y el hijo natural de Alfonso II y hermano de doña Sancha, don Alfonso de Aragón, duque de Biseglia y príncipe de Salerno.

Es verdad que Lucrecia estaba casada con Juan Sforza, señor de Pésaro; pero era hija de un padre a quien el Cielo había concedido el derecho de atar y desatar, de modo que no debían inquietarse por tan poca cosa; tan pronto como los novios estuvieran dispuestos, vendría el divorcio. Alejandro era demasiado buen político para dejar casada a su hija con un yerno que de nada le servía ya.

Hacia fines del mes de agosto, se supo que, habiendo terminado, según todos sus mejores deseos, la embajada ante el nuevo rey, el legado iba a regresar a Roma. En efecto, regresó el día 3 de septiembre, es decir, antes de que se cumplieran los tres meses de la muerte del duque de Gandía, y el día siguiente fué a la iglesia de Santa María Novella, en cuya puerta le esperaban montados a caballo, según la costumbre, los cardenales y los embajadores de España y de Venecia, y se dirigieron al Vaticano, donde el papa les esperaba sentado en el trono; llegado que hubieron al consistorio, el legado fué recibido por el Papa, el cual, según el ceremonial, le dió la bendición y lo besó; después, acompañado nuevamente y del mismo modo por los cardenales y los embajadores, fué hasta sus departamentos, de los que, tan pronto como estuvo solo, pasó a los del papa; porque en el consistorio no se habían hablado, y el hijo y el padre tenían muchas cosas que decirse, pero no, como pudiera pensarse, del duque de Gandía, porque ni siquiera su nombre fué pronunciado, y ni ese día ni después se volvió a hablar del infeliz joven, como si jamás hubiese existido.

Verdad es que César llevaba buenas noticias. El rey Federico consentía en la unión propuesta; y, por consiguiente, el matrimonio de Lucrecia con el señor de Pésaro fué

anulado por causa de importancia. Además, autorizaba la exhumación del cadáver del desventurado Gien, que, como se recordará, valía trescientos mil ducados.

Entonces, conforme lo deseaba, fué César el que, en lugar del duque de Gandía, se encontró omnipotente al lado del papa, no tardando los romanos en notar este virreinato por el paso inmenso y nuevo que Roma dió hacia la disolución. Ya no había sino fiestas, bailes y mascaradas, así como magníficas cacerías, en las que César, que comenzaba a desechar su traje de cardenal, cuyo color le desagradaba y aun le fastidiaba, presentábase vestido a la francesa, seguido, como un rey, de cardenales, embajadores y guardias; de modo que, según dice el cardenal de Viterbo, la ciudad pontifical entera, abandonada como una cortesana a sus orgías y sus excesos, jamás, ni aun en los tiempos de Nerón y de Heliogábalo, había estado más ardiente de sedición, más excitada por la lujuria, más ensangrentada por la carnicería. Jamás se habían reunido tantos males sobre ella; jamás se había visto deshonrada por mayor número de delatores, ni ensangrentada por más esbirros. Era tal la audacia y el número de los ladrones, que no se podía salir de la ciudad, y hasta en su interior pronto no se estuvo seguro. No había casa ni torre que defendieran al vecino. Ya no había derecho ni justicia. El oro, la fuerza y el placer eran los reyes.

Pero el oro fundíase en estas fiestas como en el horno, y Alejandro y César comenzaron a codiciar la fortuna de los mismos que, por su simonía, los habían llevado adonde estaban. La víctima, en el primer ensayo que hicieron de arbitrar fondos por este medio, fué el cardenal de Cosenza. He aquí con qué motivo:

Habíase concedido hacía ya algún tiempo una dispensa a una religiosa profesa, última heredera de la corona de Portugal, en virtud de la cual había contraído matrimonio esta religiosa con un hijo natural del último rey. Este casamiento era grandemente perjudicial a los intereses de Fernando e Isabel de España; por lo que enviaron embajadores al papa quejándose de tal procedimiento, en el instante en que iba a concertarse una alianza entre la casa de Aragón y la Santa Sede. Alejandro que comprendió estas quejas quiso atenderlas, para lo cual negó haber tenido conocimiento de ese breve, no obstante haber

recibido sesenta mil ducados por firmarlo, y acusó al arzobispo de Cosenza, secretario de los breves apostólicos, de haber entregado una dispensa falsa. Esta acusación llevó al arzobispo de Cosenza al castillo de Sant'Angelo y comenzó su proceso.

Sin embargo, como no era cosa fácil probar semejante acusación, sobre todo si el arzobispo se obstinaba en sostener que la dispensa había sido dada realmente por el papa, resolvióse utilizar respecto al acusado una treta que no podía dejar de tener éxito.

Una noche vió el arzobispo de Cosenza que el cardenal Valentino entraba en su prisión; con aquel aire abierto y afable que tan admirablemente sabía tomar cuando podía serle útil, iba a exponer al preso la dificultad en que se encontraba el papa, y de la que únicamente podía sacarle el arzobispo, al cual Su Santidad consideraba como su mejor amigo.

El arzobispo contestó que se hallaba en absoluto a las órdenes de Su Santidad.

Entonces César Borgia sentóse al otro lado de la mesa en la que al entrar había encontrado echado de codos al cautivo, y le expuso la situación de la Santa Sede: era embarazosa. En el momento de contraer con la casa de Aragón alianza tan importante como la de Lucrecia y don Alfonso, era imposible confesar a Fernando e Isabel que por unos cuantos miserables ducados el papa hubiese firmado una dispensa que reunía entre el marido y la mujer todos los derechos legítimos a una corona sobre la que Fernando e Isabel, por su parte, sólo habían tenido derechos de conquista.

Esta confesión, por necesidad, rompería todas las negociaciones, y la casa pontifical iba a caer, chocando contra el pedestal que precisamente debía servirle para aumentar su grandeza. El arzobispo de Cosenza debía, pues, comprender que lo que el papa esperaba de su abnegación y de su amistad era que confesase pura y simplemente que él había creído poder tomar la responsabilidad de conceder esa dispensa.

Ahora bien; como el juicio de esta falta debía ser sometido al mismo papa, fácil le era comprender de antemano al acusado que la sentencia sería en absoluto paternal. Además, el mismo que debía sentenciar era el que debía dar la recompensa, y si aquella era la de un padre, en

cambio ésta sería la de un rey y consistiría nada menos que en asistir como legado, y con título de cardenal, a la ceremonia del casamiento de Lucrecia y Alfonso, favor que le correspondía por completo, puesto que debido a su abnegación, el matrimonio se habría realizado.

El arzobispo de Cosenza conocía a los hombres con quienes trataba: sabía que nada les haría retroceder para conseguir su objeto; no ignoraba que poseían unos polvos con gusto y olor a azúcar, imposibles de distinguir si se echaban en la comida, y que producían la muerte rápida o lentamente, según su deseo, y sin dejar rastro; conocía el secreto de una llave envenenada que constantemente pendía de la chimenea del papa, de modo que, cuando Su Santidad quería deshacerse de alguno de sus familiares, le ordenaba que abriera cierto armario: ahora bien, como el aro de la llave tenía una puntita, y funcionaba con alguna dificultad, era preciso apretar algo la mano y la cerradura cedía a costa de un pequeño pinchazo, que siempre era mortal. Finalmente, sabía que César usaba un anillo con dos cabezas de león, las cuales, cuando quería estrechar la mano a un *amigo*, volvíanse hacia dentro y los dientes de los leones se convertían en dientes de vibora, y el *amigo* moría maldiciendo a Borgia. Cedió, pues, medio arrastrado por el temor, medio deslumbrado por la recompensa, y César regresó al Vaticano provisto del precioso documento por el cual el arzobispo de Cosenza reconocíase como único culpable de la dispensa concedida a la regia enclaustrada.

Dos días después, gracias a las pruebas que el arzobispo había proporcionado, el papa, en presencia del gobernador de Roma, del Auditor de la Cámara Apostólica, del abogado y del procurador fiscal, pronunció la sentencia condenando al arzobispo de Cosenza a perder todos sus beneficios y cargos eclesiásticos, a sufrir la degradación de sus órdenes y a la confiscación de sus bienes: en cuanto a su persona, debía ser entregada al magistrado civil. Al cabo de otros dos días, esta autoridad se dirigió a la cárcel para cumplir su misión, conforme se la encargara el papa, y entró en el calabozo del arzobispo, seguido de un escribano, dos sirvientes y cuatro guardias. El escribano desenrolló el papel que llevaba, y leyó la sentencia: entonces los dos sirvientes sacaron de un paquete una so-

tana de paño blanco, unos calzones de un tejido parecido y unos zapatos gruesos, y, despojando al preso de sus hábitos episcopales, lo revistieron con ellos. Finalmente los guardias se apoderaron de él y lo condujeron a uno de los más profundos calabozos de Sant'Ángelo, en donde encontró por todo mobiliario un crucifijo de madera, una mesa, una silla y una cama; por toda distracción, una lámpara, una Biblia y un breviario, y por todo alimento, dos libras de pan y un barril de agua, que, lo mismo que una botellita de aceite para alimentar la lámpara, se renovarían cada tres días.

Un año después, el arzobispo moría de desesperación, con los brazos roídos.

El mismo día en que el preso fué llevado al calabozo, César Borgia, que con tanta habilidad supo dirigir este asunto, fué puesto por el papa en posesión de todos los bienes del sentenciado.

No eran, sin embargo, las cacerías, los bailes y las mascaradas los únicos placeres del papa y su familia: de tiempo en tiempo se daban extraños, feroces e impúdicos espectáculos, que no describiremos por respeto a nuestros lectores, por más que el alemán Buchard los ha descrito minuciosamente en la historia.

La astucia de que César Borgia se valió contra el arzobispo de Cosenza tuvo el resultado que se deseaba. No pudiendo imputar los *Reyes Católicos*, Fernando e Isabel, a Alejandro VI la firma del breve de que se habían quejado, ya nada se oponía al casamiento de Lucrecia con Alfonso; y esta certidumbre causó al papa una alegría inmensa, puesto que atribuía tanta más importancia a esta unión, cuanto que ya soñaba en otra, entre César y doña Carlota, hija de Federico.

En efecto, César, por todos sus actos desde la muerte de su hermano, había dado a comprender su poca vocación por la vida eclesiástica; de suerte que nadie se asombró cuando, habiendo reunido Alejandro VI una mañana el consistorio, César entró en él, y, dirigiéndose al papa, comenzó por decir que desde su juventud habíase inclinado, por sus tendencias y su genio, hacia las profesiones seculares, y que sólo por obedecer a los mandatos absolutos de Su Santidad había ingresado en la Iglesia, había aceptado la púrpura, las demás dignidades, y, finalmente,

la sagrada orden del diaconado; que, comprendiendo que, a su edad, y en su situación, convenía tan poco abandonarse a sus deseos como imposible resistir a ellos, suplicaba humildemente a Su Santidad tuviera a bien condescender a sus invencibles propensiones y que le concediera abandonar los hábitos y dignidades eclesiásticas, a fin de poder volver al siglo y contraer un matrimonio legítimo, rogando al mismo tiempo a los señores cardenales que se dignaran interceder por él ante Su Santidad, en cuyo poder, y por su libre voluntad, dejaba las iglesias, abadías y beneficios, así como todas las dignidades y mercedes eclesiásticas que había recibido. Los cardenales accedieron, por voto unánime, a la petición de César, confiando al papa la decisión de este asunto; y, como era de presumir, el papa, buen padre y no queriendo forzar las inclinaciones de su hijo, aceptó la renuncia y le concedió lo pedido. César dejó inmediatamente la púrpura, que, según dice su historiador Tommasi, no tenía con él otra relación que el ser de color de sangre.

En verdad, esta renuncia era urgente, y no había tiempo que perder.

Carlos VIII había ido un día de caza y vuelto de ella tarde y cansado; lavóse la cabeza con agua fría y, por sentarse en seguida a la mesa, sufrió un ataque de apoplejía después de comer. De resultas de este ataque falleció dejando el trono al buen Luis XII, su sucesor, el cual tenía dos grandes debilidades, que, por lo demás, fueron tan desdichadas una como otra: la primera, el placer de conquistar; la segunda, la pretensión de tener hijos.

Pues bien, Alejandro VI, que estaba al acecho de todo cambio político, calculó de la primera ojeada todo el partido que podía sacar del advenimiento de Luis XII al trono, y estaba dispuesto a aprovecharse de la necesidad que el nuevo rey de Francia tendría de él para realizar su doble deseo.

Luis XII necesitaba de la ayuda temporal de Alejandro VI para su expedición contra el ducado de Milán, sobre el cual, como hemos dicho, tenía derechos heredados de su abuela Valentina Visconti; también necesitaba el auxilio espiritual del papa si había de lograr que fuese anulado su matrimonio con Juana, hija de Luis XI, que era estéril y monstruosamente deforme, y con la que

sólo se había casado por el temor que su padre le inspiraba.

Ahora bien; Alejandro VI hallábase dispuesto no sólo a conceder estas cosas a Luis XII, sino a dar además un capelo de cardenal a Jorge d'Amboise, su amigo, si por su parte el rey de Francia quería emplear su influencia para que la joven doña Carlota, que estaba en aquella corte, se decidiese a casarse con César.

Así, pues, esta negociación estaba ya bastante avanzada, el mismo día en que César dejaba la púrpura para vestir el traje seglar, antiguo y constante objeto de su ambición, y el señor de Villeneuve, enviado del rey Luis XII, que debía llevar a César a Francia, llegaba a Roma y se presentaba ante el ex cardenal, el cual, durante un mes, le hizo los honores de Roma, con su acostumbrado lujo, agasajándole conforme sabía hacerlo con aquellos de quienes necesitaba. Después de esto, partieron, precedidos de un correo del papa que ordenaba a los pueblos por donde debían pasar que los recibiesen con toda clase de manifestaciones de honor y de respeto. Por lo demás, iguales órdenes se habían dictado en Francia, donde se dió a los ilustres viajeros una guardia tan numerosa y donde acudió para verlos una población tan solícita que, cuando César hubo pasado de París, la gente de su séquito escribía a Roma que no habían visto en Francia, ni árboles, ni casas, ni muros, sino únicamente hombres, mujeres y rayos de sol.

El rey, con el pretexto de la caza, salió a recibir a su huésped a diez leguas de la ciudad: allí, no ignorando lo mucho en que César tenía el nombre de Valentino, que llevaba cuando era cardenal, y que seguía usando aún con el título de conde, aunque había resignado el arzobispado que le concedió ese nombre, le otorgó la investidura de Valence, del Delfinado, con el título de duque y una pensión de veinte mil francos; luego, después de haberle hecho esta magnífica merced y de haber conversado con él cerca de dos horas, lo dejó para darle ocasión de hacer la espléndida entrada que le había preparado.

Esto sucedía el miércoles 18 de diciembre de 1498, día en que César Borgia hizo su entrada en la ciudad de Chinon, con tanto aparato como convenía al hijo de un papa que va a casarse con la hija de un rey.

Componíase el cortejo de veinticuatro mulas cubiertas con gualdrapas rojas, adornadas con escudos que encerraban las armas del duque, las cuales llevaban arcones esculpidos y cofres incrustados de marfil y plata; luego venían otras veinticuatro mulas, también cubiertas con gualdrapas, pero éstas con la librea del rey de Francia que era amarilla y roja; seguían a éstos otras diez mulas cubiertas de raso amarillo con listas rojas al través; y, finalmente, otras diez, cubiertas con paño de oro con lista, una de oro rizado, y otra de oro liso.

Detrás de las sesenta y ocho mulas que abrían la marcha, seguían diez y seis hermosos caballos de batalla que eran conducidos de la brida por otros tantos escuderos que marchaban a pie al lado; después venían diez y ocho corceles para caza, montados por diez y ocho pajes, todos de catorce a diez y seis años, de los cuales diez y seis iban vestidos de terciopelo carmesí y dos de paño de oro rizado. Finalmente, a esos diez y ocho corceles seguían seis hermosas mulas enjaezadas por completo de terciopelo rojo y conducidas por seis criados que vestían un terciopelo igual al de los arneses.

El tercer grupo lo formaban dos mulas, completamente cubiertas de paño de oro, cada una de las cuales iba cargada con dos cofres, los cuales decíase que eran el tesoro del duque, con las pedrerías que llevaba a su novia, y algunas reliquias y bulas que debía entregar al buen rey Luis XII en nombre de Alejandro VI. Los cofres iban seguidos por veinte gentileshombres vestidos de paño de oro y de plata, entre los que se hallaban Pablo Giordano Orsini y muchos de los principales barones y caballeros del estado eclesiástico.

Seguían después dos tamboriles, un rabel y cuatro soldados que tocaban trompetas y clarines, de cuatro lacayos, vestidos mitad de terciopelo carmesí y de plata; luego, en medio mitad de seda amarilla, messire Jorge d'Amboise y monseñor el duque de Valentinois, el cual montaba un hermoso corcel de gran alzada, ricamente enjaezado, con traje de raso rojo y paño de oro, por mitad, todo bordado de oro y pedrerías; su gorra estaba orlada por una doble hilera de rubíes, del grueso de un haba, que lanzaban tan vivos destellos, que se hubieran tomado por esos carbunclos que no se encuentran más

que en *Las mil y una noches*; lucía, además, un collar que lo menos valía doscientas mil libras; en fin, hasta en las botas que estaban bordadas con perlas, llevaba cordones de oro. En cuanto a su caballo, iba cubierto con una coraza de hojas de oro de admirable orfebrería, de la cual salían, como flores, ramos de peras y racimos de rubíes.

Finalmente, y cerrando la marcha de este magnífico cortejo, detrás del duque, iban veinticuatro mulas con gualdrapas rojas, que ostentaban sus armas, las cuales conducían la vajilla de plata, las tiendas y el equipaje.

Sin embargo, lo que más aire de magnificencia daba a este cortejo, era que todos aquellos caballos y mulas estaban herrados con herraduras de oro, tan mal clavadas, que más de las tres cuartas partes se quedaron en el camino; magnificencia que, después de todo, le fué muy criticada a César, pues se opinaba demasiada osadía poner así en los pies de los caballos el metal con que se hace la corona de los reyes.

Toda aquella pompa, sin embargo, no logró causar efecto sobre la persona por quien se había desplegado; porque, cuando dijeron a doña Carlota que César Borgia había ido a Francia con la esperanza de llegar a ser su marido, ella limitóse a responder que jamás tomaría por esposo a un hombre que no sólo era sacerdote, sino también hijo de sacerdote; no sólo asesino, sino también fratricida; y finalmente, no sólo un hombre infame por su nacimiento, sino que sus costumbres y sus acciones le habían hecho más infame aún.

Pero, a falta de la orgullosa aragonesa, no tardó César Borgia en encontrar otra princesa de sangre noble que consintió en ser su esposa; ésta era mademoiselle d'Albret, hija del rey de Navarra; el casamiento que se concertó bajo la condición de que el papa daría doscientos mil ducados de viudedad a la futura y haría cardenal a su hermano, verificóse el 10 de mayo; y el día de Pentecostés siguiente, el duque de Valentinois recibió la investidura de la Orden de San Miguel, fundada por Luis XI, y que, en aquella época, era la que en más estima tenían los reyes de Francia. La noticia de este casamiento, que aseguraba a Roma la alianza de Luis XII, fué recibida con gran alegría por el papa, el cual ordenó inmediatamente que se

pusieran iluminaciones y se encendieran candeladas por toda la ciudad.

Por su parte, Luis XII, además del reconocimiento que debía al papa por haber anulado su unión con Juana de Francia y autorizado su casamiento con Ana de Bretaña, consideraba indispensable para sus proyectos en Italia tener por aliado a Alejandro VI, por lo que prometió al duque de Valentinois que, una vez entrase en Milán, pondría a su disposición trescientas lanzas, para que las empleara en su interés particular y contra quien le pareciera, excepto contra los aliados de Francia. En cuanto a la conquista de Milán, debía emprenderse tan pronto como Luis XII estuviera seguro del apoyo o siquiera de la neutralidad de los venecianos, a los que había enviado embajadores, los cuales estaban autorizados para prometerles, en su nombre, la entrega de Cremona y de Ghiera d'Adda, así que él conquistase la Lombardía.

La política invasora de Alejandro VI veíase, pues, secundada en el exterior, cuando se vió obligado a desviar los ojos de Francia para dirigirlos al centro de Italia; era que en Florencia se hallaba un hombre sin ducado, sin corona, sin espada, sin otro poder que el de su genio, sin otra armadura que su pureza, ni otra arma ofensiva que su palabra, y que comenzaba a ser para él más peligroso de lo que podían serlo todos los reyes, duques y príncipes de la tierra; aquel hombre no era otro que el pobre dominico Savonarola, el mismo que había negado la absolución a Lorenzo de Médicis, porque éste no quiso devolver la libertad a su patria.

Jerónimo Savonarola había predicho que los ultramontanos entrarían en Italia, y Carlos VIII había conquistado a Nápoles; Jerónimo Savonarola había vaticinado a Carlos VIII que, en castigo de haber dejado por cumplir la misión libertadora que recibió de Dios, estaba amenazado por una desgracia, y Carlos VIII murió; en fin, lo mismo que aquel hombre que, dando vueltas alrededor de la Ciudad Santa, había gritado ocho días seguidos: «¡Ay de ti, Jerusalén!» y al noveno gritó: «¡Ay de mí!» Savonarola predijo su propia caída; pero, aunque incapaz de retroceder ante el peligro, no por eso el reformador florentino estaba menos resuelto a atacar al coloso de abominación que ocupaba la silla de San Pedro; y a cada

nuevo exceso, o a cada nuevo crimen que aparecía descaradamente a la luz, o que vergonzosamente intentaba ocultarse en la obscuridad, él lo señalaba al pueblo con el dedo, persiguiendo con su anatema aquel resultado de la lujuria o de la ambición pontifical. El marcó con la afrenta y con su censura los nuevos amores de Alejandro VI con la hermosa Julia Farnesio, que, en el mes de abril había añadido un hijo más a la familia del papa; persiguió con sus maldiciones el asesinato del duque de Gandía, fratricidio causado por los celos de un incestuoso, acabando por demostrar a sus compatriotas, que se hallaban excluidos de la liga que se formaba en ese momento, la suerte que les estaba reservada cuando los Borgia, dueños de los pequeños principados, llegaran a atacar a los ducados o a las Repúblicas. Este era, pues, un enemigo espiritual y temporal a un mismo tiempo que se levantaba contra él, y cuya voz importuna y amenazadora importaba hacer callar a cualquier precio.

Sin embargo, por grande que fuera el poder del papa, no era cosa fácil de realizar tal designio. Savonarola, que predicaba los austeros principios de la libertad, logró reunir, de entre los mismos que formaban la rica y voluptuosa Florencia, un partido considerable, conocido bajo el nombre de los *piagnoni* o los penitentes. Este partido componíase de los ciudadanos que, deseando a la vez una reforma en el Estado y en la Iglesia, acusaban al mismo tiempo a los Médicis como causantes de la esclavitud de la patria, y a los Borgia de los quebrantos sufridos por la fe, pidiendo que la República volviera a su principio popular, y la religión a su sencillez primitiva. Por lo demás, en lo que al primero de esos puntos se refería ya había hecho este partido grandes progresos, puesto que, no obstante las otras dos fracciones—la de los *arrabiati*, o rabiosos, que se componía de los jóvenes patricios más ricos y más nobles de Florencia, los cuales deseaban un gobierno oligárquico, y la de los *bigi*, o los grises, así llamados porque conspiraban a la sombra, que querían que los Médicis fuesen restaurados,—había obtenido sucesivamente la amnistía de todos los crímenes y delitos cometidos en las épocas de los anteriores gobiernos, la abolición de la bailía, que era un poder aristocrático, el establecimiento de un consejo soberano, que lo componían mil ochocientos ciu-

dadanos, y las elecciones populares en substitución del sorteo, o de las preferencias oligárquicas.

La primera medida que el papa empleó contra el creciente poder de Savonarola consistió en declararlo herético, y, como tal, prohibirle el púlpito; pero Savonarola supo eludir esta prohibición haciendo que en su lugar predicase Domingo Bonvicini de Pescia, su discípulo y amigo. Esto dió por resultado que los preceptos del maestro sólo cambiaban de boca, puesto que la semilla, aunque esparcida por otra mano, no por eso dejaba de caer en tierra fértil y ardiente que la haría germinar. Después de todo, Savonarola, estableciendo para lo futuro el ejemplo seguido tan felizmente por Lutero, cuando veintidós años más tarde hizo quemar en Vitemberg la bula de excomunión de León X, cansado de su silencio, no tardó en declarar, basándose en la autoridad del papa Pelagio, que una excomunión injusta carecía de eficacia, y que aquel contra quien se fulminaba ni siquiera tenía necesidad de hacerse absolver; y como consecuencia, el día de Navidad del año 1497, declaró que por inspiración del Señor se zafaba de la obediencia, en vista de la corrupción del superior, y volvió a predicar en la catedral con tanto mayor éxito cuanto que sus sermones habían sido interrumpidos, y con tanta mayor influencia, cuanto que se apoyaba sobre las simpatías que inspira siempre a las masas una persecución injusta.

Entonces el papa, para conseguir su objeto, dirigióse a Leonardo de Médicis, vicario del arzobispado de Florencia, el cual, obedeciendo las órdenes que de Roma había recibido, publicó un mandamiento para impedir a los fieles que fueran a oír los sermones de Savonarola. Según ese mandamiento, los que escuchasen la palabra del excomulgado no podrían recibir los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, y como, si morían, estarían tachados de herejía, en vista de su comercio espiritual con un herético, sus cadáveres serían arrastrados y no se les daría sepultura. Savonarola apeló contra el mandamiento de su superior, y en los comienzos del año 1498 los dos poderes reunidos ordenaron al vicario episcopal que saliera de Florencia en el término de dos horas.

Para Savonarola, la expulsión de Leonardo de Médicis fué un nuevo triunfo; así, pues, queriendo que tornara

en provecho de la mejora de costumbres su influencia creciente, resolvió cambiar el último día de Carnaval, hasta entonces consagrado a los placeres mundanos, en día de contrición religiosa. En efecto, el mismo martes de Carnaval se reunió ante las puertas de la Catedral un considerable número de niños, los cuales, divididos en secciones, fueron recorriendo las calles y entraban de casa en casa reclamando los libros profanos, las pinturas voluptuosas, las arpas y laúdes, los naipes y los dados, los cosméticos y los perfumes, en una palabra, «todos esos mil productos de una civilización y de una sociedad corrompidas con ayuda de los cuales con tanta frecuencia y tan victoriosamente hace Satanás la guerra a Dios». Y los habitantes de Florencia, obedeciendo a esta intimación, llevaron a la plaza del Duomo todas aquellas obras de perdición, con las que no tardaron en formar una inmensa pira, a la que los jóvenes reformadores prendieron fuego, cantando himnos y salmos religiosos. Allí fueron quemados gran número de ejemplares de Boccaccio, de Morgante Maggioro y los cuadros de fray Bartolomé, que desde entonces renunció a la pintura mundana para dedicarse por completo a la reproducción de asuntos religiosos.

Semejante reforma era a cada momento más aterradora para Alejandro VI; así, pues, resolvió combatir a Savonarola valiéndose de las mismas armas con que él le atacaba, es decir, con la elocuencia, para lo cual escogió un predicador de reconocido talento llamado el hermano Francisco de la Apulia, al que envió a Florencia, donde comenzó a predicar en la iglesia de la Santa Cruz acusando a Savonarola de herejía y de impiedad. Al mismo tiempo el papa declaró a la *Señoría*, por medio de un nuevo breve, que, si no prohibía la palabra al heresiarca, confiscaría todos los bienes de los comerciantes florentinos establecidos en territorio pontificio y pondría en entredicho y declararía a la República enemiga espiritual y temporal de la Iglesia. La *Señoría*, viéndose abandonada por Francia y al observar que el poder material de Roma crecía de un modo terrible, se vió en la necesidad de ceder, y ordenó a Savonarola que cesase en sus predicaciones. Savonarola obedeció, despidiéndose de su auditorio con un discurso lleno de firmeza y de elocuencia.

Sin embargo, la retirada de Savonarola, lejos de cal-

mar la fermentación, la aumentó: hablábase de sus profecías realizadas; y algunos sectarios más ardientes que el maestro, dejándose llevar de su entusiasmo, decían en alta voz que Savonarola había ofrecido bajar a las tumbas de la catedral con su antagonista, y que allí como prueba de la verdad de su doctrina, resucitaría un muerto, prometiendo reconocerse vencido si el milagro lo hacía su adversario. El hermano Francisco de la Apulia recogió estos rumores, y, como éste era uno de esos hombres ardientemente apasionados, que en nada aprecian la vida cuando el sacrificio de ella puede ser útil a su causa, declaró, en su humildad, que era demasiado gran pecador para que Dios le concediera la gracia de operar un milagro; pero propuso otro desafío, que era entrar con Savonarola en una pira ardiendo. No se le ocultaba que en esta prueba iba tal vez a perecer, pero al menos moriría vengando la causa de la religión, puesto que tenía la seguridad de arrastrar con él al tentador que, con la suya, tantas almas precipitaba a la condenación eterna.

Se comunicó a Savonarola lo que el hermano Francisco de la Apulia proponía; pero como el primer reto no había sido lanzado por él, vacilaba en aceptar el segundo cuando su discípulo, el hermano Domingo Bonvicini, más confiado que él mismo en su propio poder, declaró que él aceptaba en lugar de su maestro la prueba del fuego, pues tenía la seguridad de que Dios haría un milagro por la intercesión de su profeta. En el mismo instante se difundió por Florencia el rumor de que el desafío había sido aceptado; los partidarios de Savonarola, hombres todos muy convencidos, no dudaron del triunfo de su causa. Sus enemigos no cabían en sí de gozo al ver que un herético iba a entregarse por sí mismo a las llamas; por último, los indiferentes consideraban esa prueba como un espectáculo lleno de terrible interés.

Pero al hermano Francisco de la Apulia no le tenía cuenta la abnegación del discípulo de Savonarola, Domingo Bonvicini, pues él aceptaba de buen grado la horrorosa muerte a condición de que el reformador de Florencia muriera con él. ¿Qué le importaba la desaparición de un oscuro discípulo como Bonvicini? A quien quería arrastrar en su caída era al maestro, al jefe de la doctrina, y declaró que sólo entraría en la hoguera con

el mismo Savonarola, y que jamás aceptaría, al entrar por su propia cuenta en aquel terrible juego, que otro lo jugará en representación de su adversario.

Ocurrió entonces una cosa que, por cierto, no se debía esperar, y es que, en lugar de fray Francisco de la Apulia, que únicamente quería combatir con el maestro, dos frailes franciscanos, llamados Nicolás de Pilly, el uno, y Andrés Rondinelli el otro, se presentaron para hacerlo con el discípulo. Los partidarios de Savonarola, al ver que llegaba ese refuerzo a sus antagonistas, presentáronse inmediatamente en tropel para intentar la prueba. No quisieron los franciscanos quedarse atrás por su parte, y todo el mundo tomó partido, con el mismo ardor, por el uno o por el otro. Florencia entera parecía una casa de locos: todos solicitaban la hoguera, todos querían que se les dejase pasar por ella; y no eran ya sólo los hombres los que se desafiaban entre sí, sino que las mujeres y hasta los niños también querían hacer la prueba.

Al fin, la *Señoría*, reservando sus derechos a los que primero se habían comprometido, ordenó que se verificase el extraño duelo sólo entre fray Domingo Bonvicini y Andrés Rondinelli; diez ciudadanos debían arreglar los detalles del acto, el cual debía tener lugar en la plaza del Palacio, el día 7 de abril de 1498.

Los jueces de campo, como gente de conciencia, tomaron sus disposiciones y, gracias a sus cuidados, levantóse un tablado en el sitio designado, el cual medía cinco pies de altura por diez de ancho y ochenta de largo. Este tablado se cubrió por completo de haces de leña y de brezos, sostenidos por barandas hechas con madera de la más seca que se pudo encontrar, pero dejando dos estrechos senderos de unos dos pies de ancho y de setenta de largo, a los que se entraba por el lado de la Loggia dei Lanzi y se salía por el extremo opuesto. La Loggia habíase dividido en dos mitades con un tabique, a fin de que cada campeón tuviese una especie de camarín para hacer sus preparativos, como los actores tienen en el teatro, con la diferencia de que la tragedia que se iba a representar no era una ficción.

Los franciscanos llegaron a la plaza y se encaminaron al lugar que les estaba reservado, sin hacer ninguna demostración religiosa; Savonarola, en cambio, se dirigió

a su sección procesionalmente, cubierto con los ornamentos sacerdotales con que acababa de celebrar el oficio divino, y llevando la hostia consagrada encerrada en una custodia de cristal para que todos pudieran verla. En cuanto a su discípulo Bonvicini de Pescia, el héroe de la fiesta, seguía detrás con un crucifijo; iban luego todos los frailes dominicos, con una cruz roja en la mano, cantando salmos, y cerraban la marcha sus más decididos partidarios llevando antorchas encendidas en la mano; era tanta la seguridad que tenían del triunfo de su causa, que ellos mismos querían prender fuego a la pira. La plaza era insuficiente para contener la multitud y las calles adyacentes se veían también llenas de gente. Por puertas y ventanas no se veían más que cabezas superpuestas unas a otras; las azoteas estaban cubiertas de gente, llegando algunos hasta ocupar la plataforma del Campanile y el tejado del Duomo.

En esto, frente a la prueba, los franciscanos suscitaron tales dificultades, que era evidente que su campeón comenzaba a flaquear.

Lo primero que expusieron fué el temor de que el hermano Bonvicini podía ser brujo, y, como tal, tener consigo algún talismán o hechizo que lo pudiera defender del fuego, por lo que exigieron que se despojara de todas sus ropas y vistiera otras, previamente registradas por los testigos. Fray Bonvicini nada objetó, a pesar de lo humillante de la sospecha, y cambió de camisa y de hábito. Después, viendo los franciscanos que Savonarola le entregaba la custodia, alegaron que era una profanación exponer así la Santa Hostia a que se quemara; que eso no entraba en las condiciones por ellos aceptadas, y que si Bonvicini no renunciaba a esa ayuda sobrenatural, por su parte renunciarían a la prueba. Savonarola les contestó que no había nada de extraño en que el campeón llevara en sus manos al mismo Dios, puesto que en El había confiado su salvación. Esto no pareció satisfacer a los franciscanos, los cuales no desistían de sus pretensiones. Savonarola, por su parte, mantúvose inflexible, de modo que, como transcurrieran cerca de cuatro horas en discusiones, en las que nadie quería ceder, las cosas quedaron en el mismo estado. Durante ese tiempo, el pueblo, que desde el alba permanecía estacionado en las calles, tejados y azoteas, sufriendo

hambre y sed, comenzó a dar pruebas de impaciencia, las cuales, en murmullos, llegaron hasta los campeones; tanto, que los partidarios de Savonarola, seguros de un milagro, por lo mucho que en él creían, le suplicaban que cediera a todas las condiciones.

La respuesta de Savonarola fué que, de ser él quien intentara la prueba, se mostraría más conciliador; pero que, como no era él el que iba a intentarla, todas las precauciones que tomase serían pocas. Pasaron dos horas más, durante las cuales sus partidarios en vano intentaron combatir estas negativas. Por último, al ver que la noche avanzaba, que la impaciencia del pueblo iba en aumento y que los murmullos comenzaban a ser amenazadores, Bonvicini declaró que estaba dispuesto a cruzar sobre la pira llevando únicamente en la mano un crucifijo, y como esta petición no se le podía negar, fray Rondinelli vióse obligado a aceptar la proposición. Se anunció, pues, al pueblo, que los campeones se habían puesto de acuerdo y que la prueba iba a verificarse. La esperanza de ver compensada su larga espera logró calmar al pueblo, pero en ese mismo instante se desencadenó una tormenta que desde hacía largo tiempo se acumulaba sobre Florencia, con tal fuerza, que, en un momento, la lluvia apagó la pira siendo imposible volver a encenderla. Aquella muchedumbre se creyó burlada y su entusiasmo se convirtió en desprecio, y no sabiendo de qué lado provenían las dificultades que habían retardado la prueba, la responsabilidad recayó sobre ambos campeones. La *Señoría*, en previsión de los desórdenes que pudieran sobrevenir, ordenó a la asamblea que se retirara; pero ésta no lo hizo, y no obstante la lluvia torrencial que caía, esperó en la plaza a que salieran ambos campeones. Rondinelli fué acompañado en medio de una rechifla general y lo persiguieron a pedradas. Savonarola logró pasar sin dificultad entre el populacho gracias a sus ornamentos sacerdotales y a la custodia que llevaba en la mano, lo que constituía un milagro casi tan notable como si hubiera pasado por en medio de la hoguera.

Savonarola fué considerado desde ese momento como un falso profeta, y aquella multitud excitada por el partido de los *arrabiati*, que desde hacía mucho tiempo lo proclamaba como embustero e hipócrita, con pesar lo

dejó volver a su convento. De modo que al día siguiente, que era domingo de Ramos, cuando Savonarola subió al púlpito para explicar su conducta, no pudo conseguir un solo instante de silencio, y las rechiflas, risotadas e injurias de todos no tardaron en convertirse, de burlonas, en amenazadoras. Savonarola, en la imposibilidad de dominar el tumulto, pues su voz era muy débil, se retiró a la sacristía, y de allí volvió a su convento donde se encerró en su celda. En el mismo instante, se oyó un grito que fué repetido por toda la muchedumbre: «¡A San Marcos! ¡A San Marcos!» Y aquella especie de motín, al cruzar las calles, fué engrosando al igual que la marea que sube hasta llegar a la pleamar, y llegó a golpear las paredes del convento, cuyas puertas, cerradas al aproximarse el tumulto, no tardaron en ceder empujadas por la multitud. El convento fué invadido, y Savonarola y sus dos adeptos, Domingo Bonvicini y Silvestre Maruffi, aprehendidos en sus celdas, fueron conducidos a la cárcel entre el populacho que quería despedazarlos, y sólo se calmó con la promesa de que harían ejecutar por la fuerza a los presos la prueba que se habían negado a efectuar de buena voluntad.

Como supondrá el lector, Alejandro VI no había sido del todo extraño a aquel cambio rápido de la opinión; y tan pronto como tuvo noticia de la caída y arresto de Savonarola, lo reclamó como sujeto a la jurisdicción eclesiástica.

Sin embargo, y no obstante las indulgencias con que el papa acompañaba esta petición, la *Señoría* exigió que el proceso de Savonarola se instruyera en Florencia; y, para no aparentar que substraía por completo al culpable de la jurisdicción pontificia, pidió al papa que agregara dos jueces eclesiásticos al tribunal florentino. Convencido Alejandro VI de que era lo único que obtendría de la República de Florencia, diputó ante ella a Joaquín Turriano de Venecia, general de los dominicos, y a Francisco Remolini, doctor en Derecho, los cuales llevaban redactada de antemano la sentencia, por la que Savonarola y sus cómplices eran declarados herejes y cismáticos, perseguidores de la Santa Iglesia y seductores de los pueblos.

La firmeza de los florentinos en la reclamación de sus derechos como jueces, no era más que una vana demostración para salvar las apariencias: el tribunal estaba com-

puesto por ocho individuos perfectamente conocidos por ardientes enemigos de Savonarola, cuyo proceso comenzó por la tortura, de lo que resultó que éste, débil de cuerpo y de una constitución irritable y nerviosa, no pudiendo resistir el tormento de la cuerda, y vencido por el dolor en el momento en que, suspendido por las muñecas, el verdugo lo dejó coar hasta dos pies del suelo, confesó, para obtener algún alivio, que sus profecías eran simples conjeturas. Es verdad que tan pronto como volvió a la cárcel, protestó contra esta confesión, diciendo que la debilidad de sus órganos y su escasa resistencia para soportar el tormento eran los que le habían arrancado esa mentira; pero que el Señor se le había aparecido muchas veces en sus éxtasis y le había revelado todo lo por él dicho, no había que dudarlo. Esto le valió una nueva aplicación de la tortura, en la que, sucumbiendo nuevamente Savonarola a la fuerza del dolor, se retractó. Mas así que lo desataron, y cuando todavía estaba acostado sobre el colchón del tormento, declaró que sus confesiones eran obra de sus verdugos, sobre cuyas cabezas pesarían, y que, en cuanto a él, protestaba de nuevo contra todo lo que había dicho y pudiera decir.

Efectivamente, comenzó por tercera vez la tortura, que dió por resultado las mismas confesiones, y al descanso que la siguió, una retractación semejante, en vista de lo cual, los jueces, después de haberlo condenado al fuego, con sus dos discípulos, decidieron que, contra lo acostumbrado, su confesión no sería leída en voz alta al hallarse ya sobre la pira, seguros de que, esa vez como las otras, la desmentiría él, y públicamente, cosa que, para el que conozca el espíritu versátil de la multitud, era del peor efecto.

El 23 de mayo volvió a levantarse en la plaza del Palacio la pira que había sido prometida al pueblo, el cual esta vez se congregó, seguro de que no se le frustraría el espectáculo por tanto tiempo esperado. Próximamente a las once de la mañana, Jerónimo Savonarola, Domingo Bonvicini y Silvestre Maruffi fueron conducidos al lugar del suplicio, y, una vez degradados de sus órdenes por los jueces eclesiásticos, los tres fueron atados a un poste que al efecto había sido colocado en el centro de la pira. Entonces el obispo Pagnanoli declaró a los condenados

que los separaba de la Iglesia y Savonarola, que desde esa hora entraba, gracias a su martirio, en la Iglesia triunfante, dijo: «¿De la militante?» Estas fueron las únicas palabras que pronunció, porque, en aquel instante, un *arrabiato*, enemigo personal de Savonarola, atravesó la fila que formaban los guardias alrededor del cadalso, y arrancando de manos del verdugo la antorcha que éste tenía encendida, prendió con ella fuego a los cuatro costados de la pira. En cuanto a Savonarola y sus dos discípulos, desde el momento en que vieron elevarse el humo, se pusieron a cantar un salmo, y cuando el fuego les rodeó por todas partes con su velo ardiente, aun se oía el cántico religioso, que fué a llamar para ellos a la puerta del Cielo.

Así fué como el papa Alejandro VI se vió libre del enemigo más terrible que contra él se había levantado. La venganza pontificia persiguió a los sentenciados hasta después de su muerte, y la *Señoría*, cediendo a sus instancias, ordenó que las cenizas del profeta y sus discípulos fuesen arrojadas al Arno.

Sin embargo, algunos huesos medio quemados fueron recogidos por los mismos soldados que debían impedir que el pueblo se acercara a la pira, y esas santas reliquias, que las llamas ennegrecieron, aun hoy se exponen a la veneración de los fieles, los cuales, ya que no consideren a Savonarola como profeta, lo miran cuando menos como mártir.

Entretanto, el ejército francés se disponía a pasar los Alpes por segunda vez, bajo el mando de Santiago Trivulzio.

El rey Luis XII había acompañado hasta Lyon a César Borgia y a Julián de la Rovère, a los cuales obligó a reconciliarse, y hacia principios del mes de mayo hizo que partiera su vanguardia, a la que no tardó en seguir con el grueso de su ejército. Las fuerzas del rey de Francia componíanse esta vez de mil seiscientas lanzas, cinco mil suizos, cuatro mil gascones, y tres mil quinientos soldados de infantería, alistados en todas las regiones de Francia. El 13 de agosto, aquel cuerpo de ejército que ascendía a quince mil hombres próximamente, y que debía combinar sus movimientos con los de los venecianos, llegaba al pie de las murallas de Arezzo y ponía sitio a la plaza.

La situación de Ludovico Sforza no era nada halagüeña, y sufría en aquella hora la pena de su imprudencia

al llamar a los franceses a Italia: los aliados con quienes creía poder contar, ya fuese que estuviesen ocupados en sus propios asuntos, o que el poderoso enemigo que se había creado el duque de Milán los hubiese intimidado, le faltaron a la vez.

En efecto, Maximiliano, que había prometido enviarle cuatrocientas lanzas, en lugar de abrir nuevamente las hostilidades interrumpidas con Luis XII, acababa de ligarse con el Círculo de Suavia para entrar en guerra con los suizos, los cuales habían sido declarados rebeldes al imperio. Los florentinos, que se habían comprometido a proporcionarle trescientos hombres de armas y dos mil infantes si quería ayudarles a recuperar a Pisa, le habían retirado su palabra, amenazados por Luis XII, al que prometieron permanecer neutrales. Finalmente, Federico, que guardaba sus tropas para sus propios Estados, porque figurábase, y no sin motivo, que, una vez conquistado Milán, tendría que defender nuevamente a Nápoles, no le enviaba, a pesar de sus promesas, ningún socorro, ni en hombres, ni en dinero. De modo, que Ludovico Sforza se encontraba, pues, reducido a sus propias fuerzas.

A pesar de todo eso, como el duque de Milán era poderoso en las armas y hábil en la astucia, no se dejó abatir al primer golpe, y con toda diligencia hizo que fortificaran las plazas de Annone, Novara y Alejandría, envió al marqués de Cajazzo con algunos hombres a la parte del Milanésado que confinaba con los Estados de Venecia, y llevó a orillas del Po el resto de las fuerzas que le quedaban. Pero estas precauciones fueron inútiles contra la impetuosidad francesa; las plazas de Arezzo, Annone, Novara, Voghera, Castelnuovo, Ponte-Corona, Tortona y Alejandría, cayeron en pocos días en poder de los franceses, y Trivulzio marchó sobre Milán.

Loduvico Sforza, al ver esta rápida conquista y estas multiplicadas victorias, y desesperado de resistir en su capital, resolvió retirarse a Alemania con sus hijos, el cardenal Ascanio, su hermano, y su tesoro, el cual, en el espacio de ocho años, había bajado de un millón quinientos mil ducados, a doscientos mil. Sin embargo, antes de partir, dejó la guarda del castillo de Milán a Bernardino da Corte. En vano le aconsejaron sus amigos que desconfiara de este hombre, en vano su hermano Ascanio se ofre-

ció a quedarse en dicha fortaleza y resistir hasta el último extremo; Ludovico no quiso cambiar esta disposición, y emprendió la marcha el 2 de septiembre, dejando en la ciudadela tres mil hombres de infantería con dinero, municiones y víveres suficientes para sostener un sitio de muchos meses.

Dos días después de su marcha, los franceses pasaron a Milán, y diez días más tarde, Bernardino da Corte entregaba el castillo sin haber sido disparado contra él un solo cañonazo. A los veintiún días, los franceses se habían apoderado de las plazas, de la capital y de todos los Estados de su enemigo.

La noticia del éxito de sus armas la recibió Luis XII en Lyon, e inmediatamente salió para Milán, en donde fué acogido con todas las manifestaciones de una alegría sincera. Los ciudadanos de todas clases salieron a recibirle a tres millas de las puertas de la ciudad, y cuarenta niños vestidos de paños de oro y de seda, le precedieron cantando himnos en los que los poetas le apellidaban el rey libertador y el enviado de la libertad. Estas manifestaciones de alegría por parte de los milaneses, eran motivadas por el rumor que los partidarios de Luis XII habían propalado, de que el rey de Francia era lo suficientemente rico para abolir los impuestos. En efecto; al día siguiente de su entrada en la ciudad, el vencedor conmenzó a disminuirlos, concedió grandes mercedes a muchos gentileshombres milaneses, y en recompensa de esta rápida y gloriosa campaña, dió a Trivulzio la ciudad de Vigevano.

En esto, César Borgia, que había seguido a Luis XII para tener su parte en el gran reparto italiano, tan pronto como vió que el fin que se propusiera había llegado, reclamó de él la promesa que le tenía hecha, promesa que Luis XII, con su lealtad proverbial, se apresuró a cumplir, poniendo a su disposición trescientas lanzas, mandadas por Ives d'Allègre, y cuatro mil suizos, bajo las órdenes del baillío de Dijón, para ayudarle a reducir a los *vicarios de la Iglesia*.

Vamos a decir ahora a nuestros lectores quiénes eran los *vicarios de la Iglesia*.

En el transcurso de las guerras de los güelfos (partidarios de los papas) y de los gibelinos (partidarios del em-

perador de Alemania), y mientras duró el largo destierro de los papas en Aviñón, la mayor parte de las fortalezas y ciudades de la Romaña habían sido conquistadas o usurpadas por tiranuelos que, en su mayoría, habían recibido del Imperio la investidura de sus nuevas posesiones, pero en cuanto la influencia alemana traspuso los montes, y los papas convirtieron nuevamente a Roma en centro del mundo cristiano, todos esos principillos, faltos de su primitivo apoyo, habíanse sometido a la Santa Sede, de la que habían recibido nueva investidura, y pagaban un tributo anual, gracias al cual recibían el título particular de duques, condes, o señores, y la denominación general de *vicarios de la Iglesia*.

Ahora bien; para Alejandro VI no fué cosa difícil anotar escrupulosamente la vida y milagros de cada uno de esos señores desde que él ocupaba el solio pontificio, es decir, desde siete años antes, y encontrar en la conducta de cada uno de ellos alguna pequeña infracción al tratado concertado entre los vasallos y el señor feudal, por lo que expuso sus reclamaciones ante el tribunal que para este objeto se estableció, consiguiendo de los jueces una sentencia que declaraba a los *vicarios de la Iglesia*, por haber faltado a las condiciones de su investidura, despojados de sus dominios, los cuales volvían a poder de la Santa Sede; pero como Alejandro VI tenía que habérselas con hombres contra los cuales era más fácil hacer recaer una sentencia que ejecutarla, nombró al nuevo duque de Valentinois su capitán general, al que encargó que recuperara para sí esos dominios.

Estos señores eran los Malatesta, de Rímini; los Sforza, de Pésaro; los Manfredi, de Faenza; los Riario, de Imola y de Forli; los Varani, de Camerino; los Montefelti, de Urbino; y los Caetani, de Sermoneta.

El duque de Valentinois, deseoso de que no se entibiara la buena amistad que su pariente y aliado Luis XII le dispensaba, habíase quedado con él en Milán durante su residencia en la ciudad; pero, al cabo de un mes de ocupación en persona, cuando el rey de Francia se dirigió nuevamente hacia su capital, el duque de Valentinois ordenó a sus hombres de armas y a sus suizos que fueran a esperarle entre Parma y Módena, saliendo él en posta para Roma, con objeto no sólo de exponer de viva voz a

su padre los proyectos que tenía, sino de recibir sus últimas instrucciones.

Cuando llegó, encontróse con que la fortuna de su hermana Lucrecia había aumentado de un modo considerable durante su ausencia, no por parte de su marido Alfonso, cuyo porvenir era muy seguro gracias a las victorias de Luis XII, lo que había sido causa de un enfriamiento entre él y Alejandro, sino por parte de su padre, sobre el que ejercía mayor influencia que nunca.

En efecto, Lucrecia Borgia de Aragón había sido nombrada por el papa gobernadora vitalicia de Spoleto y de su ducado, con todo lo que de él dependía, como emolumentos, derechos y rentas. Este cargo había acrecentado de tal modo su poder y engrandecido su posición, que, cuando se mostraba en público, sólo lo hacía llevando un cortejo de doscientos caballos montados por las más ilustres damas y los más nobles caballeros de Roma. Además, como nadie ignoraba el doble amor que su padre sentía por ella, los primeros prelados de la Iglesia, los que frecuentaban el Vaticano, los íntimos de Su Santidad, habíanse convertido en sus más humildes servidores; tanto, que los cardenales se apresuraban a darle la mano cuando ella bajaba de su litera o de su caballo, y los arzobispos se disputaban el honor de decir misa en sus departamentos.

Pero fué preciso que Lucrecia dejara a Roma para tomar posesión de sus nuevos Estados; y como a su padre le era imposible pasar mucho tiempo sin verla, resolvió entrar en posesión del pueblo de Nepi, que en otro tiempo dió a Ascanio Sforza para comprarle su voto. Este feudo había sido perdido por Ascanio al unirse a la fortuna de su hermano, el duque de Milán; y como el papa iba a recuperarlo, invitó a Lucrecia a que le acompañara y asistiera a las fiestas de la nueva toma de posesión.

Alejandro VI, al ver la solicitud de Lucrecia en acceder a sus deseos, le hizo un nuevo donativo: el pueblo y territorio de Sermoneta, que pertenecía a los Caetani. Es cierto que el donativo de este señorío no se hizo público en vista de que antes era menester librarse de sus dos poseedores que eran, el uno monseñor Jacobo Caetani, protonotario apostólico, y el otro un joven caballero, lleno de esperanzas, llamado Próspero Caetani; pero, como los dos residían muy confiadamente en Roma, creyendo el

uno por su cargo y el otro por su valor, que gozaban pleno favor ante Su Santidad, se juzgó que la cosa no presentaba gran dificultad.

En efecto, tan pronto como Alejandro VI regresó a Roma, Jacobo Caetani, bajo el pretexto de no se sabe qué delito, fué arrestado y conducido al castillo de Sant'Angelo, en donde no tardó en morir envenenado, y Próspero Caetani fué estrangulado en su casa. En virtud de esta doble muerte, tan rápida que no había dado tiempo ni al uno ni al otro para hacer testamento, el papa declaró que, Sermoneta como los demás bienes pertenecientes a los Caetani, correspondían a la Cámara Apostólica, la cual los vendió a Lucrecia por el precio de ochenta mil escudos que le fueron devueltos por su padre al día siguiente de pagarlos ella. Por mucha prisa que se diera César Borgia, se encontró, pues, al llegar a Roma, con que su padre le había tomado la delantera en el comienzo de sus conquistas.

Otra fortuna había aumentado también de un modo prodigioso durante la permanencia de César en Francia: la de Juan Borgia, sobrino del papa, y que, durante su vida, fué uno de los más fieles amigos del duque de Gandía.

Por lo demás, y sin ninguna reserva, decíase en Roma que los favores con que Su Santidad colmaba al joven cardenal debíase no tanto a la memoria del duque de Gandía como a la protección de la hermana. Motivos eran éstos para que Juan Borgia se hiciera particularmente sospechoso a César; y en cuanto supo que su primo Juan acababa de ser nombrado cardenal *a látere* de todo el mundo cristiano y había salido de Roma para hacer una jira por los Estados Pontificios con un séquito de arzobispos, obispos, prelados y caballeros, que hubiera hecho honor al mismo papa, se juró interiormente que no le dejaría gozar esta dignidad por mucho tiempo.

César sólo había ido a Roma para informarse; de modo que únicamente se quedó allí tres días, y, llevándose todas las fuerzas de que Su Santidad podía disponer, se incorporó a su ejército en las orillas del Enza, y emprendió la marcha hacia Imola, ciudad a la que, habiendo sido abandonada por sus señores que se retiraron a Forli, obligó a rendirse. Tomada Imola, César marchó en seguida sobre Forli,

Allí fué detenido por una seria resistencia, la cual venía de parte de una mujer. Era ésta Catalina Sforza, viuda de Jerónimo y madre de Octaviano Riario, la cual, al retirarse a esta ciudad y poner bajo su guarda su persona y sus bienes, había exaltado el valor de la guarnición. César vió, pues, que allí no se trataba ya de un golpe de mano, sino de un sitio en regla, por lo que, y adoptando las disposiciones consiguientes, emplazó una batería de cañones frente a las murallas, por el sitio que le parecieron más débiles, y ordenó hacer fuego contra ellas hasta haber practicado una brecha.

Cuando volvía de dar esta orden, encontróse en el campamento al cardenal Juan Borgia, que, yendo de Ferrara a Roma, no quiso pasar tan cerca de él sin hacerle una visita; César lo recibió aparentando una inmensa alegría y le hizo quedarse con él tres días; al cuarto, reunió a todos sus oficiales y cortesanos en un gran banquete de despedida, y haciendo portador a su primo de varios despachos para el papa, despidiólo con las mismas pruebas de afecto que a su llegada le había dispensado.

Cuando se levantó de la mesa, Juan Borgia tomó la posta; pero al llegar a Urbino sintióse atacado de una indisposición tan súbita y tan extraña, que se vió obligado a detenerse; sin embargo, como se encontrara mejor al poco rato, prosiguió su camino; mas, tan pronto como llegó a Rocca Contrada, sintióse de nuevo tan mal, que decidió no ir más lejos, y se quedó dos días en ese pueblo. Finalmente, al observar alguna mejoría en su estado, y al saber que Forli había caído, y que Catalina Sforza, al intentar retirarse al castillo, había sido hecha prisionera, resolvió retroceder para felicitar a César por su victoria; pero en Fossombrone, a pesar de haber substituído su carruaje por una litera, no tuvo más remedio que detenerse por tercera vez. Este fué su último alto, pues a los tres días de haberse metido en cama, falleció.

Su cuerpo fué conducido a Roma, y allí lo sepultaron sin pompa de ninguna clase en la iglesia de Santa María del Pópulo, donde el cadáver de su amigo el duque de Gandía le esperaba; todo esto verificóse sin que, no obstante la considerable fortuna del joven cardenal, se hablara de ello, como si jamás hubiera existido, porque de este modo iba desapareciendo sombríamente y sin ruido todo cuanto

arrastraba el torrente de las ambiciones de aquella terrible trinidad que se llamaba Alejandro, César y Lucrecia.

Casi al mismo tiempo enlutaba a Roma otro asesinato espantoso. Don Juan Cerviglione, caballero de nacimiento y bravo soldado, capitán de los hombres de armas de Su Santidad, fué atacado, al regresar de una cena celebrada en casa de don Eliseo Pignatelli, caballero de San Juan, por algunos esbirros, uno de los cuales le preguntó su nombre, y al decírselo, viendo que no se había equivocado, clavóle en el pecho su puñal, mientras que otro, de un revés de su espada, le cercenaba la cabeza, que rodó por el suelo antes que el cuerpo.

El gobernador de Roma quejóse ante el papa de este asesinato; pero al ver por el modo que Su Santidad recibió el aviso que más le hubiera valido no hablar de ello, suspendió las investigaciones que había comenzado; de suerte, que ninguno de los asesinos fué detenido.

Sin embargo, se susurró que César, durante su corta estancia en Roma, había obtenido una cita de la joven esposa de Cerviglione, que era una Borgia, y que Cerviglione, al enterarse de que su esposa había infringido sus deberes, habíase dejado arrebatarse hasta el punto de amenazarla a ella y a su amante. Esta amenaza llegó a oídos de César, el cual, poniendo el brazo de Michelotto al extremo del suyo, hirió desde Forli a Cerviglione que se hallaba en Roma.

A la muerte de Juan Cerviglione siguió otra tan de cerca, que no dejó de atribuirse, si no a la misma causa, por lo menos al mismo brazo. El arzobispo de Cosenza, monseñor Agueli de Mantua, pasante de la Cámara, y vicedelegado de Viterbo, no se sabe por qué causa, había caído en desgracia con Su Santidad, y fué envenenado en su propia mesa, en la que había pasado parte de la noche conversando alegremente con tres o cuatro convidados, cuando ya la muerte se deslizaba sordamente por sus venas; y tan es así, que, no obstante haberse acostado, al parecer, rebosando salud, al día siguiente fué hallado muerto en su cama.

Inmediatamente se hicieron tres partes de sus bienes: las tierras y las casas fueron a parar a manos del duque de Valentinois; el arzobispado se dió al hijo del papa Calixto III, y el cargo de pasante de la Cámara fué vendido por

cinco mil ducados a Ventura Benassai, comerciante sienés, el cual, después de haber pagado a Alejandro VI esa suma, fué el mismo día a vivir en el Vaticano.

Esta última muerte fijó un nuevo punto de derecho en suspenso hasta entonces: como los herederos del difunto arzobispo de Cosenza opusieran algunas dificultades a dejarse despojar, Alejandro VI expidió un breve por el que los cardenales y sacerdotes perdían el derecho de testar, y por el cual se declaró que todos los bienes vacantes correspondían al papa.

Por ese tiempo, César tuvo que detenerse repentinamente en medio de sus victorias. Ludovico Sferza, gracias a los doscientos mil ducados que de su tesoro le habían quedado, pudo alistar quinientos hombres de armas borgoñeses y ocho mil infantes suizos, con los cuales volvió a Lombardía, viéndose forzado Trivulzio a llamar a Ives d'Allègre y a las tropas que el rey de Francia prestó a César para hacer frente al enemigo. En consecuencia de esto, César dejó de guarnición en Imola y Forli una parte de las tropas pontificias y con el resto de sus fuerzas marchó nuevamente hacia Roma.

El papa quiso que su entrada en la ciudad fuese un verdadero triunfo, por lo que, cuando supo que los furrieles del ejército se hallaban sólo a unas cuantas leguas de la ciudad, hizo anunciar por medio de batidores a los embajadores de príncipes, a los cardenales, a los prelados, a los barones romanos y a las órdenes de la capital, para que con todos sus séquitos salieran a recibir al duque de Valentinois, a fin de solemnizar el regreso del vencedor; y como la bajeza del que obedece supera siempre al orgullo del que manda, no sólo se cumplieron estas órdenes, sino que se hizo mucho más.

César Borgia entró en Roma el 26 de febrero del año 1500, y a pesar de estar aún en plena época de jubileo, las fiestas de Carnaval comenzaron más ruidosas aún y licenciosas que de costumbre; así, pues, desde el día siguiente, bajo el pretexto de una mascarada, el vencedor preparó una nueva fiesta a su orgullo, y como si pensara apropiarse la gloria, el genio y la fortuna del grande hombre cuyo nombre llevaba, resolvió representar el triunfo de César en la plaza Navona, donde habitualmente se celebraban las fiestas del Carnaval, a cuyo efecto organizó una cabalgata

de trajes y carros de la época y montando él el último, vestidos con la toga de los antiguos emperadores, coronado de laurel y oro, y rodeado de lictores, soldados y portaestandartes, en los cuales se leía la divisa *aut Caesar. au nihil*, con la que recorrió todas las calles de Roma.

Finalmente, el cuarto domingo de Cuaresma, el papa confirió a César la dignidad tanto tiempo ambicionada: general y gonfaloniero de la Santa Iglesia.

Mientras esto ocurría, Ludovico Sforza había cruzado los Alpes y pasado el lago de Como, en medio de las aclamaciones de júbilo que sus antiguos súbditos le tributaban, los cuales habían perdido bien pronto el entusiasmo que al principio les inspiraron el ejército francés y las promesas de Luis XII. Esas jubilosas demostraciones de entusiasmo estallaron con tal fuerza en Milán, que Trivulzio, juzgando que la guarnición francesa no estaba muy segura, si se quedaba en aquella ciudad, se retiró hacia Novara.

Pronto se convenció de lo cuerdamente que había obrado; porque, tan pronto como los milaneses vieron que hacía los preparativos para salir, una sorda fermentación corrió por toda la ciudad, no tardando en verse las calles llenas de hombres armados, viéndose obligado a cruzar por entre aquella amenazadora multitud espada en mano y lanza en ristre; más aún, apenas franquearon las puertas los franceses, el pueblo se desparramó por los campos, persiguiendo a aquel ejército con sus gritos y rechiflas hasta las orillas del Tesino.

En Novara dejó Trivulzio cuatrocientas lanzas, más los tres mil zuizos que de la Romaña le trajera Ives d'Allègre, y con el resto de su ejército marchó hacia Mortara, donde se detuvo en espera de los socorros que había pedido al rey de Francia. Poco después de haber salido Trivulzio de la ciudad, entraron en Milán el cardenal Ascanio y el duque Ludovico, en medio de las aclamaciones de todo el pueblo.

Ninguno de los dos perdió el tiempo, y, queriendo sacar provecho de este entusiasmo, Ascanio tomó a su cargo el sitiar el castillo de Milán, mientras que Ludovico, pasando el Tesino, fué a atacar a Novara.

Ives d'Allègre, apenas tenía consigo trescientos soldados franceses y Ludovico sólo contaba con quinientos italianos, por lo que resultaron ser tanto sitiados como sitiadores, casi todos hijos de la misma nación. Esto se

explica fácilmente, porque, desde hacía seis años, la infantería en Europa se componía sólo de suizos, y las potencias, cuando necesitaban soldados, valíanse del oro para procurarse soldados de las montañas suizas. De esto resultaba que aquellos rudos hijos de Guillermo Tell, puestos así a la puja por las naciones, llevados por sus diversos enganches desde sus pobres y ásperas montañas a los países más ricos y más voluptuosos, aun conservando su valor, habían perdido, en su roce con los extranjeros aquella antigua rigidez de principios que durante tanto tiempo los había presentado como modelos de honor y de buena fe, convirtiéndose en una especie de mercancía siempre dispuesta a venderse al que mejor la pagara. Los franceses fueron los primeros en sufrir las consecuencias de esta venalidad, que tan funesta debía ser más adelante para Ludovico Sforza.

En efecto, los suizos que formaban la guarnición de Novara, se habían puesto en comunicación con algunos de sus compatriotas que prestaban sus servicios en las avanzadas del ejército ducal, y por éstos, que no sabían todavía que el tesoro de Ludovico estaba próximo a agotarse, se enteraron de que estaban mejor alimentados y mejor pagados que ellos, por lo que se comprometieron a entregar la plaza y a pasarse bajo las banderas milanesas, si querían asegurarles la misma soldada. Como fácilmente se comprenderá, Ludovico aceptó el trato. Le entregaron Novara, menos la ciudadela, que estaba guardada por los franceses, y el ejército del duque se vió aumentado con tres mil hombres. Un error cometió entonces Ludovico, pues, en vez de marchar sobre Montara con aquel nuevo refuerzo, se detuvo para sitiar el castillo. Este retardo dió por resultado que Luis XII, a quien Trivulzio había enviado tres despachos dándole cuenta de lo peligroso de su situación, había apresurado la partida de la gendarmería francesa, reunida ya para pasar a Italia, ordenando al baillío de Lyon que enganchara más suizos, encargando al cardenal d'Amboise, su primer ministro, que pasara los Alpes y, con el fin de acelerar la reunión del ejército, se estableciera en Asti. Allí encontró un núcleo de tres mil hombres que fué engrosado por quinientas lanzas y seis mil infantes franceses que le llevó La Trémouille; finalmente, el baillío de Dijón llegó allá con diez

mil suizos; de suerte que, contando las tropas que Trivulcio tenía con él en Montara, Luis XII se encontró que allende los montes tenía un hermoso cuerpo de ejército, como jamás ningún rey de Francia había podido poner hasta entonces en campaña. En seguida, por medio de una hábil marcha, y aun antes de que Ludovico estuviera informado de su concentración y de su poder, ese ejército fué a situarse entre Novara y Milán, de modo que el duque quedó completamente incomunicado con su capital. Éste se vió forzado, a pesar de su inferioridad numérica, a aprestarse para librar batalla. Pero ocurrió que, cuando por una y otra parte se hacían los preparativos para un choque decisivo, la Dieta, instruída de que hijos de los mismos cantones estaban a punto de matarse unos a otros ordenó a todos los suizos, ya estuvieran al servicio del duque de Milán, ya sirvieran en el ejército del rey de Francia, que rompiesen su contrata y regresaran a su patria.

Sin embargo, en el espacio de tiempo que transcurrió entre la rendición de Novara y la llegada del ejército francés ante esa ciudad, las cosas habían cambiado por completo, pues el tesoro de Ludovico habíase agotado. En los puntos avanzados habíanse sostenido nuevas conversaciones, y esta vez, gracias al dinero enviado por Luis XII, los suizos al servicio de Francia resultaron ser los más bien alimentados y mejor pagados. Los dignos helvéticos, desde que ya no se batían por la libertad, sabían demasiado bien el precio de su sangre para derramarla si no se la pagaban a peso de oro: de esto resultó que, después de haber hecho traición a Ives d'Allègre, se resolvieron a hacer lo mismo con Ludovico, y mientras los montañeses que el baillío de Dijón había enganchado continuaban firmes bajo las banderas de Francia, no obstante la orden de la Dieta, los auxiliares de Ludovico declararon que, al combatir contra sus hermanos, se rebelaban contra lo dispuesto por la Dieta, y que por lo tanto, se exponían a una pena capital que únicamente se atreverían a arrostrar mediante el pago de sus soldadas atrasadas. El duque, cuyo tesoro se había agotado, y que se encontraba aislado de su capital, cuyo camino únicamente una victoria podría abrir, prometió a los suizos no sólo sus atrasos, sino doble soldada, si querían hacer con él un último esfuerzo. Pero, desgraciadamente, el cumplimiento de esta promesa depen-



día de la suerte dudosa de una batalla, y los suizos declararon que respetaban demasiado a su patria para desobedecer sus órdenes, y que amaban demasiado a sus hermanos para derramar gratis la sangre de ellos; que, en consecuencia, el duque no debía contar más con ellos, pues habían decidido regresar al día siguiente a sus cantones.

Entonces Ludovico, al ver que todo estaba perdido para él, y apelando por última vez a su honor, les conjuró a que, por lo menos, proveyeran a su seguridad, comprendiéndole en la capitulación que iban a concertar. Los suizos contestaron que aun cuando esta cláusula no hacía imposible la capitulación, por lo menos la privaba de las ventajas que ellos tenían derecho a esperar, y con las cuales contaban para indemnizarse de los atrasos de su soldada. No obstante, aparentaron dejarse conmover al fin por las súplicas de aquel cuyas banderas habían seguido por tanto tiempo y le ofrecieron ocultarlo bajo sus ropas y entre sus filas. Esta proposición era ilusoria, pues Ludovico, que era ya viejo y de corta estatura, no podría pasar sin ser reconocido por entre unos hombres de los cuales el de más edad no tenía más de treinta años y el más bajo medía cinco pies y seis pulgadas. A pesar de todo, este era el recurso que le quedaba, y, lejos de rechazarlo, aunque modificándolo, buscó el medio de emplearlo con eficacia. Este medio consistía en adoptar el hábito de franciscano y, montado en un matalón, hacerse pasar por capellán de ellos; en cuanto a Galeazzo de San Severino, que ejercía un mando bajo sus órdenes, y sus dos hermanos, como todos tres eran altos, se vistieron como los soldados esperando de este modo poder pasar en las filas suizas sin ser notados.

Apenas decididas estas disposiciones, el duque recibió aviso de que la capitulación entre Trivulzio y los suizos se había firmado. Estos, que ninguna estipulación habían hecho en favor del duque y de sus generales, debían pasar el día siguiente con armas y bagajes a unirse con los soldados franceses: por consiguiente, el último recurso que al desdichado duque y a sus generales les quedaba, era confiarse a su disfraz, como así lo hicieron. San Severino y sus hermanos se pusieron en las filas de la infantería, y Ludovico, envuelto en su hábito de fraile y con la capucha echada hasta los ojos, se colocó en medio de los equipajes,

El ejército comenzó a desfilar. Los suizos, después de haber hecho dinero con su sangre, pensaban sacar dinero a cambio de su honor. Los franceses estaban prevenidos del disfraz de Sforza y del de sus generales, y los cuatro fueron reconocidos, haciendo prisionero al duque el mismo La Trémouille.

Dijose que esta traición fué pagada con el pueblo de Bellinzona, perteneciente a los franceses, y del cual apoderáronse los suizos al regresar a sus montañas sin que Luis XII hiciera nada en adelante para recuperarlo.

Al enterarse Ascanio Sforza que, como hemos dicho, se había quedado en Milán, de esta cobarde deserción, juzgó perdido el juego y que lo mejor que podía hacer era huir antes que, por uno de esos cambios tan familiares para el populacho, se viese tal vez prisionero de los antiguos súbditos de su hermano, a los cuales muy bien podía ocurrírseles comprar su propio perdón a costa de la libertad de Ascanio: en consecuencia, durante la noche, se fugó con los principales jefes de la nobleza gibelina, y emprendió el camino de Plasencia para llegar al reino de Nápoles. Pero, cuando llegó a Rivolta, acordóse de que en aquella localidad tenía un antiguo amigo de la infancia, llamado Conrado Lando, al cual, en los días de su poder, había colmado de bienes, y como tanto él como sus compañeros necesitaban reposo por hallarse cansados en extremo, resolvió pedirle hospitalidad por una noche.

Conrado los recibió haciéndoles demostraciones de la más viva alegría, y puso a disposición de ellos su casa y sus servidores. Pero, así que estuvieron acostados, envió un correo a Plasencia diciendo a Carlos Orsini, a cuyas órdenes estaba la guarnición veneciana, que se hallaba dispuesto a entregarle el cardenal Ascanio Sforza y los principales jefes del ejército milanés.

Carlos Orsini, queriendo llevar a cabo en persona la ejecución de tan importante expedición, montó en seguida a caballo con veinticinco hombres, y, después de rodear la casa de Conrado, entró con el acero desenvainado en la habitación donde descansaban el cardenal Ascanio y sus compañeros, los cuales, sorprendidos en medio de su sueño, rindiéronse sin oponer la menor resistencia, siendo después conducidos a Venecia prisioneros; pero Luis XII los reclamó y le fueron entregados.

Así, pues, el rey de Francia encontrése dueño de Ludovico Sforza y de Ascanio, de Hermes, sobrino legítimo del gran Francisco Sforza, de dos bastardos, Alejandro y Contino, y, por último, de Francisco, hijo del desgraciado Juan Galeazzo, que murió envenenado por su propio tío.

Luis XII, para acabar de una vez con toda la familia, obligó a Francisco a entrar en un claustro, encerró en una prisión a Alejandro, Contino y Hermes, hizo conducir al cardenal Ascanio a la torre de Bourges, y, finalmente, después de haber transferido al infeliz Ludovico de la fortaleza de Pierre-Encise a la de Lys-Saint-Georges, lo relegó definitivamente al castillo de Loches, donde, al cabo de diez años de cautiverio en medio de la más profunda soledad y la más completa carencia de todo lo necesario, murió maldiciendo la hora en que se le había ocurrido la idea de atraer a los franceses a Italia.

La noticia de la caída de Ludovico y su familia fué recibida en Roma con un júbilo extraordinario, porque, al consolidar el poder de los ultramontanos en el Milanesado, establecía el de la Santa Sede en Romaña, puesto que ya nada se oponía a las conquistas de César. Por eso fueron obsequiados con regalos de consideración los que llevaron la noticia, la cual se publicó por toda la ciudad de Roma al son de trompetas y tambores. Inmediatamente, los gritos de: «¡Francia! ¡Francia!» que eran los de Luis XII, y los de «¡Orso! ¡Orso!», que eran los de Orsini, resonaron por todas las calles, las cuales fueron iluminadas durante la noche, cual si Constantinopla o Jerusalén hubiesen sido tomadas. Por su parte, Alejandro VI dió al pueblo fiestas y fuegos artificiales, sin preocuparse lo más mínimo de que estaban en Semana Santa, y que el jubileo había atraído a Roma más de doscientas mil personas.

Sólo una cosa faltaba para asegurar el éxito de los vastos proyectos que el papa y su hijo habían fundado en la amistad y alianza de Luis XII: el dinero. Sin embargo, Alejandro VI no era hombre que se apurase por tal miseria; verdad es que la renta de los beneficios habíase agotado, que los impuestos ordinarios y extraordinarios de todo un año estaban ya cobrados, y que la herencia de los cardenales y prelados ya no era más que una débil ayuda, por cuanto los más ricos habían sido ya envene-

nados; pero todavía quedaban a Alejandro otros medios, que no por ser más insólitos, eran menos eficaces.

Consistió su primer medio, en difundir el rumor de que los turcos amenazaban invadir la cristiandad, y que sabía a ciencia cierta que antes de que el verano hubiese pasado, Bayaceto habría desembarcado dos ejércitos considerables, uno en la Romaña y otro en la Calabria: en consecuencia, publicó dos bulas, una de ellas para tomar en toda Europa la décima parte de las rentas eclesiásticas, cualquiera que fuese su naturaleza, y la otra, obligando a los judíos a satisfacer igual suma; además, estas dos bulas contenían las excomuniones más severas contra los que se negaran a someterse a ellas o que intentaran oponérseles.

El segundo medio consistía en vender las indulgencias, cosa que hasta entonces no se había hecho: esas indulgencias pesaban sobre aquellos que, por falta de salud o por exigencias de sus negocios, no podían ir a Roma durante el jubileo; gracias a este expediente resultaba inútil el viaje, pues mediante la tercera parte de lo que habría costado, los pecados eran perdonados tan por completo, como si los fieles hubiesen llenado todas las condiciones de la peregrinación. Para cobrar esta tasa establecióse un verdadero ejército de recolectores, de los cuales fué nombrado jefe un tal Ludovico de la Torre. Las sumas que por este medio hizo ingresar Alejandro VI en el tesoro pontificio son incalculables, pues bastará saber que sólo el territorio de Venecia pagó setecientas noventa y nueve mil libras de oro en peso.

En esto, como los turcos hicieron efectivamente algunas demostraciones del lado de Hungría, los venecianos comenzaron a temer que llegasen hasta ellos, e hicieron pedir socorros al papa; entonces Alejandro VI ordenó que en todos sus Estados se rezase una *Avemaría*, rogando a Dios que alejase el peligro con que la Serenísima República se veía amenazada. Esta fué la única ayuda que los venecianos lograron de Su Santidad, a cambio de las setecientas noventa y nueve mil libras de oro en peso, que de ellos recibiera.

Sin embargo, como si Dios quisiera demostrar a su extraño representante la irritación que semejante burla de las cosas santas le causaba, la víspera del día de San Pedro desprendióse una enorme pieza de hierro del campa-

nario en el momento en que Alejandro VI, pasando cerca de él, se dirigía a la tribuna de las bendiciones, la cual fué a caer a sus pies; y como si una sola advertencia no hubiera sido amonestación suficiente, el día siguiente, festividad de San Pedro, estando el papa en una de las cámaras de su departamento, con el cardenal Capuano y monseñor Poto, su camarero secreto, vió por las ventanas formarse una nube tan negra, que, previendo una tormenta, les mandó cerrar las ventanas. No se había equivocado el papa, pues, cuando obedecían su orden, se levantó una ráfaga tan fuerte de viento, que la chimenea más alta del Vaticano se derrumbó sobre el tejado, lo hundió, y rompiendo el techo, fué a caer en la misma cámara. A este derrumbamiento y al ruido que produjo, que hizo temblar todo el palacio, el cardenal Capuano y monseñor Poto volviéronse, y, viendo la cámara llena de polvo y de maderos rotos, corrieron a las ventanas, gritando a los guardias de la puerta: —¡El papa ha muerto! ¡El papa ha muerto!

La gente, al oír estos gritos, acudió y se encontró tres personas tendidas entre los escombros, una muerta y dos moribundos: el muerto era un gentilhomme sienés, llamado Lorenzo Chigi, y los moribundos dos comensales del Vaticano. En el momento de ocurrir la catástrofe pasaban los tres por el piso superior, y fueron arrastrados por los escombros. En esto, no se encontraba a Alejandro; y viendo que no respondía, no obstante llamarlo sin cesar, afirmóse la creencia de que había perecido, creencia que no tardó en difundirse por toda la ciudad.

Pero, como Alejandro sólo se había desmayado y comenzaba a volver en sí, al cabo de cierto tiempo le oyeron quejarse y lo descubrieron completamente aturdido por el golpe y herido, aunque ligeramente, en varias partes del cuerpo. Habíase salvado casi por milagro: la viga maestra, al romperse por el centro, seguía apoyando sus extremos en la pared, uno de los cuales formaba techo por encima del trono pontificio, de suerte que el papa, que estaba sentado allí en ese instante, había sido protegido por esa bóveda, sufriendo solamente pequeñas contusiones y heridas leves.

Las dos noticias contradictorias de la muerte súbita y de la salvación milagrosa del papa, se esparcieron rápidamente por Roma, y César Borgia, espantado del cambio

que en su fortuna podía traer el menor accidente que al papa ocurriese, corrió al Vaticano, pues no podía tranquilizarse más que con el testimonio de sus propios ojos.

El papa quiso rendir pública acción de gracias al Cielo por su protección y el mismo día, escoltado por un numeroso cortejo de prelados y hombres de armas, se hizo trasladar en su silla gestatoria a la iglesia de Santa María del Pópolo, donde estaban enterrados el duque de Gandía y Juan de Borgia, ya porque su corazón conservase algo de devoción, ya porque allí le atrajera el recuerdo del amor profano que sentía por su antigua querida la Vanozza, la cual, bajo la figura de la Virgen, estaba expuesta a la veneración de los fieles en una capilla, a la izquierda del altar mayor. Cuando llegó frente a dicho altar, el papa hizo donativo a la iglesia de un magnífico cáliz que contenía trescientos escudos de oro, los cuales fueron echados por el cardenal de Siena en una bandeja de plata, con gran satisfacción de la vanidad pontifical.

César Borgia, antes de salir de Roma para llevar a cabo la conquista de la Romaña, había reflexionado sobre lo inútil que, para él y su padre, había venido a ser el matrimonio, en otro tiempo tan deseado, de Lucrecia con Alfonso. Había mucho más: el descanso que el rey de Francia tomaba en Lombardía era solamente un alto, y Milán era visiblemente una etapa en el camino a Nápoles. Era posible que este matrimonio inquietara a Luis XII, que hacía del sobrino de su enemigo el yerno de su aliado. En cambio, si Alfonso moría, Lucrecia quedaba libre para poder casarse con algún poderoso señor de la Marca, del Ferrarado, o de Brescia, el cual podría secundar a su cuñado en la conquista de la Romaña. De modo que Alfonso, no sólo se hacía peligroso, sino hasta inútil; cosa que, dado el carácter de los Borgia, tal vez era mucho peor. Resolvióse, pues, la muerte de Alfonso.

Sin embargo, el marido de Lucrecia, que desde hacía mucho tiempo había comprendido el peligro que corría viviendo junto a su terrible suegro, habíase retirado a Nápoles. No obstante eso, como en su constante disimulo, ni Alejandro, ni César habían cambiado la naturaleza de sus relaciones con él, había perdido algo sus temores, cuando recibió una invitación del papa y su hijo para que fuera a tomar parte en una corrida de toros a la usanza

española que para festejar al duque daban antes de su partida. Dada la precaria situación en que la casa de Nápoles se encontraba, Alfonso se veía en la necesidad de no ofrecer a Alejandro ningún pretexto de ruptura; no quiso, pues, dejar de aceptar sin motivo, y fué a Roma. Debe advertirse, sin embargo, que como se juzgaba inútil consultar a Lucrecia, en vista del poco apego que en dos o tres ocasiones había atestiguado para con su marido, la dejaron tranquila en su gobierno de Spoleto.

Alfonso fué recibido por el papa y por el duque de Valentinois con demostraciones de verdadera amistad, alojándolo en el mismo Vaticano, en el cuerpo de edificio llamado la Torre Nova, en el mismo departamento que antes había ocupado con Lucrecia.

En la plaza de San Pedro, y poniendo barricadas en las calles que a ella aflujan, habíase preparado una gran liza. Todas las ventanas y balcones de las casas que rodeaban la plaza fueron habilitados para que pudieran servir de palcos; y el papa y su corte ocuparon los balcones del Vaticano.

La fiesta dió comienzo con toreros pagados; luego, cuando ya habían desplegado bien su fuerza y habilidad, Alfonso de Aragón y César Borgia bajaron a su vez a la arena, y, para probar que entre ellos reinaba la mejor armonía, decidieron que el toro que persiguiera a César sería matado por Alfonso, y el toro que persiguiera a éste, lo mataría César.

El duque de Valentinois quedó sólo a caballo en la liza: Alfonso salió por una puerta dejada entreabierta expreso para que éste pudiera entrar sin demora en el instante en que considerara necesaria su presencia. Al mismo tiempo y por el lado opuesto, soltaron un toro que no tardó en quedar cubierto de dardos y flechas, algunas de ellas con fuegos de artificio que, al arder, irritaron de tal modo al toro, que, después de revolcarse por el suelo, se levantó furioso y al ver a un hombre a caballo se precipitó en el mismo instante sobre él. Entonces, en aquel pequeño circo, perseguido por este veloz enemigo, César desplegó toda la habilidad que hacía de él uno de los primeros jinetes de la época. Pero, no obstante, por hábil que fuese, habríale sido imposible escapar a las acometidas del toro en aquel estrecho recinto, si, en el momento en que la

hiera comenzaba a ganarle terreno, no hubiese salido precipitadamente Alfonso agitando en la mano izquierda una capa roja y armada su derecha con una larga y delgada espada aragonesa. Ya era tiempo; el toro se hallaba a pocos pasos de César, y el peligro que corría éste parecía tan inminente, que de una de las ventanas salió un grito, lanzado por una mujer; pero, al ver a un hombre a pie, el toro paróse de repente, y, pensando tal vez que más fácil le sería dar cuenta del nuevo enemigo, que del antiguo, volvióse contra él, y, después de quedarse un instante inmóvil, mugiendo y arañando el suelo con sus patas, lanzóse sobre Alfonso, llameantes los ojos y baja la cabeza. Alfonso lo esperó tranquilamente; luego, cuando estuvo a tres pasos de él, metióle la espada entre las paletillas, la cual se clavó hasta la empuñadura; el toro permaneció un momento inmóvil, y después, estremeciéndose sobre sus cuatro patas, rodó por el suelo expirando en el mismo sitio donde había sido herido. Esta certera estocada, tan hábil y diestramente aplicada, arrancó una salva de aplausos a toda la concurrencia.

En cuanto a César, que permanecía a caballo, buscaba con los ojos, en vez de ocuparse de lo que en torno de él pasaba, a la hermosa espectadora que tan viva prueba de interés le había dado; su investigación no dejó de tener resultado, pues reconoció que era una de las jóvenes damas de honor de Isabel, duquesa de Urbino, prometida de Juan Caraccioli, capitán general de la República de Venecia.

Tocóle a Alfonso el turno de correr el toro y a César de matarlo, y después de haber sido sacado fuera de la arena el toro muerto, arrastrado por cuatro fogosas mulas, y de haber esparcido arena los lacayos y sirvientes de Su Santidad por el sitio manchado de sangre, Alfonso montó en un soberbio alazán de raza árabe, ligero como el viento que había fecundado a su madre en el desierto de Sahara, mientras que César, echando pie a tierra, se retiró a su vez, para salir de nuevo en el momento en que Alfonso corriera el mismo peligro de que acababa de librarlo.

Salió el segundo toro, que, al igual del primero, fué excitado con acerados dardos y flamígeras flechas. Como el anterior, al ver un hombre a caballo, lanzóse contra él, y entonces comenzó una carrera maravillosa en la que era imposible saber cuál de los dos era el perseguido, si el toro

o el caballo. Sin embargo, al cabo de cinco o seis vueltas, por veloz que fuera el hijo de la Arabia, el toro comenzó a ganarle distancia, pudiendo verse entonces cuál era el que huía y cuál el perseguidor. Las distancias se iban acortando, y cuando combatiente y combatido se hallaron a pocos pasos uno del otro, César se presentó en la arena empuñando un mandoble, arma que los franceses solían usar, y en el momento en que el toro, casi alcanzando a don Alfonso, pasó cerca de él, César, esgrimiendo diestramente su arma, le echó abajo la cabeza, mientras que el cuerpo, con el impulso de la carrera, fué a caer diez pasos más lejos. Aquel inesperado golpe con tanta destreza ejecutado, fué acogido, no ya con aplausos, sino con aclamaciones de entusiasmo y gritos delirantes. En cuanto a César, como si solamente recordara aquel grito provocado por el primer peligro que había corrido, recogió la cabeza del toro, y, entregándola a uno de sus escuderos, le ordenó que la pusiera como un homenaje a los pies de la hermosa veneciana que le había dado tan viva prueba de interés.

El objeto de esta fiesta, como ya hemos dicho, no era solamente para que los jóvenes recogieran los aplausos que su valentía arrancara a la concurrencia, sino para probarle que entre ellos reinaba la mejor armonía, puesto que mutuamente acababan de salvarse la vida. De esto resultaba que, si a César le ocurría algún accidente, nadie pensaría en acusar a Alfonso, y si algo sucedía a éste, ninguno sospecharía de aquél.

En el Vaticano celebrábase una cena: Alfonso se vistió con elegancia, y a eso de las diez de la noche se dispuso a pasar del cuerpo de edificio que habitaba, al ocupado por el papa; pero la puerta que separaba a ambos patios estaba cerrada y a pesar de haber llamado repetidas veces, no le abrieron. En vista de eso, creyó que lo más sencillo para él era dar la vuelta por la plaza de San Pedro; salió, pues, sin ningún acompañamiento, por una puerta del jardín del Vaticano, encaminóse a través de las calles sombrías que conducían a la escalera por donde se subía a la plaza, y al ir a poner el pie en los primeros escalones, fué atacado por una tropa de hombres armados. Quiso Alfonso desenvainar su espada, mas, antes de que lo consiguiera, recibió dos heridas de alabarda, una en la cabe-

za, otra en el hombro; de una estocada en el costado y dos puntazos, uno en la sien y otro en la pierna. Estas cinco heridas le privaron del conocimiento y cayó al suelo. Sus asesinos, que lo creyeron muerto, se apresuraron a subir por la escalera, y, habiendo encontrado en la plaza cuarenta jinetes que los aguardaban, salieron tranquilamente bajo su protección por la puerta Portesa.

Alfonso fué encontrado moribundo por unos transeuntes, de entre los cuales, algunos, así que lo reconocieron, fueron a llevar al Vaticano la noticia del asesinato, mientras que los demás, levantando en brazos al herido, lo condujeron a sus habitaciones de la Torre Nova. El papa y César, que supieron la noticia cuando iban a sentarse a la mesa, parecieron afligirse tanto por el suceso, que abandonaron a sus convidados y fueron en el mismo instante al lado de don Alfonso, para asegurarse de si las heridas eran mortales o no, y a la mañana del día siguiente, y con objeto de desviar las sospechas que contra ellos pudieran recaer, hicieron prender a Francisco Gazella, tío materno de don Alfonso, que había acompañado hasta Roma a su sobrino, el cual, acusado como autor del crimen por unos testigos falsos, fué ejecutado.

Pero sólo se había hecho la mitad de la tarea: bien o mal, habían sido lo suficientemente desviadas las sospechas para que nadie osara acusar de este asesinato a los verdaderos asesinos; mas Alfonso no había muerto, y gracias al vigor de su temperamento así como a la ciencia de los médicos que, creyendo sinceras las lamentaciones del papa y de su hijo, hicieron lo posible para curar al herido, éste progresó hacia una franca convalecencia; al mismo tiempo se recibió la noticia de que Lucrecia, sabedora del accidente que su esposo había sufrido, iba a ponerse en camino para estar a su lado y cuidarle ella misma. No había, pues, tiempo que perder, por lo que César mandó llamar a Michelotto, y «aquella misma noche, dice Burchard, don Alfonso, que no quería morir de sus heridas, moría estrangulado en su propia cama».

Al siguiente día le hicieron funerales, no de la importancia que correspondía a su calidad, pero sí bastante decentes. El arzobispo de Cosenza fué el que presidió el duelo en la iglesia de San Pedro, en cuya capilla de Santa María de las Flores recibió sepultura el cadáver.

Lucrecia llegó aquella misma noche, y aunque César, una vez muerto don Alfonso, hizo prender no sólo a los médicos y a los cirujanos sino hasta a un pobre diablo de jorobado que le servía de ayuda de cámara, conocía demasiado bien a su padre y a su hermano para que no viese de dónde partía el golpe. Así, pues, temiendo que el dolor que esta vez sentía muy realmente le privara de su confianza, Lucrecia se retiró a Nepi con toda su casa, toda su corte y más de seiscientos jinetes, con ánimo de pasar en aquella ciudad todo el tiempo que durase su luto.

Arreglado este gran asunto de familia, y viuda de nuevo Lucrecia, y por consiguiente en disposición de satisfacer los nuevos designios políticos del papa, César Borgia sólo se quedó en Roma el tiempo indispensable para recibir allí a los embajadores de Francia y de Venecia; pero, como tardaban algo en llegar y el tesoro del papa habíase resentido por las últimas fiestas dadas, Alejandro hizo una nueva promoción de doce cardenales, de la cual esperaba doble resultado: el primero haría entrar en la caja pontificia seiscientos mil ducados, pues impuso a cada capelo el precio de cincuenta mil ducados, y el segundo aseguraría al papa una mayoría adicta en el Sacro Colegio.

Al fin llegaron los embajadores, el primero de los cuales, que era el señor de Villeneuve, el mismo que ya había ido en nombre de Francia a buscar al duque de Valentinois, al entrar en Roma encontróse en el camino con un hombre enmascarado que, sin quitarse la careta, le manifestó el júbilo que sentía por su llegada. El enmascarado no era otro que César, el cual, deseando no ser conocido, se marchó después de una corta conferencia y sin haber descubierto su rostro. El señor de Villeneuve entró tras él encontrando en la puerta del Pópolo a los embajadores de las diferentes potencias, incluso los de España y Nápoles, cuyos soberanos, aunque de un modo verdadero no estaban aún en abierta hostilidad con Francia, ya comenzaban a tratarla con frialdad.

Como estos últimos, por miedo de comprometerse, se limitaron a decir por todo cumplimiento a su colega de Francia: «¡Señor, bien venido seáis!», el maestro de ceremonias, sorprendido por tan corto cumplimiento, les preguntó si no tenían otra cosa que decir, a lo cual respondieron que no; entonces el señor de Villeneuve dijo, volvién-

doles la espalda: «Los que no tienen nada que decir tampoco necesitan respuesta»; y después, colocado entre el arzobispo de Reggio, gobernador de Roma, y el arzobispo de Ragusa, se dirigió al palacio de los Santos Apóstoles, que se había preparado para su recepción.

Algunos días más tarde llegó a su vez Mario George, embajador extraordinario de Venecia. Tenía el encargo de arreglar con el papa los asuntos corrientes, y de llevarles además, a Alejandro y a César, el título de nobles venecianos y la inscripción de sus nombres en el Libro de Oro, favor que ambos habían ambicionado, no tanto por la vanagloria que con ello recibían, como por la nueva influencia que ese título podía darles.

Inmediatamente procedió el papa a hacer entrega de los doce capelos vendidos a los nuevos cardenales. Estos nueve príncipes de la Iglesia eran: el secretario de Su Santidad y arzobispo de Valencia; don Diego de Mendoza, arzobispo de Sevilla; Jaime, arzobispo de Oristagny y vicario general del papa; Tomás, arzobispo de Strigonia; Pedro, arzobispo de Reggio y gobernador de Roma; Francisco Borgia, arzobispo de Cosenza y tesorero general; Juan, arzobispo de Palermo y vicecamarlengo; Antonio, arzobispo de Como; Juan Bautista Ferraro, obispo de Módena; Amadeo d'Albret, hijo del rey de Navarra y cuñado del duque de Valentinois y, finalmente, Marcos Cornaro, noble veneciano, en la persona del cual el papa devolvía a la Serenísima República el favor que de ella acaba de recibir.

Como ya nada detenía en Roma al duque de Valentinois, únicamente se tomó el tiempo necesario para contraer un préstamo con un rico banquero llamado Agustín Chigi, hermano de aquel Lorenzo Chigi que pereció en un salón del Vaticano a consecuencia del derrumbamiento de una chimenea, y salió para la Romaña, acompañado de Vitellozzo Vitelli, Juan Pablo Baglioni, y Jaime de Santa Croce, que eran entonces sus amigos y más tarde fueron sus víctimas.

Su primera empresa se dirigió contra Pésaro; era una atención de cuñado cuyas consecuencias comprendió Juan Sforza, porque, en vez de intentar la resistencia o de defender sus Estados con las armas, o disputarlos por medio de negociaciones, no quiso exponer el hermoso país, de

que fué dueño por tanto tiempo, a la venganza de un enemigo irritado, y recomendó a sus súbditos que le conservaran el mismo afecto; en la esperanza de mejor fortuna, huyó a Dalmacia.

Malatesta, señor de Rímimi, hizo lo mismo, tanto, que ni siquiera tuvo que desenvainar la espada el duque de Valentinois para entrar en estas dos ciudades. César dejó una guarnición suficiente en sus nuevas conquistas y se dirigió hacia Faenza.

Pero allí cambiaron de faz las cosas; Faenza estaba entonces gobernada por el hermoso y valiente Astor Manfredi, que sólo contaba diez y ocho años, el cual, por más que sus parientes próximos, los Bentivoglió, le habían abandonado, así como los venecianos y los florentinos, sus aliados, los cuales, por la amistad que unía al rey de Francia con César, no se atrevieron a llevarle socorro alguno, resolvió defenderse hasta el último extremo, sabiendo el amor de sus súbditos a su familia. De modo que, al tener noticia de que el duque de Valentinois marchaba contra él, reunió a toda prisa a todos aquellos de sus vasallos que aun estaban en estado de llevar armas y a los pocos soldados extranjeros que quisieron entrar a sueldo, y, después de procurarse abundantes víveres y municiones, se encerró con ellos en la ciudad.

César no se inquietó gran cosa con estos preparativos de defensa: tenía un ejército magnífico, compuesto de las mejores tropas de Francia y de Italia, entre cuyos jefes, sin hacer mención suya, contaba a Pablo y a Julio Orsini, a Vitellozzo Vitelli y a Pablo Bablioni, es decir, los primeros capitanes de la época. De modo que, tan pronto como hubo reconocido el terreno, emprendió en seguida el sitio, plantando su campamento entre los ríos Amona y Margiano, y estableció su artillería dando frente a Forli, punto sobre el cual habían levantado los sitiados un poderoso baluarte.

Al cabo de algunos días de procurar abrir brecha, ésta se hizo practicable; el duque de Valentinois ordenó el asalto, y, dando el ejemplo a sus soldados, marchó el primero sobre el enemigo. Pero, no obstante su valor y el de los capitanes que le acompañaban, Astor Manfredi se defendió tan heroicamente, que los sitiadores fueron rechazados con pérdidas considerables, dejando en los fosos

de la plaza a Honorio Savelli, uno de sus mejores y más valientes jefes.

Sin embargo, Faenza, a pesar del valor y de la abnegación de sus defensores, no hubiera podido sostenerse mucho tiempo contra un ejército tan formidable, a no haber venido en su ayuda el invierno. Sorprendidos por el rigor de la estación, sin casas donde abrigarse y sin leña con que encender fuego, pues los campesinos habían arrasado las primeras y cortado todo los árboles, el duque de Valentinois vióse obligado a levantar el sitio y formar cuarteles de invierno en los pueblos vecinos, para estar completamente listo cuando volviera la primavera, en cuya época reanudaría el ataque, pues César no podía perdonar a una pequeña ciudad, habituada a una larga paz, gobernada por un niño y privada de todo socorro exterior, el haberlo tenido así en jaque. Hizo, pues, tres divisiones de su ejército, la primera de las cuales la envió a Imola, la segunda a Forli, y él, con la tercera, fué a situarse en Ceseno, que de ciudad de tercer orden que era, encontróse de pronto transformada en ciudad de lujo y de placer.

En efecto, dada la actividad de César, le hacían falta, sin tregua, o guerras o fiestas, de modo que, interrumpida la guerra, las fiestas comenzaron con la suntuosidad y brillantez con que él solía darlas; los días se pasaban en juegos y cabalgatas, las noches en bailes y galanteos; porque las mujeres más hermosas de la Romaña, es decir, del mundo, formaron una corte al vencedor, que el mismo soldán de Egipto y el emperador de Constantinopla le hubieran envidiado.

En uno de los paseos que César Borgia solía dar por los alrededores de la ciudad con aquella corte de nobles aduladores y de cortesanas tituladas, que no se separaban nunca de él, vió venir por el camino de Rímíni un cortejo que, por lo numeroso, comprendió que debía acompañar a persona de importancia. Poco después, al ver que la persona que aquel cortejo acompañaba era una mujer, César se aproximó y reconoció a la misma joven dama de honor de la duquesa de Urbino que, el día de las corridas de toros, había lanzado un grito cuando él estuvo a punto de ser alcanzado por el furioso animal. En esa época, como hemos dicho, la joven era la prometida de Juan Caraccioli, general de los venecianos, y su madrina y protectora, Isa-

bel de Gonzaga, la enviaba a Venecia con un séquito digna de ella, pues allí debía celebrarse el casamiento.

La belleza de aquella joven ya había impresionado en Roma a César, mas al verla ahora de nuevo, parecióle más hermosa aún que la primera vez; de modo que, desde entonces, decidió guardar para él aquella hermosa flor de amor, pues más de una vez habíase reprochado haber pasado junto a ella con tanta indiferencia. Así, pues, saludóla como a una antigua conocida, y al informarse de si se detendría algún tiempo en Ceseno contestáronle que sólo iba de tránsito; viajaba a grandes jornadas, pues la aguardaban con impaciencia, y aquella noche iba a dormir a Forli. César no deseaba saber más; llamó a Michelotto y le dijo en voz baja algunas palabras que nadie oyó.

El cortejo, en efecto, conforme lo había dicho la hermosa joven, sólo hizo alto en el pueblo vecino, y, no obstante lo avanzado ya del día, salió en seguida para Forli; pero, apenas había caminado una legua, cuando fué alcanzado por una tropa de jinetes salida de Ceseno que lo rodeó. Aunque estaban lejos de contar con fuerzas suficientes, los soldados de la escolta intentaron defender a la esposa de su general; pero viendo que algunos habían caído muertos, los otros, asustados, huyeron. La mujer, al ir a bajar de su litera para emprender la fuga, fué tomada en brazos por el jefe de los asaltantes, que la puso delante de él sobre su caballo, y, ordenando a sus soldados que regresaron a Ceseno sin él, echó su caballo al galope a campo traviesa, y, como el crepúsculo comenzaba a bajar, pronto se perdió de vista en la obscuridad.

Caraccioli supo la noticia por uno de los fugitivos, el cual le dijo que creía haber reconocido en los raptores a soldados del duque de Valentinois. El general pareció no haber oído bien al principio; tanto trabajo le costaba creer en tan terrible suceso; pero, habiéndose hecho repetir el relato, quedóse un instante inmóvil y como herido por un rayo; luego, repentinamente, saliendo de aquel estado de estupor, lanzó un grito de venganza y se dirigió hacia el palacio ducal, en donde se hallaban reunidos el dux Barberigo y el Consejo de los Diez, y, penetrando en medio de ellos sin haberse hecho anunciar, precisamente en el momento en que acababan de saber el atentado del duque de Valentinois, exclamó:

—Serenísimos señores: vengo a despedirme de vosotros, pues he resuelto ir a perder, en una venganza privada, una vida que había creído poder consagrar al servicio de la República. La parte más noble de mi alma, mi honor, ha sido ofendida. Lo que más quería entre lo que poseo, mi mujer, me ha sido robada; y el que ha hecho esto, es el más pérfido, el más sacrílego, el más infame de los hombres: el duque de Valentinois. No os ofendáis, señores, si hablo así de un hombre que se vanagloria de pertenecer a la nobleza y de estar bajo vuestra protección; no hay tal, miente; por sus cobardías y sus crímenes es indigno de una y otra, como asimismo de la vida, la cual sabré arrancarle con esta espada. Verdad es que un sacrílego por el nacimiento, un fratricida, un usurpador de bienes ajenos, un opresor de inocentes, un asesino de caminos, un hombre que infringe todas las leyes, hasta la que en los pueblos más bárbaros es respetada, la hospitalidad, un hombre que en sus propios Estados hace violencia a una doncella que va de paso, cuando ésta tenía el derecho de esperar de él, por el contrario, no sólo las atenciones debidas a su sexo y condición sino también a la Serenísima República, de la que soy el general, y a la que al deshonorar a mi mujer insulta en mi persona, verdad es, digo, que ese hombre debía ser castigado, no por mi mano, sino por otra. Pero como el que debiera hacerle castigar, lejos de ser príncipe y juez, es un padre tan culpable como el hijo, yo me encargaré de buscarlo, y sacrificaré mi vida no sólo para vengar la injuria que he recibido y la sangre de tantos inocentes, sino la salvación de la Serenísima República a cuya opresión aspira ese hombre, después de haber conseguido la de los demás príncipes de Italia.

El dux y los senadores, que, como hemos dicho, no ignoraban el suceso que ante ellos llevaba a Caraccioli, le escucharon con grande interés y profunda indignación, porque, como él había dicho, ellos mismos habían sido insultados en la persona de su general; así, pues, todos le juraron, por su honor, que si en vez de abandonarse a una cólera con la que sólo conseguiría perderse, quería confiar en ellos, o su esposa le sería devuelta sin que una sola mancha hubiera mancillado su velo nupcial, o de ello se tomaría una venganza en proporción a la afrenta.

Inmediatamente, y como prueba de la solicitud que

en este asunto ponía el noble tribunal, Luis Manenti, secretario de los Diez, fué enviado a Imola, donde según decían se hallaba el duque, para expresarle el disgusto que la Serenísima República sentía por el ultraje hecho a su *condottiere*. Al mismo tiempo fueron a ver el dux y los senadores al embajador de Francia para rogarle que se uniera a ellos y se presentara con Manenti, ante el duque de Valentinois, para intimarle la inmediata devolución a Venecia de la mujer por él robada.

Fueron, pues, los dos embajadores a Imola, donde encontraron a César. Este escuchó la reclamación con señales del más completo asombro, negando que él hubiese tenido la más mínima participación en ese crimen; les autorizó para que persiguieran a los autores, prometiéndoles él, por su parte, que ordenaría que fuesen llevadas a cabo las más activas pesquisas. El duque parecía hablar con tan buena fe, que por un instante engañó a los enviados de la Serenísima República, los cuales emprendieron las más minuciosas investigaciones. En consecuencia, fueron al mismo lugar del suceso, y comenzaron a tomar informes. Los muertos y los heridos habían sido hallados en la carretera. A todo el correr de su caballo se había visto pasar a un hombre que se llevaba una mujer llorosa, el cual, abandonando el camino frecuentado, había sido lanzado a través del campo. Un campesino que regresaba de su trabajo lo había visto aparecer y desvanecerse luego como una sombra, tomando la dirección de una casa aislada, en la que decía una vieja que le había visto entrar. Pero en la noche siguiente la casa desapareció como por encanto, y el arado había pasado sobre el solar; de suerte que nadie pudo decir dónde había ido a parar la mujer que buscaban, puesto que los habitantes de la casa, y aun esta misma, ya no estaban allí.

Manenti y el embajador de Francia regresaron a Venecia, contando cuanto el duque de Valentinois les había dicho, y la inutilidad de sus propias investigaciones. Nadie dudaba de que el verdadero culpable era César, pero no se lo podían probar. En consecuencia, la Serenísima República, que, a causa de su guerra con el papa, prohibió a Caraccioli que se vengara particularmente de este suceso, cuyo ruido fué extinguiéndose poco a poco, acabando por no hablarse más de él.

Entretanto, los placeres del invierno no habían en manera alguna desviado a César de sus proyectos sobre Faenza. De modo que, tan pronto como la primavera volvió, permitiéndole ponerse en campaña, marchó de nuevo sobre la ciudad, acampó frente al castillo, y después de haber practicado una nueva brecha, ordenó el asalto general, al que se lanzó él el primero; pero, no obstante el valor personal desplegado y por bien que sus soldados le secundasen, fueron rechazados por Astor, el cual, a la cabeza de sus hombres, hacía frente sobre la brecha, en tanto que las mujeres, desde lo alto de las murallas, arrojaban sobre los asaltantes piedras y troncos de árboles. Después de una hora de lucha cuerpo a cuerpo, César tuvo que retroceder, dejando en los fosos de la plaza dos mil hombres entre los cuales se hallaba Valentín Farnesio, uno de sus más bravos *condottieri*.

Viendo César que ni con excomuniones ni asaltos conseguía cosa alguna, convirtió el sitio en bloqueo: cortó todos los caminos que conducían a Faenza; interrumpió todas las comunicaciones, y como en Ceseno se habían notado señales de rebelión, puso allí de gobernador a un hombre, cuya potente voluntad conocía, llamado Ramiro d'Orco, con derecho de vida y muerte sobre los habitantes; luego esperó tranquilo a que el hambre hiciera salir de Faenza a aquellos hombres que con tanto empeñamiento defendían sus murallas. En efecto, al cabo de un mes, durante el cual la guarnición y vecindario de la plaza sufrieron todos los horrores del hambre, presentáronse en el campamento de César unos parlamentarios para proponer la capitulación. César, a quien quedaba mucho que hacer en la Romaña, mostróse más accesible de lo que esperarse pudiera, y la plaza se rindió bajo la condición de que la persona y los bienes de sus habitantes serían respetados y que Astor Manfredi, su joven soberano, tendría la facultad de retirarse a donde tuviese por conveniente, gozando de las rentas de su patrimonio donde quiera que se trasladase.

Las condiciones fueron fielmente cumplidas en lo que respeta a los vecinos de Faenza; pero César conservó a Manfredi a su lado y ante todos pareció dispensarle la más viva amistad y le dió tratamiento de príncipe. Un día desapareció Manfredi, y el duque de Valentinois aparentó

inquietarse por aquella aparente fuga y envió batidores en todas direcciones para que lo buscaran.

Al cabo de un año de haber desaparecido la esposa de Caraccioli y de Astor fueron hallados en el Tíber, poco más arriba del castillo de Sant'Angelo, dos cadáveres, el uno, era el de una hermosa joven, con las manos atadas a la espalda, y el otro, el de un lindo mancebo que conservaba aún en el cuello la cuerda del arco con que había sido estrangulado. La joven era la desposada de Caraccioli y el mancebo no era otro que Manfredi.

Los dos habían sido, durante un año, víctimas de las múltiples pasiones de César, que al fin los había hecho arrojar al Tíber.

La toma de Faenza había valido a César Borgia el título de duque de Romaña, concedido primero por el papa en pleno consistorio y ratificado más tarde por el rey de Hungría, la República de Venecia y los reyes de Castilla y de Portugal. La noticia de esta ratificación llegó a Roma la víspera del día en que el pueblo acostumbraba a celebrar el aniversario de la fundación de la Ciudad Eterna; esta fiesta, que databa de Pomponio Leto, adquirió nuevo esplendor con los felices sucesos que acababan de acaecer a su soberano. Durante el día no cesó el cañón de hacer salvas en señal de júbilo; por la noche hubo iluminaciones y fuegos artificiales, y durante una parte de la noche el príncipe de Esquilache, al que acompañaban los principales señores de la nobleza romana, recorrió las calles de la ciudad con antorchas en la mano, gritando: «¡Viva Alejandro VII! ¡Viva el duque de Romaña! ¡Vivan los Borgia! ¡Vivan los Orsini!»

Mas la ambición de César crecía con sus victorias: tan pronto como se hubo apoderado de Faenza, excitado por los Mariscotti, antiguos enemigos de los Bentivoglio, echó su mirada sobre Boloña; pero Juan de Bentivoglio, a cuyos antepasados pertenecía esa ciudad desde tiempo inmemorial, no sólo se había preparado para oponer una prolongada resistencia, sino que se puso bajo la protección de Francia; de suerte que, apenas supo que César marchaba con su ejército hacia aquellas fronteras, envió un correo a Luis XII para reclamarle la palabra dada. Luis XII la sostuvo con su acostumbrada fidelidad, de modo que, al llegar César frente a Boloña,

recibió una invitación del rey de Francia para no emprender cosa alguna contra su aliado Bentivoglio; pero, como César era un hombre que no se molestaba en balde, impuso sus condiciones de retirada, las cuales fueron aceptadas por Bentivoglio, demasiado satisfecho de salir del paso a ese precio. Eran estas condiciones la cesión de Castel Bolognese, fortaleza situada entre Imola y Faenza, la promesa de un tributo de nueve mil ducados, y el sostenimiento, a su servicio, de cien hombres de armas y de dos mil infantes, confiando César Borgia a Bentivoglio, a cambio de estas ventajas, el secreto de que aquella visita la debía a los consejos de los Mariscotti; después, y con el refuerzo de su nuevo aliado, tomó el camino de Toscana.

Apenas hubo salido César Borgia de Bolonia, Bentivoglio hizo cerrar las puertas de la ciudad, y encargó a su hijo Hermes asesinar por su mano a Agamenón Mariscotti, jefe de la familia, mientras que él, por su parte, hacía exterminar a treinta y cuatro hermanos, hijos o sobrinos de Agamenón, y a otras doscientas personas más, entre parientes y amigos, de la misma familia. Esta carnicería fué llevada a cabo por los jóvenes más nobles de Bolonia, a los cuales Bentivoglio, para que se adhirieran a él por temor a las represalias, obligó a ser cómplices de los asesinatos.

Los proyectos de César sobre Florencia comenzaban a dejar de ser un misterio; desde el mes de enero había enviado a Pisa a Raniero de la Sassetta y a Pedro de Gamba Corti con ejércitos de unos mil doscientos hombres, y una vez conquistada la Romaña, envió también hacia la misma ciudad a Oliverotto da Fermo, con nuevos destacamentos. Su ejército, como hemos visto, había sido reforzado con cien hombres de armas y dos mil infantes, y Vitellozzo Vitelli, señor de Cittá di Castello, y los Orsini, que también le habían llevado dos o tres mil hombres, acababan de reunírsele; de modo que, y esto sin contar las tropas que había enviado a Pisa, bajo su mando tenía setecientos hombres de armas y cinco mil infantes.

No obstante este numeroso contingente, no entró en Toscana sin protestar de sus intenciones pacíficas y declarar que únicamente quería atravesar los Estados de la República para ir a Roma, ofreciendo pagar al contado cuantos víveres necesitara su ejército. Pero, cuando, una vez

pasados los desfiladeros de las montañas, llegó a Barberino, al comprender que la ciudad estaba en su poder y que nada podría impedir que llegara a sus aproches, comenzó a poner precio a la amistad que se le ofrecía, y a imponer condiciones en lugar de soportarlas. Consistían estas condiciones en que Pedro de Médicis, pariente y aliado de los Orsini, fuera restaurado en su antigua autoridad; que seis burgueses de la ciudad, los que Vitellozzo designara, fueran entregados en manos de éste para hacerles expiar con su muerte la de Pablo Vitelli, ejecutado injustamente por los florentinos; que la *Señoría* se obligase a no prestar socorro alguno al señor de Piombino, al que pensaba desposeer de sus Estados, y finalmente, que la República lo tomase a él, César, a su servicio, con un sueldo proporcionado a su mérito.

A esta altura se hallaban las negociaciones de César con Florencia cuando recibió del rey de Francia la orden de prepararse, como estaba convenido, a seguirle con su ejército a la conquista de Nápoles, que por fin estaba en condiciones de poder emprender.

César, no atreviéndose a faltar a la palabra que a tan poderoso aliado diera, le respondió que estaba a sus órdenes, y, como los florentinos ignoraban que se veía obligado a salir de Toscana, hízose comprar su retirada mediante una suma de treinta y seis ducados por año, debiendo tenerle siempre dispuestos trescientos hombres de armas para defender a la República al primer llamamiento y en todo cuanto lo necesitara.

Sin embargo, por apurado que estuviera, César confiaba en que todavía podría conquistar a su paso por allí el territorio de Piombino, y apoderarse de su capital por medio de un vigoroso golpe de mano; en consecuencia, entró por las tierras de Juan IV de Appiano, pero encontróse con que éste, por adelantado y para quitarle todo recurso, había devastado su propio país, quemando los forrajes, cortando los árboles, arrancando las viñas, y destruyendo el contado número de fuentes que daban aguas salubres. Esto no fué obstáculo, sin embargo, para que en pocos días se apoderase de Severeto, de Scarlino, de la isla de Elba y de la Pianosa; mas vióse forzado a detenerse ante el castillo, el cual opuso una seria resistencia.

Ahora bien, como el ejército de Luis XII seguía marchando hacia Roma, y el 27 de julio recibió César la orden de incorporársele, partió el día siguiente dejando en su lugar a Vitellozzo y a Juan Pablo Baglioni para que, durante su ausencia, continuaran el sitio.

Luis XII avanzaba hacia Nápoles, no con la ardorosa imprevisión con que lo hiciera Carlos VIII, sino con la prudente circunspección que le era habitual. Además de su alianza con Florencia y Roma, había firmado también un tratado secreto con Fernando *el Católico*, el cual pretendía tener los mismos derechos sobre el reino de Nápoles, por la casa de Duras, que Luis XII por la de Anjou. Los dos reyes habíanse repartido de antemano por este tratado Nápoles, Labur y los Abruzos, con el título de rey de Nápoles y de Jerusalén; Fernando se reservaba la Apulia y la Calabria, con el título de duque de esas provincias; los dos reyes debían recibir del papa la investidura en seguida y sólo dependerían de él como feudatarios.

Este reparto tenía tantas más probabilidades de llevarse a cabo, cuanto que Federico, creyendo siempre en la buena amistad y fidelidad de Fernando, debía abrirle las puertas de sus ciudades, y recibir en sus fortalezas a vencedores y dueños, en vez de aliados. Tal vez esto no era muy leal de parte de un rey que por tanto tiempo había ambicionado y acababa de recibir el sobrenombre de *Católico*; pero a Luis XII, que se aprovechaba de la traición sin tomar parte en ella, le importaba esto muy poco.

El ejército francés, al que el duque de Valentinois acababa de incorporarse, componíase de mil lanzas, cuatro mil suizos y seis mil gascones y aventureros; por otra parte, Felipe de Rabenstein conducía por mar diez y seis barcos bretones y provenzales, y tres carracas genovesas, en los que iban seis mil hombres de desembarco.

El rey de Nápoles sólo podía oponer contra un ejército tan numeroso setecientos hombres de armas, seiscientos de caballería ligera y seis mil infantes que puso bajo las órdenes de los Colonna, a los cuales había tomado a sueldo desde que el papa los arrojó de los Estados de la Iglesia; sin embargo, esperaba mucho de Gonzalo Fernández de Córdoba, que debía reunírsele en Gaeta, y al cual, en su confianza, le abría todas las fortalezas de la Calabria.

Mas la seguridad que a Federico le inspiraba su infiel aliado no fué de larga duración; al llegar a Roma, el embajador de Francia y el de España presentaron al papa el tratado que entre Luis XII y Fernando *el Católico* se firmara en Granada el 10 de noviembre de 1500 y que hasta entonces había permanecido secreto. Alejandro VI que, en su previsión de lo futuro, había roto, con la muerte de Alfonso, todos los lazos que lo ligaban a la casa de Aragón, a pesar de todo, comenzó a oponer algunas dificultades; pero entonces le demostraron que ese arreglo no se había hecho más que para dar a los príncipes cristianos nuevos medios de atacar al Imperio otomano, y ante tal consideración, como es fácil comprender, debían ceder todos los escrúpulos del papa; de modo que éste decidió reunir un consistorio, el cual, el 23 de junio, declaró a Federico depuesto del trono de Nápoles.

Federico, al enterarse a un mismo tiempo de la llegada del ejército francés a Roma, de la traición de su aliado Fernando, y de su derrocamiento pronunciado por Alejandro, comprendió perfectamente que todo estaba perdido; sin embargo, no quiso que pudiera decirse que abandonaba sus reinos sin siquiera haber intentado defenderlos. En consecuencia, encargó a Fabricio Colonna y a Ranucio de Marciano, sus dos nuevos *condottieri*, que, con trescientos hombres de armas, algunos jinetes de caballería ligera y tres mil infantes, detuvieran al ejército francés delante de Capua; y él en persona, con otra parte de su ejército, ocupó a Anversa, mientras que Próspero Colonna, con el resto, debía defender a Nápoles y hacer frente a los españoles por el lado de la Calabria.

Una vez tomadas estas disposiciones, d'Aubigny atravesó el Volturno y fué a sitiar a Capua, rodeando esta ciudad por ambos lados del río. Apenas acampados frente a las murallas, los franceses comenzaron a establecer sus baterías, que no tardaron en funcionar, con gran terror de los pobres sitiados, los cuales, forasteros en su mayoría en la ciudad, habían acudido de todas partes creyendo encontrar abrigo detrás de sus murallas. De modo que en cuanto los franceses dieron el primer asalto, bravamente rechazado por Fabricio Colonna, se extendió por la ciudad un terror tan grande y tan ciego, que todos hablaron de abrir las puertas, costándole gran trabajo a Colonna hacer

comprender a aquella multitud que, por lo menos, debían aprovechar el contraste que los asaltantes habían sufrido para obtener de ellos una buena capitulación. Como consiguió hacerlos participar de su opinión, envió parlamentarios a d'Aubigny, fijándose una conferencia para dentro de dos días, en la que se trataría de la entrega de la ciudad.

A César Borgia, sin embargo, no le convenía esto; habiéndose retrasado para conferenciar con el papa, fué a reunirse al ejército francés con una parte de sus tropas el mismo día en que la conferencia había sido fijada para dentro de cuarenta y ocho horas; y como una capitulación, fuese en la forma que fuese, le privaría de la parte de botín y de placeres que la toma por asalto de una ciudad tan rica y tan poblada como Capua le prometía, entró en tratos con uno de los jefes encargados de la defensa de una de las puertas, los cuales, por ser sordos y dorados, fueron más rápidos y más eficaces que los otros; de modo que, mientras Fabricio Colonna discutía en un baluarte avanzado, las condiciones de la capitulación con los capitanes franceses, empezáronse a oír grandes gritos de auxilio: era Borgia que, sin prevenir a nadie, había entrado en la ciudad y comenzaba a pasar a cuchillo a la guarnición, la cual, confiando en que la rendición iba a ser firmada de un momento a otro, había descuidado la vigilancia. Por su parte, los franceses, viendo media plaza rendida se precipitaron sobre las puertas con tal impetuosidad, que los sitiados ni siquiera intentaron defenderse, y las tropas penetraron en Capua por tres sitios distintos, siendo entonces imposible contener a nadie. La carnicería y el saqueo habían comenzado, y era menester que se realizara por completo la obra de destrucción; en vano Fabricio Colonna, Ranuccio de Marciano y don Hugo de Cardona, con unos cuantos hombres que habían logrado reunir, intentaron a un mismo tiempo hacer frente a los franceses y a los españoles. Fabricio Colonna y don Hugo, fueron hechos prisioneros; Ranuccio cayó en poder del duque de Valentinois; siete mil habitantes fueron exterminados en las calles, encontrándose entre ellos el traidor que había entregado la puerta; las iglesias fueron saqueadas, las casas de las religiosas asaltadas, viéndose entonces a una parte de estas santas mujeres preci-

pitarse en los pozos o lanzarse al río para escapar de los soldados. Trescientas de las más nobles mujeres de la ciudad se refugiaron en una torre; César Borgia derribó las puertas, escogió para él cuarenta, las más hermosas, y las demás las dejó a sus soldados.

El saqueo duró por espacio de tres días.

Federico, al ver que Capua había sido tomada, comprendió la inutilidad de intentar defenderse por más tiempo; encerróse en el Castel Nuovo y permitió a Gaeta y a Nápoles que trataran con el vencedor. Gaeta evitó el saqueo mediante la suma de sesenta mil ducados, y Nápoles haciendo entrega del castillo, por el mismo Federico a d'Aubigny, bajo la condición de que su dinero, sus joyas y sus muebles podía enviarlos a la isla de Ischia y quedarse allí con su familia durante seis meses al abrigo de toda hostilidad. Esta capitulación fué fielmente cumplida por ambas partes; d'Aubigny entró en Nápoles, y Federico se retiró a Ischia.

De este modo cayó, para jamás volver a levantarse, esa rama de la casa de Aragón que por espacio de sesenta y cinco años había reinado. Federico, que era el jefe de ella, pidió un salvoconducto, que le fué concedido para pasar a Francia, donde Luis XII le otorgó el ducado de Anjou y treinta mil ducados de renta, con la condición de que no tenía que salir más del reino, donde murió el 9 de septiembre de 1504. Su hijo mayor, don Fernando, duque de Calabria, retiróse a España, donde le fué permitido casarse dos veces, pero con mujer de esterilidad reconocida, y allí murió en 1550; su segundo hijo, Alfonso, que había seguido a su padre hasta Francia, murió en Grenoble, según se dice, envenenado, a los veintidós años, y, finalmente, César, su hijo tercero, murió en Ferrara antes de cumplir los diez y ocho años.

En cuanto a Carlota, la hija de Federico, casóse en Francia con Nicolás, conde de Laval, gobernador y almirante de Bretaña. De este matrimonio nació una niña, Ana de Laval, que, a su vez, se casó con Francisco de La Trémouille; por ella fueron transmitidos a la casa de La Trémouille los derechos al reino de las Dos Sicilias, derechos que ésta hizo valer más adelante.

Con la toma de Nápoles recobró el duque de Valentinis su libertad, y separándose del ejército francés, después

de haber recibido de su jefe nuevas seguridades de la amistad del rey Luis XII, volvió a Piombino, cuyo sitio se había visto forzado a interrumpir.

Durante ese tiempo, Alejandro VI visitaba las conquis-
tas de su hijo y recorría toda la Romaña en compañía de Lucrecia, que al fin se había consolado de la muerte de su esposo, y que nunca había gozado de mayor privanza con Su Santidad; de modo que, cuando regresó a Roma, sus habitaciones fueron las de su mismo padre. De esta recrudescencia de la amistad pontifical resultaron dos bulas que erigían en ducados los pueblos de Nepi y Sermoneta, uno de los cuales fué dado a un bastardo del papa, habido fuera de sus amores con la Vanozza y Julia Farnesio; el otro a don Rodrigo de Aragón, hijo de Lucrecia y don Alfonso: las tierras de los Colonna formaban las heredades de esos dos ducados.

Pero, a más de esto, Alejandro soñaba con otro engrandecimiento de su fortuna: el casamiento de Lucrecia con Alfonso de Este, hijo del duque Hércules de Ferrara, alianza que apoyó Luis XII.

Aquel mismo día, el papa, que estaba de buena suerte, supo que Piombino habíase rendido al duque de Valentinois, y que el duque de Ferrara había dado su palabra al rey de Francia.

En efecto, para Alejandro VI, éstas eran unas magníficas noticias, pero una de ellas, como importancia, no podía compararse con la otra; de modo que la del casamiento de Lucrecia con el presunto heredero de Hércules de Ferrara, fué recibida con un júbilo en que mostró su laya el noble improvisado. César Borgia fué invitado a regresar a Roma para tomar parte en la alegría de la familia, y el día en que la noticia fué publicada, el gobernador del castillo de Sant'Angelo recibió la orden de hacer salvas cada cuarto de hora, desde mediodía hasta media noche. A las dos, Lucrecia, con traje de novia, acompañada por sus hermanos César y Godofredo, salió del Vaticano, seguida de toda la nobleza romana, y fué a dar gracias a la iglesia de Santa María del Pópolo, donde reposaban los cadáveres del duque de Gandía y del cardenal Juan Borgia, por el nuevo favor que el Cielo concedía a su casa; y por la noche, acompañada de la misma cabalgata, que resultaba aún más brillante por el resplandor de las an-

torchas y la claridad de las iluminaciones, Lucrecia recorrió la ciudad entera en medio de los gritos de: «¡Viva el papa Alejandro VII! ¡Viva la duquesa de Ferrara!» lanzados por heraldos vestidos de paño de oro.

Al día siguiente se publicó que habría carreras de mujeres desde el castillo de Sant'Angelo hasta la plaza de San Pedro; que cada dos días se celebrarían corridas de toros a la española; y que a partir desde entonces, que se hallaban en el mes de octubre, hasta el primer día de Cuaresma, se permitirían las máscaras por las calles de Roma.

Estas eran las fiestas que se celebraban al aire libre. En cuanto a las que en el interior del Vaticano se celebraban, dieron pruebas, según dice el historiador Burckhardt de la corrupción de aquella corte y la pluma se resiste a describirlas.

A los pocos días de haberse celebrado aquellos extraños festejos, que recordaban las noches romanas de Tiberio, Nerón y Heliogábalo, Lucrecia, con un vestido de brocado de oro, cuya cola era llevada por una porción de jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas, salió a pie de su palacio, al son de trompetas y clarines, caminando sobre alfombras extendidas por las calles por donde, acompañada por la más alta nobleza y por las mujeres más hermosas de Roma, debía pasar, y entró en el Vaticano donde, en la Sala Paulina, se hallaban esperándola el papa, el duque de Valentinois, don Fernando, apoderado del duque don Alfonso, y el cardenal de Este, su primo. Alejandro VI sentóse a un lado de la mesa, en tanto que los enviados ferrareses estaban de pie al otro lado; entonces Lucrecia se adelantó hacia el centro y don Fernando le puso el anillo nupcial en el dedo. Hecha esta ceremonia aproximóse el cardenal de Este y presentó a la novia cuatro anillos magníficos en los cuales había piedras preciosas engastadas; después llevaron a la mesa una bandeja de marfil, ricamente incrustada, de la que el cardenal sacó gran cantidad de joyas, cadenas y collares, perlas y diamantes de un trabajo preciosísimo, rogando a Lucrecia que aceptara aquel presente, en tanto que llegaban las que su novio se proponía regalarle por su propia mano, y que serían más dignas de ella. Lucrecia lo aceptó demostrando mucha alegría, y después se retiró a un salón inmediato, apo-

yándose en el brazo de su padre, y seguida por las damas que la habían acompañado, encomendando al duque de Valentinois que hiciera a los hombres los honores del Vaticano. Por la noche volvieron a reunirse los convidados, y, mientras se quemaban en la plaza unos magníficos fuegos artificiales, estuvieron bailando hasta las doce.

Una vez celebrados los desposorios, el papa y el duque de Valentinois se cuidaron de los preparativos de la partida. Alejandro VI, en su deseo de que el viaje fuese hecho con gran aparato, puso en el séquito de su hija, además de sus dos cuñados y los gentileshombres que con ellos habían ido, al Senado de Roma y a todos los señores que su fortuna les permitía ostentar magnificencia en sus trajes y en su librea. Entre este espléndido séquito, figuraban Olivero y Ramiro Mattei, hijos de Pedro Mattei, canciller de la ciudad, y de una hija que el papa había tenido de una mujer que no era la Vanozza; además, Francisco Borgia, cardenal de Cosenza, fué nombrado en consistorio por Alejandro VI legado *a látere*, para que acompañase a su hija hasta las fronteras de los Estados Eclesiásticos.

César Borgia, por su parte, despachó correos a todos los puntos de la Romaña para que recibiesen a Lucrecia como dueña y soberana; inmediatamente se hicieron grandes preparativos a fin de cumplir las órdenes del duque.

Los mensajeros le manifestaron su temor de que en Ceseno, donde César había dejado, como se recordará, a Ramiro d'Orco de gobernador, se llegasen a oír murmullos. Pero Ramiro d'Orco había cumplido tan bien su cometido, que nada debía temerse en cuanto a rebelión, pues la sexta parte del vecindario había perecido en el cadalso. De esta situación resultaba que no se podía obtener de un pueblo enlutado las mismas demostraciones de alegría que se esperaban en Imola, Faenza y Pésaro, pero este inconveniente fué olvidado por César Borgia con una prontitud y una eficacia que nadie más que él podía tener. Una mañana, al despertarse los vecinos de Ceseno, vieron que en la plaza había sido levantado un cadalso y que sobre él se hallaba un hombre descuartizado. Entre los sangrientos despojos había un poste y clavada en él una cabeza separada del tronco.

Aquella cabeza era la de Ramiro d'Orco.

Jamás se supo qué manos habían levantado el cadal-

so, ni qué verdugos habían llevado a cabo la terrible ejecución; pero cuando la República de Florencia preguntó a Maquiavelo, su legado en Coseno, su opinión sobre esta muerte, limitóse a contestar:

«Magníficos señores:

»En lo que se refiere a la ejecución de Ramiro d'Orco, sólo puedo decir que César Borgia es el príncipe que mejor sabe hacer y deshacer hombres, según sus méritos.

NICOLÁS MAQUIAVELO.»

No se había engañado en su previsión el duque de Valentinois: la duquesa de Ferrara fué admirablemente recibida en todos los puntos por donde pasó, y particularmente en Ceseno.

En tanto que Lucrecia iba a reunirse con su tercer marido en Ferrara, el papa y César Borgia resolvieron hacer un viaje por el último país conquistado, con el objeto aparente de que César recibiera el juramento de sus nuevos vasallos, pero en realidad, su objeto era formar en la capital de Jaime Appiano, un arsenal cerca de la Toscana, a la que ni Alejandro VI ni el duque de Valentinois habían renunciado nunca seriamente. Ambos salieron, pues, del puerto de Corneto en seis galeras, acompañados de muchos cardenales y prelados, llegando aquella misma tarde a Piombino. La corte pontificia permaneció allí algunos días, tanto para que el vecindario reconociera al duque de Valentinois, como para asistir a algunas funciones religiosas, de las cuales celebróse la principal el tercer domingo de Cuaresma en una capilla en la que ofició el cardenal de Cosenza con asistencia del papa, del duque y de los cardenales que les acompañaban. Después, haciendo suceder sus acostumbrados placeres a estas graves solemnidades, Alejandro VI hizo llamar las jóvenes más hermosas de la comarca y ordenóles que bailasen delante de él sus bailes nacionales.

Estos bailes fueron seguidos de unos festines de suntuosidad jamás oída, en los que, y a la vista de todos, no obstante hallarse en Cuaresma, no tuvo escrúpulos el papa en faltar a la vigilia. Después de todo, el objeto de estas

fiestas era hacer circular gran cantidad de dinero en el país y popularizar al duque de Valentinois, haciendo olvidar al pobre Jaime de Appiano.

Desde Piombino fueron el papa y su hijo a la isla de Elba, donde no estuvieron más que el tiempo necesario para visitar las fortificaciones antiguas y disponer que se hicieran otras nuevas.

Finalmente, los ilustres viajeros se embarcaron para regresar a Roma; pero, apenas estuvieron en el mar, volviéronse contrario el tiempo, y como el papa no quiso entrar en Portoferraio se quedaron cinco días a bordo de las galeras en las que sólo había provisiones para dos. Durante los tres últimos días, el papa solamente pudo comer algunos pescados fritos, que costó gran trabajo pescarlos, a causa del mal tiempo.

Cuando, por fin, llegaron a la vista de Corneto, el duque de Valentinois, que no iba en la misma galera que su padre, viendo que su barco no podía acercarse a tierra, hízose conducir al puerto en un bote. En cuanto al papa, se vió obligado a continuar su ruta hacia Pontercole, a donde logró llegar después de haber sido sacudido por una tempestad tan violenta, que todos cuantos le acompañaban estaban como postrados, unos a causa del mareo y otros por el temor de morir. El papa fué el único que ni un solo instante manifestó temor, pues mientras duró la tempestad estuvo sobre el puente, sentado en su sillón, invocando el nombre de Jesús y haciendo la señal de la cruz. Cuando la goleta que lo conducía entró en la rada de Pontercole, desembarcó, y habiendo enviado a buscar caballos a Corneto, se reunió al duque, el cual lo esperaba en aquel pueblo. Ambos volvieron, a pequeñas jornadas, por Civitavecchia y Palo, y regresaron a Roma después de un mes de ausencia. Casi al mismo tiempo que ellos llegó el cardenal d'Albret, el cual iba en busca de su capelo. Le acompañaban dos infantes de Navarra que, no solamente fueron acogidos con los honores correspondientes a su jerarquía, sino como cuñados a los que deseaba demostrar César Borgia la importancia que a su alianza concedía.

Pero el tiempo en que el duque de Valentinois debía emprender nuevamente el curso de sus conquistas, había llegado. Así, pues, como desde el primero de mayo del año anterior había pronunciado Alejandro VI, en pleno

consistorio, una sentencia de derrocamiento contra Julio César de Varano, por lo cual, en castigo del asesinato de su hermano Rodolfo y del asilo que había concedido a los enemigos del papa, se le privaba de su feudo de Camerino, que se incorporaba a la Cámara Apostólica, César salió de Roma para ponerla en ejecución. Cuando llegó a las fronteras de Perugia, ciudad perteneciente a su lugarteniente Juan Pablo Baglioni, dió orden a Oliverotto, a Fermo, a Gravina y Orsini, para que fueran a asolar la frontera de Camerino, al mismo tiempo que rogaba a Guido Ubaldo de Montefeltro, duque de Urbino, que le prestase sus soldados y su artillería, para ayudarle en esta empresa, cosa que el infeliz duque no se atrevió a negarle, pues se hallaba en las mejores relaciones con el papa, y no tenía motivo alguno para desconfiar de César. Pero el mismo día que las tropas del duque de Urbino emprendían la marcha hacia Camerino, las de César entraban en el ducado y se apoderaban de Cagli, una de las cuatro ciudades de ese pequeño Estado. El duque de Urbino comprendió lo que le esperaba si intentaba resistirse y se fugó disfrazado de campesino; de modo que en menos de ocho días, César se encontró dueño de su ducado, menos las fortalezas de Mailo y de San Leo.

César Borgia volvióse en seguida hacia Camerino, que seguía sosteniéndose, excitado por la presencia de Julio César de Varano, su señor, y de sus dos hijos menores, Venancio y Aníbal; en cuanto a Juan María, que era el mayor, había sido enviado por su padre a Venecia.

La presencia del duque de Valentinois dió lugar a que sitiados y sitiadores entrasen en negociaciones. Se redactó una capitulación por la cual Varano se obligaba a rendir la ciudad, bajo la condición de que él y sus hijos saldrían sanos y salvos llevándose consigo sus tesoros, sus muebles y sus equipajes. Sin embargo, las intenciones de César no eran éstas; así, pues, aprovechándose del descuido que el anuncio de la capitulación había originado en la vigilancia de la guarnición, entró en la ciudad durante la noche anterior al día fijado para la rendición, apoderóse de César de Varano y de sus dos hijos, los cuales fueron estrangulados poco tiempo después, el padre en la Pergola, y los dos hijos en Pésaro por don Miguel Correglia, que no obstante

haber ascendido de esbirro a capitán, volvía de vez en cuando a su primer oficio.

Mientras tanto, Vitellozzo Vitelli, que se daba el título de general de la Iglesia, y que tenía bajo sus órdenes ochocientos hombres de armas y tres mil infantes, siguiendo las instrucciones secretas y verbales que César le había dado, proseguía el sistema de invasión que debía envolver a Florencia en un círculo de hierro y ponerla un día en la imposibilidad de defenderse. Digno discípulo de su maestro, del que había aprendido la astucia del zorro y la fuerza del león, habíase propiciado connivencias con algunos jóvenes señores de Arezzo para hacerse entregar aquella ciudad. Pero Guillermo del Pazzi, comisario de la República florentina, descubrió esta conspiración e hizo prender a dos de los conjurados, y los demás, que eran más numerosos de lo que se creía, desparramándose en seguida por la ciudad, dieron el grito de «¡A las armas!» Los republicanos, que en cualquier revolución veían el medio de sacudir el yugo de Florencia, unieronse a ellos, pusieron en libertad a los presos, apoderáronse de Guillermo, y, después de proclamar el restablecimiento de la antigua constitución, sitiaron la ciudadela en la que Como de los Pazzi, obispo de Arezzo, hijo de Guillermo, se había refugiado, el cual, viéndose cercado de todos lados, envió a toda prisa un mensajero a Florencia para pedir socorros.

Pero desgraciadamente para él, las tropas de Vitellozzo Vitelli se hallaban más cerca de los sitiadores que los soldados de la Serenísima República lo estaban de los sitiados, de modo que, en vez de socorros, lo que vio llegar fué todo el ejército enemigo. Este ejército iba a las órdenes de Vitellozzo Vitelli, Juan Pablo Baglioni y Fabio Orsini, los cuales llevaban con ellos a los dos Médicis, que acudían a cualquier parte donde hubiera una liga contra Florencia, y que se hallaban a la disposición de César para entrar nuevamente, a cualquier precio, en la ciudad que los había echado.

Al siguiente día llegó también un socorro de dinero y de artillería, enviado por Pandolfo Petrucci, de modo que, el 18 de junio, la ciudadela de Arezzo, que no había recibido ninguna noticia de Florencia, se vió obligada a rendirse.

Vitellozzo dejó que los mismos aretinos se guardaran

su ciudad; puso a Fabio Orsini en la ciudadela con mil hombres, y aprovechándose del pánico que en esa parte de Italia habían producido las conquistas sucesivas del ducado de Urbino, de Camerino y de Arezzo, marchó sobre Monte San Severino, Castiglione, Aretino, Cortone y otras ciudades del valle de Chiana, que fueron rindiéndose sucesivamente y casi sin defenderse. Llegado de este modo a poca distancia de Florencia, y no atreviéndose a emprender nada por sí mismo contra esa ciudad, Vitellozzo notificó al duque de Valentinois el lugar en que se hallaba. Este, pensando que al fin había llegado la hora de dar el golpe que desde hacía tanto tiempo demoraba, emprendió inmediatamente el camino para llevar personalmente la respuesta a su lugarteniente.

Pero los florentinos, aunque no enviaron socorros a Guillermo de los Pazzi, los habían pedido a Chaumont d'Amboise, gobernador del Milanésado por Luis XII, al que expusieron, no sólo los peligros que corrían, sino también los planes ambiciosos del duque de Valentinois, el cual, después de haber invadido primero los pequeños principados y a continuación los Estados de segundo orden, tal vez llegaría en su excesivo orgullo a atacar al mismo rey de Francia.

Como las noticias de Nápoles eran inquietantes, por haber ocurrido graves desavenencias entre el conde de Armagnac y Gonzalo Fernández de Córdoba, y como el rey de Francia podía tener necesidad de Florencia desde el primer momento, y siempre le había encontrado leal y fiel, Luis XII resolvió detener los progresos de César, y no sólo intimó a éste que no diera un paso más, sino que, y para mayor apoyo de su intimación, puso en marcha al capitán Imbaut con cuatrocientas lanzas.

César Borgia recibió en la frontera de Toscana una copia del tratado firmado entre la República florentina y el rey de Francia, por el cual éste último se obligaba a socorrer a su aliada contra cualquiera que la atacara, y, con dicha copia, la prohibición formal que Luis XII le hacía de proseguir en su marcha.

César se enteró al mismo tiempo de que, a más de las cuatrocientas lanzas del capitán Imbaut, que iban ya camino de Florencia, Luis XII, al llegar a Asti había enviado a Luis de La Trémouille inmediatamente hacia Parma

al frente de doscientos hombres de armas, tres mil suizos y un tren considerable de artillería. El duque de Valentinois vió en estos dos movimientos combinados disposiciones hostiles a él, y, dando un cambio de frente con la habilidad en él característica, aprovechóse de que sólo había dado instrucciones verbales a sus lugartenientes, y escribió a Vitellozzo una carta fulminante, en la que le reprochaba haberle comprometido por su propio interés particular, y ordenándole que devolviera en el mismo instante a los florentinos las ciudades y fortalezas que les había tomado, con la amenaza de que, si vacilaba un solo instante en obedecerle, él mismo saldría con sus tropas para tomárselas.

Después de escrita esta carta, César se dirigió hacia Milán, donde acababa de llegar Luis XII, probándole, por el hecho de la evacuación de las ciudades conquistadas, que había sido calumniado a sus ojos al mismo tiempo, llevaba la misión del papa para renovar por diez y ocho meses más al cardenal d'Amboise, que más que ministro era amigo de Luis XII, su título de legado *a látere* en Francia. Gracias a esta prueba pública de su inocencia y a este influjo oculto, no tardó César en hacer las paces con el rey de Francia.

Pero no era esto todo: como el distintivo del genio de César era salir siempre más grande por cualquiera nueva combinación de una catástrofe que hubiera debido hundirlo, el duque comprendió todo el partido que de la pretendida desobediencia de sus lugartenientes podía sacar; y como ya se había inquietado más de una vez de su poder y había codiciado sus feudos, pensó que tal vez habría llegado el momento de hacerlos desaparecer y buscar en la invasión de los dominios de ellos el medio de resarcirse de aquella Florencia que se le escapaba precisamente siempre cuando creía tenerla ya en sus manos.

Además, le enojaba ver aquellas fortalezas y ciudades con otra bandera que no fuese la suya en medio de aquella hermosa Romaña, con la que contaba formarse un reino: Cittá di Castello, estaba en poder de Vitellozzo Vitelli; Bolonia, estaba en poder de Bentivoglio; Perugia, era mandada por Juan Pablo Baglioni; Fermo, acababa de caer en poder de Oliverotto; y, finalmente, Pandolfo Petrucci, era señor de Siena: por lo que creía llegada la hora de que

todo esto entrara bajo su poder único. Los lugartenientes del duque de Valentinois, al igual que los de Alejandro, comenzaban a ser demasiado poderosos, y era preciso que Borgia los heredara, si no quería ser heredado por ellos.

El duque de Valentinois pudo alcanzar que el rey de Francia le enviase trescientas lanzas para emprender una campaña contra ellos.

Por supuesto, Vitellozzo Vitelli, tan pronto como recibió la carta de César, comprendió que éste le sacrificaba al temor que Luis XII le inspiraba; pero Vitellozzo no era una de esas víctimas que se degüelle así en expiación de una falta: era un búfalo de la Romaña de esos que oponen su cornamenta al cuchillo del sacrificador; por lo demás, reciente era el ejemplo de los Varano y de los Manfredi, y, morir por morir, prefería caer con las armas en la mano.

Vitellozzo Vitelli, convocó, pues, en Maggione a todos los que el nuevo cambio de política del duque de Valentinois ponía en peligro su existencia y sus dominios: estos eran Pablo Orsini, Juan Pablo Baglioni, Hermes Bentivoglio, en representación de su padre Juan, Antonio de Venafro, enviado de Pandolfo Petrucci, Oliverotto da Fermo y el duque de Urbino; los seis primeros estaban expuestos a perderlo todo, y el último ya nada poseía.

Los confederados firmaron una liga entre sí, por la que se comprometían a resistir contra César, ya intentase éste batirlos parcialmente, o los atacara a todos juntos.

El duque de Valentinois se enteró de esta liga por los primeros resultados que produjo: el duque de Urbino, al que sus súbditos querían entrañablemente, se había presentado con algunas tropas ante la fortaleza de San Leo, que se le rindió, y, siguiendo este ejemplo, ciudades y fortalezas, en menos de ocho días, encontróse el duque de Urbino nuevamente en poder de todo el ducado.

Al mismo tiempo, cada uno de los confederados proclamó abiertamente su rebelión contra el enemigo común y tomó una actitud hostil.

César se hallaba en Imola, donde esperaba las tropas francesas, pero casi sin soldados; tanto que, si Bentivoglio, en cuyo poder estaba una parte de la comarca, y el duque de Urbino, que había reconquistado nuevamente la otra parte, hubieran marchado contra él, probablemente

le hubieran hecho prisionero o lo habrían obligado a fugarse y salir de la Romaña; tanto más cuanto que los dos hombres con quienes contaba, don Hugo de Cardona, que se hallaba a su servicio desde la toma de Capua, y Michelotto, que no había seguido bien sus instrucciones, se encontraron repentinamente separados de él. En efecto, habíales dado orden de que se replegaran hacia Rímini, llevándole los doscientos jenetes de caballería ligera y los quinientos infantes que mandaban; pero, como ignoraban la gravedad de su situación, en el momento en que intentaban apoderarse por sorpresa de la Pérgola y de Fossombrone, fueron cercados por Gravina, Orsini y Vitellozzo; Hugo de Cardona y Michelotto se defendieron bravamente; pero, a pesar de sus esfuerzos, su escasa tropa fué hecha pedazos. Hugo de Cardona cayó prisionero y Michelotto se libró haciéndose pasar por muerto, escapándose, cuando cerró la noche, hacia Fano.

No se atrevieron a intentar ningún movimiento los confederados contra el duque de Valentinois, no obstante hallarse éste casi sin tropas en Imola, ya por el miedo que les inspiraba personalmente, ya porque en él respetasen al amigo del rey de Francia; de modo que se limitaron a apoderarse de los pueblos y fortalezas de los alrededores. Las fortalezas de Fossombrone, Urbino, Cagli y Agobbio habían caído nuevamente en poder de Vitellozzo; Fano y toda su provincia había sido reconquistada por Orsini y Gravina; y, finalmente, Juan María de Varano, el mismo que, gracias a su ausencia, se había librado de la matanza de toda su familia, se hallaba nuevamente en Camerino, llevado en triunfo por su pueblo.

Sin embargo, nada de esto logró destruir la confianza que César tenía en su fortuna, y mientras que por otro lado apresuraba la llegada de las tropas francesas, y ofrecía tomar a sueldo a todos aquellos pequeños gentileshombres a quienes llamaban «lanzas rotas», porque recorrían la comarca con sólo cinco o seis jinetes, sólo enganchándose al servicio del que los necesitara, tenía entabladas negociaciones con sus enemigos, en la seguridad de que si conseguía llevarlos a una conferencia, estaban perdidos, pues César había recibido del Cielo el don fatal de la persuasión; de modo que, por prevenido que se estuviera de su doblez, era imposible resistir, no ya su elocuencia,

sino aquel aire de franca e ingenua sencillez que tan bien sabía tomar y que era la admiración de Maquiavelo, el cual, a pesar de su sagacidad, dejóse engañar por él. Para animar a Pablo Orsini a que fuera a tratar a Imola, envió a los confederados, en calidad de rehenes, al cardenal Borgia, de modo que Pablo Orsini ya no titubeó más y se presentó en Imola el 25 de octubre de 1502.

César lo recibió como a un antiguo amigo, del que por discusiones insignificantes y de momento se ha estado separado algunos días; confesó con franqueza que toda la culpa era suya, puesto que se había enajenado la amistad de hombres que eran a la vez tan leales señores y tan bravos capitanes; pero que entre gentes de su clase debía bastar una explicación franca y leal como la que él daba, para volver las cosas al estado en que antes se encontraban.

Entonces, para demostrar que no era el miedo, sino la buena voluntad, lo que de nuevo le traía a ellos, mostró a Orsini las cartas en las que el cardenal d'Amboise le anunciaba la próxima llegada de las tropas francesas, enseñándole, además, las que tenía reunidas a su alrededor, pues deseaba que estuvieran muy convencidos de que lo que mayormente lamentaba él en todo aquello, no era el haber perdido el concurso de tan distinguidos capitanes, que eran el alma de su vasta empresa, sino el haber dado lugar a creer, ni por un momento, que había desconocido el mérito de ellos; por consiguiente, confiaba que él, Pablo Orsini, al cual siempre había querido más que a los otros, procuraría traer a los confederados a una paz que sería tan provechosa a todos como la guerra habría de ser perjudicial a cada uno, pues se hallaba dispuesto a firmar con ellos cualquier arreglo que no lesionara su honor.

Pablo Orsini era el hombre que César necesitaba; lleno de orgullo y de confianza en sí mismo, habíase convencido de aquel proverbio que dice: «Un papa no puede reinar ocho días, si los Orsini y los Colonna están al mismo tiempo en contra suya». Creyó, pues, sino en la buena fe de César, por lo menos en que necesitaba volver a ellos; en consecuencia, y salvo ratificación, firmó con él, el 18 de octubre de 1502, el acuerdo siguiente, que reproducimos tal como fué enviado por Maquiavelo a la República de Florencia;

«Acuerdo entre el duque de Valentinois y los confederados.

»Conste para las partes abajo mencionadas, y para todos cuantos el presente vieren, que Su Excelencia el duque de Romaña, de una parte, y de la otra los Orsini, en unión de sus confederados, deseando poner fin a las cuestiones, enemistades y desinteligencias existentes entre ellos, han resuelto lo siguiente:

»Entre ellos habrá verdadera y perpetua paz, así como alianza con pleno olvido de las sinrazones e injurias que hasta hoy pueden haber existido, prometiéndose recíprocamente no guardar por ellas resentimiento alguno; y de conformidad con la paz y unión expresadas, Su Excelencia el duque de Romaña recibe en sus confederaciones, ligas y alianzas perpetuas a todos los señores precitados; prometiéndolos defender los Estados de todos en general y en particular el de cada uno, contra toda potencia que quisiera inquietarlos o atacarlos, cualquiera que fuese la causa, exceptuando siempre, no obstante, a Su Santidad Alejandro VI y a Su Majestad Cristianísima Luis XII rey de Francia, prometiéndolos, por otra parte, y en igual forma, los señores antes nombrados, concurrir a la defensa de los Estados de Su Excelencia, así como a la de los ilustrísimos señores don Godofredo Borgia, príncipe de Esquilache, don Rodrigo Borgia, duque de Sermoneta y de Biseglia, y don Juan Borgia, duque de Camerino y de Nepi, los cuales son todos hermanos o sobrinos de Su Excelencia el duque de Romaña.

»Además, como la rebelión e invasión de los ducados de Urbino y de Camerino han tenido lugar durante las antedichas desinteligencias, los confederados en general, y cada uno de ellos en particular, se obligan a concurrir con todas sus fuerzas para recobrar los dichos Estados y otras plazas y pueblos rebelados e invadidos.

»Por su parte, el duque de Romaña se obliga a continuar, y en iguales condiciones, con los Orsini y los Vitelli, sus antiguos contratos de servicio militar.

»Promete, además, obligar sólo a uno, que ellos mismos se elegirán para servirle en persona; el servicio que los demás puedan hacer, será voluntario.

»Asimismo se obligaba a hacer ratificar el tratado por el papa, el cual no podrá obligar al cardenal Orsini a que resida en Roma, salvo que así convenga a dicho prelado.

»Además, como entre el papa y el señor Juan Bentivoglio existen algunas diferencias, los dichos confederados están de acuerdo en someterse al arbitraje sin apelación del cardenal Orsini, de Su Excelencia el duque de Romaña y del señor Pandolfo Petrucci.

»Asimismo, todos y cada uno de ellos, los confederados se obligan a entregar en sus manos, como rehenes, uno de sus legítimos hijos en el lugar y tiempo que le plazca indicar.

»A más de esto, los confederados, en caso de que algún proyecto tramado contra uno de ellos llegara a su conocimiento, prometen advertir al interesado y avisarse mutuamente.

»Queda, además, convenido entre el duque de Romaña y los dichos confederados, considerar como enemigo común a cualquiera que infringiere este acuerdo, y concurrir todos a la ruina de los Estados que no se mostrasen conformes con él.

»Firmado. — CÉSAR. — PABLO ORSINI. — AGAPITO, *secretario*.

Al mismo tiempo que Orsini comunicaba a sus confederados el acuerdo que entre él y el duque de Valentinois había sido convenido, Bentivoglio, no queriendo someterse al arbitraje indicado, ofrecía a César terminar sus diferencias por un tratado particular, a cuyo efecto enviábale su hijo para redactar las condiciones. Después de algunos preliminares, fueron acordadas las siguientes:

1.^a Bentivoglio se separaría de la fortuna de los Vitelli y de los Orsini;

2.^a Por espacio de ocho años, habría de proporcionar al duque de Valentinois cien hombres de armas y cien ballesteros a caballo; y,

3.^a Anualmente pagaría doce mil ducados a César, para el sostenimiento de cien lanzas.

Mediante lo cual, su hijo Aníbal se casaría con la hermana del obispo de Enna, que era a la vez sobrina de César, y el papa reconocería su soberanía sobre Bolonia.

El tratado debería ser garantizado por Luis XII, el duque de Ferrara y la República de Florencia.

Entretanto, el acuerdo que Orsini llevó a los confederados tropezaba con serias dificultades; Vitellozzo Vitelli, sobre todo, que era el que mejor conocía al duque de Valentino, no cesaba de repetir a los demás *condottieri*, que esta paz se había hecho muy rápidamente y con demasiada facilidad para que no ocultara alguna trampa; pero, como César había reunido durante este tiempo un considerable ejército en Imola y ya por fin le había llegado las cuatrocientas lanzas que le prestaba Luis XII, Vitellozzo y Oliverotto decidieron a firmar el tratado que les llevó Orsini, y a hacerlo comunicar al duque de Urbino y al señor de Camerino, los cuales, comprendiendo lo imposible que en lo sucesivo les sería defenderse solos, retiráronse el uno a Città di Castello y el otro al reino de Nápoles.

César, sin decir nada a nadie de lo que pensaba hacer, se puso en marcha el 10 de diciembre, dirigiéndose, con el ejército que había reunido, hacia Ceseno. El espanto cundió en seguida por todas partes, no sólo en Romaña, sino en toda la Italia septentrional. Florencia, que lo veía alejarse de ella, temía que el objeto de esa marcha no fuera más que para disfrazar su intención; y Venecia, que le veía aproximarse a sus fronteras, envió todas sus tropas a las orillas del Po.

César se dió cuenta de ese temor, y como eso podía perjudicar a sus proyectos inspirando desconfianza, cuando llegó a Ceseno licenció a todos los franceses que tenía a su servicio, exceptuando cien hombres de armas que estaban bajo las órdenes de su cuñado el señor de Candale, de suerte que se quedó solamente con dos mil hombres de caballería y diez mil de infantería.

Transcurrieron algunos días en negociaciones, porque César Borgia encontró en aquella plaza los enviados de los Vitelli y de los Orsini, los cuales, al frente de sus respectivos ejércitos, se encontraban en el ducado de Urbino; pero, desde las primeras discusiones sobre la marcha que debía seguirse en la continuación de la conquista, surgieron tales dificultades entre el general en jefe y estos agentes, que acabaron por comprender la imposibilidad de decidir cosa alguna por medio de intermediarios, y que era

urgente una conferencia entre el duque de Valentinois y uno de los jefes.

En consecuencia, Oliverotto da Fermo se atrevió y fué a ver a César para proponerle la marcha contra Toscana o apoderarse de Sinigaglia, que era la última plaza del ducado de Urbino que no había caído en poder de César, a lo que el duque de Valentinois contestó que no quería llevar la guerra a Toscana, por ser amigos suyos los toscanos, pero que aprobaba el proyecto de su lugarteniente respecto a Sinigaglia.

Y se dirigió hacia Fano.

En esto, la hija de Federico, el anterior duque de Urbino, que mandaba en Sinigaglia y a la que apellidaban *la Perfecta*, por haberse casado con Juan de la Rovère, al cual su tío Sixto IV nombró prefecto de Roma, juzgando que le sería imposible defenderse contra el ejército que César llevaba consigo, dejó la ciudadela en manos de un capitán, al cual recomendó que obtuviera para la ciudad las mejores condiciones posibles, y se embarcó para Venecia.

En Rímmini recibió César esta noticia por un mensajero de Vitellozzo y de los Orsini, el cual le anunció que el gobernador de la ciudadela, que se había negado a entregársela a ellos, se hallaba dispuesto a entrar en negociaciones con él; por consiguiente, le suplicaban se dirigiera a dicha ciudad para terminar el asunto. César les contestó que, en vista de su opinión, enviaba a Ceseno e Imola una parte de sus tropas, que no le hacían falta, puesto que tenía las de ellos, las cuales, unidas a la escolta que conservaba, eran más que suficientes, puesto que su único objeto era solamente llevar a cabo la completa pacificación, pacificación que resultaría imposible si sus antiguos amigos continuaban desconfiando de él, hasta el punto de discutir por medio de agentes los planes en que estaba interesada la fortuna de ellos, tanto como la suya.

El mensajero regresó con esta respuesta para los confederados, los cuales, aunque comprendiendo lo atinado de la observación de César, no por eso dejaron de vacilar si harían lo que pedía; sobre todo, mostraba tal desconfianza Vitellozzo Vitelli hacia César, que nadie podía vencerla; pero, por fin, apremiado por Oliverotto, Gravina y Orsini, consintió en esperar al duque, más bien por no

parecer a sus compañeros más temeroso de lo que ellos estaban, que por efecto de la confianza que le merecía la renovación de la amistad que les manifestaba Borgia.

El duque se enteró de esta decisión, por él tan deseada, al llegar a Fano, el 20 de diciembre de 1502. En seguida, llamó a ocho de sus más fieles amigos, entre los que se hallaban el señor de Enna, su sobrino, Michelotto y Hugo de Cardona, ordenándoles que, en cuanto llegaran a Sinigaglia y viesen a Oliverotto, Gravina, Vitellozzo y Orsini salirles al encuentro, procurasen, para hacerles los honores, colocarse a derecha e izquierda de cada uno de ellos, de modo que, a una señal convenida, pudieran prenderlos o matarlos a puñaladas; después designó a cada uno de ellos la persona a que debía dedicarse, recomendándoles que permanecieran al lado de su presa hasta que él entrara en Sinigaglia y llegase al alojamiento que se le tenía preparado; luego, enviando órdenes a los soldados de su ejército, que se hallaban acantonados en los alrededores, les comunicó que deberían concentrarse en número de ocho mil en las orillas del Metauro, pequeño río de la Umbría que desemboca en el mar Adriático y ha ilustrado la derrota de Asdrúbal.

El 31 de diciembre, César llegó al punto de cita dado a su ejército, e hizo partir en seguida delante de él doscientos hombres de caballería a los que siguió la infantería, y luego emprendió su viaje en medio de sus hombres de armas, siguiendo las orillas del Adriático y teniendo a su derecha las montañas y el mar a su izquierda, por sitios tan estrechos, que a veces el ejército sólo podía pasar de diez en fondo.

Al cabo de cuatro horas de marcha, el duque, en una revuelta del camino, vió ya a Sinigaglia, situada aproximadamente a una milla de mar y a un tiro de ballesta de las montañas; entre el ejército y la ciudad corría un pequeño río, cuyas orillas fué necesario costear algún tiempo, bajándolas; por último, frente a un arrabal de la ciudad, encontró tendido un puente, y César ordenó hacer alto a su caballería: ésta se formó en dos filas, una entre el camino y el río y la otra bordeando el campo, dejando todo el ancho del camino a la infantería, la cual desfiló, pasó el puente y fué a formarse en orden de batalla en la plaza Mayor de la ciudad.

Con objeto de dejar sitio al ejército del duque, Vitellozzo, Gravina y Oliverotto, por su parte, habían acantonado sus tropas en las aldeas o pueblos de los alrededores de Sinigaglia. Oliverotto era el único que había dejado allí unos mil infantes y como ciento cincuenta jinetes, los cuales estaban acuartelados en el arrabal por donde entraba el duque.

Así que César avanzó algunos pasos hacia la ciudad, vió en la puerta a Vitellozzo, al duque de Gravina y a Orsini que salían a su encuentro; estos dos últimos bastante alegres y confiados, pero el primero, tan triste y abatido, que hubiérase dicho que adivinaba la suerte que le estaba reservada; y sin duda había tenido algunos presentimientos de ella, porque, al separarse de sus tropas para ir a Sinigaglia, habíase despedido de ellas como si no pensara verlas ya más, y besó a sus hijos vertiendo lágrimas, debilidad que extrañó a todos por tratarse de tan bravo *condottiere*.

César Borgia se dirigió hacia ellos y les tendió la mano en señal de olvido y con aire tan leal y tan risueño que Gravina y Orsini creyeron firmemente en su amistad, y sólo Vitellozzo Vitelli continuó con su mismo aire triste.

En el mismo instante, y conforme les había sido indicado, los fieles servidores del duque se situaron a derecha e izquierda de aquellos a quienes debían vigilar, los cuales estaban allí excepto Oliverotto, al que el duque echaba de menos, buscándolo con la vista no sin cierta inquietud; pero, al cruzar por el arrabal, notó que dirigía el ejercicio de sus tropas en la plaza. En seguida le envió a don Miguel y al señor de Enna con el encargo de decirle que era imprudente hacer salir así a sus tropas, pues podían disputarse con las del duque y provocar una riña, por lo que era mejor que las acuartelase y fuese a unirse con sus compañeros que estaban al lado de César. Oliverotto, cuyo destino lo arrastraba con los otros, no opuso ninguna objeción, ordenó a sus soldados que entraran en sus alojamientos, y marchó al galope, entre el señor de Enna y Michelotto, a reunirse con César. Este, desde que lo vió, lo llamó, le tendió la mano y continuó su camino hacia el palacio que le estaba destinado, seguido por sus cuatro víctimas.

Cuando llegó al umbral, César echó pie a tierra, y después de indicar por señas al jefe de sus hombres de armas

que aguardara sus órdenes, entró el primero, seguido por Oliverotto, Gravina, Vitellozzo Vitelli y Orsini, a cuyo lado marchaban siempre sus dos acólitos; pero, apenas subieron la escalera, y entraron en la primera habitación, cerróse la puerta tras ellos, y César se volvió, diciendo: «¡Llegó la hora!»

Era la señal convenida de antemano. Inmediatamente cada uno de los antiguos confederados fué derribado al suelo, y, con el puñal en la garganta, obligado a entregar sus armas.

Al mismo tiempo, y mientras eran conducidos a un calabozo, César abrió el balcón y al asomarse gritó al jefe de sus hombres de armas: «¡En marcha!» El jefe, que ya estaba avisado, se dirigió con su tropa hacia los cuarteles donde estaban retenidos los soldados de Oliverotto, y éstos, sorprendidos de improvviso, fueron hechos prisioneros; la tropa del duque entregóse luego al saqueo de la ciudad, y él hizo llamar a Maquiavelo.

César y el enviado de Florencia estuvieron juntos cerca de dos horas, y como el mismo Maquiavelo ha hecho el relato de esta entrevista, nos limitaremos a transcribirlo:

«Me mandó llamar, dice el legado florentino, y me testimonió, con el aire más sereno, la alegría que el éxito de esta empresa le causaba, de la cual me aseguró haberme hablado el día antes, *no obstante no comprender yo nada entonces de lo que me quería decir*; se explicó en seguida en términos muy sensatos y llenos del más vivo afecto hacia nuestra ciudad, sobre los diversos motivos que le movían a desear vuestra alianza, deseo al cual esperaba que Vuestras Señorías respondiesen, terminando por inducirme a hacer tres invitaciones a Vuestras Señorías: 1.^a, Que os congratularais con él de un acontecimiento que de un solo golpe hacía que los enemigos mortales del rey, suyos y vuestros también, desaparecieran, y que destruía todos los gérmenes de perturbación y de disensiones propias para devastar a Italia; servicio que, en unión de la negativa que había dado a los presos respecto a ponerse en campaña contra vosotros, debía excitar vuestro reconocimiento hacia él. 2.^a, Rogaros que le demostréis vuestra amistad en esta circunstancia, haciendo que avance vuestra caballería hacia el Borgo y juntando allí tropas de a pie, a fin de que, y según cómo se presenten las cosas, pueda marchar

con ellas sobre Castello o sobre Perusa. 3.^a, Y es la última que os hace, desea que mandéis prender al duque de Urbino, si, al saber la detención de Vitellozzo, viniera de Castello a refugiarse en tierras vuestras. Le hice observar que no sería propio de la dignidad de la República que se lo entregaran, y que Vuestras Señorías jamás consentirían en ello, observación que fué aprobada por el duque, el cual me dijo que bastaría con que lo retuviérais y no le devolvierais la libertad sin su participación. He prometido a Su Excelencia que pondría todo esto en vuestro conocimiento, y de ello aguardo respuesta.»

Aquella misma noche, ocho hombres enmascarados bajaron al calabozo en el que se hallaban los presos, los cuales creyeron que la hora fatal para ellos había llegado. Pero los verdugos sólo tenían que ocuparse, por el momento, de Vitellozzo Vitelli y de Oliverotto. Cuando se notificó a estos dos capitanes su condena, Oliverotto reprochó a Vitellozzo Vitelli, diciéndole que era la causa de que él, Oliverotto, hubiera tomado las armas contra el duque; en cuanto a Vitellozzo Vitelli sólo dijo que rogaba al papa que le concediera indulgencia plenaria por todos sus pecados.

Los hombres enmascarados hicieron salir entonces a los dos, dejando a Orsini y Gravina esperar a su vez igual suerte, y llevando a los elegidos de la muerte a un sitio apartado, fuera de las murallas de la ciudad, los estrangularon, sepultándolos inmediatamente en dos fosas que de antemano habían sido cavadas con este objeto.

Los otros dos habían sido guardados con vida hasta saber si el papa, por su parte, había hecho prender al cardenal Orsini, al arzobispo de Florencia y al señor de Santa Croce: en cuanto se recibió la respuesta afirmativa, Gravina y Orsini, que estaban prisioneros en el castillo de la Pievre, fueron estrangulados a su vez.

El duque de Valentinois, tan pronto como se hizo la primera ejecución, salió de Sinigaglia dejando instrucciones a Michelotto y asegurando a Maquiavelo que su única idea había sido siempre la de devolver la tranquilidad a la Romaña y a la Toscana, lo cual había creído conseguir con el arresto y la muerte de los causantes de todas las perturbaciones, y que en cuanto a las otras rebeliones que pudiera haber en adelante serían de tan escasa importancia que con poco trabajo se podrían sofocar.

Apenas supo el papa que César tenía en sus manos a sus enemigos, cuando, presuroso a su vez por ganar la misma partida, hizo anunciar al cardenal Orsini, no obstante ser ya media noche, que su hijo se había apoderado de Sinigaglia, por lo que le invitaba a ir al día siguiente por la mañana para entre los dos poder hablar de esta buena noticia. El cardenal, contentísimo de este aumento de privanza, guardóse bien de faltar a la cita. En consecuencia, muy de mañana, encaminóse, montado a caballo, hacia el Vaticano, y al volver la primera calle, encontróse al gobernador de Roma, con un destacamento de caballería, el cual se felicitó por la casualidad que les llevaba por el mismo camino y le acompañó hasta el umbral del Vaticano. Apeóse el cardenal Orsini y comenzó a subir la escalera; pero apenas había llegado al primer descanso cuando ya sus mulas y sus equipajes habían sido encerrados en las caballerizas del palacio. Por su parte, al entrar en el salón del Loro, encontróse, lo mismo que todo su séquito, rodeado por hombres armados que lo condujeron a otro salón, llamado del Vicario, en el que se hallaban el abate Alvianno, el protonotario Orsini, Jaime de Santa Croce y Rinaldo Orsini, que como él estaban presos; al mismo tiempo, el gobernador recibía la orden de apoderarse de Monte-Giordano, perteneciente a los Orsini, y sacar de allí las joyas, los tapices, los muebles y la vajilla de plata que encontrara.

El gobernador cumplió fielmente el encargo que había recibido, llevando al Vaticano todo cuanto pudo secuestrar, incluso el libro de cuentas del cardenal. Al consultar ese libro el papa notó dos cosas: una, que el cardenal era acreedor de una suma de dos mil ducados sin que apareciera el nombre del deudor, y la otra, que había sido comprada por el cardenal una magnífica perla por mil quinientos escudos romanos, tres meses antes, la cual no se encontraba entre los objetos que estaban en su poder: que desde aquel momento, y hasta que no fuera reparada esa negligencia en las cuentas del cardenal, los hombres que dos veces al día le llevaban la comida de parte de la madre, no entrarían más en el castillo de Sant'Angelo. El mismo día, la madre del cardenal envió al papa los dos mil ducados, y, al día siguiente, la querida fué en persona, disfrazada de hombre, a llevar la perla reclamada. Pero

Alejandro VI, maravillado de lo hermosa que con aquel disfraz estaba, le dejó la perla, según dicen, por el mismo precio que ella había pagado la primera vez.

El papa permitió que, como antes, llevaran la comida al cardenal, y tres días después de haber sido arregladas sus cuentas, es decir, el 22 de febrero, murió envenenado.

La noche de su muerte, Godofredo Borgia, príncipe de Esquilache, púsose en camino para tomar posesión, en nombre del papa, de las tierras del difunto.

Durante esos días, el duque de Valentinois prosiguió su marcha hacia Cittá di Castello y Perusa, de cuyas ciudades se apoderó sin romper una lanza, porque los Vitelli se habían fugado de la primera, y Juan Pablo Baglioni había abandonado la segunda sin intentar siquiera defenderse. Quedaba todavía Siena, en la que Pandolfo Petrucci, el único que existía de cuantos suscribieron la liga contra César, se había encerrado.

Sin embargo, esa ciudad estaba bajo la protección de los franceses, y, además, no pertenecía a los Estados de la Iglesia, por lo que César ningún derecho tenía sobre ella. Contentóse, pues, con que Pandolfo saliera de allí y se retirara a Lucca, como así lo efectuó.

Entonces, al estar todo tranquilo de aquel lado y sometida la Romaña entera, el duque de Valentinois resolvió regresar a Roma para ayudar al papa a desembarazarse de lo que de los Orsini quedaba.

La cosa era tanto más fácil, cuanto que habiendo experimentado el rey de Francia algunos reveses en el reino de Nápoles, tenía en adelante que cuidar demasiado sus propios asuntos para poder inquietarse de los de sus aliados. De modo que, haciendo en los alrededores de la capital de la Santa Sede lo que acababa de realizar en la Romaña, el duque de Valentinois se apoderó sucesivamente de Vicovaro, Cera, Palombara, Lanzano y Cervetti; y una vez terminada esta conquista, y sin tener más que hacer, pues había sometido los Estados Pontificios desde las fronteras de Nápoles hasta las de Venecia, César se dirigió nuevamente a Roma para concertar con su padre los medios de convertir su ducado en reino.

El duque de Valentinois regresó a tiempo para repartirse con el papa la sucesión del cardenal Juan Miguel, que acababa de morir envenenado por un co-

pero que había tomado por recomendación de Alejandro VI.

El futuro rey de Italia encontró a su padre afanado en una gran especulación: había resuelto crear, con motivo de la fiesta de San Pablo, nueve cardenales.

He aquí lo que ganaba con estos nombramientos:

En primer lugar, los nuevos cardenales dejaban vacantes todos sus cargos, los cuales iban a parar a manos del papa que, a su vez, los vendía.

Cada uno de los elegidos compraba su elección más o menos cara, según su fortuna: el precio, dejado al capricho del papa, variaba de diez mil a cuarenta mil ducados.

Finalmente, como al ser cardenales perdían el derecho de testar, el papa sólo tenía que envenenarlos para ser su heredero; esto le ponía en la situación del carnicero que, cuando necesita dinero, sólo tiene que sacrificar el carnero más gordo de su rebaño.

Verificóse el nombramiento de los nuevos cardenales, resultando elegidos los siguientes: Juan Castellar Valentino, arzobispo de Trani; Francisco Remolino, embajador del rey de Aragón; Francisco Soderini, obispo de Volterra; Melchor Copis, obispo de Brissina; Nicolás Fiesque, obispo de Fréjus; Francisco de Sprate, obispo de Leome; Adriano Castelleuse, pasante de la Cámara, tesorero general y secretario de los breves; Francisco Loris, obispo de Elva, patriarca de Constantinopla y secretario de Alejandro VI; y Santiago Casanova, protonotario y camarero secreto de Su Santidad.

Pagada su simonía y vendidos los cargos que habían dejado vacantes, el papa hizo su elección respecto a los que debían desaparecer. El número se fijó en tres, uno antiguo y dos nuevos: el antiguo era su camarero secreto, Santiago Casanova, y los nuevos fueron el obispo de Brissina monseñor Melchor Copis y monseñor Adriano Castelleuse, que había tomado el nombre de Adriano de Cornetto, por la ciudad donde nació, el cual había reunido una inmensa fortuna en el desempeño de sus cargos de pasante de la Cámara, tesorero general y secretario de los breves.

Decidido esto entre César y el papa, invitaron a los elegidos a ir a cenar a una viña situada cerca del Vaticano, perteneciente al cardenal de Cornetto; desde por la mañana de ese día, que era el 2 de agosto, habían enviado sus cria-

dos y su mayordomo para que lo tuviesen todo dispuesto habiendo hecho entrega César en persona al repostero de Su Santidad de dos botellas de vino preparadas con aquel polvo blanco que se parecía al azúcar, del que tan frecuentemente había probado las propiedades mortales, recomendándole que no sirviera aquel vino sino cuando él se lo dijera, y a las personas que le indicaría. El repostero puso este vino en un aparador aparte, recomendando sobre todo a los criados que no lo tocaran, pues estaba reservado para el papa.

Al atardecer de aquel día, Alejandro VI salió a pie del Vaticano, apoyado en el brazo de César, y se encaminó hacia la viña acompañado por el cardenal Caraffa; pero, como el calor era grande y el camino algo pendiente, cuando llegaron al terreno llano, detúvose el papa un instante para tomar aliento; apenas estaba allí, cuando, al llevarse la mano al pecho, se dió cuenta de que se había olvidado en su alcoba una cadena que acostumbraba llevar al cuello y de la que colgaba un medallón de oro que encerraba una hostia consagrada. Esta costumbre provenía de la predicción que un astrólogo le hizo de que, mientras llevara una hostia consagrada, ni el hierro ni el veneno podrían hacer presa en él; al verse, pues, separado de su talismán, dijo al cardenal Caraffa, después de indicarle en qué sitio de su alcoba se hallaba la joya, que fuese inmediatamente al Vaticano y se la trajese. Luego, como la caminata le había dado sed, sin dejar de hacer señas a su enviado para que apresurara el paso, dijo a un criado que le llevase de beber; César, que su parte también tenía sed, mando, que llevaran dos vasos.

Ahora bien, por una extraña casualidad, ocurrió que el repostero acababa de volver al Vaticano para recoger unos hermosos duraznos que habían regalado aquel mismo día al papa y que se había olvidado de llevar a la viña; el criado dijo al segundo repostero que Su Santidad y monseñor el duque de Romaña tenían sed y habían pedido de beber. Entonces, el segundo repostero, al ver dos botellas de vino apartadas, y recordando haber oído decir que aquel vino estaba reservado para el papa, tomó una de las botellas, hizo que el criado llevara dos vasos en una bandeja, y él mismo les sirvió de aquel vino, que uno y otro bebieron sin sospechar que era el que

ellos mismos habían preparado para envenenar a sus convidados.

Mientras tanto, el cardenal Caraffa corría al Vaticano, y, como era familiar en palacio, tomó una luz y subió a al cámara del papa sin que nadie le acompañara.

La luz se le apagó al volver un ángulo del corredor; sin embargo, como estaba bien informado, continuó su camino pensando que no tenía necesidad de luz para encontrar el objeto que iba a buscar; pero, al abrir la puerta de la cámara, el cardenal se detuvo aterrorizado; acababa de aparecersele una horrible visión: le parecía tener ante sus ojos, en medio de la cámara, entre la puerta y el mueble que guardaba el medallón de oro, a Alejandro VI, inmóvil y lívido, dentro de un ataúd, y alumbrado por cuatro cirios. Monseñor Caraffa quedóse por un momento con los ojos fijos y los cabellos erizados, sin tener fuerzas para adelantar ni para retroceder; pero, pensando al fin que todo aquello no era sino una alucinación de sus sentidos o una aparición infernal, hizo la señal de la cruz invocando el santo nombre de Dios, y los cirios, el cadáver y el ataúd se desvanecieron inmediatamente, quedando otra vez la cámara en la más profunda obscuridad.

Entonces el cardenal Caraffa, más tarde Pablo IV, por quien ha sido relatado este suceso, entró resueltamente en la cámara, a pesar del frío sudor que inundaba su rostro, fué derecho al mueble, y habiendo encontrado en el cajón indicado la cadena de oro y el medallón, los tomó y salió precipitadamente para llevarlos al papa.

La cena estaba ya servida; los convidados habían llegado todos y Alejandro VI iba a sentarse a la mesa; desde que lo vió venir de lejos, Alejandro, que estaba sumamente pálido, dió un paso hacia él; Caraffa le presentó el medallón, pero, al ir a tomarlo, el papa se echó hacia atrás lanzando un grito al que siguieron violentas convulsiones; pocos momentos después, y al acercarse para socorrerlo, César fué invadido por la misma enfermedad; el efecto había sido más rápido que otras veces, pues César había duplicado la dosis del veneno, y el calor que ambos sentían cuando lo tomaron, aumentaba sin duda su actividad.

Los enfermos fueron llevados al Vaticano uno al lado del otro, pero allí se separaron para ir cada uno a sus habitaciones; desde ese momento no volvieron a verse más.

El papa, apenas estuvo en la cama, sufrió un violento ataque de fiebre que no cedió ni a vomitivos ni a sangrías, y que casi inmediatamente exigió la administración de los últimos sacramentos; sin embargo, su admirable constitución, que parecía haber engañado a la vejez, luchó durante ocho días contra la muerte; finalmente, después de ocho días de agonía, y sin haber nombrado una sola vez a César ni a Lucrecia, los cuales eran, sin embargo, los dos polos sobre los que habían girado todos sus afectos y todos sus crímenes, murió a los setenta y dos años, después de un reinado de once.

En cuanto a César, ya fuese que bebió menos cantidad del fatal brebaje, o que la fuerza de su juventud venciese la del veneno, o bien en fin, como algunos dijeron, que al entrar en sus habitaciones tomase un contraveneno sólo de él conocido, no perdió un instante de vista la terrible posición en que se encontraba, y, habiendo hecho llamar a su fiel Michelotto con aquellos de sus hombres con los cuales podía contar más, distribuyó la tropa en las diversas cámaras que precedían a la suya, ordenando al jefe que ni un solo momento se separase del pie de su cama y durmiera acostado sobre un cobertor y empuñando la espada.

Igual tratamiento se empleó para César que para el papa, pero, a los vomitivos y a las sangrías añadieron unos baños extraños, que el mismo César pidió, pues había oído decir que en otro tiempo y en un caso parecido, habían curado al rey Ladislao de Nápoles. Cuatro postes fueron levantados en su cámara, los cuales parecían un potro de herrar caballos y bueyes; diariamente traían allí un toro, lo tumbaban sobre el lomo y lo ataban por las cuatro patas a los cuatro postes; una vez sujeto de ese modo le hacían una incisión de pie y medio en el vientre, por donde le eran sacadas las tripas, entrando después César en aquella tina viviente a tomar un baño de sangre; muerto el toro, César salía para envolverse en cobertores muy calientes, sintiéndose luego de profusos sudores casi siempre aliviado.

Cada dos horas, César enviaba a saber cómo estaba su padre; cuando supo que había muerto, y no obstante hallarse él mismo moribundo, apeló a aquella fuerza de carácter y a aquella presencia de espíritu que le eran habi-

tuales, y ordenó a Michelotto que cerrara las puertas del Vaticano antes que se esparciese por la ciudad el rumor de que el papa había fallecido, prohibiendo la entrada en las habitaciones de Su Santidad, sin excepción alguna, hasta que se sacaran de allí los documentos y el dinero. Michelotto obedeció en seguida; buscó al cardenal Casanova, al que obligó, con el puñal en la garganta a entregarle las llaves de las cámaras y gabinetes del papa, y, guiado por el mismo cardenal, sacó de allí dos cofres llenos de oro, que podían contener unos cien mil escudos romanos en moneda, varias cajas llenas de joyas y gran cantidad de vajilla de plata y de vasos preciosos, todo lo cual fué transportado a la cámara de César; los destacamentos que lo guardaban fueron doblados, y después, abriéndose nuevamente las puertas del Vaticano, proclamóse el fallecimiento del papa.

Aunque esta muerte se esperaba, no por eso dejó de causar terrible efecto en toda la ciudad, pues, no obstante vivir aún César, su enfermedad tenía a todos en suspenso: indudablemente, si el valiente duque de Romaña, si el poderoso *condottiere* que en el espacio de cinco años había apoderado de treinta ciudades y quince fortalezas hubiera estado con la espada en la mano, montado en su caballo de batalla, las cosas no habrían estado ni por un momento vacilantes o inseguras; porque, como más tarde dijo él mismo a Maquiavelo, su genio ambicioso lo había previsto todo para el día en que el papa falleciera excepto que él podía encontrarse moribundo; pero se hallaba sepultado en su lecho, sudando su agonía envenenada; de modo que, no obstante conservar la imaginación, había perdido el poder y tenía que esperar y pasar por lo que sucediera, cuando hubiera necesitado anticiparse a los sucesos y dominarlos.

De modo que se vió obligado a regir sus actos, no según su plan, sino de acuerdo con las circunstancias. Sus enemigos más encarnizados, los que podían estrecharlo más de cerca, eran los Orsini y los Colonna; pero a los unos les había tomado la sangre, y a los otros los bienes, y dirigiéndose a los que podía devolver lo que les había tomado entabló negociaciones con los Colonna.

Mientras tanto, procedíase al entierro del papa; el vicecanciller había enviado órdenes a los altos miembros del

clero, a los superiores de los conventos y a los cofrades de los seculares para que, bajo pena de ser despojados de sus dignidades y oficios, no faltaran, y, siguiendo la costumbre, fuesen cada uno con su compañía al Vaticano para asistir a los funerales del pontífice; en virtud de esa orden, todos se presentaron, el día y hora fijados, en el palacio pontifical, de donde se debía trasladar el cuerpo a la iglesia de San Pedro, para ser enterrado allí. El cadáver encontróse solo y abandonado en la cámara mortuoria, pues todos los que llevaban el apellido Borgia, excepto César, habíanse escondido, por no saber lo que iba a ocurrir, e hicieron bien, porque algunos días después, habiendo encontrado a uno de ellos solo Fabio Orsini lo mató a puñaladas, y en señal del odio que mutuamente se habían jurado, se lavó la boca y la mano con su sangre.

Por lo demás, era tanta la agitación en Roma, que, en el momento en que el cadáver de Alejandro VI iba a entrar en la iglesia, se elevó uno de esos rumores como los que en tiempo de tormentas populares pasan de pronto por los aires, produciéndose en el mismo instante tan gran perturbación en el cortejo que los guardias se formaron en batalla, el clero se refugió en la sacristía, y los que conducían el ataúd dejáronlo caer al suelo; entonces el pueblo, rasgando el paño que lo cubría, dejó a la vista de todos el cadáver del que, quince días antes, de un extremo del mundo al otro, hacía temblar a príncipes, reyes y emperadores.

Sin embargo, por ese respeto que instintivamente se siente hacia los muertos, y que es la única religión que sobrevive a todas, hasta en el corazón de los ateos, el ataúd fué recogido y llevado al pie del altar mayor de San Pedro, en donde fué dejado expuesto a la vista del público; pero el papa se había deformado tanto y puesto tan negro, que daba horror verle: de la nariz le salía una materia sanguinolenta; tenía la boca espantosamente abierta, y la lengua, hinchada de un modo descomunal, se la llenaba por completo; a este horroroso aspecto se unía una fetidez tan grande, que no obstante ser costumbre, en los funerales de los papas, besar la mano que ha llevado el anillo del Pescador, no hubo ni siquiera uno que se presentara a dar al representante de Dios en la tierra esa última prueba de religión y de respeto.

Hacia las siete de la tarde, es decir, a la hora en que la naciente obscuridad añade tan gran tristeza al silencio de las iglesias, cuatro mozos de cuerda y dos carpinteros se encargaron de conducir el cadáver a la capilla donde debía ser sepultado, y, después de sacarlo del catafalco de lujo, lo pusieron en el ataúd que debía ser su última morada; pero sucedió que el féretro era demasiado corto, resultando que el cuerpo no cabía más que doblándole las piernas y haciéndolas entrar a grandes puñadas; entonces los carpinteros colocaron la tapa, y, mientras que uno estaba sentado encima, para obligar a doblarse a las rodillas, los otros la clavaron en medio de bromas shakespearianas, última oración fúnebre que suena en los oídos de los poderosos, siendo después colocado, según Tommaso Tommasi, a la izquierda del altar mayor, bajo una losa de bien poco valor.

Al siguiente día encontróse escrito sobre la piedra este epitafio:

VENDIT ALEXANDER CLAVES, ALTARIA, CHRISTUM:
EMEBAT ILLE PRIVUS, VENDERE JURE POTEST.

Alejandro vendió las llaves, el altar y a Cristo:
Después de todo, podía venderlos, porque antes los compró.

Por el efecto que en Roma produjo la muerte de Alejandro VI, puede juzgarse del que causó no sólo en toda Italia, sino en el resto del mundo. Europa se sintió por un momento conmovida, porque la columna que sostenía la bóveda del edificio político habíase hundido y acababa de apagarse el astro de miradas de fuego y de sangrientos destellos a cuyo alrededor desde hacía once años gravitaba todo; tanto, que el mundo, inmovilizado de repente, quedóse por un instante en las tinieblas y el silencio.

Pasado el primer momento de estupor, todo aquel que tenía una injuria que vengar, se sublevó y acudió al reparto. Sforza recuperó a Pésaro, Baglioni a Perusa, Guido Ubaldo el ducado de Urbino, y la Rovère a Sinigaglia; los Vitelli entraron nuevamente en Cittá di Castello, los Appiani en Piombino, y los Orsini en Monte-Giordano y en sus otros Estados: únicamente la Romaña permaneció fiel e inmóvil, porque el pueblo, que nada tenía que ver en las querellas de los grandes, mientras no llegasen hasta

su casa, jamás había sido tan dichoso como bajo el gobierno de César.

Respecto a los Colonna, habíanse comprometido a permanecer neutrales a cambio de haber sido repuestos en la posesión de sus castillos y ciudades de Chinizzano, Capo d'Ano, Frascati, Rocca di Papa y Nettuno, que hallaron en mejores condiciones que cuando las dejaron, pues el papa las había embellecido y fortificado.

Por lo demás, el Vaticano continuaba en poder de César, cuyas tropas, fieles a su mala fortuna, velaban alrededor del palacio, en donde él se retorció en su lecho de dolor rugiendo como un león herido. Los cardenales, por su parte, que, en vez de vigilar por los funerales del papa, en su primer terror, se habían marchado cada uno por su lado, comenzaron a reunirse unas veces en el palacio Minerva, otras en el del cardenal Caraffa. Asustados por las fuerzas con que César contaba aún, y sobre todo de que el mando de ellas se había entregado a Michelotto, reunieron todo cuanto dinero tenían para formar por su cuenta un ejército de dos mil soldados, del cual fué nombrado jefe Carlos Taneo, con el título de capitán del Sacro Colegio. Y cuando se creía que la tranquilidad estaba restablecida, súpose que Próspero Colonna llegaba del lado de Nápoles con tres mil hombres, y Fabio Orsini de Viterbo, con doscientos caballos y más de mil infantes. Su entrada en Roma sólo se llevó un día de diferencia; tan igual era el ardor que a cada uno de ellos lo llevaba a la capital.

De modo que a la sazón había en Roma cinco ejércitos frente a frente: el de César, que dominaba el Vaticano y el Borgo; el ejército del obispo Nicastro, que había recibido orden de Alejandro de guardar el castillo de Sant'Angelo, y, habiéndose encerrado allí, se negaba a entregarlo; el del Sacro Colegio, que se hallaba situado en los alrededores del palacio Minerva; el de Próspero Colonna, que estaba acampado en el Capitolio; y finalmente, el de Fabio Orsini, que se había acuartelado en la Ripetta.

Los españoles, por su parte, habían avanzado hasta Terracina, habiendo llegado los franceses hasta Nepi.

Los cardenales comprendieron que Roma estaba sobre una mina que el menor chispazo podía hacer estallar, por lo que reunieron a los embajadores del emperador de Alemania, de los reyes de Francia y de España y de la Repú-

blica de Venecia, para que elevasen la voz en nombre de sus respectivos jefes. Los embajadores, penetrados de lo urgente de la situación, comenzaron por declarar inviolable al Sacro Colegio; después, dieron orden a los Orsini, a los Colonna y al duque de Valentinois de abandonar a Roma y retirarse cada uno por su lado.

Los Orsini fueron los primeros en someterse a esta orden; el día siguiente los Colonna siguieron su ejemplo. Sólo quedaba, pues, César, el cual consentía en salir, dijo, pero antes quería imponer sus condiciones: si se le negaban, declaró que los sótanos del Vaticano estaban minados, y volaría con los que fueran a tomarlo; y como se sabía que lo que César decía era capaz de hacerlo, se trató con él.

Convínose en que el duque saldría de Roma con su ejército, su artillería y equipajes, y que, para mayor certidumbre de que no sería atacado ni molestado en las calles de Roma, el Sacro Colegio debería agregar a su tropa cuatrocientos infantes, los cuales, en caso de ser atacado o insultado, combatirían en su favor.

César prometió, por su parte, retirarse a diez millas de Roma mientras durara el cónclave, y que nada emprendería ni contra la ciudad ni contra ninguna población de los Estados Pontificios; igual promesa habían hecho Fabio Orsini y Próspero Colonna. El embajador de Venecia respondió por los Orsini, el de España por los Colonna, y el de Francia por el duque de Valentinois.

En el día y hora señalados, César hizo salir primero su artillería, formada de diez y ocho piezas, a la que acompañaban los cuatrocientos infantes del Sacro Colegio, a cada uno de los cuales regaló un ducado; detrás de la artillería iban cien carros escoltados por su vanguardia.

César Borgia salió por la puerta del Vaticano; la cama en que iba acostado estaba cubierta por un dosel escarlata y era llevada por doce de sus alabarderos; a fin de que todos pudieran verle el rostro, cuyos labios estaban de color violeta y los ojos inyectados de sangre, se apoyaba de codos sobre unos cojines; junto a él, tenía su espada desnuda, como para indicar que, débil y todo como estaba, en caso necesario sabría servirse de ella; su mejor caballo de batalla, con gualdrapas de terciopelo negro ostentando sus armas bordadas, marchaba junto a su cama, llevado

por un paje, a fin de que César pudiera montar inmediatamente en caso de ataque o de sorpresa; y a su alrededor, con las armas levantadas, marchaba su ejército, pero sin que los tambores redoblasen, ni sonaran las trompetas, lo que daba algo de profundamente lúgubre a todo aquel cortejo, el cual encontröse a la puerta de la ciudad con Próspero Colonna que, con una considerable tropa, lo esperaba.

De momento creyó César que, faltando a su palabra como él mismo con tanta frecuencia había faltado a la suya, Próspero Colonna iba a atacarle. Inmediatamente mandó hacer alto, y se aprestó a montar a caballo; pero Próspero Colonna, al ver el temor que César demostraba, se adelantó hasta su cama y le dijo que iba a ofrecérsele como escolta, pues temía para él una emboscada de Fabio Orsini, que muy decididamente había jurado vengar la muerte de su padre Pablo Orsini, o perdería en ello su honor. César dió las gracias a Colonna, pero le respondió que, desde el momento en que Orsini estaba solo, no le infundía temor. Entonces, Próspero Colonna saludó al duque y se incorporó a su tropa, la cual se dirigió hacia Albano, mientras que César se encaminaba hacia Città Castellana, que seguía siéndole fiel.

Al llegar allí encontröse César no sólo dueño de su suerte si no también árbitro de la de los demás: de los veintidós votos que tenía en el Sacro Colegio, doce le permanecían fieles, y como el cónclave componíase de treinta y siete cardenales, con sus doce votos podía hacer que la mayoría se inclinase del lado que le conviniera; a un mismo tiempo se encontró festejado por el partido francés y por el español, pues cada uno por su lado deseaba la elección de un papa de su nación. César los escuchó sin prometerles ni negarles nada, y dió sus votos a Francisco Piccolomini, cardenal de Siena, una de las hechuras de su padre, que le había conservado su amistad, el cual fué elegido papa, con el nombre de Pío III, el día 8 de octubre.

Las esperanzas no habían engañado a César: apenas elegido, Pío III le envió un salvoconducto para volver a Roma; el duque hizo su reaparición con doscientos cincuenta hombres de armas, doscientos cincuenta jinetes y ochocientos infantes, y fué a alojarse en su palacio; los soldados acamparon cerca de allí.

Mientras tanto, los Orsini, siguiendo sus proyectos de venganza contra César, procuraban enganchar, en Perugia y sus inmediaciones, toda la tropa que podían, con el fin de ir a atacarle hasta en Roma, y como creían ver que Francia, a cuyo servicio se habían puesto, guardaba ciertas consideraciones al duque por sus doce votos con los que contaba para hacer elegir en el próximo cónclave al cardenal d'Amboise, se pasaron al servicio de los españoles.

Al mismo tiempo, César hacía un nuevo convenio con Luis XII, por el cual se obligaba a apoyarle con todas sus tropas y hasta personalmente, tan pronto como pudiera montar a caballo, para sostener su conquista de Nápoles; el rey de Francia, por su parte, garantizaba la posesión de los Estados que el duque conservaba aún, y le prometía su apoyo, para recobrar los perdidos.

En cuanto ese tratado fué conocido, Gonzalo de Córdoba hizo publicar un bando por las calles de Roma, ordenando a todo súbdito del rey de España, que sirviera en un ejército extranjero, a que rompiera su enganche inmediatamente, bajo pena de ser tratado como reo de alta traición.

Esta medida restó al duque de Valentinois diez o doce de sus mejores oficiales y unos trescientos soldados.

Al ver de este modo reducidas las tropas de César, los Orsini entraron en Roma, apoyados por el embajador de España, y citaron al duque ante el Sacro Colegio, para que diera allí cuenta de sus crímenes.

Fiel a sus compromisos, el nuevo papa respondió que, en cuanto a su administración temporal, César, en su calidad de príncipe soberano, únicamente dependía de sí mismo y sólo a Dios debía dar cuenta de sus acciones.

Pero como este papa comprendía que, a pesar de su buena voluntad, tal vez no podía proteger al duque de Valentinois contra todos sus enemigos, aconsejóle que procurase incorporarse al ejército francés que seguía avanzando hacia Nápoles, pues solamente a su lado estaría seguro. César resolvió retirarse a Bracciano, en donde Juan Giordano Orsini, el único que no se había declarado contra él, le ofrecía un asilo en nombre del cardenal d'Amboise, por lo que una mañana dió orden a sus tropas de ponerse

en marcha para dicha ciudad, y colocándose en medio de ellas, salió de Roma.

Sin embargo, los Orsini, no obstante haber mantenido callado César su designio, recibieron aviso, y, habiendo hecho salir desde la víspera por la puerta de San Pancraci todas las tropas de que podían disponer, habían cortado el camino al duque de Valentinois; de modo que cuando éste llegó a la Storta encontró al ejército de los Orsini formado en batalla y esperándolo con fuerzas superiores; en una mitad por lo menos, a las suyas.

César comprendió que, estando débil todavía, el trabar combate era precipitarse a una derrota; así, pues, ordenó la retirada a sus tropas, y, como era un estratega excelente, escalonó con tanta habilidad su retirada que aunque sus enemigos lo siguieron no se atrevieron a atacarlo, y volvió a entrar en la ciudad pontificia sin haber perdido un solo hombre.

César se alojó esta vez en el mismo Vaticano, para así estar más directamente bajo la protección del papa, y distribuyó sus soldados alrededor del palacio, de modo que guardaran todas las salidas.

Los Orsini, que querían acabar de una vez con César, habían resuelto atacarle donde quiera que estuviese y sin respeto a la santidad del lugar: así lo intentaron, pero sin éxito, pues las tropas de César supieron defenderlo.

Entonces, como los Orsini no habían logrado forzar las puertas del castillo de Sant'Angelo, confiaron en que podrían apoderarse del duque con menos trabajo cuando saliese de Roma, atacándolo por la puerta Torione; pero, como ese movimiento había sido previsto por César, sus enemigos encontraron la puerta defendida con barricadas y una guardia. No por eso renunciaron a sus designios, y confiaron a un ataque abierto la venganza que pensaban obtener por medio de un ardid; de modo que, después de haber sorprendido la guardia de una de las puertas, le prendieron fuego y abierto este paso, penetraron en los jardines del castillo, en donde César los esperaba al frente de su caballería.

El peligro había devuelto al duque todas sus fuerzas; así, pues, él fué el primero que se lanzó sobre sus enemigos, llamando a Orsini a grandes voces, para concluir con él si lo encontraba; pero o no lo oyó o no quiso pelear con él.

Después de una encarnizada lucha, César, cuyas tropas eran más escasas que las de su enemigo, vió hecha pedazos su caballería, y, después de haber realizado verdaderos prodigios de fuerza y de valor, tuvo que regresar al Vaticano.

Allí encontró a Pío III agonizando: cansados de luchar contra la palabra que el anciano había dado al duque de Valentinois, los Orsini, valiéndose de Pandolfo Petrucci, habían comprado al cirujano del papa, el cual puso sobre una llaga que éste tenía en una pierna un emplasto envenenado.

Pío III se encontraba, pues, en sus últimos momentos cuando César, completamente cubierto de polvo y de sangre, entró en la cámara, perseguido por sus enemigos, los cuales se detuvieron ante los muros del palacio, defendidos todavía por los restos de la gente del duque.

El papa, que comprendía que iba a morir, recostóse sobre su cama, entregó a César la llave del corredor que conducía al castillo de Sant'Angelo, ordenando al gobernador que lo recibiera, a él y a su familia, defendiéndolo hasta el último extremo y dejándolo salir cuando él lo estimara conveniente; luego, cayó desvanecido sobre la cama.

César, llevando de la mano a sus dos hijas y, seguido por los duquesitos de Sermoneta y de Nepi, refugióse en el último asilo abierto para él.

Aquella misma noche murió Pío III; su reinado sólo fué de veintidós días.

Apenas acabado de expirar el pontífice y próximamente a las dos de la madrugada, César, que se había echado en la cama sin desnudarse, oyó abrir la puerta de su cámara; y como no sabía lo que podían buscar en su cuarto a hora semejante, incorporóse sobre un brazo buscando con el otro la empuñadura de su espada; pero pronto reconoció a su nocturno visitante; era Julián de la Rovère.

Completamente quemado por el veneno, abandonado del todo por sus soldados, caído en absoluto desde la cima de su poderío, César, que nada podía en su propio favor, tenía aún influencia para hacer nombrar un papa: Julián de la Rovère iba a comprarle los votos de sus doce cardenales.

César presentó sus condiciones, las cuales fueron aceptadas.

Así que fuera elegido, Julián ayudaría a César a recuperar sus Estados de la Romaña; César seguiría siendo general de la Iglesia, y, finalmente, Francisco María de la Rovère, prefecto de Roma, se casaría con una de las hijas de César.

Bajo estas condiciones, el duque vendió sus doce cardenales a Julián.

A petición de Julián de la Rovère, el día siguiente ordenó el Sacro Colegio a los Orsini que se alejaran de Roma mientras el cónclave estuviera reunido.

El 31 de octubre de 1503, resultó elegido papa, en el primer escrutinio, Julián de la Rovère, el cual adoptó el nombre de Julio II.

En cuanto se hubo instalado en el Vaticano, su primer cuidado fué llamar a César, al cual devolvió su alojamiento en el palacio, y, como el duque se hallaba ya en plena convalecencia, comenzaron entonces a arreglar sus asuntos, que desde hacía algún tiempo se habían empeorado bastante.

Al saberse la derrota de su ejército y su entrada en el castillo de Sant'Angelo, donde se le suponía preso, produjéronse grandes cambios en la Romaña. Ceseno habíase puesto nuevamente bajo el poder de la Iglesia, de la que en otro tiempo había dependido; Juan Sforza se hallaba otra vez en Pésaro; Forlì había caído en poder de Ordelafi; Rímini era reclamada por Malatesta; los habitantes de Imola, después de asesinar al gobernador, habíanse dividido en dos bandos: uno que quería entregar el poder a los Riario, y otro que deseaba darlo a la Iglesia. Faenza, que era la ciudad que más tiempo se había mantenido fiel, como perdía la esperanza de ver recobrar su poder a César, había llamado al hijo natural de Galeotto Manfredi, Francisco, que era el único que quedaba de aquella infeliz familia, cuyos legítimos descendientes habían sido exterminados por orden del duque.

Debe recordarse, sin embargo, que las fortalezas de esas diversas ciudades no se habían mezclado en aquellas revoluciones y continuaron inmutablemente fieles a César Borgia.

Así, pues, lo que inquietaba a César y a Julio II no

era precisamente la defección de esas ciudades, que, gracias a sus fortalezas, podían ser conquistadas, sino las miras que sobre ellas tenía Venecia.

En efecto, en la primavera de aquel mismo año, Venecia había firmado la paz con los turcos; de modo que, libre ya de su eterno enemigo, acababa de llevar sus tropas hacia la Romaña, que siempre había codiciado; sus tropas caminaban hacia Rávena última plaza de aquellos Estados, y las mandaba Jacobo Venieri, al que no le faltó mucho para apoderarse de Ceseno por sorpresa y sólo fracasó por el valor de aquel vecindario; pero este contraste fué bien pronto compensado con la rendición de las fortalezas del valle de Lamone, y de Faenza, la toma de Forlimpopoli y la entrega de Rímini, que fué cambiada por su señor Pandolfo Malatesta por el señorío de Citadella, en el Estado de Padua, y la jerarquía de gentilhombre veneciano.

Entonces César propuso a Julio II ceder momentáneamente a la Iglesia sus Estados de la Romaña, a fin de que el respeto que los venecianos tenían a la jurisdicción pontificia salvara de sus empresas a esas ciudades; pero, según Guicciardini, Julio II, en quien la ambición no había ahogado aún lo que le quedaba de probidad, negóse a recibir las plazas, por temor de exponerse a la tentación de conservarlas más adelante en su poder, contra lo que prometiera.

Pero, dado lo apremiante de las circunstancias, Julio II propuso a César que saliera de Roma, se embarcara en Ostia y fuera por mar a la Spezzia, donde debía ser recibido por Michelotto, al frente de cien hombres de armas y cien de caballería ligera, únicos restos de su magnífico ejército, y de allá ir por tierra a Ferrara, y de Ferrara a Imola, donde, una vez llegado, lanzaría su grito de guerra bien alto, para que fuese oído en toda la Romaña.

Este consejo, que se acomodaba a su modo de ser, fué aceptado por César en el mismo instante.

Sometióse esta resolución al Sacro Colegio, el cual la aprobó, y César partió para Ostia acompañado por Bartolomé de la Rovère, sobrino de Su Santidad.

César creíase al fin libre y ya se veía montado en su buen caballo de batalla, llevando nuevamente la guerra a todos aquellos sitios donde ya había combatido, cuando, al llegar a Ostia, fué alcanzado por los cardenales de So-

rento y de Volterra, los cuales, en nombre de Julio II, iban a pedirle que le entregara aquellas mismas ciudadelas que tres días antes no quiso aceptar; y es que, en el intervalo, el papa había sabido que los venecianos acababan de hacer nuevas invasiones, y reconocía que el único medio que podía detenerlos, era el que César había propuesto.

Pero entonces fué César quien se negó a ello, inquieto por aquellas tergiversaciones y temiendo ocultaran algún lazo; en consecuencia, declaró que la cesión que Julio II le pedía, era inútil, puesto que con la ayuda de Dios, antes de ocho días estaría en la Romaña. Los cardenales de Sorrento y de Volterra regresaron, pues, a Roma con una negativa.

A la mañana del día siguiente, en el momento en que César iba a embarcar, fué preso en nombre de Julio II.

De momento, creyó que todo había concluído para él; estaba acostumbrado a sus propias mañas, y sabía que la distancia entre la prisión y la tumba era muy corta; la cosa era tanto más fácil respecto a él cuanto que, indudablemente, no le hubieran faltado pretextos al papa, si hubiese querido, para formarle proceso. Mas el corazón de Julio II no era del mismo temple que el suyo, y aunque se encolerizaba fácilmente, se abría a la clemencia; de suerte que en el momento en que César regresó a Roma, en medio de sus guardianes, la irritación momentánea que la negativa había causado a Julio II, ya se había calmado, y el duque fué recibido por el papa en su palacio y con sus mismas maneras y su cortesía acostumbrada, aunque desde el mismo día observó que tenía centinela de vista. A cambio de esta buena acogida, César consintió en ceder al papa la fortaleza de Ceseno por corresponder a una ciudad que habiendo pertenecido a la Iglesia, a poder de ella volvía. Al entregar el acta correspondiente, firmada por César, a uno de sus capitanes, llamado Pedro de Oviedo, el papa le ordenó que en nombre de la Santa Sede fuera a posesionarse de aquella fortaleza. Pedro de Oviedo marchó inmediatamente a cumplir la orden recibida, y al llegar a Ceseno presentóse provisto de su acta ante don Diego Quiñones, noble aventurero español, que mandaba la fortaleza en nombre del duque de Valentinois. Pero, después de haber leído el documento que Pedro de Oviedo le presentaba, don Diego Quiñones, respondió que,

como sabía que su amo y señor estaba preso, sería infame obedecer a una orden arrancada probablemente por la violencia, y que, en cuanto al que la había llevado, merecía la muerte por haberse encargado de tan cobarde misión: en consecuencia, mandó a sus soldados que se apoderasen de Oviedo y lo arrojasen desde lo alto de las murallas al foso, orden que al punto fué ejecutada.

Aquel rasgo de fidelidad estuvo a punto de ser fatal a César. Al enterarse Julio II del modo cómo su mensajero había sido tratado, se encolerizó tanto, que, por segunda vez, César se creyó perdido; de suerte que, para recobrar la libertad; propuso él mismo nuevas condiciones a Julio II, las cuales fueron consignadas en un tratado y se validaron por una bula. Según ese tratado, César debía hacer entrega a Su Santidad, en el término de cuarenta días, de las fortalezas de Ceseno y de Bertinoro, así como franquearle las puertas en Forli: todo con la garantía de dos banqueros de Roma, los cuales habían de responder de la suma de quince mil ducados, importe de los gastos que, según el gobernador, habían sido hechos en la plaza por cuenta del duque.

Julio II obligábase, por su parte, a hacer llevar a Ostia al duque de Valentinois bajo la sola guarda del cardenal de Santa Croce, y de dos oficiales, los cuales le devolverían su libertad el mismo día en que cumpliera sus compromisos: de lo contrario, César sería conducido nuevamente a Roma y encerrado como preso en el castillo de Sant'Angelo.

En cumplimiento de este tratado, César bajó por el Tiber hasta Ostia, acompañado por el tesorero del papa y muchos de sus servidores: el mismo día, no obstante haber salido después de él, se le incorporó el cardenal de Santa Croce.

Como César Borgia temía que después de haber entregado las fortalezas, Julio II, a pesar de la palabra dada, lo guardase preso, hizo pedir a Gonzalo de Córdoba, valiéndose de los cardenales Borgia y Remolino que, no creyéndose seguros en Roma, se habían retirado a Nápoles, un salvoconducto y dos galeras para ir a reunirse con él; el salvoconducto llegó a vuelta de correo, y anunciaba que las galeras no tardarían en llegar.

Mientras tanto, habiéndose enterado el cardenal de

Santa Croce que los gobernadores de Ceseno y de Bertinoro habían entregado, por orden del duque, aquellas fortalezas a los capitanes de Su Santidad, descuidó algo su rigidez para con el preso, y, como sabía que de un día a otro le sería devuelta la libertad, comenzó a dejarlo salir sin guardia. Temeroso entonces el duque de que le ocurriera al ir a embarcar en las galeras de Gonzalo Fernández de Córdoba lo que le pasó al poner el pie en las del papa, es decir, que lo hicieran nuevamente prisionero, ocultóse en una casa de la ciudad, y, al cerrar la noche, montando en un caballejo de campesino, fué hasta Nettuno, en donde alquiló una barca, con la que fué hasta Monte Dragone y de allí pasó a Nápoles. Fué recibido por Gonzalo Fernández de Córdoba con tales muestras de júbilo; que César se engañó respecto al motivo, y esta vez se creyó en salvo al fin. Esta confianza se redobló más aún, cuando al confiar sus planes a Gonzalo y decirle que pensaba ir a Pisa y de allí pasar a la Romaña, el *Gran Capitán* le permitió enganchar en Nápoles cuantos soldados deseara, prometiéndole dos galeras para embarcarse con ellos. César, a quien estas demostraciones tenían engañado, se detuvo cerca de seis semanas en Nápoles, viendo diariamente al gobernador español y discutiendo con él sus proyectos y sus planes. Pero el entretenerle de este modo el *Gran Capitán*, sólo era con objeto de tener tiempo de avisar al rey de España que su enemigo se hallaba en su poder, de suerte que, en el momento de partir, y cuando ya había hecho embarcar sus tropas en sus dos galeras, César fué al castillo al objeto de despedirse de Gonzalo Fernández de Córdoba. Este lo recibió con su cortesía habitual, le deseó toda clase de prosperidades, y lo abrazó al separarse de él; pero, al salir, César encontróse a uno de los capitanes de Gonzalo, llamado Nuño Campejo, el cual le dijo que en nombre de Fernando *el Católico* lo hacía prisionero. Estas palabras hicieron exhalar un profundo suspiro a César, el cual maldijo su fortuna, que le había impulsado a fiarse de la palabra de un enemigo, él que tan frecuentemente había faltado a la suya.

En seguida fué conducido César al castillo, y la puerta de la prisión se cerró tras él sin que tuviera la esperanza de que alguien fuera en su ayuda, porque el único ser adicto que le quedaba, Michelotto, ha-

bía sido hecho prisionero cerca de Pisa por orden de Julio II.

En tanto que César era conducido a su prisión, un oficial fué a su casa para recoger allí el salvoconducto que Gonzalo le había dado.

Al día siguiente de ser arrestado, César fué conducido a bordo de una galera que inmediatamente se hizo a la vela con rumbo a España: durante toda la travesía sólo tuvo con él un paje para servirle, y en cuanto desembarcó lo condujeron al castillo de Medina del Campo.

Diez años más tarde, Gonzalo Fernández de Córdoba, proscrito a su vez, confesó en Loja, estando ya en su lecho de muerte, que la conciencia le remordía dos acciones por él cometidas: una el haber traicionado a Fernando, y la otra haber faltado a la palabra dada a César.

El duque de Valentinois estuvo dos años encarcelado y esperando siempre que Luis XII lo reclamara, como par del reino de Francia; pero la pérdida de la batalla de Garellano, que le quitaba el reino de Nápoles, había consternado sobremanera al rey de Francia y se hallaba bastante ocupado con sus propios asuntos para cuidarse de los de su primo. El preso comenzaba, pues, a desesperar, cuando un día encontró dentro del pan una lima, un frasquito que contenía un narcótico, y un billete de Michelotto, en el que le decía que después de salir de la cárcel había partido de Italia, siguiéndolo a España, y que se ocultaba con el conde de Benevento en una aldea inmediata; añadía que, a partir del día siguiente, él y el conde lo esperarían todas las noches en el camino que conduce desde el castillo al pueblo con tres excelentes caballos, y que él por su parte debía sacar el mejor partido posible de la lima y del narcótico.

El duque de Valentinois había sido abandonado por el mundo entero, pero un esbirro se acordaba de él.

Pesábale demasiado la prisión en la que hacía dos años que se hallaba encerrado para que César perdiera un solo instante; así, pues, ese mismo día se puso a limar un barrote de su ventana, que daba sobre un patio interior, logrando fácilmente dejarlo en tal estado, que con una sacudida final lo podría desprender. Pero, además de hallarse la ventana a unos setenta pies del suelo próximamente, solamente se podía salir del patio por un postigo reservado

para el gobernador y éste era el único que tenía la llave, de la que no separaba un solo momento, pues de día la llevaba pendiente de su cinturón y de noche la colgaba en la cabecera de su cama: en eso estribaba, pues; la principal dificultad.

Sin embargo, como César había sido tratado siempre, no obstante su calidad de preso, con todas las consideraciones debidas a su nombre y a su calidad; diariamente; a la hora de comer, iban a buscarlo a la cámara que le servía de prisión y lo llevaban a las habitaciones del gobernador, el cual le hacía los honores de la mesa como caballero noble y cortés. Debe advertirse también; en honor de la verdad, que don Manuel era viejo capitán que había servido con honor al rey Fernando, lo que hacía que, sin dejar de guardar a César con todo el rigor de las órdenes recibidas, sintiese un profundo respeto por un general tan bravo y escuchase con gran placer el relato de sus batallas. Así, pues, frecuentemente había insistido para que César no sólo fuese a comer con él sino también a almorzar; afortunadamente, el preso, quizás por un presentimiento, había rehusado este favor hasta entonces; y bueno fué su acuerdo; puesto que, gracias a su soledad; pudo recibir los instrumentos de evasión que Michelot le envió.

El mismo día que estuvieron en su poder, César dió un paso en falso y se lastimó un pie; a la hora de comer intentó bajar, pero en vista de lo que le hacía sufrir el pie lastimado, renunció a ello. El gobernador fué a verle a su cámara, y lo encontró tendido en su cama.

Como al día siguiente César no se encontraba mejor, el gobernador hizo que le sirvieran la comida y fué a verle como la víspera; pero encontrándolo muy triste y aburrido por aquella soledad, ofrecióle ir a compartir su cena con él. César aceptó, muy agradecido.

Esta vez fué el preso quién hizo los honores a su huésped, por lo que desplegó una encantadora cortesía; el gobernador quiso aprovechar este abandono para dirigirle algunas preguntas acerca del modo cómo lo habían hecho prisionero y le preguntó, como castellano viejo para quien el honor era algo todavía, la verdad sobre la falta de buena fe de Gonzalo y de Fernando para con él. César mostróse sumamente dispuesto a complacerle, pero, por señas, le

indicó que los criados estaban de más. Esta precaución pareció tan natural al gobernador, que no vió en ella nada sospechoso y se apresuró a despedir a todos para que le dejaran solo con su convidado. Cuando hubieron cerrado la puerta, César llenó su vaso y el del gobernador y propuso un brindis por el rey, a lo que el gobernador accedió. César empezó inmediatamente su relato; pero, no estaba aún en el primer tercio, cuando, a pesar de lo interesante que era, el sueño se apoderó de su huésped como por encanto, y don Manuel se dejó caer sobre la mesa profundamente dormido.

Transcurrida media hora, como los sirvientes no oían ruido alguno, entraron, encontrándose a los dos convidados: el uno sobre la mesa y el otro debajo de ella; pero como éste no era un acontecimiento bastante extraordinario para que le concedieran gran atención, contentáronse con llevar a don Manuel a su cuarto y poner a César en su cama; después, dejando para el día siguiente el quitar la mesa, cerraron la puerta con el mayor cuidado y dejaron solo al preso.

César permaneció inmóvil por un momento y como sumido en el más profundo sueño; pero, en cuanto se extinguió el rumor de los pasos que se alejaban, levantó despacio la cabeza, abrió los ojos, se escurrió de la cama, dirigióse hacia la puerta, lentamente, es verdad, pero sin resentirse, al parecer, lo más mínimo de su accidente de la víspera, permaneció algunos momentos con el oído apoyado en la cerradura, y, después, irguiendo la cabeza con indefinible expresión de fiereza, se secó la frente con la mano, y, por primera vez, desde que habían salido los guardias, respiró libremente y a plenos pulmones.

No podía perderse un momento; su primer cuidado fué cerrar la puerta por dentro tan sólidamente como por fuera lo estaba, apagar la luz, abrir la ventana y terminar de cortar el barrote con la lima.

Cuando hubo terminado esta operación, sacóse las vendas que sujetaban su pierna, y con ellas y las cortinas de la ventana y de la cama, a las que añadió las sábanas, el mantel y las servilletas, pudo formar una cuerda de unos sesenta pies de largo, después de hacer nudos de trecho en trecho. Ató fuertemente uno de sus extremos al barrote inmediato al que acababa de cortar, y después, encara-

mándose a la ventana, comenzó a poner en ejecución la parte verdaderamente peligrosa de su empresa, dejándose deslizar por la débil cuerda. Felizmente, César era tan fuerte como diestro, de modo que recorrió todo el largo de la cuerda sin ningún contratiempo; pero, cuando llegó a la extremidad, en vano buscó el suelo: la cuerda había resultado corta y se hallaba colgado.

La situación era sumamente terrible, porque la obscuridad de la noche impedía ver al fugitivo a qué distancia podía estar todavía del suelo, y el cansancio era un impedimento para que ni siquiera intentase subir nuevamente. César rezó una corta oración: sólo él habría podido decir si a Dios o a Satanás; después desprendiéndose de la cuerda, cayó desde una altura de doce o quince pies.

El peligro era demasiado grande para que el fugitivo se inquietara por algunas ligeras contusiones que al caer se había causado; inmediatamente se levantó, y, orientándose por la dirección de su ventana, encaminóse derechamente al postigo de salida; llegado allí, metió la mano en el bolsillo de su jubón; un sudor frío inundó su frente: fuera que le hubiese quedado olvidada en su cámara o que la hubiera perdido en su caída, no tenía la llave.

Pero, revisando en su memoria, desechó por completo la primera idea fijándose en la segunda, que era la más probable; cruzó, pues, de nuevo, el patio y trató de reconocer el sitio donde se le podía haber caído, guiándose por el borde de una cisterna en el que se había apoyado para levantarse; pero como el objeto perdido era tan pequeño y la noche tan oscura; existían muy pocas probabilidades de que fuese hallado; sin embargo, César se dedicó a ello con toda su alma, puesto que aquella llave constituía su último recurso, cuando, de pronto, se abrió una puerta y apareció una ronda nocturna, precedida de dos soldados con antorchas. Al pronto, César creyóse perdido; pero, acordándose de la cisterna que estaba detrás de él, se metió allí, y, dejando solamente la cabeza fuera del agua, siguió con ansiedad los movimientos de los soldados. Estos avanzaron hacia el sitio donde estaba, pasaron a poca distancia de él, cruzaron el patio y desaparecieron por una puerta situada frente al postigo de salida. César, desde su escondite, y a la luz de las antorchas que llevaban los sol-

daos de la ronda, vió brillar en el suelo la tan buscada llave, y, apenas cerrada la puerta por donde salieron los soldados, ya era dueño de su libertad.

Conforme le dijera Michelotto, en el camino encontró dos jinetes que guardaban un caballo sin montura, sobre el que saltó él, estrechando igualmente la mano al conde y al esbirro (pues éstos eran los jinetes que le esperaban), y en seguida los tres se lanzaron hacia la frontera de Navarra, a donde llegaron tres días después, y donde fué admirablemente recibido por el rey Juan d'Albret, hermano de su mujer.

Desde Navarra, César pensaba pasar a Francia, y desde allí, apoyado por Luis XII, emprender una tentativa en Italia; pero, durante su detención en Medina del Campo, Luis XII había pactado la paz con España, de modo que, cuando se enteró que César se había fugado, lejos de apoyarle, como éste tenía algún derecho a esperar, pues era su pariente por la mujer, le quitó el ducado de Valentinois y lo despojó de su pensión. Pero César tenía aún cerca de doscientos mil ducados en poder de unos banqueros en Génova, y les escribió pidiéndoles esta suma, con la que contaba para levantar algunas tropas en España y en Navarra, e intentar nuevamente la conquista de Pisa: quinientos hombres, doscientos mil ducados, su nombre y su espada, era más que suficiente para que no perdiese la esperanza.

Pero los banqueros negaron el depósito y César se encontró a merced de su cuñado.

El príncipe Alarino, vasallo del rey de Navarra, acababa de rebelarse: César se puso al frente del ejército que Juan d'Albret envió contra él, seguido de Michelotto, que tan fiel se le había mostrado en la buena fortuna, como en la adversa. Gracias a la valentía de César y a sus acertadas disposiciones, el príncipe Alarino resultó derrotado en el primer encuentro; pero, a los tres días, y habiendo logrado el príncipe rehacer sus tropas, presentó combate hacia las tres de la tarde: César lo aceptó.

Los dos ejércitos se batieron encarnizadamente durante cerca de cuatro horas; pero, al fin, como la noche iba echándose encima, César quiso decidir la batalla cargando él mismo, al frente de un centenar de hombres de armas, sobre un cuerpo de caballería que formaba el

grueso de la tropa adversaria; mas, con grande asombro suyo, aquella caballería cedió al primer encuentro y emprendió la fuga, dirigiéndose a un bosquecillo donde parecía buscar un refugio; pero, llegados allí, los perseguidos se detuvieron y le hicieron frente; trescientos o cuatrocientos arqueros se lanzaron fuera del bosque y fueron en su ayuda; las tropas de César, al ver que habían caído en una emboscada, huyeron precipitadamente abandonando a su jefe.

Al verse abandonado, César no quiso retroceder un solo paso; tal vez se había cansado de la vida, y su heroísmo lo inspiraba más ese cansancio que el valor: sea lo que fuere, lo cierto es que se defendió fieramente; pero su caballo, acribillado de flechas y dardos de ballesta, acabó por caer cogiéndole debajo una pierna. Inmediatamente sus adversarios se echaron encima de él y uno de ellos, plantándole una pica de hierro fino y agudo en el falso de la coraza, le atravesó el pecho: César murió blasfemando contra el Cielo.

Sin embargo, Michelotto, que por su parte se batió con verdadero valor, logró derrotar el resto de las tropas de Alarino; mas, al volver por la noche al campamento, supo por los huídos que César había sido abandonado y que aun no había vuelto. Entonces, demasiado seguro, pues conocía los bríos de su señor, de que le había ocurrido alguna desgracia, quiso darle la última prueba de su abnegación, yendo a recoger su cuerpo; para librarle de los lobos y de las aves de rapiña. Mandó que encendieran antorchas, pues ya era completamente de noche, y habiéndose prestado a acompañarle diez o doce de los que habían perseguido a la caballería hasta el bosquecillo, se puso en busca de su amo. Al llegar al sitio indicado, vió cinco hombres tendidos uno al lado del otro, de los cuales cuatro estaban vestidos y el otro completamente desnudo. Michelotto echó pie a tierra, levantó al cadáver la cabeza, apoyándola en su rodilla, y, al resplandor de las antorchas, reconoció a César.

Este fué el fin, el 10 de marzo de 1507, en un ignorado campo de batalla, cerca de un pueblo llamado Viana, y de resultas de una mala escaramuza con el vasallo rebelde de un reyezuelo, de aquel que Maquiavelo presentó a los príncipes como modelo de habilidad, de política y de valentía.

En cuanto a su hermana Lucrecia, la hermosa duquesa de Ferrara, murió cargada de años y de honores, siendo muy adorada por sus súbditos como reina y cantada y alabada por Bembo y por Ariosto como una diosa.

*

* *

Una vez, según refiere Boccaccio, había en París un comerciante, muy buen hombre y honrado, que se llamaba Juan de Civigny, el cual tenía grandes negocios en paños y que, por relaciones comerciales y de vecindad, había trabado amistad con uno de sus colegas inmensamente rico, llamado Abraham, el cual, aunque judío, gozaba de buena reputación.

Como Juan de Civigny había apreciado las cualidades del digno israelita, llegó a temer que, a pesar de su probidad, las falsas creencias que tenía le llevasen derechamente a la perdición eterna; así, pues, comenzó a rogarle suave y amistosamente, que renunciara al error en que estaba y abriera los ojos a la fe cristiana, la cual, como por sí mismo podía juzgar, iba en aumento todos los días por ser la única verdadera y buena; en cambio era tan notable la disminución de la suya, que no tardaría en desaparecer enteramente del mundo. El judío, por su parte, decía que, fuera de la religión judaica, no había salvación posible; que había nacido perteneciendo a ella y perteneciendo a ella quería vivir y morir, pues creía que no había en el mundo cosa alguna que pudiese hacerle mudar de opinión. Sin embargo, en su fervor catequista, Juan no se daba por vencido, y diariamente, valiéndose de esa verbosidad con que el comerciante procura seducir al comprador, le demostraba la superioridad de la religión cristiana, sobre la religión judaica; y aunque Abraham era gran maestro en la ley de Moisés, ya fuese por la amistad que tenía a Juan de Civigny, o porque el Espíritu Santo hubiese bajado a la lengua del nuevo apóstol, el israelita empezó por fin a apreciar las predicaciones del digno mercader, no obstante lo cual, seguía obstinado en su creencia, y decididamente no quería cambiar de religión: mientras más persistía en su error, más era el empeño que Juan tenía en su conversión; tanto, que, como lograra con la ayuda de Dios

quebrantar su empeñamiento a fuerza de instancias, Abraham le dijo un día:

—Escucha, Juan, puesto que tanto deseas mi conversión, dispuesto estoy a complacerte; pero, antes, quiero ir a Roma para ver al que tú llamas el Vicario de Dios sobre la tierra y estudiar sus costumbres y su vida, así como también la de los cardenales; y si, como no dudo de ello, están en armonía con la moral que tú me predicas, confesaré lo que tanto te has empeñado en querer demostrarme: que tu fe es mejor que la mía, y haré lo que deseas; pero, si, por el contrario, no es así, seguiré siendo judío, como hasta aquí, pues a mis años, me parece una tontería cambiar mis creencias por otras peores.

Estas palabras dejaron a Juan profundamente desolado.

—He aquí—decíase tristemente a sí mismo—que he perdido el tiempo y el trabajo que tan bien creía haber empleado cuando esperaba haber convertido a este infeliz Abraham; porque, si como me ha dicho va a Roma, y ve allí la vida infame que hacen las gentes de iglesia, en lugar de convertirse al cristianismo, siendo judío como es, más bien se haría judío si fuera cristiano.—Entonces, volviéndose a Abraham, le dijo:—¡Pero, amigo mío! ¿Y vas a afrontar tantas fatigas y gastar tanto dinero queriendo ir a Roma? Sin contar que, por tierra o por mar, el camino, para un hombre de su posición, está erizado de peligros. ¿Crees, quizás, que no habrá aquí alguien que pueda bautizarte? Y si es que mantienes alguna duda respecto a la fe que te he demostrado, ¿dónde mejor que aquí encontrarás teólogos que puedan desvanecerlas? Por eso, tal viaje me parece completamente superfluo: porque los prelados de allá son como los que aquí has visto; aún mejores, puesto que están más cerca del pastor supremo. Así, pues, si quieres seguir mi consejo, aplaza esas fatigas para el momento en que, habiendo cometido alguna falta grave, quieras conseguir la absolución; y entonces iremos los dos juntos.

Pero el judío respondió:

—Mi querido Juan, yo no dudo de lo que tú me dices; pero ya sabes lo testarudo que soy, y si he de hacerme cristiano, tengo que ir primero a Roma.

Entonces Juan, al ver su decisión, juzgó que era inútil combatirla por más tiempo, y le deseó un buen viaje; pero, en su interior, perdió ciertamente toda esperanza, pues estaba convencido de que si la corte de Roma era todavía tal como él la había visto por sí mismo, su amigo regresaría de su peregrinación más judío que nunca.

Abraham montó a caballo y se dirigió a Roma lo más de prisa que pudo; cuando por fin llegó fué maravillosamente recibido por sus correligionarios; allí, habiéndose detenido bastante tiempo, comenzó a estudiar cómo eran el papa, los cardenales, los demás prelados y toda la corte. Pero tanto por lo que vió como por lo que le refirieron, encontró, con gran asombro por su parte, que, empezando por el papa y terminando por el último sacristán de San Pedro, todos cometían de la manera más descarada del mundo el pecado de la lujuria, y eso sin ningún remordimiento, ni vergüenza alguna, de suerte que las jóvenes hermosas y los jóvenes lindos tenían poder para alcanzar todas las gracias y todos los favores. Y, además de esa lujuria, a la que se entregaban sin ningún recato, vió que eran tragones y bebedores, hasta el punto de ser más esclavos de su vientre que los animales más glotonos. Y cuando miró más hacia adelante, descubrió que de tal modo dominaba en ellos la codicia del dinero, que la sangre humana y las cosas divinas se compraban y vendían con menos conciencia que la que se emplea en vender y comprar los paños y otras mercancías. Habiendo, pues, visto esto y otras cosas aun más vergonzosas que no conviene relatarlas aquí, le pareció a Abraham que era hombre casto, sobrio y recto, y creyó haber visto bastante; así, pues, resolvió regresar a París, lo cual hizo con la prontitud que seguía de ordinario a todas sus resoluciones.

Fué recibido por Juan de Civigny con demostraciones de gran alegría, no obstante haber perdido todas las esperanzas de volver a verlo convertido; de modo que antes de hablar de nada dióle tiempo para que se repusiera, pensando que siempre tendría lugar de saber la mala noticia que esperaba.

Sin embargo, pasados algunos días, como el mismo Abraham fué a hacerle una visita, Juan se aventuró a

preguntarle cuál era su opinión acerca del padre santo y de la demás gente de la corte pontificia.

Entonces Abraham le dijo:

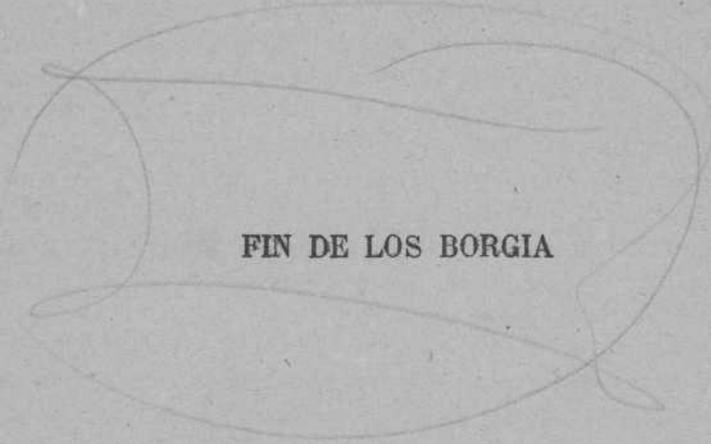
—¡Que Dios los confunda a todos, tantos, cuantos son, pues a pesar de haber abierto los ojos todo cuanto he podido, me ha sido imposible descubrir en ellos ninguna santidad, ninguna devoción, ninguna obra buena, sino, por el contrario, lujuria, avaricia, glotonería, fraude, envidia, orgullo, y no digo cosas peores, porque dificulto que las haya; en fin, que me ha parecido que todo aquello se mueve más por impulso diabólico que por un movimiento divino. Ahora bien, como, según lo que he visto, estoy convencido de que vuestro papa, y por consiguiente los demás con él, ponen todo su genio, todo su arte, toda su solitud, en hacer desaparecer de la tierra la religión cristiana, de la que debieran ser la base y el sostén, y como, no obstante el trabajo y el cuidado que se toman para llegar a ese fin, veo que vuestra religión va en aumento de día en día y adquiere más brillo y más pureza, me queda, pues, demostrado, que el mismo Espíritu Santo la protege y la defiende como la única verdadera y como la más santa: por esa razón, así como antes de ir a Roma me mostraba tan sordo a tus consejos y a tus deseos, en cambio ahora, al volver de esa Sodoma, tengo la inquebrantable resolución de hacerme cristiano. Vamos, pues, cuanto antes a la iglesia, mi querido Juan, porque estoy completamente dispuesto a hacerme bautizar.

Y ahora huelga decir si Juan de Civigny, que esperaba una negativa, se consideró dichoso con este consentimiento; de modo que, sin perder momento, encaminóse con su ahijado hacia la catedral de Notre-Dame, donde rogó al primer cura que encontró, que administrara el bautismo a su cofrade, cosa que aquél se apresuró a hacer. El nuevo convertido, al ser bautizado, cambió su nombre judío de Abraham por el nombre cristiano de Juan, y como el neófito había adquirido de resultas de su peregrinación a Roma, una fe profunda, las buenas cualidades que ya tenía, aumentáronse de tal manera con la práctica de nuestra santa religión, que, después de una vida ejemplar, murió en olor de santidad.

De tal modo responde este cuento de Boccaccio al re-

proche de irreligión que los que se equivocasen respecto a nuestras intenciones podrían dirigirnos, que, en nuestra idea de no dar otra respuesta, no hemos titubeado en referirlo a nuestros lectores.

Por lo demás debemos tener presente que si el papado, por su vergüenza, tuvo su Inocencio VIII y su Alejandro VI, en cambio tuvo su Pío VII y su Gregorio XVI que son su honor.



FIN DE LOS BORGIA

UNA NOCHE EN FLORENCIA

DOS PALABRAS SOBRE ITALIA

Para muchos será asombrosa la paradoja que vamos a sentar: El ser esclavos no es culpa de los pueblos; la libertad o la esclavitud dependen de las diferentes condiciones topográficas en las cuales han nacido.

¿Por qué los indios, los egipcios, y los rusos, no son libres? ¿Por qué las dos Américas han permanecido durante tanto tiempo bajo la esclavitud? ¿Por qué el África es aún mercado de negros?

Estúdiense la configuración de sus territorios.

La libertad es el espíritu de Dios, y el Génesis dice que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

Donde hay grandes espacios de tierra sin aguas que atravesar, allí está la esclavitud.

En la India, que se extiende desde Calcuta al golfo Pérsico, está la esclavitud; en el Egipto, cuyo territorio abarca desde las montañas de la Luna hasta el Mediterráneo, está la esclavitud; en Rusia, que ocupa desde el Caspio al Báltico, está la esclavitud; en las dos Américas, y más en la del Sur, duró por espacio de larguísimos años, y es imposible prever cuándo acabará en África.

Consúltese el planisferio terrestre y júzguese.

Por el contrario, véase nuestra pequeña Europa y compáresela con la compacta Asia, con la infranqueable África, con la doble América que divide el globo en dos mitades, que empieza a dar al mundo el ejemplo de la li-

bertad, que funda sus repúblicas. Véase la imperceptible e maravilla que llamamos Grecia: sigamos sus contornos por los tres mares que bañan sus cabos, sus istmos y sus promontorios, y fijémonos en la infinidad de curvas y de ángulos de tal modo marcados; no parece sino que se mueve, que fulgura en el mapa, y que sus islas son otras tantas Delos prontas a arrancarse del fondo del mar y ondear en la superficie impulsadas por el viento de las ciencias y de las artes.

Por eso, vedla cómo se arma contra la inmóvil Asia atacándola en la expedición de los Argonautas; vencíendola en Troya; repeliéndola en Salamina; siendo invadida por Alejandro; luchando contra la sensualidad de Oriente; oponiendo una valla a la poligamia; haciendo de la mujer la compañera del hombre, dándola un alma que Vichnu, Djerid y Zoroastro le niegan.

Esto es lo que ha hecho Grecia, la tierra de mil recortes, hermosa entre las hermosas, divina aún y no obstante humana ya, flor de libertad abierta sobre las aguas, tierra de todas las perfecciones que ninguna otra ha logrado igualar, y que todas han tenido que imitar cuando han querido acercarse a lo bello.

Después de Grecia, viene Italia, una península; está bañada también por tres mares, el Tirreno, el Mediterráneo y el Adriático; también expulsa pronto a sus reyes, se erige en república y sólo consiente a sus emperadores cuando toca a su decadencia moral, si no material.

Italia, observándola desde el punto de vista social, hizo más que Grecia. Grecia limitábase a colonizar; Roma, no sólo coloniza, sino que adopta; aspira los pueblos, se atrae las naciones, absorbe al mundo; todo se funda en ella, la civilización oriental y la barbarie del Occidente; abre un panteón a todos los dioses del mundo; y después, de un solo golpe, lo derriba con sus estatuas y sus altares para ir a arrodillarse en el Calvario, al pie del árbol redentor labrado en forma de cruz, a cuya sombra nacen una tras otra las repúblicas.

¿Y dónde empiezan a nacer?

En las costas.

Ya cuando reinaba Salomón se había notado que los marinos eran los hombres más independientes; y es que el mar, al igual que el desierto, es refugio contra la tiranía,

El que constantemente se halla entre la inmensidad del mar y lo infinito del cielo, se resiste a admitir otro señor que Dios.

Así Venecia, que no es una tierra, sino una reunión de islas, marcha al frente llevando en la mano la enseña de la libertad. Su pueblo está formado por algunas pobres familias de Aquilea y de Pádua que huyen de Atila, es decir, de un bárbaro de la compacta Asia. Al principio cada isla se administraba por sí misma y como mejor le parecía, hasta que en 697 se reunieron todas y eligieron un jefe común. Venecia reconoce aún la supremacía del imperio de Oriente, pero en los comienzos del siglo décimo, rompió sus límites y sometió las ciudades marítimas de la Istria y de la Dalmacia,

Después de la perla del Adriático, viene Pisa; desde 888 se gobernó por sí misma, erigióse en república, convirtiéndose en una de las primeras potencias comerciales de Italia; arrebató a los árabes parte de Cerdeña y otra a los genoveses; recibió del papa y en feudo la Córcega, sometió a Palermo, las Baleares y la isla de Elba; hízose dar barrios privilegiados en Constantinopla, Tiro, Laodicea, Trípoli y Tolemaida, y para que Pisa decayera, para que se derrumbase, fué preciso que, falseando su origen, abrazase la causa imperial y se hiciera gibelina, y aun para ahogar a la poderosa apóstata, fué menester que contra ella se coligasen cuatro ciudaddes güelfas: Pistoia, Luca, Sena y Florencia.

Gévoa, por su parte, separada de la Lombardía por sus áridas montañas, orgullosa de poseer uno de los mejores puertos de Europa, ya poblado de naves en el siglo décimo, aislada por su situación del asiento del imperio, entregóse al comercio y a la marina con aquel osado ardor que cuatro siglos más tarde debía hacer descubrir un mundo a uno de sus hijos. Saqueada por los sarracenos en 936, no tardó un siglo en ligarse para atacarlos en la Cerdeña y hacerles pagar el desafuero que cometieran en la Liguria; y de tal modo, que Caffaro, autor de la primera Crónica, comenzada en 1101 y terminada en 1164, nos dice que ya en aquella época tenía Génova magistrados supremos, los cuales ostentaban el título de cónsules y presidían alternativamente en número de cuatro o seis, durando sus cargos tres o cuatro años.

Esto en cuanto a las costas.

Por lo que a las ciudades del centro de Italia se refiere, éstas habían quedado rezagadas: el espíritu de libertad que soplara en las costas pasó por Florencia, Milán, Perusa y Areso; pero estas ciudades carecían de mar. No podían botar su nave en la llanura que el viento ara, y, como los leones de mármol que sujetan bajo su garra una bola, el imperio tendía sobre ellas sus uñas.

Ocupémonos particularmente de Florencia, ya que en ella se desarrollan los acontecimientos que en esta obra nos proponemos narrar.

Cuando Sila, que conquistaba a Italia en beneficio de Roma, llegó a Etruria, único país que hasta entonces se había librado de las colonias y de las leyes agrarias, y en que los campesinos eran aún libres, detúvose entre dos riberas, en un amenísimo valle regado por un río de armonioso nombre, fundando en él una ciudad a la que dió el misterioso nombre de Roma que sólo los patricios podían pronunciar; este nombre era: *Flora*, del que se derivó *Florentia*, el cual a su vez se convirtió en Florencia.

De los tres grandes poetas que forman la trinidad literaria del mundo, dos han nacido en la fecundísima Etruria.

Virgilio, en Mantua; Dante, en Florencia.

Esta es la provincia que, según dice Maquiavelo, parece haber nacido para resucitar lo muerto.

La ciudad de Sila, la futura patria de los Médicis, de Bocaccio, de Maquiavelo, de Guicciardini, de Américo Vesputio, de Cimabue, de Brunelleschi, de Andrés del Sarto, de León X y de tantos otros varones ilustres, fué conquistada y reconquistada por Totila y Narsés, los cuales la dejaron arruinada, y arruinada quedó hasta que, en 781, la reconstruyó Carlomagno.

Finalmente, y para preparar su libertad, Geofredo de Lorena, marqués de Toscana, y su mujer Beatriz, murieron el uno en 1070, y la otra en 1076, dejando heredera a su hija Matilde del más importante feudo que ha tenido Italia. Se casó dos veces, la primera con Geofredo el mozo, y la segunda con Güelfo de Baviera, y, habiéndose divorciado sucesivamente de sus dos esposos, murió sin heredero, legando todos sus bienes a la santa sede.

En seguida Florencia tomó por dechado a Venecia,

Pisa y Génova, e imitando a Sena, Pistoia y Areso, se erigió en república.

Esto ocurría cuando Italia se hallaba dividida en dos bandos: los güelfos y los gibelinos.

Vamos a decir en dos palabras los principios que representaban aquellos dos bandos.

En 1073, e imperando en Alemania Enrique IV, el fraile Hildebrando fué elegido papa, ocupando el trono pontificio bajo el nombre de Gregorio VII.

Era éste un hombre de inteligencia privilegiada, y representaba el verdadero espíritu de la Iglesia, esto es, la democracia.

Gregorio VII paseó su mirada por Europa, y al ver que por todas partes el pueblo brotaba como las espigas en abril, comprendió que era él, el sucesor de San Pedro, el que había de recoger aquella mies de libertad que la divina palabra del Redentor había sembrado. Así, pues, para emancipar a los pueblos que representaba, resolvió empezar por la emancipación del pontificado, a cuyo fin publicó, en 1076, una decretal por la que prohibía a sus sucesores someter su nombramiento al poder temporal.

Desde entonces, colocóse el trono pontificio a igual altura que el del emperador, y si la nobleza tuvo su César, también el pueblo tuvo el suyo.

Jamás el acaso, la fatalidad o la providencia, habían puesto frente a frente dos adversarios de más firme voluntad.

Enrique IV opuso a la decretal un rescripto, y envió un embajador a Roma para ordenar al soberano pontífice que depusiera la tiara, y a los cardenales que se reuniesen para designar otro papa.

La guerra entre el poder espiritual y el poder temporal, habíase declarado.

La contestación de Gregorio VII fué la excomunión de Enrique IV, pero éste se rió de ella.

Las fuerzas de ambos luchadores parecían, en efecto, muy desiguales.

Enrique IV había heredado de su padre un inmenso patrimonio, o, mejor dicho, la omnipotencia feudal en Alemania, tierra del feudalismo, y un gran influjo sobre Italia, tenido por todos por irresistible; esto es, la pretensión de hacer y, por consiguiente, de deshacer los papas.

Gregorio VII no era dueño de nada absolutamente, ni siquiera de Roma, ni de la Iglesia, la cual se había con- citado contra sí decretando el celibato de los sacerdotes, y, si no haciendo mutilar, dejando que mutilasen a los que quisieron conservar su mujer o su concubina.

Pero allí donde no llegaba el poder visible, llegaba un poder invisible, la opinión pública.

Lanzado de todas partes, huía como triunfador; pero cuando se halló en la agonía, no tuvo ni siquiera una piedra en que descansar la cabeza, y murió profiriendo estas pa- labras, que no parecen sino las últimas que vertiera Bruto:

—*Dilexi justitiam, et odivi iniquitatem, propterea mor- rior in exilio.* (He amado la justicia y aborrecido la iniqui- dad; por eso muero en el destierro).

Pero la excomuni6n daba su fruto. Los príncipes ale- manes se congregaron en Terburgo, y como Enrique IV, en su violencia, habíase excedido en sus derechos, que se extendían a la investidura, pero se detenían en el nombra- miento, le amenazaron con arrebatarle la corona del mis- mo modo que se la habían dado, si dentro de un año, a contar desde el día en que tomaron tal deliberaci6n, no se había reconciliado con la santa sede.

Fué preciso obedecer. El emperador, sin soldados, sin bandera, sin armadura, con los harapos del peregrino, ceñidos los lomos con una cuerda y descalzo, present6se suplicando ante las puertas de Roma. Asti, Milán, Pavia, Cremona y Lodi contemplaron su paso, y, al ver de cerca cuán endeble criatura era un emperador sin cetro y sin espada, rompieron el juramento que con él las ligaba.

Enrique IV, casi solo, en camisa, descalzo, pasó tres días rodeado de nieve en los patios del castillo de Canosa, que fueron los que tardó el papa en avenirse a recibirlo.

Al día siguiente, las dos grandes potencias en las que el mundo se hallaba dividido, el papa y el emperador, co- mulgaban en la misma mesa, y Gregorio suplicaba al Señor que, de ser culpable, cambiase el pan en veneno.

El papa apelaba al juicio de Dios.

Enrique IV regresó a Alemania, y olvidándose de la promesa hecha y del pan sagrado que compartiera con su enemigo, creó un antipapa, Clemente III, derrotó a los príncipes alemanes que habían amenazado destituirlo.

pasó nuevamente los Alpes, pero esta vez como vencedor, y se apoderó de Roma.

Pero la maldición del Señor, cual si quisiera vengar a su pontífice, cayó sobre el emperador. Conrado, su primogénito, al que hiciera proclamar Rey de romanos, se rebeló contra él.

Enrique IV le destronó, proclamando como sucesor a su segundo hijo.

Mas en la familia imperial habíase infiltrado el espíritu de rebelión. Aquel segundo hijo, llamado Enrique, rebelóse también, y, más afortunado, o más desventurado tal vez, que su hermano, hizo prisionero a su padre.

Entonces los obispos que no se habían contaminado con la simonía, despojaron al emperador de la corona, del cetro y de las vestiduras reales; y aun su hijo levantó contra él la mano y le arrancó estas palabras, no menos lastimeras que las de César:

—Tan pronto como lo vi, conmovido hasta lo más profundo de mi corazón por el dolor y el afecto paternal, arrojéme a sus pies, suplicándole y conjurándole en nombre de su Dios, de su fe y de la salvación de su alma, que, aun en el caso de que por mis pecados me hubiese hecho acreedor al castigo del Señor, no manchase su alma, su honra y su nombre por causa mía, porque no hay ninguna ley que instituya a los hijos vengadores de las culpas de sus padres.

Esta súplica, que habría enternecido al más encarnizado de los enemigos, embotóse en el corazón de un hijo; y despojado de todo, incluso de sus vestiduras, transido por el frío y agujoneado por el hambre, Enrique se encaminó a Espira y llamó a la puerta de la iglesia de la Virgen, que él había erigido, pidiendo que lo acogiesen como clérigo, apoyándose en que sabía el canto llano.

Los frailes le despidieron con amenazas, y el emperador Enrique IV fué a morir de miseria en Lieja, donde no quisieron dar tierra sagrada a su cuerpo, que permaneció insepulto en una cueva por espacio de cinco años.

Así, los dos, emperador y papa, representantes de la gran lucha que por tanto tiempo ha dividido y seguirá dividiendo al mundo, murieron en el destierro, lejos del trono que habían ocupado, el uno en Lieja, y en Salerno el otro.

Pues bien; de la lucha que entre el emperador y el papa se entabló, nacieron los dos poderosos bandos que llenaron de luto a Italia. Los que se declararon en favor del papa, es decir, los que abrazaron la causa del pueblo, tomaron el nombre de *güelfos*, de Enrique *el Soberbio*, duque de Sajonia, sobrino de Güelfo II, duque de Baviera; y los que defendían el partido de Enrique IV, esto es, el de la nobleza, se llamaron *gibelinos*, de Conrado, hijo de Federico de Hohenstauffen, duque de Suabia, señor de *Uiblinca*.

Florenzia, siguiendo el ejemplo de las demás ciudades, también se dividió en dos bandos, y las luchas entre ellos fueron, como dice el Dante, las que tiñeron de rojo las aguas del Arno y dieron el color de la púrpura a su blanco lirio.

Antes de terminar, permítaseme añadir una palabra respecto de Italia, de esa Italia hija de Grecia y madre de Francia, a la cual debemos lo que somos en arte, guerra y política.

Cuando todos los demás pueblos tenían una arquitectura religiosa, Italia—y consignamos este caso por lo que habla en favor del ingenio italiano—ya tenía una arquitectura civil.

Pontifex, de cuya voz viene pontífice, significa, literalmente, constructor de puentes.

Casi todos los monumentos de Italia, casi todos los monumentos etruscos, eran puentes, acueductos, tumbas; hemos de advertir, sin embargo, que en Italia los templos figuraron en segunda línea hasta el siglo xv.

La mayor cantidad de dinero que Pisa gastó, no fué empleada en la erección de su bautisterio y de su cúpula, sino en la construcción de su campo santo.

Los ciudadanos tenían mejor alojamiento en sus tumbas que no Dios en su iglesia.

Cuando Galeazzo Sforza quiso cerrar las bóvedas de su cúpula, no fueron capaces los arquitectos italianos, por lo que hubo que llamar a uno de Estrasburgo.

Otra cosa debe hacerse advertir en la formación de las sociedades italianas: su individualidad supera a la de ningún otro pueblo. El italiano, que no se da a Dios sin condiciones, menos se da aún al hombre. Durante tres siglos, Italia ofreció la imagen del feudalismo, por más que en la esencia no fuera así. Tuvo castillos fortísimos, briosos

corceles, magníficas armaduras; pero no la enfeudación de hombre a hombre como en Francia.

Las miras del heroísmo italiano son más elevadas, se sacrifica por una idea, y muere por ella de un modo admirable.

¿Qué eran Enrique IV y Gregorio VII, por los que se sacrificaron, respectivamente, los gibelinos y los güelfos? Una idea.

Pero, como va dicho, una representaba la aristocracia, y la otra la democracia.

El genio italiano es apasionado, pero austero. No admite, como el genio francés, la azarosa pesquisición de peligros inútiles. Su poema caballeresco no es más que una sátira contra la caballería. Es verdad que tiene en Torcuato Tasso un genio melancólico; pero el cisne de Sorrento pasó por loco. Y si no, pregúntese a los italianos qué poema prefieren, si el *Rolando furioso* o la *Jerusalén libertada*, y de cada diez, nueve responderán que el primero.

En cuanto a la pintura y a la arquitectura, puede hacerse la misma observación. Así como no abunda la poesía descriptiva, escasean los paisajes. En todas partes, aun en la campiña, se halla la vida artificial de la ciudad; de tal modo vive aún en la Italia de nuestros tiempos el antiguo régimen etrusco o romano.

Las murallas que la Naturaleza ha levantado a su alrededor, los límites trazados en torno suyo por corrientes no navegables, no bastan aún al italiano del centro, el cual, si sale de su marmóreo palacio, no es para ir a buscar la sombra de los árboles o el murmullo de un libre arroyuelo, sino para trocar su palacio de mármol por una quinta y jardines de piedra, con aguas encerradas en estanques cuadrados.

Isola Bella y la quinta de Este que se hallan emplazadas respectivamente en los extremos de Italia, son una muestra del carácter ciclópeo que se encuentra, no sólo en las murallas de Volterra, si no también en las sombrías moles de los palacios Strozzi y Pitti; y si de la arquitectura pasamos a la pintura y buscamos cuidadosamente, hallaremos la dureza de línea del arte etrusco en Giotto, en Rafael y aun en Miguel Angel. En la escuela florentina, y por consiguiente en la romana, la figura del hombre afecta casi siempre la severidad, y también la sequedad.

arquitectural; y esto se comprende tratándose de comarcas en las que usan aún el arado descrito por Virgilio, en las que el ganado, como en tiempo en que el poeta de Mantua contemplaba a los corpulentos rumiantes bueyes, es alimentado, no con hierba, sino con hojarasca, y permanece encerrado en dehesas, por temor de que éstropee las viñas y los olivos.

Únicamente en el norte, el colono veneciano y la indulgencia lombarda consienten en humanizar al hombre.

Todo en Italia es sabio y matemático. Antes de que un vocablo adquiriera el derecho de ciudadanía, es controvertido durante largos años por la academia de la Crusca.

Por eso la literatura italiana moderna no tiene lenguaje familiar, pues los sabios cerraron las puertas a una infinidad de voces.

Y donde resalta más este espíritu sistemático es en la táctica militar. En manos de los jefes italianos, la guerra se ha convertido en una ciencia de la que Montecuculli echó los cimientos. En Italia, los pintores y los arquitectos son de suyo ingenieros civiles y militares. Leonardo de Vinci fué inventor de máquinas para regar y dinámicas; Miguel Angel defendió a Florencia contra los españoles. Los dos más grandes capitanes del mundo, César y Napoleón, nacieron en Italia.

Para explicar sus desventuras y su caída, dicen que Italia ha cambiado. Esto para unos es un error (también hay cándidos en la calumnia), y para otros una mentira. Al contrario, ninguna nación ha cambiado menos que Italia; todas y cada una de sus provincias se han conservado fielmente en su antiguo modo de ser.

Ya dijimos que Florencia había permanecido etrusca; Nápoles sigue siendo griega; los napolitanos son siempre amigos del bullicio, parlanchines y músicos, pues no han olvidado que en tiempo de Nerón se celebraban en Nápoles certámenes musicales. El improvisador del puerto, llámese Stau o Sgrinei, siempre reúne a su alrededor a la muchedumbre; los *filosofi* de Venecia son los *litterati* al aire libre de la antigüedad; las sortijas y los collares de las romanas son idénticos a los encontrados en Pompeya, y el alfiler de oro con que prenden su tocado es el mismo con que Fulvia atravesó la lengua de Cicerón, y Popea reventó los ojos a Octavio.

¿Y Roma? ¿Se dirá también que ha cambiado? ¿Dirán que su pueblo grave y soñador, que, envuelto en sus harapos, parece descender de la columna Trajana, no sea el *civis romanus*? ¿Hay alguien que haya visto al romano trabajar o servir? No; ni aun su mujer misma querría coser los jirones de su capa.

El romano discute en el foro y juzga en el Campo de Marte.

¿Quién es el que repara las carreteras? El hijo de los Abruzzos. ¿Quiénes desempeñan el papel de faquines? Los bergamascos.

Como en la antigüedad, el romano mendiga, pero mendiga, por decirlo así, como señor.

En hora buena que se diga que sigue siendo feroz, pero no que se ha vuelto débil, pues en ninguna parte del mundo la navaja se encuentra más tiempo fuera de la vaina que en Roma.

El grito del romano era: «¡A las fieras, a las fieras los cristianos, a los leones!» y hoy su grito de carnaval, es: «¡Muera el señor cura! ¡Muera la hermosa princesa!»

Acabemos, pues, de una vez con estas ridículas exposiciones de la molicié italiana. El italiano, como ya hemos dicho, no se enfeuda a los hombres, sino a las ideas.

Y si tomamos al pueblo más calumniado, en este concepto, de todos los pueblos italianos, al pueblo napolitano, veremos que huye con Fernando, con Murat y con Francisco, el cual dijo a su hijo, que no hace mucho que murió y que cambiaba con frecuencia los uniformes: «Es igual que los vistas de un color como de otro, siempre huirán.»

Sí, siempre huirán ya vayan con Fernando a Roma, con Murat a Tolentino, o con Francisco a los Abruzzos; huirán, porque van con un hombre sin saber por qué van con él, y porque el hombre a quien siguen no representa para ellos una idea, o, si la representa, les es contraria o antipática.

Pero lo que sigue dirá cómo se baten los napolitanos cuando lo hacen por su ideal.

Championnet luchó tres días para entrar en Nápoles. ¿Por quién estaba defendida? Por los *lazzaroni*. ¿Y qué armas usaron los defensores? Piedras y garrotes.

Y cuando Championnet se vió obligado a retirarse ante un ejército de calabreses, a cuyo frente marchaba un

cardenal, cuando el salario del verdugo no se pagó ya a tanto por cabeza, sino por meses (tal era la abundancia de ejecuciones), véase cómo morían en Nápoles.

Caraccioli, el almirante octogenario, el héroe de nevada cabellera, fué el que empezó. Paseábase por la cubierta de su *Minerva*, aguardando el fallo de Nelson, y, mientras, demostraba a un joven oficial la superioridad que los buques ingleses tenían sobre los italianos en la construcción.

En medio de la demostración, fué interrumpido para leerle la sentencia, por la que se le condenaba a morir ahorcado, lo cual significaba no sólo la muerte, sino una muerte infamante.

Caraccioli escuchó la lectura sin inmutarse; después se volvió hacia el joven, y, sin la menor alteración en la voz, continuó:

—Decía, pues, que la superioridad que los buques ingleses tienen sobre los nuestros estriba en que no sobresalen tanto del agua como los nuestros y llevan más velamen.

Diez minutos más tarde, el cuerpo del almirante pendía de una verga, cual si fuera el del más feroz pirata de Argel o de Túnez.

Fué establecida en sesión permanente una junta real, con facultades para absolver o condenar a muerte, y las sentencias dictadas por esta junta real eran ejecutadas el mismo día.

Dicha junta estaba instalada en un segundo piso y era presidida por un infame apellidado Speziale.

Nicolás Palemba compareció ante aquél.

—Nombra a tus cómplices—le dijo Speziale—o de lo contrario te enviaré a la muerte.

—A ella iré sin ti,—le respondió Palemba.

Y desprendiéndose de los gendarmes que lo custodiaban, arrojóse por una ventana que, a causa del calor, estaba abierta, estrellándose el cráneo contra el empedrado.

—¿Qué profesión tenías en tiempo del rey Fernando?—preguntó Speziale a Cirillo.

—Médico—contestó el interpelado.

—¿Y en tiempo de la república, qué eras?

—Mandatario del pueblo.

—Y ahora, ante mí, ¿qué eres?

—Ante ti, infame, soy un héroe.

Cuando Cirillo y Pagano, los dōs condenados a morir en la misma horca, llegaron al pie de ella, discutieron a ver cuál de los dos moriría primero, y como ninguno quisiera ceder, echaron pajas. Pagano ganó, tendió la mano a Cirillo, y, con la paja entre los dientes, subió la infame escalera con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente.

De más está decir que Cirillo subió a su vez y murió tan heroicamente como Pagano.

A Héctor Caraffa, condenado a la guillotina, le preguntaron al llegar al cadalso si tenía algo que pedir.

—Sí—respondió,—deseo ser decapitado en actitud supina para ver cómo cae la cuchilla.

Y, conforme había pedido, fui guillotinado boca arriba.

Leonor Pimentele, mujer admirable, acusada de haber redactado, durante la república, el *Monitor Partenopeo*, fué condenada a morir en la horca, sentencia que sobrepaja a las demás por su refinada crueldad.

Cuando Leonor llegó al patíbulo, Speziale, creyendo que pediría su perdón, le dijo:

—¿Qué es lo que deseas? Tengo orden de concederte lo que pidas.

—Que me traigan unos pantalones—responde Leonor.

Iba a decir que no hubiera contestado con mayor dignidad una espartana del tiempo de Leónidas, o una romana del tiempo de Cincinato; pero se me olvidaba que el pudor es virtud cristiana.

¿No es verdad, mártires, que, al oír desde vuestras tumbas el cañón de Francia, os habéis estremecido?

*
* *

Pero volvamos a Florencia, puesto que allí hemos citado a nuestros lectores.

ALEJANDRO DUMAS.

I

EN LA PLAZA DE LA SANTA CRUZ

Si durante el tercer año del pontificado de Alejandro Farnesio, inscrito con el nombre de Paulo III, y entre los de Clemente VII y Julio III, en el índice cronológico de los soberanos que han ocupado el solio pontificio, se hubiesen inventado los globos aerostáticos, y el lector se hubiese remontado con nosotros, sobre la ciudad de Florencia, durante la noche del 2 al 3 de enero de 1537, habría visto una mole sombría, sólo iluminada en dos o tres sitios, que se extendía desde Santa María de la Paz hasta la puerta de San Galo, y desde la Seca al baluarte de la Serpiente, y a la que el Arno dividía en dos partes iguales, entre la que hubiera divisado, cual dos leviatanes navegando uno junto al otro entre olas de casas, los dos mayores monumentos de Florencia, salidos ambos de manos de Arnolfo Dihappo, esto es, la catedral de Santa María de las Flores y el palacio de la *Señoría*, hoy conocido con el nombre de Palacio Antiguo.

Junto a la plaza de la Santísima Trinidad, en el ángulo formado por las calles de los Carpinteros y de las Cebollas, semejando una inmensa tumba y abismado en la más profunda obscuridad, hubiera reconocido, por su arquitectura, el palacio Strozzi, con sus cadenas, tederas y puertas de hierro.

Uno de los puntos que estaban iluminados, era la plaza de la Catedral, donde los soldados del duque Alejandro, entre los que los había de todas partes, y particularmente españoles y alemanes, gastaban bulliciosamente, en las puertas de los cafés, como era costumbre en Florencia, el dinero que, como gratificación, les había distribuído aquel mismo día en nombre del duque Alejandro, su jefe Alejandro Vitelli, cuyo padre, Pablo Vitelli, había perecido

dos años antes en un motín popular; y, mientras bebían y cantaban, insultaban a los contados habitantes que por sus negocios o sus placeres (más bien sus negocios, pues los placeres escaseaban en aquella época) se veían obligados a cruzar en una o en otra dirección la plaza de Santa María de las Flores.

Otro de los puntos en que se veía luz era la callejuela del Clavel, contigua a Santa María la Nueva, donde el cardenal Cibo daba una serenata a Laura de Feltro, cortesana de mucho nombre en aquel tiempo, y que a peso de oro había quitado a Francisco Pazzi; sin embargo, esta generosidad en nada perjudicó su fortuna particular, pues, según decían, aquel oro provenía del duque Alejandro, a quien el complaciente cardenal había entregado su hermosa hermana, la marquesa de Cibo, en ausencia del marqués, su marido.

Y finalmente, el tercer punto luminoso que se destacaba entre la obscura mole, era la puerta de San Ambrosio, en la que algunos bandoleros se entregaban al incendio y saqueo de la casa de Ruccellai, uno de los más ilustres desterrados de aquellos días.

En el resto de la ciudad reinaban la obscuridad y el silencio.

Pero, no obstante, si en alguno de los cortos intervalos en que la luna mostraba su pálida faz la mirada de nuestro observador aéreo se hubiese fijado en la plaza de la Santa Cruz, hubiera reconocido desde luego, a la luz de los fugaces destellos del astro de la noche, el vasto paralelógramo del convento que daba a la plaza; luego, en la esquina de la calle del Diluvio, un pozo con magnífico armazón de hierro, como solían labrarlos en aquel tiempo en que, frecuentemente, convertían en obra de arte los objetos más vulgares; pozo que, en efecto, era un capricho de cierto ciudadano de Florencia, llamado Sergio Caporano, el cual lo hizo abrir frente a su casa tanto para ornato como para utilidad; y por último, hubiera visto en lo alto de un muro almenado que se extendía desde la calle de los Carros a la calle Torcida, un hombre que, con las piernas colgando, estaba sentado junto a una escala de cuerda y confundido en la sombra de los copudos árboles que sobresalían majestuosamente del muro.

En la plaza, nuestro observador no hubiera notado

más luz que la de un farol que ardía ante el nicho de una Virgen situado en la esquina del convento que miraba a la calle de la Pimienta.

El reloj del Palacio Antiguo dió doce campanadas; era la media noche.

El hombre que se hallaba sentado en lo alto del muro acababa de contar las sonoras vibraciones del reloj con una atención que bien claramente demostraba lo poco que su indudablemente forzada vigilancia le distraía, cuando por la calle del Diluvio y haciendo resonar sobre el empedrado sus espuelas y los herrados tacones de sus botas, desembocó otro hombre que se dirigió directamente hacia la puerta del convento.

Iba ya a llamar el nuevo personaje, cuando el del muro, que lo había seguido atentamente con la mirada, y al que probablemente había reconocido solamente en su visible decisión de entrar en el convento, silbó de un modo que no dejó lugar a dudas de que era una señal.

En efecto, el recién llegado volvió el rostro, y, al oír de nuevo el silbido con iguales modulaciones que la vez anterior, dejó caer silenciosamente la aldaba y se adelantó hacia el punto de donde la señal había partido; pero la luna se ocultó en aquel momento y más conoció con quién tenía que habérselas al tocar la escala de cuerda, que no al ver a su compañero.

Entonces preguntó en voz baja:

—¿Eres tú, *Húngaro*?

—Sí—contestó el designado con este nombre.

—¿Y qué haces en lo alto de esta pared, en vez de estar con el duque en el convento de la Santa Cruz?

—El duque no está en el convento de la Santa Cruz—replicó el *Húngaro*;—donde se halla es en casa de la marquesa Cibo.

—¿Y por qué está allí y no en el convento?—preguntó el recién llegado.

—¡Hombre! ¿Y crees que voy a contarte desde aquí arriba los asuntos del duque? Sube y sabrás lo que deseas saber.

El que recibió esta invitación se dirigió a la escala de cuerda y trepó por ella con admirable agilidad; cuando llegó a la altura en que el *Húngaro* se hallaba, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Lo más sencillo del mundo. La muerte de una monja ha puesto en conmoción a la comunidad entera. Fray Leonardo estaba allí, y la buena abadesa, al par que ha dado a monseñor las gracias por la honra que había tenido la intención de hacerle, le ha suplicado que pasase «tro día, o por mejor decir otra noche.

—¿Y se dió por satisfecho Su Alteza con eso?

—Su Alteza quería que la monja y el fraile que la ve-
laba fuesen echados a la calle; pero como yo soy católico a macha martillo, le he aconsejado que era preferible dejar en paz a la monja y sorprender con una visita a la hermosa marquesa Cibo. «¡Hombre! Es verdad; ya no me acordaba de la pobrecita marquesa» me ha dicho. Y como sólo se necesitaba atravesar la plaza, la ha atravesado.

—Supongo que el duque no se ha servido de tu es-
cala.

—Claro que no... Como el marqués está ausente, ha entrado por la puerta, y como Lorencito prefiere dos se-
guridades a una, por eso me ha apostado aquí, por lo que pudiera tronar.

—En esto conozco a nuestro nene; ¡siempre prudente!

—¡Silencio, Jacobo!—dijo el *Húngaro*.

En efecto, por la parte de la calle de los Descontentos, se oía rumor de pasos.

Jacobo no sólo calló, si no que se puso nuevamente el antifaz.

Aquel rumor era producido por dos hombres embozados en sendas y luengas capas, que no tardaron en aparecer por la esquina del convento, pasaron sin detenerse por delante de las calles de la Pimienta y de la Cloaca y atravesaron diagonalmente la plaza para entrar en la calle Torcida.

—Llama con precaución para no ser oídos por los ve-
cinos—dijo uno de los embozados al otro.

—No hay necesidad, traigo la llave—contestó el em-
bozado que acababa de recibir tal recomendación.

—Mejor—exclamó el que primero había hablado.

Y los dos, sin reparar en Jacobo ni en el *Húngaro*, en-
traron en la calle Torcida, en la que se perdieron de vista.

—¿Qué significará esto?—dijo el *Húngaro*.

—Esto significa—contestó Jacobo—que los que acaban

de pasar son dos pacíficos ciudadanos que se retiran a sus casas y uno de los dos, hombre precavido, trae la llave consigo.

—Bien, sí; pero, ¿en qué casa entran? Baja y ve a verlo. Se me ha ocurrido una sospecha.

—¿Cuál?

—Baja, y ve a ver en qué casa se meten.

Jacobo hizo lo que se le dijo, y al cabo de un rato volvió despavorido.

—¡Eh! ¡*Húngaro!*—dijo Jacobo en voz baja.

—¿Qué pasa?

—No te has engañado.

—¿Qué sucede?

—Que han penetrado en la primera puerta de la izquierda.

—¿En el palacio de Cibo?

—Sí.

—¡*Der Teufel!*—murmuró el *Húngaro*.

—¿Se halla solo el duque?—preguntó Jacobo.

—No, ya te he dicho que está con su maldito primo.

—¡Hombre! Te lo he preguntado nuevamente, porque estar con Lorencito o solo, todo es uno.

—¡Ca, peor!

—Ve a avisarlo.

—Sí, para estorbarle inútilmente... ¡Como me recibiría tan bien!...

—¿Está armado?

—Lleva su cota de mallas y su espada.

—Entonces, bien. El duque dice con frecuencia que con su cota de mallas y su espada vale por cuatro, y, si mis ojos no me han engañado, sólo han entrado dos.

—Bueno, sube, que voy a decirte una cosa.

—¿Cuál?—dijo Jacobo tan pronto como estuvo junto al *Húngaro*.

Este, antes de responder, miró a todas partes y escuchó con la mayor atención.

Después, y con voz sumamente baja, dijo:

—¿Y si fuese él el que le hubiese delatado?

—¿Lorencito?—exclamó Jacobo.

—¡Quieres callarte, animal!

—¡Hombre! ¡Es que dices unas cosas!...

—Pues supongamos que no he dicho nada.

—Al contrario, demos por sentado que has hablado, pero explícame tus palabras.

—Pues bien...

El *Húngaro* interrumpióse y alargó el cuello en dirección a la casa en que acababan de entrar los nocturnos personajes.

Sus ademanes eran tan expresivos, que su compañero ni siquiera pensó en pedirle la continuación de la interrumpida frase y tendió a su vez el cuello.

—¡Alerta!—exclamó de pronto el *Húngaro*.

—¿Qué pasa?

—Se están batiendo.

—Es verdad... oigo el ruido de los aceros al chocar.

—Atacan a monseñor... Ve y entra por la puerta de la calle Torcida, Jacobo... Junto a la escalera encontrarás una alzaprima... Yo entraré por aquí... ¡Firme, monseñor, firme... aquí estoy!

Y mientras Jacobo descendía y, provisto de la alzaprima, se lanzaba a la calle Torcida, el *Húngaro* desenvainaba su acero y se internaba en el jardín.

Casi al mismo tiempo asomó la cabeza por lo alto del muro un hombre enmascarado que, agachado al ras de las canales, dió al *Húngaro* el tiempo de alejarse hasta perderse de vista; después descendió precipitadamente por la escala de cuerda, encaminóse a toda prisa al pozo de Sergio Caporano, sacó de debajo de su capa una cota de mallas que arrojó al pozo, y, volviendo al pie del muro, escuchó con ansiedad.

Al poco rato se dejó oír un ¡ay! lanzado por un hombre indudablemente herido de muerte; cesó el chocar de espadas, y todo quedó nuevamente en silencio.

—No cabe duda que uno de los dos ha muerto — dijo para sí el enmascarado; —pero, ¿cuál?

La duda no fué de larga duración, pues apenas el enmascarado acababa de hacerse a sí mismo esta pregunta, en lo alto del muro y por la parte del jardín apareció un hombre que llevaba el acero entre los dientes, el cual, al ver a su compañero al pie de la escalera, se detuvo, sacudió su espada para hacer caer de ella la sangre, y, cruzando los brazos, dijo con voz tan sosegada como si no hubiese corrido ningún peligro:

—¡Famosa es tu compañía, vive Dios, Lorencito!...

Nos atacan dos hombres, y no sólo tengo que defenderme a mí, sino a ti también.

—Monseñor—replicó Lorencito,—creía que habíamos ya convenido en que yo sería el compañero de vuestras fiestas, de vuestros placeres y de vuestros amores, pero no de vuestros combates, de vuestras emboscadas y de vuestras estocadas... ¡Qué le vamos a hacer, monseñor! Hay que tomarme cual soy o dejarme.

—¡Cobarde!—exclamó el duque saltando al otro lado de la pared y empezando a bajar por la escala de cuerda.

—Todo lo cobarde que queráis, monseñor—repuso Lorencito.—A lo menos tengo la ventaja de que no oculto mi cobardía.—Y añadió, riéndose:—Por otra parte, ¿acaso visto yo una cota de mallas como la vuestra para darme valor?

—¡Calla! Ahora recuerdo que la he dejado en la alcoba de la marquesa—dijo el duque llevándose las manos al pecho, con el ceño fruncido, y disponiéndose a subir de nuevo.

—En verdad—exclamó Lorencito deteniendo al duque por el orillo de su capa—es preciso que Vuestra Alteza tenga el diablo en el cuerpo... ¡Cómo! ¿Vais a exponeros nuevamente por una cota de mallas?

—¡Caramba! Vale la pena—dijo el duque, cediendo, no obstante, a las palabras de Lorencito, y bajando el escalón que ya había subido;—en mi vida hallaré otra que mejor se adapte a mi cuerpo, pues la que he perdido estaba de tal modo modelada, que no me estorbaba más que un jubón de seda o de marta cibelina.

—Ya os la enviará la marquesa u os la llevará ella misma. ¿Sabéis que el luto va a sentarle admirablemente a la marquesa?... Porque supongo que habréis matado al marido...

—Tengo para mí que he matado a los dos.

—¿Al otro también?

—No puede ser de otro modo—respondió el duque mirando su espada, tinta en sangre hasta la mitad de la hoja—¡Como no tenga el alma enclavijada en el cuerpo!... Pero ahí tenemos al *Húngaro* que nos sacará de dudas.

En efecto, en lo alto del muro apareció el *Húngaro*.

—¿Y bien?—le preguntó el duque.

—El uno está muerto, y al otro no le falta gran cosa, monseñor... ¿Quiere Vuestra Alteza que lo remate?

—No... Su silencio al atacarnos me ha inspirado sospechas; apostarí­a que el uno es el marqués de Cibo y el otro Silvestre Aldobrandini, que por fallo del tribunal está desterrado de Florencia. Si era él, su regreso, más bien que un incidente, debía ser una conspiración. Avisa al alguacil mayor lo que pasa, y dale de mi parte la orden de arrestar al herido.

—Me parece, monseñor—dijo Lorencito;—que podríamos volvernos a la calle Ancha, pues creo que para una noche ya basta con un hombre muerto y otro herido.

—Y además, cuando nada de provecho tenemos que hacer aquí—replicó el duque.

Disponí­ase el duque a echar por la calle del Diluvio para encaminarse a la plaza de Santa María la Nueva, cuando fué detenido por el segundo esbirro, el cual le dijo:

—Yo por este lado, monseñor, oigo los pasos de algunos hombres.

—Y yo también—añadió el *Húngaro*, llevándose al duque hacia la calle de los Carros.

—¡Oh! ¡Oh!—repuso éste,—¿también tú estás acoquinado, *Húngaro*?

—Algunas veces, monseñor—respondió el esbirro. ¿Y Vuestra Alteza?

—¿Yo? ¡Nunca!—contestó el duque, el cual, a su vez, preguntó a Lorencito:—¿Y tú?

—¿Yo? ¡Siempre!—respondió el interpelado.

El duque echó a andar, seguido de sus acompañantes, y se internaron en la negra callejuela que conducía a la plaza del Gran Duque.

II

EL ESBIRRO TAVOLACINO.

No se habían engañado los esbirros del duque Alejandro: en efecto, tres hombres se acercaban a la plaza de la Santa Cruz, pero no por la calle del Diluvio, sino por la de la Cloaca, paralela a aquélla.

Embozados en holgadas capas, tenían, sin duda, interés en no ser conocidos, pues uno de ellos, al llegar a la esquina de la calle, alargó la cabeza, escudriñó con la mi-

rada la plaza, y no se animó a entrar en ella hasta que estuvo convencido de que se hallaba desierta.

El que inspeccionara la plaza era el más anciano de los tres, y marchaba delante de los otros dos, al parecer hombres de condición secundaria.

—Me pareció que en esta plaza había gente, Miguel — dijo con marcado acento de superioridad el anciano dirigiéndose al que iba inmediatamente detrás de él.

—No tendría nada de extraño que hubiese habido, Excelentísimo señor — respondió Miguel; — cuando entramos por la puerta de San Galo, no era más que media noche. Por otra parte, muy bien podría ser que el ruido proviniese de aquellos a quienes había citado Vucencia.

—Puede ser — exclamó el anciano. — Mira, pasa por la calle Torcida y vuelve por la de los Carros, y de paso observa si en el palacio Cibo hay luz. Te espero aquí, en la penumbra de esta pared.

Miguel se alejó con el silencio y la presteza de quien está acostumbrado a obedecer sin replicar, y se internó en la calle Torcida.

Mientras tanto, el anciano, cuya estatura y fisonomía revelaban que era personaje de cuenta, hizo una seña a su segundo criado, que obedeció con igual presteza que el primero, y le dijo:

—Mateo, ve a casa de mi hermana, dile que ya estoy de regreso, y preguntale si continúa viviendo con ella mi hija Luisa, o, si es que por alguna causa han tenido que separarse, que te diga dónde vive.

—No sé si la hermana de Vucencia, que es dama muy prudente, me creará y querrá decirme lo que he de preguntarle sin ver letra de Vucencia — dijo el criado que acababa de recibir la orden.

—Es verdad—exclamó el anciano,—espera.

Y acercándose al nicho de la Virgen ante el cual ardía el farol, escribió con lápiz algunas palabras en una hoja de su libro de memorias, arrancó la hoja escrita y se la dió a Mateo.

El que hubiese estado cerca del que escribía, hubiéra visto que éste era hombre de sesenta a sesenta y cinco años, fornido, alto, muy bien conservado, de ojos negros y brillantes, de cabellos muy cortos, apenas entrecanos, y luenga barba.

Mateo echó por la calle de la Pimienta; en cuanto al anciano, atravesó la plaza en toda su longitud y luego fué a esconderse en la penumbra de la pared cubierta de hiedra, desapareciendo entre sus hojas.

Apenas el anciano hubo desaparecido, desembocó del Burgo de los Griegos un hombre, joven al parecer, el cual atravesó con ligereza y diagonalmente la plaza, hizo sonar tres veces la aldaba de la puerta de una casita situada entre las calles del Diluvio y de la Cloaca, y, luego de haber llamado, dió tres palmadas.

A esta doble señal abrióse una ventana por la que se asomó una mujer que dijo en voz baja algunas palabras a las que el llamador respondió de la misma manera. Poco después se abrió la puerta, la cual, después de haber dado paso al joven, volvió a cerrarse inmediatamente.

El anciano siguió con la mirada aquella escena amorosa, y estaba con los ojos maquinalmente fijos en la puerta; cuando de pronto se estremeció al oír una voz que pronunciaba su nombre.

Volvióse con viveza el anciano, y al ver que el que acababa de arrancarlo de su preocupación era Miguel, al que había enviado de descubierta, dijo:

—¡Cuánto has tardado! ¿Traes alguna nueva a lo menos?

—Sólo una, pero terrible.

—Habla, ya sabes que a mí puede decírseme todo.

—Al entrar en su casa con Silvestre Aldobrandini, el marqués de Cibo ha sorprendido al duque Alejandro; éste ha matado al marqués y herido gravemente a Silvestre.

—¿Quién te ha dicho eso?—preguntó el anciano.

—A pocos pasos de la puerta del palacio del marqués he visto a un hombre que andaba penosamente apoyándose en la pared, y, al acercarme a él, se ha dejado caer en un guardacantón, diciendo: «Si sois enemigo, acabad con mi vida; si amigo, prestadme vuestra ayuda. Soy Silvestre Aldobrandini.»

—¿Qué has hecho tú?—exclamó el anciano.

—Le he dicho quién era yo, y a quién servía, y le he ofrecido ayuda. Entonces se ha apoyado en mi brazo, rogándome que lo acompañase a casa de micer Bernardo Corsini, en lo cual no hemos empleado mucho tiempo, pues micer Bernardo Corsini vive en la calle del Palacio. Al

llegar a la puerta, me ha encargado que os dijese que huyerais.

—¿Por qué?

—Porque le es imposible recibiros en su casa, puesto que se ve obligado a pedir auxilio en otra.

—Está bien—repuso el anciano.—Sin contarme a mí, hay en Florencia treinta y nueve Strozzi, lo cual quiere decir que tengo otras tantas puertas abiertas; y aun cuando me viese en la precisión de retirarme en mi propio palacio, el cual puede resistir perfectamente un sitio contra todas las tropas del duque Alejandro.

—Monseñor — replicó Miguel, — cuanto más humilde sea la casa, más seguro estaréis en ella. Recordad que os llamáis Felipe Strozzi y que vuestra cabeza está tasada en diez mil florines de oro.

—Tienes razón, Miguel.

—¿Luego os quedáis, monseñor?

—Sí; pero tú puedes marcharte, puesto que no tienes los motivos que yo para quedarte. El centinela que nos ha franqueado la puerta de San Salo, no debe haber sido aún relevado, de modo que la retirada es fácil. Ve, pues, Miguel, te alzo la palabra.

—Monseñor — replicó Miguel, — creía que Vucencia me conocía mejor. Si Vucencia tiene motivos para quedarse en Florencia, también los tengo yo para no salir de ella. Es menester que se cumpla el negocio para el cual he venido.

Después, y mientras extendía el brazo en dirección al convento de la Santa Cruz, añadió con voz sorda y como hablando consigo mismo:

—Además, si intentase huir, de aquel convento saldría una voz que me detendría gritándome que soy un cobarde. Os agradezco, pues, vuestro ofrecimiento, monseñor; pero si Vucencia hubiese partido, yo le hubiera pedido licencia para quedarme.

¿Oyó Felipe Strozzi a Miguel? eso es lo que no sabemos; lo cierto es que, en lugar de responder, se quedó, al parecer, abismado en meditación profunda.

Precaria era, en efecto, la situación. Felipe Strozzi, después de haber aceptado el nombramiento del duque sin hacerle oposición, al conocer mejor al protegido de Clemente VII y yerno de Carlos V, había alejado de él, hallán-

dose en el destierro, por sus inmensas riquezas y su encumbrada representación social, jefe natural de los proscriptos.

Strozzi había contraído compromisos con el partido republicano, para cuyo cumplimiento, sublevando a los güelfos que quedaban en Florencia, había regresado a ella en compañía del marqués de Cibo y Silvestre Aldobrandini, los cuales se hallaban en el destierro voluntariamente.

Ya hemos visto cómo se habían cerrado las dos casas en las que Felipe Strozzi esperaba encontrar asilo.

¿Adónde ir ahora? Un jefe de partido no se pertenece. Si Strozzi caía en manos del duque Alejandro, el partido republicano quedaba sin cabeza, pues Felipe era el todo del partido.

Estaba Felipe Strozzi en lo más intrincado de sus reflexiones, cuando la puerta del convento de la Santa Cruz se abrió dando paso a un fraile dominico que, en dirección al convento de San Marcos, atravesó la plaza y se encaminó a la calle Torcida, en cuya esquina se hallaban Felipe Strozzi y Miguel Tavolaccino.

Al oír el ruido que produjo la puerta del convento al abrirse y sentir rumor de pasos, Felipe Strozzi levantó la cabeza y preguntó a Miguel quién era el que venía.

—Es un fraile dominico, monseñor—respondió Tavolaccino.

—Es preciso que hable con él.

—Y yo también.

En efecto, Strozzi, cual una estatua de piedra, se apartó de la pared y se dirigió hacia el fraile, el cual, al ver que se le acercaba un hombre, se detuvo.

—Perdonad, padre mío — dijo Felipe al dominico; — pero, si no me engaño, pertenecéis al convento de San Marcos.

—Así es — respondió el fraile.

—¿Habéis conocido a Savonarola?

—Soy su discípulo.

—¿Os es grato su recuerdo?

—Su memoria es venerada por mí como la de los santos mártires.

—Padre mío, estoy desterrado: las puertas del asilo con el cual contaba se han cerrado para mí y tengo la

cabeza tasada en diez mil florines de oro. Mi nombre es Felipe Strozzi. Padre mío, en nombre de Savonarola, os pido hospitalidad.

—Sólo tengo mi humilde celda de fraile, hermano mío, pero disponed de ella.

—Padre mío, ved que os acarreo la proscripción, tal vez la muerte.

—Bien llegadas serán, viniendo con el deber.

—Así, pues, padre mío...

—Ya os he dicho que podíais disponer de mi celda. A ella os precedo y en ella os aguardo.

—Esta misma noche llamaré a la puerta del convento.

—Preguntad por fray Leonardo.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Perdonad, padre mío — dijo Miguel deteniendo al fraile en el momento en que éste iba a reanudar su marcha.

—¿Qué queréis, hijo mío? — preguntó el dominico.

Miguel titubeó, pasóse la mano por su frente bañada de sudor, y haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Una de las monjas del convento de la Santa Cruz se llama...?

Detúvose Tavolaccino titubeando de nuevo.

—¿Habéis olvidado su nombre? — preguntó el fraile.

—Antes se me olvidaría el mío — respondió Miguel sonriéndose con tristeza. — Se llama Nella.

—¿Erais, acaso, pariente de la desventurada, o amigo suyo, o simplemente un extraño? — preguntó el dominico.

—Era — dijo Miguel haciendo un llamamiento a todas sus fuerzas, — era... su hermano.

—Pues rogad por ella, que en el cielo se halla — replicó fray Leonardo con solemnidad llena de dulzura.

—¡Cómo! ¡Ha muerto! — exclamó Tavolaccino con voz ahogada.

—Esta mañana — repuso el fraile.

Tavolaccino inclinó la cabeza sobre su pecho cual si el golpe hubiese sido superior a sus fuerzas, pero a poco volvió a levantar la cabeza, y dijo:

—Señor, Señor, sois grande y misericordioso; después de esta agitada vida viene la tranquilidad del cielo; tras el dolor de un día, la bienaventuranza eterna... ¿Me sería dado ver a Nella, Padre mío?

—Sus restos mortales son trasladados esta noche al con-

vento de la Santísima Anunciación, donde pidió que la enterrasen. Al salir del convento, podréis verla.

—¿Saldrá pronto, padre mío?

—Mirad, ya sale.

—Gracias—dijo Miguel besando la mano al fraile.

Este miró nuevamente a Strozzi, le hizo con la mano una seña como para decirle que le aguardaba, y se alejó por la calle Torcida.

En efecto, conforme había dicho fray Lorenzo, las puertas del convento de la Santa Cruz abriéronse de par en par, apareciendo bajo las bóvedas dos largas filas de penitentes con hachones encendidos. Cuatro de los penitentes avanzaban entre las dos siniestras y luminosas filas, llevando en hombros el cuerpo de una joven de diez y nueve a veinte años, la cual reposaba en un ataúd cuajado de flores y coronada de níveas rosas.

La difunta tenía el rostro descubierta, el cual, a pesar de su palidez, demostraba haber sido de maravillosa hermosura.

Miguel Tavolaccino, al ver aparecer el fúnebre cortejo, exhaló un gemido tan profundo y doloroso, que los que conducían a la difunta se detuvieron.

—Hermanos — dijo Miguel, — permitidme rezar una oración.

Tras estas palabras siguió un silencio que a la vez indicaba la admiración y el interés.

—Dejad por un instante en tierra el ataúd — prosiguió Miguel. — ¡Oh, hermanos míos! ese ataúd encierra el único corazón que me ha amado en este mundo, y puesto que ha dejado de latir, querría por última vez darle las gracias por su amor.

Los penitentes dejaron el ataúd en el suelo y se apartaron para que Tavolaccino pudiese acercarse a él.

Este se adelantó, y arrodillándose piadosamente ante el ataúd, se inclinó hasta el cadáver, y dijo:

—¿No es verdad, pobre Nella, que tu agonía fué menos dolorosa que tu existencia? ¿No es verdad que la muerte, a la que algunos tanto temen, es para otros una amiga pálida y fría que nos mece en sus brazos como una madre cariñosa y nos acuesta suavemente en el eterno lecho a que llamamos tumba? ¿No es cierto que en vez de llorar hago bien en mostrarme agradecido al Señor por haberte lla-

mado a sí?... Adiós, pues, Nella, adiós por la postrera vez. Te amaba cuando estabas en la tierra, y ahora que estás en el cielo, sigo amándote más todavía... Adiós, Nella... Viva o muerta, he vuelto para vengarte. Descansa en paz; no tendrás que esperar mucho.

E inclinándose aún más sobre el cadáver, Miguel depositó un beso en la helada frente de la joven; después se levantó y dijo a los presentes:

—Gracias, hermanos míos; podéis restituir ese hermoso lirio a la tierra de la cual ha salido. Todo ha terminado; su cuerpo y su alma los confío en manos del Señor.

Después, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, Miguel fué a arrodillarse al pie del nicho de la Virgen.

Los penitentes cargaron nuevamente con el cuerpo de la joven, y al internarse la fúnebre comitiva en la calle del Diluvio, la plaza quedó otra vez silenciosa y oscura, si no desierta.

Tres personas quedaban en ella; una de ellas era Felipe Strozzi que se apoyaba en los adornos de hierro del pozo Sergio Caporano, otra era Miguel que se hallaba arrodillado ante la Virgen, y la tercera era Mateo que se había quedado frente a la puerta del convento, atraído por la singularidad de un espectáculo, el cual le hizo olvidar por un momento la comisión que su amo le había encomendado.

III

FELIPE STROZZI

También parecía haber olvidado Felipe Strozzi la comisión de que acabamos de hablar, tan conmovido se hallaba por el espectáculo que acababa de presenciar. De modo que cuando Mateo, después de haber sondeado las tinieblas con la mirada, vió una forma humana resaltar sobre la armazón del pozo, en la que conoció a su amo, y se acercó a Felipe Strozzi, éste, en vez de hablarle de su hija, lo primero que le preguntó fué si conocía a la monja cuyo cadáver acababan de llevarse.

—En efecto, la conocía, monseñor —respondió Mateo; —era la hija de mi compadre el viejo Nicolás Lapo, el cardador de lana. Recuerdo que hace uno o dos años cir-

culó por Florencia el rumor de que el duque Alejandro la había hecho robar de casa de su padre, ingresando en un convento pocos días después de su desaparición. Desde entonces, según acaba de decirme uno de los penitentes, la infortunada no cesó de orar y llorar, hasta que esta mañana ha muerto como una santa.

—¡Oh duque Alejandro!—exclamó Felipe,—esta es otra víctima tuya que va a clamar venganza ante el trono del Señor... ¡Quiera Dios que sea la última!

El anciano agitó la cabeza como para apartar de sí los pensamientos extraños a su persona y no entregarse más que a los suyos propios, y volviéndose hacia Mateo, le preguntó con acento menos sombrío y casi sonriéndose:

—¿Has visto a mi hermana?

—En efecto, monseñor, la he visto.

—¿Qué te ha dicho? Vamos, habla pronto. ¿Está buena mi hija?

—A lo menos así lo cree...

—¡Cómo! ¿Que así lo cree?...

—Como habéis supuesto, monseñor, vuestra hermana ha tenido que separarse de la señorita Luisa. Vuestra hermana ya os dirá, cuando os vea, el motivo.

—Pero, entonces, ¿dónde se halla mi hija?

—Está escondida en esta misma plaza, en una casita en la que vive con la anciana Asunción, no habiéndose atrevido a venir vuestra hermana hace quince días, temerosa de que la siguieran.

—¿Y esa casita...?—preguntó Felipe con inquietud.

—Está situada entre la calle de la Cloaca y la del Diluvio.

—¡Entre la calle de la Cloaca y la del Diluvio!—exclamó Felipe, recordando que precisamente era la casita en la que media hora antes había visto entrar un hombre. Te equivocas, Mateo... mi hermana no te ha dado esta dirección.

—Con perdón de Vucencia, la dirección que acabo de dar a monseñor es la que la señora Caponi, temerosa de que se me olvidara, me ha dado por escrito.

—¿Y mi hija vive sola en la casita?—preguntó el anciano Strozzi secándose el sudor que inundaba su rostro.

—Sola con la vieja Asunción.

—¿Sin otra mujer?...

—Sin nadie más.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó Felipe, el cual tuvo que apoyarse en los adornos de hierro del pozo para no caer al suelo.

—¿Qué os pasa, monseñor?—preguntó Mateo.

—Nada—respondió el anciano, a quien las palabras de su enviado habían vuelto en sí;— un vahido. Ve a la plaza de San Marcos, y espérame frente al convento de dominicos; dentro de un cuarto de hora estoy contigo.

—Sin embargo, monseñor...—objetó Mateo, comprendiendo que algo extraordinario le sucedía a su amo.

—Ve, Mateo, ve—repitió Felipe con tanta dulzura y tristeza, que el anciano servidor se alejó sin intentar más resistencia.

Entonces Felipe Strozzi se dirigió hacia la casita con paso cauteloso, resuelto a derribar la puerta si no la abrían; pero al instante en que adelantaba la mano para coger la aldaba, la puerta giró como por encanto sobre sus goznes, dando paso a un enmascarado que, antes de que hubiese tenido tiempo de retroceder, se sintió cogido por el cuello de su jubón.

—¿Qué quieres?—preguntó el enmascarado.

—¿Quién eres?—dijo a su vez Felipe Strozzi.

—¿Qué te importa?—respondió el del antifaz haciendo esfuerzos para desasirse de la férrea mano de Felipe.

—De tal suerte me importa—exclamó el anciano arrastrando al desconocido hasta el centro de la calle,—que quiero saberlo inmediatamente.

Y acompañando estas palabras de un movimiento tan rápido que el desconocido ni siquiera pudo preverlo, Strozzi le arrancó el antifaz.

Como para secundar los deseos del ultrajado padre, la luna pasó entre dos nubes y proyectó un rayo de luz sobre la plaza de la Santa Cruz.

Los contendientes se miraron mutuamente, y al conocerse, lanzaron ambos una exclamación de sorpresa.

—¡Felipe Strozzi!—exclamó el joven.

—¡Lorencito!—dijo el anciano.

—¡Felipe Strozzi!—repitió el joven con un acento de terror que no pudo reprimir.— ¡Oh desventurado! ¿Qué vienes a hacer en Florencia? ¿Ignoras, acaso, desgraciado, que tu cabeza está puesta a precio?

—Vengo a pedir cuenta al duque de la libertad de Florencia, y a ti de la honra de mi hija...

—Si no hubieses venido más que para lo último, fácil era el remedio, mi querido tío; porque la honra de tu hija está tan entera como si su celosa madre se la hubiese llevado con ella en su sepultura.

—¿Sales de casa de mi hija a las dos de la madrugada, y dices que Luisa es aún digna de mí?... ¡Mientes!

—¡Pobre Felipe! El destierro y la desventura han hecho que perdieses la memoria—dijo Lorencito con acento zumbón.—Pero dime, ¿has olvidado que casaste con Julia Sodarini, hermana de mi madre? ¿Que Luisa y yo estábamos prometido sel uno al otro? ¿Que tu santa mujer, cuando vivía, me trataba igual que a sus hijos Pedro y Tomás? ¿Qué hay, pues, de extraño en que siga amando a Luisa y que ella continúe amándome, cuando tú mismo aprobabas nuestro amor?

—Es verdad—exclamó Strozzi pasándose la mano por la frente,—se me había olvidado todo eso; pero no temas, haciendo un esfuerzo iré acordándome de todo... ¿No lo dije? Empiezo a recordar... Escucha... Sí, eres mi sobrino, y mi mujer y yo os destinábamos uno a otro, y te tratábamos como a nuestros hijos. Pues bien, Lorencito, ha llegado el momento; tienes veinticinco años y Luisa diez y seis. Yo proscrito y ella aislada, necesita que alguien la ame como padre, como esposo. Lo único que la tiranía y el destierro no me han arrebatado todavía es ella, como ella es el único ángel que por mí ruega en la tierra... Pues bien, yo, pobre proscrito, te doy mi único ángel, mi única esperanza... Cásate con Luisa, procura hacerla dichosa, y sea cual fuere el precio del tesoro que te doy, no sólo creeré que estamos en paz, sino que te soy deudor todavía.

Lorencito escuchaba con visible emoción al anciano; pero al oír que éste le ofrecía la mano de su hija, se hizo un paso atrás, y, tambaleándose, se apoyó en una de las pilastras que sostenían el balcón. Por fin, cuando Strozzi acabó de hablar, guardó un instante de silencio, como si las palabras que iba a pronunciar se resistiesen a pasar por su garganta, y respondió con voz sorda:

—Sabes perfectamente, Strozzi, que si lo que me propones era posible antes y tal vez vuelva a serlo en lo porvenir, en la actualidad es imposible.

—¡Oh! De antemano sabía lo que me ibas a responder —exclamó Felipe.—Y dime, ¿por qué es imposible en la actualidad? Dios me da paciencia para escucharte, y te escucho...

—Pero, ¿cómo quieres que yo, confidente y amigo del duque Alejandro, me case con la hija del hombre que desde hace tres años conspira abiertamente contra él; que desde que ocupa el trono, es decir, desde hace próximamente seis años, ha intentado dos veces hacerlo asesinar, y que, desterrado de Florencia y puesta a precio su cabeza, vuelve esta noche a ella para intentar probablemente alguna locura del mismo género? Porque yo llamo locura a toda tentativa de conspiración que aborta; triunfa, y entonces daré el nombre de sabiduría a lo que llamo ahora locura. ¡Casarme yo con tu hija! ¡Casarme con Luisa Strozzi!... ¡Necesitaría estar loco!

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Felipe,—¿qué me tienes reservado?... Sin embargo, lo tendré todo presente.—Y dirigiéndose al joven, añadió:—No hace mucho que has invocado mi memoria, y ya has visto que me ha sido fiel; deja que a mi vez invoque la tuya.

—Te advierto que muchas cosas las he olvidado, Strozzi.

—Sin embargo, debes acordarte de algunas, como, por ejemplo, de los consejos que te daba tu padre cuando eras adolescente, y de las promesas que, siendo joven, hiciste a tu patria.

—Continúa, luego te contestaré.

—Lorenzo—siguió diciendo el anciano,—¿es posible que hayas cambiado hasta el extremo de que no quede en ti nada de lo que fuiste? ¿Que lo presente haya disipado tan pronto las promesas de lo pasado? ¿Es posible que el admirador de Savonarola se haya convertido en tercero y en adúlador de un Médicis... bastardo?

—Continúa, continúa—repitió el joven;—tomo nota de todas tus palabras para responder a ellas.

—¿Es posible—prosiguió Strozzi,—que quien a los diez y nueve años compuso la tragedia *Bruto*, cinco años más tarde desempeñe el papel de Narciso en la *carte de Nerón*?...

—O de Otón.

—No, eso no es posible, ¿verdad?

—Sí que lo es—contestó con amargura el joven.—
—Todo lo que has dicho es cierto... Mas ya que desenterramos lo pasado, deja que a mi vez me explique... ¿Quién ha oprimido a Florencia? Clemente VII. ¿Quién por dos veces se os ha ofrecido para asesinar a Clemente VII, pese a ser papa y a llamarse mi protector? Yo... ¿Quién no ha querido escucharme, diciéndome: «Mata, pero te dejamos toda la responsabilidad del crimen?» Vosotros... Cuando Florencia se rindió después de ser sitiada; cuando todos convinieron en que sólo un Médicis podía imperar en ella, ¿quién os dijo: «Yo soy hijo de Pedro Francisco de Médicis, dos veces sobrino de Lorenzo, hermano de Cosme, hijo de María Sodarini, mujer de sabiduría y prudencia ejemplares, y os juro por mi honor que la república será restablecida?» ¡Yo!... Y por quien soy que la habría restablecido. Pero no... Vosotros preferisteis el hijo de una morisca, un bastardo de la rama primogénita; y digo de la rama primogénita porque ni vosotros, ni su misma madre, sabéis de quién es hijo Alejandro, si de Lorenzo de Urbino, de Clemente VII o de un muletero. Fué preferido por vosotros, vosotros lo elegisteis, le hicisteis la corte, tú el primero, Strozzi, abandonándome a mí que nada teníais que echarme en rostro.

Lorenzo miró un momento a Felipe, y después continuó:

—Como yo era endeble y afeminado, me llamasteis, unos, Lorencito, y otros, Lorenzuelo; hicisteis correr la voz de que yo había tenido torpes complacencias con Clemente VII, y no pudiendo decir más de mí, me calumnias-teis. Para que vosotros os separaseis del duque Alejandro, fué preciso que el primer gonfaloniero, Carducci, que Bernardo Castiglione y otros cuatro magistrados, muriesen decapitados; que el segundo gonfaloniero, Rafael Girolami, fuese encerrado en la ciudadela de Pisa, donde pereció envenenado; que el predicador Benito de Forano fuese entregado a Clemente VII, que lo sepultó en el castillo de Sant'Angelo, donde el hambre acabó con él; que el hermano Zacarías, que, bajo el disfraz de campesino, lograra evadirse, muriese en Perugia no se sabe cómo, pero después de haberse postrado de hinojos a los pies del papa. Ha sido preciso que ciento cincuenta de los más dignos e ilustres hijos de Florencia saliesen desterrados de la ciu-

dad; que se encargase a doce ciudadanos, y tú entre ellos, la reorganización del Estado de Florencia, pues ya nadie se acordaba de la república de Florencia... Fué también preciso que la junta de los Doce diese al traste con el gonfaloniero de justicia y con la *Señoría*, y prohibiese restablecer en lo sucesivo la magistratura que por espacio de doscientos cincuenta años había administrado con tanta gloria. Asimismo fué preciso que el nuevo duque se rodease de soldados extranjeros y nombrase a un extranjero también, Alejandro Vitelli, jefe de aquéllos, y al traidor Guicciardini gobernador de Bolonia. Del mismo modo ha sido menester que el duque, de acuerdo con el papa, envenenara en Itri al cardenal Hipólito de Médicis, su hermano mayor; que se casase con la hija de Carlos V, Margarita de Austria, y que, no obstante este matrimonio, continuara en sus escándalos y deshonorara los conventos más santos y las familias más nobles de Florencia... Entonces, cuando vi que únicamente se prosperaba por el camino de la bajeza, de la lisonja y de la corrupción; cuando vi que todo espíritu recto, todo corazón noble era olvidado o menospreciado, regresé a Florencia y me hice cortesano, esclavo, amigo y compañero de orgía del duque Alejandro; y si no he logrado ser el primero en gloria, me he convertido en el segundo en oprobio... ¿No calculé bien?

— ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¿Será cierto lo que algunos dicen en voz baja? — exclamó Strozzi asiendo al joven por un brazo y esforzándose en leer en sus ojos a pesar de la obscuridad.

— ¿Qué dicen *algunos*? — preguntó Lorenzo.

— Dicen que, como el primer Bruto, te finges tonto, pero que, como él, cada noche besas la tierra, nuestra madre común, pidiendo a tu patria que te perdone la apariencia en gracia a la realidad... Pues bien, Lorenzo; si así es, la hora de arrojar la máscara, de trocar los atributos del bufón por el puñal del republicano, ha llegado. Aun hay corona para Harmodio y palmas para Aristogitón... Pero el tiempo apremia: si quieres tomar parte en la grandiosa obra que se está preparando, date prisa, pues pasado mañana, quizá mañana mismo, sería demasiado tarde. Para ser nuevamente Lorenzo, te queda mucho que hacer... Pues bien, yo asumo toda la responsabilidad de tu pasado, y lo convierto en aureola para lo venidero; te

abro nuestras filas, te dejo el sitio que ocupo. Somos trescientos que hemos jurado libertar a Florencia o morir en la demanda; ponte a nuestra cabeza, sé nuestro jefe, gufanos, y yo seré el primero en dar a los demás el ejemplo de la obediencia.

—¿Sabes que se te ha ocurrido una idea maravillosa, Strozzi?— exclamó Lorenzo prorrumpiendo en una ruidosa carcajada.—¿Es a mí, rey de la fiesta, príncipe de los días alegres y de las noches de locura, a quien vienes a proponer la jefatura de una conspiración sombría, tramada en las tinieblas a semejanza de la de Catilina, con juramentos mutuos hechos sobre un puñal, y sangre bebida en una misma copa?... ¡Bah!... Cuando esté bastante loco para meterme en una conspiración, lo haré de una manera menos triste y formal, haré lo que Fiesco, por ejemplo, exceptuando la coraza, para no ahogarme si caigo en el agua. Además, ¡como los que se exponen por tu magnífica república florentina son tan bien recompensados! ¡Como es una madre tan cariñosa para sus hijos, una amante tan fiel a sus amadores!... Rival de Atenas, de todo se ha sentido celosa, aun de la ingratitud de su modelo para con sus más ilustres ciudadanos. Contemos los que su Báratra se ha tragado, sin que, como el golfo de Decio, se cerrase sobre su abnegación... En primer lugar los Pazzi, que previendo lo futuro, quisieron cortar el mal en su raíz, y a quienes dejasteis vosotros que los ahorcaran del balcón del Palacio Antiguo... Savonarola, el Licurgo cristiano, que se empeñó en daros una república comparada con la que Platón había soñado, era una escuela de escándalo y de corrupción, y al que dejasteis quemar en la plaza del palacio de la *Señoría*; y, finalmente, Dante de Castiglione, romano del tiempo de los Gracos, extraviado en medio de nuestra edad moderna, el cual fué envenenado en Itri con consentimiento vuestro... Soga, pira, veneno, he ahí lo que Florencia, vuestra magnífica Florencia reserva a los que por ella se sacrifican... Gracias... No, Felipe, lo mejor es no conspirar, créeme; pero de hacerlo, es preciso que lo hagas solo, sin que lo sepa ni siquiera tu gorro de dormir, sin que tu mano izquierda se entere; conspira sin auxilio de amigo alguno, sin confidentes; únicamente de este modo, si no sueñas en voz alta, tendrás algunas probabilidades de conseguir lo que te propusieres. ¡Dices

que te substituya, que sea vuestro jefe, que coseche para mí sólo la honra de la empresa... ¿Quieres que te diga, insensato, de qué modo terminará tu conspiración? Antes de veinticuatro horas estaréis todos en la cárcel. Acabáis de entrar en Florencia, apenas hace dos horas que habéis atravesado sus puertas, y ya uno de los vuestros está muerto, y otro herido, y han circulado las órdenes para que se os prenda a todos. Créeme, Felipe; sigue un buen consejo... un loco a veces acierta a darlos: vuelve sobre tus pasos, sal por la puerta que te ha dado entrada, enciértrate en tu fortaleza de Montereccione, baja los rastrillos, alza los puentes levadizos, y espera...

—¿Y qué quieres que espere?

—¡Qué sé yo!... Tal vez un día, una tarde, una noche, cuando menos lo esperes, oigas estas palabras libertadoras: «¡El duque Alejandro ha muerto!»

—Estoy de desgracia—exclamó Strozzi.—Contaba pedirte tres cosas, de las cuales ya me has negado dos; sin embargo, confío en que me concederás la tercera.

—Si es más cuerda que las dos primeras, de todo corazón.

—La última que te pido—dijo Strozzi desenvainando su acero,—es que sin demora me des satisfacción de tus ofensas, de tu negativa y de tus consejos.

—Lo que es ahora, pobre amigo mío, estás loco de remate—exclamó el joven.—¿Es a mí, a Lorencito, a quien propones un duelo? ¿Acaso me bato yo? ¿No es cosa convenida, declarada y reconocida que no tengo fuerza para levantar una espada y que al ver una gota de sangre me desmayo? ¿Ignoras, acaso, que soy muy cobarde? Creía que era más conocido desde que Florencia pregona mi panegírico a toda Italia y ésta al mundo entero... Gracias, Strozzi; has titubeado entre Florencia y yo, y únicamente tú podías concederme semejante honor.

—Tienes razón—exclamó el anciano,—eres un infame, un cobarde, y eres indigno de morir a manos de un hombre como yo... ¡Vete! Ya nada te pido... ¡Vete! y que jamás oiga hablar de ti... ¡Vete! Ya nada espero de ti, únicamente espero en Dios... ¡Vete!

—En hora buena—replicó Lorenzo sonriéndose;—por fin has entrado en razón... Adiós, Strozzi,

—¡Adiós!—dijo Felipe.

El joven se alejó por la calle del Diluvio, y poco después desaparecía en la obscuridad.

Strozzi miró a su alrededor como si buscase a alguien. Miguel, concluida su oración, estaba en pie en la esquina de la calle de la Cloaca.

— ¡Miguel! ¡Miguel! — llamó el anciano.

— Aquí estoy, monseñor — respondió Miguel presentándose ante Strozzi.

— ¿Ves aquel hombre que se va... allá a bajo?

— Sí, monseñor.

— Pues bien, si aquel hombre vive aún mañana por la mañana, por la tarde estaremos perdidos. Está enterado de todo...

— ¿Cuál es su nombre?

— Lorencito.

— ¡Lorencito! — exclamó Miguel; — ¿el favorito del duque? Estad tranquilo, señor, morirá.

— Perfectamente... Vete, y no vuelvas a presentarte ante mí sino para decirme que ha dejado de existir.

Y dichas estas palabras, el anciano indicó a su esbirro que podía marcharse.

Miguel se alejó.

Strozzi, al quedar solo, acercóse apresuradamente y con el acero desenvainado a la casita, e iba a empujar la entreabierta puerta como para entrar; pero cambiado rápidamente de resolución, en vez de empujar la puerta, la cerró, murmurando entre dientes:

— No, esta noche no... mañana; hoy, la mataría.

Y se alejó a su vez, internándose en el dédalo de calles que se cruzan entre la plaza de la Santa Cruz y la de las Damas.

IV

EL PALACIO RICCARDI

Ahora, amable lector, suplicote que descendas del globo aerostático a que te he hecho subir, y que, siguiéndome por la calle Ancha, entres conmigo en el palacio de Cosme *el Viejo*, conocido en la actualidad con el nombre de palacio Riccardi.

Digamos dos palabras acerca del que hizo construir

tan suntuosa morada, y otras dos respecto del gran linaje de los Médicis, dividido en dos ramas, la primogénita y la segunda, las cuales sólo tenían en Florencia tres representantes.

La rama primogénita estaba representada por el duque Alejandro VI, hijo de aquel Julio II de quien Miguel Ángel esculpió el busto conocido bajo el nombre de *El Pensativo*, o de Clemente VII, o de un muletero, pues ya hemos dicho que ni su madre misma, cortesana morisca, sabía de quién era hijo Alejandro.

Representaban la segunda rama, Lorencito, que hemos presentado a nuestros lectores en el capítulo anterior, y Cosme, que sucedió luego a Alejandro bajo el nombre de Cosme I, y al que la historia apellida el Tiberio florentino.

Comencemos por Cosme, aunque invirtamos el orden de primogenitura, pues nos será más cómodo acabar por Lorenzo.

Pero hablemos primero del palacio Riccardi y de quien lo construyó, es decir, de Cosme *el Viejo*, a quien Florencia desterró dos veces y acabó por llamarle *Padre de la patria*.

Cosme era hijo de un Juan de Médicis, acerca del cual Maquiavelo dijo lo siguiente:

«Juan de Médicis fué misericordioso en todo. No sólo hacía limosna a cuantos se la pedían, sino que socorría las necesidades de los que no se la pedían. A sus conciudadanos les quería a todos por un igual, ensalzando a los buenos y compadeciendo a los malos. Jamás solicitó honores, y los tuvo todos; jamás fué a palacio sin que lo llamasen, y a él era llamado para todos los asuntos importantes. Acordábase de los hombres en su desgracia, y les ayudaba a sobrellevar su prosperidad. En medio de la rapiña universal, jamás tomó su parte de los bienes del Estado; y si puso la mano en el tesoro público, fué para aumentarlo. Afable con todos los magistrados, el cielo le dió en elocuencia lo que le negó en sabiduría, y aunque a primera vista parecía melancólico, pronto se echaba de ver que era expansivo y alegre.»

Aquel gran ciudadano, padre de Cosme y de Lorenzo *el Viejo*, fué elegido dos veces *preciso*, una gonfaloniero, otra de los Diez de la guerra, y, además, embajador en las cortes de Ladislao, rey de Hungría, del papa Alejan-

dro V, y en la república de Génova; llevó a feliz terminación cuantas comisiones se le encargaron, y fué tan prudente y leal en el manejo de tan arduos asuntos, que logró ver acrecentado su poder ante los grandes y su popularidad entre los humildes.

Juan de Médicis murió a fines de febrero de 1428, enterrándose su cadáver en la basílica de San Lorenzo, una de las obras maestras de Felipe Brunelleschi, que treinta años más tarde debía inmortalizarse con la cúpula de Florencia.

Tres mil florines de oro costaron a Cosme y Lorenzo los funerales de Juan, cuyo cadáver fué acompañado hasta su última morada por veintiocho parientes y cuantos embajadores se hallaban a la sazón en Florencia.

Ya hemos dicho, y lo repetimos para mayor inteligencia de lo que vamos a relatar, que a partir desde Cosme y Lorenzo, hijos de Juan, se opera en la genealogía de los Médicis la gran división que prepara protectores a las artes y soberanos a Toscana.

La rama primogénita, gloriosa en tiempo de la República, sigue prosperando con Cosme *el Viejo*, y de ella salen Lorenzo *el Magnífico* y el duque Alejandro. La rama segunda se aparta de la primogénita, y gloriosa en la guerra y en el principado, da vida a Juan de las Bandas Negras y a Cosme I.

Cosme *el Viejo* nació en una de esas épocas felices en que en una nación todo tiende a desenvolverse a la vez, y en que al hombre de inteligencia privilegiada le es fácil encontrar la manera de engrandecerse. Con él nació la brillante era de la república florentina; las artes brotaban de todas partes: sus iglesias eran construídas por Brunelleschi, sus estatuas las esculpía Donatello, sus pórticos eran labrados por Orcagna, y sus capillas pintadas por Masaccio; y al paso que las artes, avanzaba la prosperidad pública, convirtiendo la Toscana, situada entre la Lombardía, los Estados Pontificios y la república veneciana, no sólo en la nación más poderosa, sino también en la más feliz de Italia.

Nacido inmensamente rico, Cosme casi duplicó sus riquezas, de modo que, sin ser más que ciudadano, adquirió poderoso influjo. Colocado fuera del Gobierno, jamás le atacó, pero tampoco le halagó. Si aquél llevaba buen ca-



mino, limitábase a decir: «Bien», y si se desviaba de la buena senda, decía: «Mal»; aprobación o desaprobación que asumían capital importancia.

De modo que, si Cosme no era aún el jefe del Gobierno, era su censor, que aun es más, por lo que no será difícil comprender la terrible tempestad que contra semejante hombre debía acumularse secretamente. Cosme la veía iniciarse y la oía rugir; pero entregado en cuerpo y alma a la gran labor que ocultaba sus grandes proyectos, ni siquiera volvía los ojos hacia el sitio en que la tormenta se formaba. Al contrario, en medio del mayor sosiego hacía dar la última mano a la capilla de San Lorenzo, que su padre había comenzado, construir la iglesia del convento de Dominicos de San Marcos y el Monasterio de San Frediano, y, finalmente, echar los cimientos del hermoso palacio de la calle Ancha, en el cual nos hallamos. Lo único que Cosme hacía, cuando sus enemigos le amenazaban demasiado abiertamente, era trasladarse a Mugello, cuna de su familia, haciendo construir, para matar sus ocios, los conventos de Bosco y de San Francisco; después regresaba a la ciudad so pretexto de dar una mirada a su capilla del noviciado de los padres de la Santa Cruz y del convento de los Angeles de los Camaldulenses; y cuando era nuevamente amenazado, abandonaba otra vez la ciudad, para ir a apresurar las obras de sus quintas de Careggi, Caffagiolo, Fresoti y Trebbio, fundaba en Jerusalén un hospital para los peregrinos pobres, volviendo a Florencia para ver en qué estado se hallaba su hermoso palacio de la calle Ancha.

La construcción de aquella multitud de edificios que a un tiempo brotaban de la tierra, ocupaba a un considerable número de peones, albañiles y arquitectos, y absorbía quinientos mil escudos, sin que el fastuoso ciudadano pareciese, poco ni mucho, empobrecido con aquel gasto inacabable.

Y es que realmente Cosme estaba más rico que muchos de los reyes de aquel entonces. Había heredado de su padre unos cuatro millones en metálico y ocho o diez millones en papel; y él, haciendo trabajar aquel capital, lo había casi quintuplicado.

En diferentes plazas de Europa, tanto en nombre propio como en el de sus agentes, Cosme tenía diez y seis ca-

sas de Banca en plena actividad, y en Florencia no había quien no le debiese alguna cantidad, pues su bolsa estaba abierta para todos.

Por eso, al llegar para Cosme la hora de la verdadera proscripción, cuando, desterrado por Renato de Albizzi y por diez años a Savona, salió de Florencia con su familia y sus criados en la noche del 3 de octubre de 1433, a la capital de Toscana le pareció que acababan de arrancarle el corazón. A su partida, pareció que el dinero, sangre comercial de los pueblos, se había agotado; todas las inmensas obras por él comenzadas se paralizaron: quintas, palacios, iglesias, apenas salidos de la tierra, medio construídos o no acabados aún, ofrecían el aspecto de otras tantas ruinas que indicaban que por la ciudad había pasado una gran desventura.

Los obreros se reunían pidiendo trabajo ante las paralizadas obras; los grupos presentábanse cada día más numerosos, más hambrientos, más amenazadores; y Cosme, entretanto, fiel a su sistema de conducirlo todo con un hilo de oro, reclamaba a sus deudores, pero suavemente y sin amenazas, como amigo que está necesitado y no como impaciente acreedor, las cantidades que había prestado, diciendo que únicamente el destierro le obligaba a hacer tales peticiones, que, de haberse quedado en Florencia para cuidar de su inmenso negocio, no habría hecho tan pronto tales peticiones.

Cogidos de improviso, la mayoría no pudieron reembolsar, y los que pagaron fué a costa de sacrificios; de modo que, uniéndose los ciudadanos al descontento de los obreros, Cosme fué llamado a los quince meses, gracias a un cambio político que diera el poder a la democracia.

Pero Cosme se hallaba, por su representación social y sus riquezas, demasiado por encima de los que lo elevaban para que, durante bastante tiempo, los mirara no sólo como a iguales, sino ni siquiera como ciudadanos.

Florencia, que siempre se había pertenecido a sí misma, desde el regreso de Cosme iba a convertirse en propiedad de una familia que, tres veces desterrada, debía regresar otras tantas, trayéndole la primera vez cadenas de oro, la segunda de plata y la tercera de hierro.

Cosme entró nuevamente en Florencia en medio de fiestas e iluminaciones, y el día mismo de su entrada, re-

anudó su comercio, sus construcciones y sus agios, dejando a sus secuaces el cuidado de ejecutar sus venganzas.

Los destierros y suplicios fueron tantos y en tal número, sin que, en la apariencia, Cosme tomase parte en ellos, que uno de sus amigos, que adivinara la mano invisible que hacía escribir el ostracismo y mover el hacha, fué a verlo un día para decirle que, de seguir aquella marcha, acabaría por despoblar la ciudad.

El amigo encontró a Cosme sentado frente a su mesa de trabajo, echando un cálculo de cambio. Cosme levantó la cabeza, y sin soltar la pluma contestó a su amigo, sonriéndose ligeramente:

—Prefiero despoblarla a perderla nuevamente.

Dichas estas palabras el inflexible aritmético continuó sus cálculos.

De este modo envejeció Cosme, rico, poderoso y honrado, pero herido en el seno de su familia por la mano de Dios; que de su numerosa prole, sólo le dejó un hijo. Quebrantado, impotente, hacía conducir a las espaciosas salas de su inmenso palacio para contemplar las esculturas, los dorados y los frescos, y moviendo a uno y otro lado la cabeza, decía con amargura:

—¡Ay! Es demasiado grande la casa para una familia tan reducida.

En efecto, el único heredero del apellido, del poder y de las riquezas de Cosme, fué Pedro de Médicis, el cual, colocado entre Cosme *el Padre de la Patria* y Lorenzo *el Magnífico*, obtuvo el sobrenombre de Pedro *el Gotoso*.

El palacio Riccardi, refugio de los sabios griegos expulsados de Constantinopla, cuna del renacimiento de las artes, asiento hoy de la academia de la Crusca, había sido habitado sucesivamente por Pedro *el Gotoso* y Lorenzo *el Magnífico*, que se retiró a él después de la conspiración de los Pazzi, de la que había escapado tan milagrosamente, y lo legó, con su inmensa colección de piedras preciosas, camafeos antiguos, armas riquísimas y manuscritos originales, a otro Pedro que no se llamó *el Gotoso*, sino Pedro *el Cobarde*, Pedro *el Necio*, Pedro *el Fatuo*. Este fué quien abrió las puertas de Florencia a Carlos VIII y le entregó las llaves de Sarzana, Piedra Santa, Pisa, Librafata y Liorna, comprometiéndose, además, a que la república le pagara doscientos mil florines.

En una palabra, de aquel gigantesco tronco habían salido tan robustas ramas, que su savia empezaba a agotarse. En efecto, muerto Lorenzo II, padre de Catalina de Médicis, de la sangre de Cosme *el Viejo* sólo quedó Hipólito, bastardo de Julio II, que fué cardenal y pereció envenenado en Itri; Julio, bastardo de Julián *el Viejo*, à quien los Pazzi asesinaron en la catedral de Santa María de las Flores, y que fué Clemente VII; y por último, Alejandro, bastardo de Clemente VII, o de un muletero, que fué nombrado duque de Toscana, y al que hemos visto ya *actuar*, en una de sus correrías familiares en la plaza de la Santa Cruz.

¿Cómo llegó Alejandro al poder soberano? Vamos a explicarlo ahora.

Al ocupar el solio pontificio, Clemente VII puso los ojos en sus sobrinos Hipólito y Alejandro, y con tanto mayor motivo, cuanto que este último, reconocido ostensiblemente por hijo de Lorenzo II, pasaba por serlo de Clemente VII cuando éste solamente era caballero de Rodas.

Lo primero, pues, que Clemente VII hizo, fué aplicar todo su poder a sostener los restos ilegítimos de la rama primogénita en la elevada jerarquía que siempre habían ocupado los Médicis en Florencia.

Desgraciadamente había formado Clemente VII una alianza con Francia, la cual fué causa del saqueo de Roma por los españoles conducidos por el condestable de Borbón, y del aprisionamiento del papa. Pero Clemente VII, que era hombre que sabía salir bien de todos los apuros, vendió siete capelos, dió en rehenes cinco cardenales, y finalmente, obtuvo el dinero necesario para su rescate.

Mediante estas garantías, concedieron un poco más de libertad a Clemente VII, de la cual se aprovechó para huir de Roma disfrazado de lacayo y trasladarse a Orvieto.

Ahora bien, los florentinos, que por tercera vez habían expulsado a los Médicis, creyeron que podían dormir tranquilos al ver triunfante a Carlos V y fugitivo al soberano pontífice; pero el interés puede unir lo por él dividido. Carlos V, proclamado emperador en 1519, no había sido todavía coronado por el papa, solemnidad que, en el momento del cisma de Lutero, Zuinglio y Enrique VIII, era

de suma importancia para los proyectos de su Majestad Católica. Convinieron, pues, la corona y la tiara, que Clemente VII consagraría al emperador, pero que el emperador se apoderaría de Florencia, para luego darla al bastardo Alejandro, a quien casaría con su hija bastarda, Margarita de Austria. Respecto de los intereses de seis millones de hombres, nada se habló; porque, ¿qué significa el bienestar de un pueblo ante el bastardo de un papa y la bastarda de un emperador?

El pacto fué cumplido. Carlos V se apoderó de Florencia, en la que entronizó al duque Alejandro, casándolo después con su hija el 28 de febrero de 1535.

Ya hemos visto cómo imperaba sobre Florencia, hacía cinco años, el duque Alejandro. Lo único que había, era que Clemente VII hacía dos que había fallecido.

Al mismo tiempo que el representante de la rama primogénita, vivían como ya hemos dicho, dos miembros de la rama segunda de los Médicis: Lorencito y Cosme, este último de diez y siete años de edad, e hijo de Juan de las Bandas Negras, uno de los capitanes más famosos de Italia, y respectó del cual no estará fuera de lugar que digamos dos palabras.

El mencionado Juan era hijo de otro Juan de Médicis y de Catalina, hija de Galeazzo, duque de Milán. Su padre murió siendo joven todavía, y su madre, viuda en sus más floridos años, cambió el nombre del hijo, que se llamaba Luis, en Juan, para hacer revivir en lo posible en el hijo al esposo muerto.

Sin embargo, le asaltaron tales temores por aquel hijo tan amado, que le puso los vestidos de su hija, y lo mismo que Tetis escondiera a Aquiles en la corte de Deidamio, ella lo tuvo oculto en el monasterio de Annalena.

Pero el Destino no se dejó engañar ni por la diosa ni por la mujer. Los niños estaban destinados a ser héroes y a morir jóvenes.

Cuando Juan cumplió los doce años no hubo más remedio que sacarlo del monasterio en que estaba escondido, pues sus palabras y sus ademanes desmentían cada vez más abiertamente sus vestidos.

Volvió, pues, Juan a la casa materna, e hizo sus primeras armas en Lombardía, donde siendo aún muy joven conquistó el sobrenombre de *Invencible*, gracias a lo

cual no tardó en ser nombrado capitán de la república.

Acababa de regresar de Lombardía como capitán de la Liga por el rey de Francia, cuando, cerca de Borgoforte fué herido por un falconete en una rodilla, pero tan gravemente, que fué preciso amputarle el muslo.

Como era de noche, Juan quiso sostener él mismo la antorcha para alumbrar a los cirujanos, y la sostuvo hasta que se terminó la operación sin que su mano hubiese temblado para hacer vacilar la llama. Pero, fuese que la herida era mortal, o que la operación no estuviese bien hecha, es lo cierto que al día siguiente y a la edad de veintinueve años dejó de existir.

Tan hondamente amaban a Juan sus soldados, que cuando murió vistieron todos de luto con el firme propósito de no quitárselo más. De aquí viene el sobrenombre de las Bandas Negras, bajo el cual pasó aquél a la posteridad.

Su hijo Cosme no sólo había vivido apartado de la política, sino hasta de la ciudad. Habitaba en su palacio de Trebbio, donde su madre, que le adoraba, puso todo su empeño en hacer olvidar que existía.

Por otra parte, la rama segunda tenía un primogénito, Lorenzo, al cual y bajo el nombre de Lorencito, hemos presentado a nuestros lectores al principio de este relato.

Lorenzo, nacido el 23 de marzo de 1514, era hijo de Pedro Francisco de Médicis, dos veces sobrino de Lorenzo, hermano de Cosme y de María Sodarini, cuyo nombre ya hemos pronunciado anteriormente.

Al perder a su padre, que, como sucedía hacía mucho tiempo en aquella familia, murió joven, Lorenzo contaba apenas nueve años. Su primera educación estuvo, pues, al cuidado de su madre, hasta que, a los doce años, se hizo cargo del joven su tío Felipe Strozzi, bajo cuya tutela se desenvolvió su singular carácter, compuesto extraño de burla y duda, inquietud y descreimiento, deseo y ambición, humildad y altivez. Hasta los diez y ocho años, sus mejores amigos no le vieron dos veces seguidas con el mismo semblante. Sin embargo, de aquel conjunto de elementos opuestos, emanaba de vez en cuando un ardiente anhelo de gloria, tanto más inesperado, cuanto que partía de un cuerpo tan endeble y femenino. Sus amigos más íntimos

no le habían visto jamás llorar ni reír, pero sí oído sempiternamente murmurar y burlarse del prójimo. En tales casos, su rostro, más lleno de gracia que de hermosura, pues era moreno y melancólico, tomaba una expresión tan terrible, que, por momentánea que fuese, asustaba a los más animosos.

Lorenzo había inspirado a Clemente VII tal simpatía, que, a los quince años, el papa lo llamó a Roma. Entonces fué cuando Lorenzo ofreció a los florentinos asesinar al papa, lo cual asustó tanto a los republicanos, por venir el ofrecimiento por parte de un niño, que respondieron negativamente.

Lorenzo, al recibir esta respuesta, volvió a Florencia y empezó a hacer la corte a Alejandro con tanta destreza y humildad, que se convirtió en su amigo único y esto, mientras componía, pese a las burlas que frecuentemente le acarreaba su obra, una tragedia sobre la vida de Bruto que había hecho representar dos veces.

Alejandro, por su parte, había puesto en Lorenzo toda su confianza, y prueba de ello era que, en todas sus intrigas galantes, le hacía tercero: cualquiera que fuese el deseo del duque, ya picase en lo más encumbrado, ya descendiese a lo más humilde, ora persiguiese a una beldad profana, ora entrase en algún santo monasterio, ya pretendiese alcanzar el amor de alguna esposa adúltera o el de una casta doncella, Lorenzo, que después del duque era el hombre más poderoso y al que más detestaba Florencia, se encargaba de emprender el asunto y llevarlo a feliz terminación.

Así, pues, nuestros lectores no se maravillarán, después de habernos seguido en esta excursión histórica, de ver juntos, al entrar con nosotros en el palacio habitado por el duque, a Alejandro de Médicis y a su favorito Lorenzo en la misma habitación.

V

LAS SOSPECHAS DEL «HÚNGARO»

Lorenzo habíase separado del duque la noche anterior antes de entrar en su palacio, pero, al día siguiente, en la imposibilidad de pasar más tiempo separado de su amigo, envió al *Húngaro* en su busca.

Como siempre, Lorenzo se apresuró a obedecer las órdenes del duque, recomendando al mismo tiempo que, en el caso de que fuesen algunos comediantes a su casa, lo fuesen a buscar.

Por lo demás, era tanta la amistad del duque para con Lorenzo, que aquél no quiso en manera alguna que éste viviese separado de él; de modo que le hizo disponer una casa contigua al palacio, situada donde hoy lo están las caballerizas del palacio Riccardi. Es más; el duque aun quiso abrir una puerta de comunicación entre su vivienda y la de Lorenzo; pero éste se opuso rotundamente, diciendo que una vez abierta aquella comunicación, Alejandro estaría siempre en su casa, y que, por lo tanto, él no se vería nunca libre.

El duque tachó a Lorenzo de ingrato, pero acató su voluntad, como acataba todos los demás caprichos.

Lorenzo encontró al duque tirando al florete con un nuevo maestro de esgrima que había hecho venir de Nápoles.

El talento de su nuevo profesor tenía a Alejandro loco de contento, y como Lorencito, cuando se llamaba Lorenzo, tenía bastante buena reputación en tales ejercicios, aquél se empeñó en ponerle el florete en la mano.

—No—dijo Lorenzo,—esos ejercicios me fatigan.

Y recostándose en un canapé, mandó que le trajeran bizcochos y una botella de vino de España, los que fué comiendo y rociando con pequeños sorbos de vino, mientras aplaudía o criticaba las estocadas como peritísimo en el arte que él había dejado de ejercer.

Cuando la lección hubo terminado, el duque despidió a su nuevo maestro y se acercó a Lorenzo, el cual se divertía taladrando zequíes de oro con un puñalito de mujer, agudo y afilado, y cuyo temple superior le permitía ensayar su destreza, y aun diríamos su fuerza, si no resultase ridícula esta palabra aplicada a un hombre tan enervado como Lorenzo, en dos o tres piezas superpuestas.

—¿Qué es lo que estás haciendo? — le preguntó el duque, después de un momento de contemplación.

—Ya lo ve Vuestra Alteza: como vos, estoy manejando las armas.

—¡Cómo! ¿Las armas?

—En efecto, éstas son mis armas; este puñalito es mi

espada. ¿Crefais, acaso, que si algún día tuviese algún resentimiento contra alguien iría tontamente a buscarle quimera para que los dos expusiéramos nuestros pechos a la punta de las espadas? No soy tan necio, príncipe mío. Cuando uno tiene la desventura de ser el favorito del duque Alejandro, es preciso que saque de su posición todos los beneficios posibles. Lo que yo haré será aguardar a mi enemigo entre dos puertas y hundirle el puñal en su garganta. Mirad qué hermoso es.

Alejandro tomó el puñal y lo examinó, y vió que el mango estaba maravillosamente cincelado.

—Lo que hay que admirar — dijo Lorenzo — no es el mango, sino la hoja. Es acerada como una aguja y fuerte como el mandoble de nuestro enemigo Francisco I.

—¿Dónde has comprado esta preciosidad? — preguntó el duque.

—¿Comprado? — exclamó Lorenzo, — ¿es que acaso se compran estas preciosidades? Me lo regaló mi primo Cosme de las Bandas Negras. El pobre muchacho se aburre de tal suerte en su castillo de Trebbio, que, para distraerse, se ha dedicado a la química, logrando encontrar el modo de envenenar a los gatos y templar el acero. Con su veneno, los gatos mueren en cinco segundos, y con su acero corta el pórfido. La última vez que fuí a verlo, ¿a quién diríais que encontré en Trebbio? A Benvenuto Cellini, que no quiere trabajar para vos, el cual se estaba vanagloriando de haber disparado el arcabuzazo que acabó con el condestable de Borbón. Benvenuto llevó este puñal a Cosme, el cual me lo regaló a mí. Por eso no os lo ofrezco, porque uno debe conservar lo que le regalan... Y, además, lo necesito para matar a quien yo sé.

—Eres un tonto en tomarte este trabajo por tu propia mano, pues, con decirme quién es el que te estorba, yo me encargaré de quitarlo de en medio.

—¡Cuán poco delicado sois en materia de venganzas! Apuesto que os valdríais de un esbirro para quitar de en medio a mi enemigo... ¡Bah! ¿No es nada, acaso, el placer de la venganza, el sentir cómo una pequeña hoja, aguda y bien templada, penetra entre dos costillas, y lamer el corazón del enemigo con esta fina lengua de acero? Por ejemplo, esta misma noche, ¿no habéis tenido más placer en matar vos mismo al marqués del Cibo atizándole la magní-

fica estocada que le atrevesó los pulmones, que no si lo hubiéseis hecho asesinar por Jacobo, que lo hubiera degollado brutalmente, o por el *Húngaro* que aun más brutalmente lo habría despachurrado?

—¡Voto al diablo! Tu me haces pensar en ello, ¿Ya sabes que el otro no estaba muerto?

—¡Bah!

—No, no; han seguido el rastro de su sangre desde la casa de Cibo hasta la de Bernardo Corsini, donde, junto con éste, ha sido arrestado.

—¿Y quién era?

—Silvestre Aldobrandini. ¿No es verdad que Mauricio, el canciller de los Ocho, tiene buena mano?

—En efecto; pero quizá no os ha dicho otra cosa.

—¡Como que tampoco le he preguntado más!...

—¡Hombre, tiene gracia la cosa! ¡Como si un canciller de policía debiese contestar solamente a lo que le preguntan! ¿Acaso cree Mauricio que el marqués de Cibo y Silvestre Aldobrandini son los únicos que han entrado en Florencia?

—Esa es su creencia.

—¿No os ha hablado de nadie más?

—No.

—¿Y de Felipe Strozzi, tampoco os ha dicho nada?

—Sí; y aun le he preguntado dónde se hallaba.

—¿Y os lo ha dicho?

—Un canciller de policía responde siempre a lo que le preguntan.

—Y... ¿dónde se halla mi querido tío?

—En su fortaleza de Montereccione.

—Vaya, veo que no me he equivocado al juzgar a Mauricio.

—¿Respecto de qué?

—Lo tenía por necio y veo que es un tonto.

—¿Qué te ha hecho mudar de opinión?

—Los informes que él da.

—¡Cómo! ¿Felipe Strozzi...?

—No se halla en su fortaleza de Montereccione.

—¿Dónde se halla, pues?

—En Florencia.

—¿Que está Strozzi en Florencia?—exclamó el duque.
—¡No puede ser!

—Es cierto—continuó Lorenzo, con su peculiar acento burlón,—que Strozzi es personaje de bastante poco viso para que pueda ir y venir sin que nadie le moleste; pues solamente el jefe de los descontentos... ¿No atentó dos veces contra la vida de Vuestra Alteza, una vez llenando de pólvora un cofre sobre el que Vuestra Alteza solía sentarse, pues supo que Vuestra Alteza llevaba una cota de mallas?... Y a propósito, ¿habéis recobrado vuestra cota de mallas?

—No ha sido posible dar con ella.

—Debéis dar a Mauricio el encargo de buscarla; con él nada se pierde, excepto los desterrados... y éstos, afortunadamente, los encuentro yo...

—¿Qué diablos estás diciendo ahí?

—Lo que digo, monseñor, es que si Lorencito no velase por vos, quién sabe lo que pasaría.

—Y tanto te agradezco tus desvelos, que si el trono estuviese vacante, te sentarías en él.

—Monseñor, sólo ambicionaré el trono cuando pueda, no sentarme, sino acostarme en él.

—¿Quieres que te hable francamente, Lorencito?—exclamó Alejandro devolviendo a su favorito el puñal con el que hasta entonces había jugado, y que se apresuró a enfundar de nuevo en su vaina.

—Sí, monseñor.

—Pues bien, creo que eres mi único amigo.

—Mucho me satisface que los dos seamos de la misma opinión, monseñor—replicó el joven.

—Y como yo fuese capaz de fiar en alguno—prosiguió el duque,—en ti fiaría; pero, para eso, preciso sería que me sirvieses tan bien en amor como en política.

—¿Y si satisficiese vuestros deseos?

—Serías el más precioso, incomparable e inestimable de los hombres, y no te cambiaría, aunque me diesen por añadidura Nápoles, por el primer ministro de mi suegro Carlos V, que se vanagloria de tener los mejores primeros ministros del mundo.

—¡Buenos estamos! ¿De modo que en amor no sirvo bien a Vuestra Alteza?

—¡Alábate, hombre!... Hace un mes que te di el encargo de descubrir el retiro de Luisa, que se me ha escurrido de entre las manos y de la que estoy locamente enamorado

no sé por qué, y tanto sabes de ella hoy como el primer día; sin embargo, quiero que sepas que he puesto a mi mejor sabueso en su busca.

—No puedo menos de confesar que soy un necio, monseñor.

—¿Tú?

—Sí; porque, ¿no os he dicho nada respecto a Luisa?

—Ni una sola palabra, traidor.

—No traidor, sino olvidadizo. Hace tres días que di nuevamente con sus huellas.

—No sé cómo me contengo, no sé cómo no te estrangulo—exclamó el duque.

—¡Cáspita! A lo menos esperad que os dé la dirección.

—¿Dónde vive, verdugo?

—En la plaza de la Santa Cruz, entre las calles del Diluvio y de la Cloaca, cerca del palacio del marqués de Cibo... ¡Voto al diablo! Esta noche, cuando habéis salido de casa de la marquesa, hubierais podido volver la escala y subir al balcón de la otra.

—Perfectamente; esta misma noche la hago robar.

—Os reconozco en vuestro modo de proceder, monseñor.

—¡Lorencito! —exclamó Alejandro con voz amenazadora.

—Perdón, monseñor—dijo el joven entre humilde y zumbón,—pero la verdad es que Vuestra Alteza emplea para todos el mismo procedimiento. ¡Qué diantre! Hay que hacer distinciones entre las mujeres, y no embestirlas a todas del mismo modo: unas, la marquesa, por ejemplo, gustan de ser robadas, y otras quieren ser tratadas con más suavidad y que uno se tome la molestia de seducirlas.

—¿Para qué?

—Para evitar que se arrojen por la ventana al veros entrar por la puerta, como hizo la hija de aquel pobre tejedor cuyo nombre he olvidado... Este modo de obrar es el que arranca a los florentinos tantas maldiciones.

—¡Bah! ¡Deja a los florentinos que chillen; los detesto!

—¿Conserváis aún vuestros prejuicios contra vuestro buen pueblo?

—Los mercaderes de seda, y aun los cardadores de lana, han convertido las muestras de sus tiendas en bla-

sones, y se hacen los escrupulosos y me zahieren sobre mi cuna...

—¡Como si uno pudiera escoger padre! —dijo Lorenzo encogiéndose de hombros.

—¡Hombre, me gusta, sal en defensa suya!...

—Para eso me pagan...

—¡Miserables que diariamente me insultan!

—Sí, como si a mí me guardasen alguna atención.

—Entonces, ¿por qué sales en su defensa?

—Para que no se vuelvan contra nosotros, monseñor. Los florentinos tienen la manía de dirigir instancias a todos: a Francisco I, al papa, al emperador; y como vos sois yerno de este último, podría suceder que Carlos V se declarase en favor de su hija, la cual comienza a quejarse de verse abandonada a los diez meses de matrimonio.

—¡Hum! —exclamó Alejandro —la verdad es que desde este punto de vista no te falta razón.

—Dicen que estoy loco, y es porque soy el único personaje razonable de vuestra corte, monseñor, —repuso Lorenzo.

—¿De modo que en mi lugar seducirías a Luisa? —dijo el duque después de un momento de reflexión y como cediendo al dictamen de su favorito.

—Sí, monseñor, aunque sólo fuese para introducir alguna variación en vuestro sistema.

—¿Sabes que es muy largo y fastidioso lo que me propones? —dijo el duque bostezando.

—¡Cal!... Es cuestión de cinco o seis días.

—¿Y de qué modo te las compondrías tú, gran seductor?

—Comenzaría por indagar dónde está escondido Felipe Strozzi.

—¡Cómo, desventurado! —exclamó el duque, —¿entonces tú no sabes dónde se esconde?

—Sois muy exigente, monseñor. Os traigo la dirección de la hija, y... Mas concededme algún tiempo para que indague yo la del padre; pues todo de una vez no puede hacerse.

—¿Y cuando sepas donde se esconde Strozzi...?

—Lo hago encarcelar y que le instruyan sumaria.

—¡Hola, hola! Jamás me dijiste que descendieses del

cónsul Fabio. ¿De modo que hoy estás por las contemporizaciones?

—Veamos, monseñor, ¿tenéis algo mejor que proponerme?

—Strozzi está desterrado; por consiguiente, al entrar en Florencia ha infringido la ley. ¿No se han ofrecido diez mil florines por su cabeza? Pues que se la lleven a mi tesorero, que los pagará, y se acabó. Nada más tengo que hacer en este asunto.

—Eso es precisamente lo que me temía.

—¿Por qué?

—Porque de este modo todo lo echáis a perder. ¿Cómo queréis vos que Luisa pertenezca jamás al matador de su padre? En cambio, si seguís el camino que os propongo, esto es, si hacéis que Strozzi sea encarcelado y juzgado por los Ocho, lo cual os da una apariencia de justicia de la que ya sé que nada se os da... ¡qué diantre! una hija tierna como es Luisa, no deja que condenen a su padre cuando basta una sola palabra suya para salvarlo... Lo odioso de la condena recae de esta suerte y por entero en los jueces; mientras que vos, por el contrario, radiante como el Júpiter antiguo encargado del desenlace, os llegáis bonitamente a la máquina... El resultado es segurísimo.

—Ese es un recurso ya muy gastado.

—¿Es que Vuestra Alteza quiere ahora combinar la imaginación con la tiranía? Después de Falaris, que inventó el famoso toro de cobre, y de Procusto, al que se deben los lechos que resultan cortos unas veces y largos otras, sólo hay un hombre notable en este género: el divino Nerón. Pues bien, ¿qué recompensa ha recibido de la posteridad?... Si hemos de creer a Tácito, los unos lo tienen por loco, y, si hemos de dar crédito a Suetonio, los otros lo califican de bestia feroz. En vista de tales ejemplos, haceos tirano... ¡Psch!

—¡Cinco o seis días!...

—Ea, no os impacientéis, monseñor. Conocéis mi debilidad; sin embargo, durante esos seis días, veré de arreglar vuestros asuntos con mi tía Catalina Gironi.

—¿De veras?

—Ayer la vi; y ese fué el motivo de separarme de vos después de lo ocurrido en la plaza de la Santa Cruz.

—¿Prometió algo?

—Su marido saldrá probablemente mañana para una excursión por los alrededores de Florencia, y...

—¿Y qué?

—Trataremos de sacar partido de la ausencia de tan buen marido...

—En tus manos dejo este doble negocio. Ahora, lo que me interesa saber hoy mismo es dónde se esconde Strozzi.

—Vuestro canciller Mauricio os lo dirá... puesto que este asunto le atañe a él y no a mí, monseñor.

—Sin embargo, tú me prometiste hacer indagaciones.

—¡Ah! ¿Os lo he prometido? Pues lo sabréis. Pero ahí están nuestros dos servidores: *el Húngaro*, que indudablemente os quiere decir algo, y Birbante, que tal vez quiera decirme dos palabras a mí. No les hagamos perder tiempo, monseñor; probablemente el diablo los envía...

—Acércate, *Húngaro* — dijo Alejandro.

—Entra, Birbante — exclamó Lorenzo.

Los dos esbirros dijeron en voz baja algunas palabras a sus respectivos amos.

—Has llegado tarde para recibir la recompensa, *Húngaro* — dijo el duque echándose a reír. — Las noticias que me das, ya las sabía.

—¿Quién os las ha dado, monseñor?

—Un sabueso que tiene mejor olfato que tú — replicó el duque indicando con el dedo a su favorito.

—¡Ah! ¡El demonio! — murmuró el *Húngaro*. — Sólo es bueno para perjudicar a los pobres.

—Y a ti, Lorenzo, ¿qué te ha dicho Birbante? — preguntó el duque.

—Que pregunta por mí una dama tapada que sólo quiere quitarse el antifaz en presencia de vuestro servidor.

—¡Vaya una suerte la tuya, perillán!

—¡Sí, como si la hermosa desconocida viniese probablemente por mí! — profirió el favorito. Y acercándose al duque, añadió: — No me detengáis, monseñor; esa dama es seguramente Catalina Gironi.

—¿De veras?

—¡Silencio!

—Siento deseos de acompañarte.

—¡Buena la haríamos, por vida mía! ¿Por qué no vais vos solo?

—Con mil amores.

—En ese caso me quedo aquí y jamás volveré a inmiscuirme en nada.

—Entonces, ya que es preciso dejarte hacer a tu antojo, ve—dijo el duque. Y en voz baja añadió:—Puedes prometer a tu tía cuanto quieras.

—Le prometeré que os teñiréis los cabellos y la barba.

—¿Por qué?

—Porque en confianza me dijo que sólo le asustaban los castaños.

—¡Fatuó!—replicó el duque dando un empujón a Lorenzo, cuyo ojos despidieron una mirada de odio y de cólera que hizo estremecer al *Húngaro*.

Y mientras el favorito del duque Alejandro bajaba contoneándose por la suntuosa escalera de mármol del palacio Riccardi, el *Húngaro* se acercó a Alejandro, y, con la libertad que éste consentía a los agentes de sus placeres y de sus crímenes, le dijo:

—Monseñor, ¿me autorizáis para que corte la cuerda la primera vez que vuestro maldito primo se sirva de ella para bajar de un segundo piso?

—¿Por qué, animal?—preguntó Alejandro.

—Porque estoy convencido que Lorencito os traiciona.

—Bueno, corta la cuerda—repuso el duque.

Los ojos del esbirro brillaron de alegría.

—Pero ten entendido—continuó el duque—que si tal haces daré orden al verdugo para que anude los dos trozos y con ellos te apriete el cuello... ¿Estamos?

—Sí, monseñor—murmuró el *Húngaro* retirándose.

—Ea, vuelve acá—dijo Alejandro.

El *Húngaro* obedeció.

—Ofrecí cien florines de oro al que primero me dijese dónde estaba Luisa.

—Lo sé, monseñor, y creí haberlos ganado.

—Pero como añadí que daría cincuenta al segundo que me lo dijese, tómalos,—dijo Alejandro arrojando una bolsa al esbirro como el que arroja un hueso a un perro.

El *Húngaro* recogió la bolsa y la sospesó como para cerciorarse de que, en efecto, contenía la cantidad ofrecida, y volviendo a sus sospechas, exclamó:

—Es igual, monseñor, cuanto más bondadoso os mostréis para conmigo, menos me cansaré de repetiros que desconfiéis de Lorencito.

Y se alejó dejando al duque pensativo, cosa que no solía Alejandro estarlo nunca.

VI

LA PALOMA DEL ARCA

Mientras el duque Alejandro escuchaba de labios del *Húngaro* sus temores, Lorenzo abandonó el palacio Riccardi y salvó con rapidez, y sin que nadie le viese, la distancia que de su casa le separaba, casa que, aunque pequeña, era digna de un Alcibíades o de un Fiesco, por el buen gusto y la elegancia con que estaba decorada.

Cuando hubo cerrado la puerta, Lorenzo subió apresuradamente la escalera, llegando antes que Birbante al gabinete en que la persona anunciada y que no había querido darse a conocer, le estaba esperando.

Sin embargo, la dama, al oír los pasos de Lorenzo, que sin duda le eran familiares, quitóse el antifaz, se levantó y se dirigió al encuentro del joven.

Al reconocer a Luisa en la persona que le esperaba, Lorenzo no pudo ocultar la sorpresa que su encuentro le causaba, y mirando en torno suyo con inquietud y encargando a Birbante que vigilase la puerta, exclamó:

—¡Dios me asista, Luisa! ¿Qué es lo que te ha movido a cometer la imprudencia de venir a mi casa en pleno día?

—¡Ay, Lorenzo! — dijo Luisa, — el duque sabe donde vivo...

—¿Y es eso todo lo que te ha impulsado a venir? — replicó Lorenzo echándose a reír.

—Qué, ¿acaso no es lo peor que podía sucederme?

—Ya lo había previsto, Luisa mía, y de antemano tomé cuantas precauciones eran menester. Pero, como nada debo ignorar, dime cómo ha sucedido eso.

—Cuando he salido esta mañana de la Santísima Anunciación, a donde he ido a misa, he sido seguida por un hombre.

—Supongo que no habrás olvidado mi recomendación de que nunca salieras sin antifaz — repuso Lorenzo.

—Prueba de que no lo he olvidado, es que lo llevaba puesto, pero como ignoraba que fuese espiada por un hom-

bre el cual estaba escondido detrás de la pila del agua bendita, me lo quité para persignarme.

—¿De modo que has sido reconocida y seguida por el espía?

—Sí, hasta mi casa.

—Hubieras debido entrar en la de alguna amiga para burlarlo, y salir por una puerta de detrás.

—¡Qué quieres, Lorenzo! No he pensado en ello: viendo que era seguida, mi imaginación se ha ofuscado.

—¿Has podido conocer al hombre que te seguía?

—Sí, Asunción le ha visto, y dice que era el *Húngaro*.

—Lo cual yo lo sabía ya.

—¿Que tú lo sabías?...

—Sí; acabo de salir del palacio del duque Alejandro.

—¿Y bien?

—No te perturbes, alma mía.

—¿Acaso puedo no perturbarme?

—Puedes contar lo menos con tres días y tres noches.

—¿Tres días y tres noches?

—Sí, y pueden pasar muchas cosas en este período de tiempo—dijo Lorenzo.

—¿Has olvidado, acaso, que al recomendarme que tomara las precauciones que podían ocultar mi retiro, no cesaste de repetirme que preferirías morir antes que verlo descubierto?

—Sí, pero entonces se corría un grave peligro.

—¿Y ese peligro ha desaparecido ahora?

—Cuando menos no es tan grave.

—¿Entonces no te asusta que el duque conozca mi retiro?

—Antes que el *Húngaro* se lo dijera, se lo dije yo.

—¡Lorenzo!—exclamó la doncella tras una breve pausa;—te miro, te escucho... y no te comprendo.

—¿Tienes confianza en mí, Luisa?

—Completa.

—Entonces, ¿qué necesidad tienes de comprender?

—Sin embargo, quisiera poder leer claramente en tu corazón.

—¡Ah, Luisa! Pídele a Dios todo cuanto quieras menos eso.

—¿Por qué?

—Porque sería igual que si te asomases a un abismo —

respondió Lorenzo, riendo a carcajadas. Después añadió:
—Lo que verías en él te produciría vértigos.

—¡Lorencito!

—¡Ay! ¿También tú?

—¡No, Lorenzo, mi amado Lorenzo!

—¿Eso era todo lo que tenías que comunicarme?—preguntó el joven, mirando fijamente a Luisa.

—¿Es que sabes también...?

—¿Que tu padre está en Florencia?

—¡Dios mío!

—Sí, también lo sé.

—¡Entonces, no hay nada que tú no sepas! — exclamó la joven.

—Sé que eres un ángel, vida mía, y que te amo, Luisa.

—Sí, esta mañana ha venido un fraile, el cual me ha dado esta noticia, grata y terrible a un mismo tiempo, y me ha hablado extensamente de ti y de nuestro amor.

—Pero tú nada le has dicho, ¿verdad, Luisa?

—Sí que le he dicho, pero ha sido en confesión.

—¡Luisa!...

—Nada temas, Lorenzo; es fray Leonardo, el discípulo de Savonarola...

—¡Si es que temo de mí mismo!... ¿Has visto a tu padre?

—No; me ha hecho decir por fray Leonardo que no quería verme todavía.

—Pues yo he sido más afortunado, puesto que lo he visto.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Aquí?

—No, me vió entrar en tu casa y me esperó en el portal.

—¿Y hablaste con él?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Propúsome que me casara contigo.

—¿Cuál fué tu contestación?

—Sencillamente, negarme.

—¿Te negaste y dices que me amas?

—Por eso mismo me negué, porque te amo.

—¿Cuándo dejarás de ser un enigma para mí? ¿Dices que te negaste!...

—Sí, y lo hice porque no ha llegado aún la hora. Escúchame, Luisa... ¿Sabes todo lo que en Florencia se dice de mí?

—¡Oh! sí—exclamó con viveza la joven;—pero te juro que jamás creí ni una sola palabra.

—No quieras aparentar más firmeza de la que tienes, Luisa: tú has dudado de mí más de una vez.

—Estando tú ausente, sí, es verdad; pero así que te veía, en cuanto oía el sonido de tu voz, apenas tus ojos se fijaban en los míos como en este momento, decíame para mí: El mundo entero se engaña, pero mi Lorenzo no me engaña.

—Y es verdad, Luisa. Juzga, pues, mi sufrimiento, al ofrecerme el tesoro de todas mis esperanzas; cuando con sólo hacer un signo afirmativo con la cabeza y alargar la mano para recogerlo hubiese logrado que fuese mío, me negué a aceptar lo que en otro tiempo habría pagado con mi vida... ¡Ay! Jamás podrás imaginarte lo que esta noche he sufrido, ni las lágrimas que he devorado... ¡Pobre Luisa mía! No permita Dios que tu bendita frente se oscurezca con la sombra de las calamidades, de las miserias y de las vergüenzas que sobre la mía ha acumulado...

Y al pronunciar estas palabras, Lorenzo ocultó el rostro entre sus manos.

—Pero ¿por qué te has negado?—preguntó la joven.

—Porque—respondió Lorenzo apoderándose de las manos de Luisa y estrechándolas entre las suyas apasionadamente—tengo fuerzas para soportar la humillación que sólo pesa sobre mí, porque lo que para mí puedo sufrir, no podría sufrirlo por la mujer a quien amo, la cual necesita una frente casta, pura y risueña, y esa castidad virginal, esa pureza angélica, esa serenidad inalterable, las he hallado en ti... y todo esto que acabo de decir, Luisa mía, lo perderías al convertirte en la esposa de Lorenzo.

—Pero, ¿no es cierto, Lorenzo mío—preguntó tímidamente la joven,—que llegara el día en que todos los impedimentos y los misterios habrán cesado? ¿No es cierto que llegará el día en que a la faz de todos podremos confesar nuestro amor?

—¡Oh! sí—exclamó el joven estrechando contra su pecho a su amada,—y confío en que ese día no tardará en llegar.

—¡Qué hermoso va a ser ese día para mí, amado mío! —dijo la joven.

—Y grande para Florencia—añadió Lorenzo, abandonándose quizá por vez primera a su entusiasmo.—Jamás duquesa alguna habrá subido al trono tan aclamada como tú lo vas a ser. No me falten Dios y tu amor, y yo te juro que tus sueños de dicha resultarán un pálido reflejo de la realidad...

—Así, pues, si me llama mi padre...

—Acude al llamamiento, confíesale tu amor casto y puro, y entérale de mi amor profundo e inmutable.

—¿Y el duque Alejandro?...

—Eso déjalo de mi cuenta.

—Monseñor—dijo un criado desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué ocurre?—preguntó Lorenzo.

—Ha venido un comediante que, sabedor de que deseáis hacer representar una tragedia para distraer al duque, solicita entrar en la compañía.

—Perfectamente, que espere—exclamó Lorenzo.—Estoy trabajando; dentro de un momento abriré la puerta, y entonces que entre.—Y dirigiéndose a Luisa, añadió:—Ponte el antifaz, amada mía, para que nadie pueda conocerle. Atraviesa esta habitación, y aquella escalera excusada te conducirá al patio.

—Adiós, Lorenzo mío. ¿Cuándo nos veremos nuevamente?

—Tal vez esta noche. Y a propósito, ¿dónde está tu padre?... ¿Vacilas en contestar?... Comprendo, no eres dueña de este secreto; guárdalo...

—¡Oh! Jamás los tuve para ti, amado mío—exclamó la doncella abrazando a Lorenzo.—Mi padre se halla en el convento de San Marcos, en la celda de fray Leonardo. Adiós.

Y, dichas estas palabras, Luisa salió precipitadamente hacia la escalera volviéndose solamente para enviar a su amado un beso de despedida con la mano.

Lorenzo permaneció apoyado en la barandilla mientras sus ojos pudieron ver a Luisa; después, cuando ésta hubo desaparecido, abrió la puerta y se sentó junto a una mesa sobre la que había una hermosa pistola, con incrustaciones de oro, al alcance de su mano.

Pocos momentos después, el hombre que el criado había anunciado hizo su aparición.

VII

UNA ESCENA DE LA TRAGEDIA RACINE

El que acababa de entrar, hombre de unos treinta o treinta y cinco años, debía haber sido en su primera juventud uno de los más hermosos tipos del Mediodía italiano; pero sus facciones habían adquirido tal movilidad, sin duda por el hábito del teatro, y su cabello y su barba tales reflejos argentados, debido indudablemente a las fatigas pasadas, que era sumamente difícil descubrir al hombre antiguo bajo la máscara del comediante sin edad real que ante Lorenzo se presentaba.

Lorenzo, después de contemplar por un momento al recién llegado, fué el primero en romper el silencio que el comediante guardaba indudablemente por respeto, diciendo:

—¿Eres tú el que por mí ha preguntado?

—En efecto, monseñor, yo soy—contestó el comediante dando algunos pasos hacia delante.

—Alto, amigo—exclamó Lorenzo alzando la mano y deteniéndole con un ademán;—no acostumbro a hablar sino a cierta distancia con las personas que no conozco.

—Podéis estar persuadido, monseñor, de que conozco bien la distancia que nos separa para ser el primero en franquearla.

—¡Cómo, bigardo!—exclamó Lorenzo, sonriéndose de un modo singular, y enseñando sus dientes, blancos y afilados como los del zorro,—¿quieres echártelas de chusco?

—Son tantas las agudezas que mis labios han pronunciado desde que representé vuestra comedia del *Aridorio*, monseñor—replicó el comediante,—que nada de extraño tendría que se me hubiesen quedado algunas en la punta de la lengua.

—¿Me adulas?—dijo Lorenzo.—Pues debo advertirte, de una vez para siempre, que el empleo de adulator hay aquí quien lo desempeña mil veces mejor que tú. Conque si tu intención fué darte a conocer por este lado, puedes volverte por donde has venido.

—Nada temáis, monseñor—replicó el imperturbable comediante;—sé lo que debo a mis compañeros los cortesanos para andar pisándoles los talones... Únicamente desempeño los papeles principales y dejo los secundarios para el que quiera representarlos.

—¿Son los cómicos, o los trágicos, los papeles que tú has representado?—dijo Lorenzo.

—Los unos y los otros—repuso el comediante.

—Veamos, pues, los que has desempeñado.

—En la corte del buen papa Clemente VII, que tanto demostraba quereros, representé el papel de Calímaco en *La Mandrágora*, y de mi lucimiento en la interpretación puede hablaros Benvenuto Cellini que estuvo presente en la representación; en Venecia he interpretado el papel de Menco Parabolno en *La Cortesana*, y si algún día se atreve Miguel Angel a entrar en Florencia, os dirá que no le faltó mucho para que se muriera de risa, tanto, que tuvo que guardar cama tres días a causa de lo mucho que aquella noche se divirtió; finalmente, en Ferrara y en la tragedia *Sofronisba*, he desempeñado el papel de tirano, pero con tanta maestría, que la misma noche fuí expulsado de sus Estados por el príncipe Hércules de Este, so pretexto de que busqué un triunfo de alusión, siendo así que la coincidencia fué puramente casual, os lo juro.

—¡Hombre!—exclamó Lorenzo, a quien la charla del comediante comenzaba a interesar,—cualquiera, oyéndote, diría que eres un artista hecho y derecho.

—Sometedme a una prueba, monseñor; pero si verdaderamente queréis verme en mi principal papel, permitidme que os recite un fragmento de vuestra tragedia, *Bruto*, obra deliciosa, a fe mía, pero que, desgraciadamente, está poco menos que prohibida en casi todos los países donde hablan la lengua en que está escrita.

—¿Y qué papel te habías reservado en esa obra maestra?—preguntó Lorenzo.

—Me extraña que me lo preguntéis. El de Bruto.

—¡Oh! El tono con que has pronunciado ese nombre, huele a republicano a tiro de ballesta. ¿Sentías, acaso, simpatía por Bruto?

—Ni por Bruto ni por César: yo sólo soy comediante. ¡Vivan los grandes papeles! Contando, pues, con vuestro

permiso, y si os dignáis escucharme, os recitaré una escena de la obra en el papel de Bruto.

—Bien, ¿y qué escena vas a recitarme?

—La del quinto acto, monseñor, ¿os place?

—¿Aquella en que, al final, Bruto da de puñaladas a César?—preguntó Lorenzo sonriéndose de un modo casi imperceptible.

—La misma.

—Perfectamente.

—Pero si queréis que despliegue todas mis facultades, es preciso que hagáis que me den las réplicas, o que vos mismo, monseñor, os dignéis dármelas.

—De mil amores—dijo Lorenzo,—por más que algo he olvidado las tragedias que he compuesto yo mismo pensando en la que estoy terminando.—Y, suspirando, añadió:—Para esa sí que quisiera un buen actor.

—Contad conmigo, monseñor—exclamó el comediante.—Pero antes dignaos escucharme, y de este modo Vucencia quedará convencido de qué soy capaz.

—Bien, te escucho.

—Nos hallamos en el vestíbulo del senado; la estatua de Pompeyo está a este lado; vos sois César, yo Bruto; Vucencia viene de la plaza, y yo estoy aquí esperándole. ¿Os place el aparato escénico, monseñor?

—Sí.

—Ahora voy a envolverme en mi toga.

Hízolo el concienzudo comediante, y, adelantándose un paso hacia Lorenzo, empezó:

C.—Salud, César. Quisiera hablarte...

L.—Bien, Bruto ya te escucho.

C.—Esta tarde te esperé en el camino.

L.—Tengo por grande honor que tan noble patricio...

C.—Te engañas, César, vengo a hacerte una súplica.

L.—¿A hacerme una súplica?...

C.—Tú no ignoras, César, que nacemos sujetos al destino, que el bien y el mal comparten nuestra vida, que tras los días dichosos vienen los días infaustos, como tras la noche sigue el día y después de la luz viene la sombra. Y es que el hombre, en su ambición, quiere rebasar los límites que los dioses le han marcado, y que una vez rebasados aquéllos, sea cual fuere su ingenio, la antorcha, cuyo resplandor le parecía eterno, se apaga prontamente en su

débil mano dejándolo a obscuras en el borde del camino, tanto, que, al primer paso que da en la alta cima, se precipita en el abismo. César, en nombre de los dioses, te ruego que me escuches, porque el hombre de la antorcha, ese hombre que está próximo a expirar, eres tú...

L.—Sí, bien dices, Bruto; es la ley común; pero el destino no se muestra igual para todos: cada uno labra el suyo según su corazón; y mientras unos quedan pequeños, otros se engrandecen. Todo está en escuchar la voz secreta que dice a la serpiente: «¡Arrástrate!»; y al águila: «¡Vuela!» Ahora bien, la voz secreta que yo escucho, me dice: «¡Adelante, César, adelante! Tu edificio espera el último asiento; mientras le quede algo que hacer, nada ha hecho César.»

C.—¿Y qué más pretendes hacer, César? Has sometido a los bretones; los galos están vencidos; Cartago está amordazada y ruge atada a la cadena; las dentelladas de la loba romana hacen sangrar a Egipto, y el Éufrates sólo es uno de los mil abrevaderos en los que nuestros caballos apagan su sed. Ninguno se atreve a resistir, todos los obstáculos se allanan, el rebelde de ayer pide hoy clemencia. Ya sea por cálculo o esperanza, o bien por amor o miedo, todo se somete a tus leyes, y tu águila vencedora se cierne sobre la tierra, contemplando al sol desde las nubes en que el trueno ruge. ¿Qué más necesitas? ¿Qué más ambicionas, tú, a quien en vida apellidan *divino*? ¿No tienes aún suficiente? ¿Debes castigar a Roma por haber hecho de ti, al crearte, más que un hombre?

L.—Jamás ha hablado Roma, de la que más que celoso te haces abogado, como tú lo haces ahora, bien lo sabes, Bruto. Es la nobleza la que así se expresa, a la que mi fama deslumbra y mi gloria mortifica, sobre todo desde el día en que, fatal a sus proyectos, cogí al Titán, mi rival, cuerpo a cuerpo en los campos de Farsalia, hiriéndole en el rostro con el mismo golpe que derribó a Pompeyo. No, Bruto, tú no ignoras que el pueblo es mío, porque así lo han decidido los dioses.

C.—¡Calla, César, calla! Deja en paz a la gran víctima, pues tu victoria, andando el tiempo, podría convertirse en crimen... Así, pues, no insultes con tu sonrisa burlona al vencido, cuya caída anonada a su vencedor, y cuyo espectro irá agrandándose en la historia para manchar tu fama con su sangre. Aun no se ha fallado vues-

tra causa: los dioses estuvieron por ti, pero por él estuvo Catón.

L.—No parece sino que Bruto, en su odio eterno, haya reemplazado al esclavo que va acompañando el carro del triunfador con solemne voz, y que, como él, viene para gritar a César en medio de la alegría en que bulle Roma: «¡Acuérdate, César, de que sólo eres hombre!»

C.—No; si devuelve intacto a los romanos el depósito que éstos le confiaron, César es un dios. Mas, si desoyendo este consejo, César traiciona a Roma, no sólo deja de ser un dios, y queda por debajo del hombre para convertirse en tirano... Pero (*suplicante en vez de amenazador*) cuando me veas caer a tus plantas, y me oigas gritar por última vez con acento angustioso: «¡Compasión para los romanos y para ti mismo!», entonces modificarás tus proyectos... ¡Oh rabia! ¿No contestas?...

L.—¡Paso a tu emperador!

C.—Pues bien, ¡muere, tirano!

Y el comediante, que poco a poco se había aproximado a Lorenzo, al pronunciar estas últimas palabras, sacó un puñal de su pechera, y, desembozándose, dió a Lorenzo una puñalada, que hubiera sido mortal de no haber tropezado la punta del arma con una cota de mallas que bajo el jubón llevaba el favorito del duque Alejandro.

Sin embargo, fué tal la violencia del golpe, que el joven se tambaleó.

—¡Ah! — exclamó el comediante, echándose atrás, — el demonio va acorazado.

Lorenzo echóse a reír con toda naturalidad, quizás por vez primera, y abalanzándose de un solo brinco al cuello del comediante, entablóse una lucha tanto más espantosa cuanto que, no obstante ser muda, adivinábase que sería mortal.

En el primer momento, cualquiera, al ver el aspecto de aquellos dos hombres, uno de ellos robusto y musculoso y el otro débil y afeminado, cualquiera habría concedido la victoria al que reunía todas las apariencias de fortaleza. Sin embargo, al cabo de un minuto, el atleta fué el primero en sentirse rendido, y, al caer en el suelo exhalando un grito ahogado, se halló a discreción de su endeble adversario.

En la mano de Lorenzo apareció aquel diminuto pu-

ñal, agudo como lengua de víbora, y con el que, una hora antes taladraba florines en casa del duque.

—¡Ah!—exclamó Lorenzo con acento alterado y acercando el puñal al cuello del comediante,—me parece que los papeles se han cambiado, y que es César quien va a matar a Bruto.

—¡Podéis dar gracias a Dios, duque Alejandro!—murmuró con voz desfallecida el comediante.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?—exclamó Lorenzo apartando su puñal del cuello de su adversario.

—Nada—contestó con voz sombría el fingido comediante.

—Algo dijiste—insistió Lorenzo.

—Pues lo que digo—contestó el esbirro, es que Dios no permite que Florencia sea libre, puesto que el duque Alejandro ha tenido en vos un escudo.

—Entonces, ¿era al duque a quien querías matar?

—Juré que moriría a mis manos.

—¡Diantre! Esto cambia por completo la faz de las cosas—dijo Lorenzo soltando a su adversario.—Levántate, y explícame eso.

El esbirro levantóse sobre una rodilla, y con voz en que la vergüenza y la desesperación se confundían, dijo:

—No os burléis de mí, Lorencito. Intenté daros muerte y no lo he conseguido; vos sois más poderoso que yo. Llamad a los vuestros y enviadme a la horca.

—¡Hombre! Cualquiera diría, con el modo que tienes de expresarte, que tú eres el amo aquí—dijo Lorenzo con su peculiar aire zumbón.—Y si se me antojase dejarte vivir, ¿quién podría impedírmelo?

—¡Dejarme vivir!—exclamó el esbirro tendiendo las manos hacia el joven. ¿Podrías hacer vos eso?

—Quién sabe, Miguel Tavolaccino,—respondió Lorenzo recalcando el nombre del que había intentado asesinarlo.

—¡Cómo! ¿Sabéis mi nombre?—exclamó con asombro el esbirro.

—Y hasta quizá tu historia también, mi pobrecito Scronconcolo.

—En ese caso ya comprenderéis...

—Efectivamente, he oído hablar vagamente de la historia, pues a la sazón me hallaba en Roma. Ea, cuéntamela.

—Puesto que me habéis conocido—dijo Tivolaccino,—
¿sabéis quién era yo?

—¡Claro que lo sé!—respondió Lorenzo arrellanándose
en su asiento—eras el bufón del duque Alejandro.

—¿Habéis amado alguna vez, Lorenzo?

—¿Yo?—repuso el joven con voz fría y penetrante.—
¡Jamás!

Pues bien, yo amaba; mi insensatez llegaba hasta eso.
¡Oh! Vos no sabéis lo que es verse aislado, desdeñado
y excluído como lo está un infeliz bufón, el cual, cuando el
príncipe se cansa de él, es la risa y diversión de sus cor-
tesanos. Vos ignoráis lo que es dejar de ser hombre para
convertirse en un ser que ríe, y llora, y hace muecas... es
cosa a la que todos golpean para arrancar de ella los soni-
dos que más les convienen, un títere del que todos tiran
del hilo... ¡En esto estaba yo convertido!... Pues bien, en
medio de aquel sombrío envilecimiento, de aquella obs-
curísima noche, brilló para mí un rayo de luz, es decir,
fui amado por una hermosísima joven, casta y risueña; la
blancura de su frente superaba a la de los blancos lirios,
y sus mejillas más frescas que una hoja arrancada del co-
razón de una rosa. Fui amado por aquella niña... ¿com-
prendéis, monseñor?... fui amado por aquella niña, yo,
infeliz bufón, pobre corazón aislado, triste cabeza huera...
Mi pecho alimentó entonces todas las esperanzas que los
demás hombres alimentan; soñé en la embriaguez del
amor, vislumbré los goces de la familia... Fui a encontrar
al duque y le pedí licencia para casarme... «¡Casarte!», me
dijo el duque echándose a reír a carcajadas. «¿Es que te
has vuelto loco de veras? ¿No sabes, acaso, qué es el ma-
trimonio? ¿No has notado que desde que me casé no hay
quien pueda divertirme? Apenas te habrás casado, Sco-
ronconcolo mío, te pondrás triste, taciturno, receloso, y
ya no me harás reír. Ea, no vuelvas a hablarme del asun-
to, o, de lo contrario, mando que te den veinte azotes.»
Sin embargo, al día siguiente le hablé de nuevo, y cumplió
su palabra... Jacobo y el *Húngaro* fueron los encargados
de azotarme hasta que la sangre bañó mis espaldas. No me
di por vencido y volví a hablarle al subsiguiente día; en-
tonces me dijo el duque: «Veo que la enfermedad es inve-
terada, y que para curarla tendré que recurrir a los grandes
remedios.» Y con el tono del amo que se interesa por su

criado, preguntóme cómo se llamaba mi amada, dónde vivía y quién era su familia. Yo, creyendo que el duque consentía en mi ventura, arrojéme a sus pies y le besé las rodillas; después, loco de alegría, corrí a casa de Nella, y pasamos un día de inefable dicha. Aquella noche hubo un festín en palacio, y en él figuraban Francisco Guicciardini, Alejandro Vitelli y Andrés Salviati, como también yo, que en ninguno faltaba. Cuando la conversación, la música y el vino les hubo calentado la cabeza, abrióse una puerta, por la que lanzaron entre ellos a una muchacha... Aquella virgen, aquella mártir, monseñor, era mi amada, por la que hubiera sacrificado mi vida; era Nella... ¡Oh!—exclamó el esbirro echándose a los pies de Lorenzo,—dejadme vivir, monseñor, dejad que me vengue, y os juro por quien soy, que, una vez haya degollado el tigre, volveré para tenderme a vuestros pies y deciros: Vengaos en mí vos ahora, monseñor, yo ya me he vengado en él...

—Pero tú no me lo cuentas todo, Miguel—dijo Lorenzo, sin que en su semblante se adivinara la impresión que el relato le causara.

—¿Qué queréis que os diga, y qué importa lo demás?—replicó el esbirro.—Abandoné aquella corte maldita, y corrí como un desatentado hasta encontrarme fuera de Toscana. En Bolonia hallé a Felipe Strozzi, el cual ya sabía yo que era uno de los más encarnizados enemigos del duque, y entré a su servicio con expresa condición de que al regresar a Florencia sería yo quien mataría a Alejandro. Anoche llegamos, y al pasar por delante del convento de la Santa Cruz, vi que se llevaban el cuerpo de Nella, muerta de vergüenza, de dolor y desesperación... Y ahora ya os lo he contado todo...

—Es verdad—exclamó Lorenzo;—porque en cuanto a la orden que de Felipe Strozzi recibiste de asesinar me por haberme negado a casarme con su hija, así como el haberte fallido tu tentativa, no merece la pena que de ello se hable. Comprendo...

Detúvose un momento Lorenzo, y después continuó:

—Dime, Miguel, si en vez de llamar a mis criados y hacerte ahorcar, como no hace mucho tú mismo me aconsejabas, te conservase la vida y te devolviese la libertad pero con una condición...

—La acepto sin saber cuál es — exclamó el esbirro;— mi vida puede servir de garantía.

—Miguel — siguió diciendo Lorenzo, — también yo tengo que vengarme de alguno...

—¡Ah! — exclamó el esbirro — a los grandes señores les es mucho más fácil vengarse...

—No lo creas, Miguel; porque yo me refiero a uno de los más íntimos del duque, uno de los que estaban presentes en la orgía de Nella.

—Soy vuestro, monseñor, y, por lo tanto, podéis contar conmigo. Y si temieseis que me escapase, hacedme encerrar en un calabozo del cual poseáis vos solo la llave, y no me hagáis salir de él sino para matar a vuestro enemigo... concediéndome luego que acabe a mi vez con el duque...

—Concedido; pero, ¿quién me responde de tu fidelidad?

—Por la salvación de Nella juro seros fiel—exclamó el esbirro, tendiendo la mano. — Espero vuestras órdenes, monseñor; ¿qué debo hacer?

—Lo que tú quieras... Ve a reunirte con Felipe Strozzi, a quien tu tardanza debe tener impaciente, y dile que no has podido llegar hasta mí, y que si no me has matado hoy, me matarás mañana.

—¿Eso es lo que de mí deseáis?

—Sí; además, todas las noches, de once a una, deberás pasearte por la calle Ancha.

—Entonces, ¿me enviaréis a ella alguna persona, monseñor?

—No; quien irá a ella seré yo cuando te necesite.

—¿Eso es todo lo que me ordenáis?

—Sí, ve. A propósito, ¿necesitas dinero? — preguntó el joven, tendiendo a Miguel una bolsa repleta de monedas de oro.

—No, gracias — respondió el esbirro, apartando la bolsa con la mano;—pero podéis hacerme un regalo de más valor para mí.

—De buena gana.

—Dejadme que tome una espada de aquella panoplia.

—Escoge entre ellas.

El esbirro fué examinando una tras otra las cinco o seis tizonas suspendidas de la pared, y, finalmente, sus ojos se fijaron en una hoja de Brescia montada a la española.

—Esta, monseñor—dijo Miguel.

—Puedes quedarte con ella—contestó Lorenzo. Y añadió para sí:—Inteligente en la materia es el bribón.

—¿Quedamos, pues...?—preguntó el esbirro.

—En que pasearás todas las noches, de once a una, por la calle Ancha.

—¿Hoy también?

—También.

—Perfectamente, monseñor — dijo Miguel ciñéndose su espada—; contad conmigo.

—¡No he de contar!—replicó Lorenzo.

Cuando el esbirro estuvo fuera, Lorenzo, sonriéndose, se decía:

—Me creo más afortunado que Diógenes y que me encontrado al hombre a quien buscaba.

Después se quedó pensativo y como tratando de recordar algo importante que tenía que hacer; de pronto se dió una palmada en la frente, y exclamó:

—¡Pues no se me olvidaba lo más principal!

Y sentándose a una mesa; escribió:

«Felipe Strozzi se esconde en la celda de fray Leonardo en el convento de San Marcos.»

Cuando hubo escrito estas palabras, Lorenzo tocó un silbato, no tardando en comparecer Birbante.

—Lleva esto al duque Alejandro—dijo Lorenzo a su criado,—y haz saber a todos, cuando bajés, que para nadie estoy en casa; únicamente estoy para monseñor el duque.

VIII

LA CELDA DE FRAY LEONARDO

Entre las dos calles más hermosas de Florencia, la de la Sandía y la Ancha, se encuentra situado el convento de San Marcos en el que Felipe Strozzi había hallado abrigo; este convento es aún hoy lugar de peregrinación para los viajeros atraídos por dos recuerdos, artístico el uno, religioso el otro; estos dos recuerdos son los cuadros, o, mejor dicho, los frescos del Beato Angélico, y el martirio de Savonarola.

En la celda de uno de los discípulos de aquel hombre cuya memoria tanto se venera en Florencia, es donde sus

últimos momentos son referidos, citadas sus últimas palabras, como si ayer las hubiese pronunciado; en aquella celda es donde, anualmente, se llena de flores el lugar de su suplicio; y, finalmente, aquélla es la celda en la que Felipe Strozzi se había refugiado.

Al día siguiente, por la mañana, el proscrito, ya más sosegado, envió a fray Leonardo a casa de su hija Luisa, el cual, como portador de los reproches paternales, recibió la confesión de la joven.

Cuando regresó a su celda, el buen fraile abrazó a Felipe Strozzi y le dijo:

—Podéis bendecir, amar y besar a vuestra hija; como siempre lo habéis hecho; y perdonar a Lorenzo.

—Os digo que Luisa le ama—exclamó el anciano,—y que he visto salir de su casa a Lorenzo a la una de la madrugada; os repito que es un infame.

—Sí, es cierto que Luisa ama a Lorenzo—dijo fray Leonardo,—pero le ama como a un hermano.

—¡Puro y fraternal el amor de un Lorencito! ¿Y sois vos, padre mío, vos, que estáis acostumbrado a leer en el corazón de los hombres, quien me dice eso? ¿Sois vos quien sale en defensa de aquel miserable?

Fray Leonardo quedó pensativo un momento, y después, descansando la mano en el hombro de Strozzi, continuó:

—Vos mismo lo habéis dicho; pocas son las almas que no hayan sido por mí sòndeadas, pocos los oscuros abismos en que las pasiones humanas se agitan cuya profundidad no haya medido. Pues bien, Strozzi; jamás he conseguido leer en el pensamiento de Lorenzo, no obstante haberlo mirado con más pertinacia que a los demás, pues no ignoráis que durante mucho tiempo fué el la única esperanza de los republicanos. Cuanto más he estudiado a las hombres, más obscuro se me ha presentado el corazón de Lorenzo. Desde que ha regresado de Roma, hace ya un año, se ha hecho impenetrable a todos los ojos, aun a los nuestros, pues ni una sola vez, durante ese tiempo, se ha acercado al tribunal de la penitencia. ¡Oh!—exclamó con ademán de terror fray Leonardo—¡el que escuche a Lorenzo en confesión!...

—Eso si no muere sin confesarse—exclamó con acento sombrío Felipe Strozzi.

—No importa — replicó el fraile, moviendo la cabeza; — ama, y puesto que ama no se ha perdido todo para él. El amor es una creencia, y el corazón, en el que queda un rayo de amor, jamás reniega por completo de Dios.

—¿No era aún bastante mi desventura—dijo Strozzi,— para que ese hombre amase a Luisa y fuese por ella correspondido, acabando así de quebrantar mi corazón, ya tan lleno de dudas?

—Strozzi, en vez de acusar a Dios—exclamó el fraile,—debéis darle gracias de que la pobre niña, abandonada como estaba, y en la creencia de que obedecía al amor paternal, ha sabido conservarse pura como un ángel, no obstante haber amado como una mujer.

—¡Oh! ¡Si yo lo creyese así!—murmuró Strozzi.

—Podéis creerlo, yo os lo afirmo—dijo fray Leonardo.

—Entonces, ¿por qué no viene ella a decírmelo? — exclamó el desventurado padre, cuyo corazón rebotaba de dolor. — Me parece que si de sus labios lo oyera, mis dudas se disiparían.

—Cesen, pues, vuestras dudas, padre mío — exclamó Luisa, que, conducida por el fraile a la contigua celda, había escuchado toda la conversación y sólo esperaba una palabra de ternura de su padre para arrojarle en sus brazos.

Al mismo tiempo que la joven entraba por una puerta, el buen fraile, deseoso de no ser un obstáculo a las expansiones del padre y de la hija, salía por la otra.

Por un momento se confundieron las palabras con los besos, y únicamente Dios pudo oír las acciones de gracias que padre e hija le dirigían con voz apenas perceptible.

Después, la mirada de Strozzi buscó a fray Leonardo, y le vió que cerraba la puerta.

—¿Nos dejáis, padre mío? — dijo Felipe.

—La dicha desaparece tan rápidamente — contestó fray Leonardo, — que cuando un hombre goza de ella bueno es que otro se halle cerca de él orando.

Y dichas estas palabras, desapareció.

Strozzi, más débil contra el gozo que no lo fuera contra el dolor, dejóse caer en uno de los escabeles que el austero dominico utilizaba para sentarse.

—¡Mucho debéis haber sufrido, padre mío, si, en efecto, habéis dudado de mí! — dijo Luisa, sentándose a los pies de Felipe.

—Sí, mucho he sufrido—exclamó Strozzi,—pues no sabes; ni jamás sabrás; con qué ternura te amo, Luisa. El amor de los padres sólo ellos y Dios lo comprenden. Hace tres años que salí de Florencia, y, durante ese tiempo, solamente he podido saber de ti a largos intervalos. Florencia, que es mi madre, y tú, que eres mi hija, constituís mis únicos amores, y aun creo que de las dos; oprimidas amo más a ti.

—Os hallabais con mis hermanos, padre mío, y el pensar que ellos os consolaban me servía de consuelo.

—Tus hermanos son hombres fuertes, creados para la lucha y para sufrir. Un padre, al engendrar a un hijo, sabe que lo debe a la patria. En cambio, una hija es el ángel del hogar cristiano, es la estatua del amor virginal que ha reemplazado a los antiguos penates. Juzga, pues, cuánto no habré sufrido, hija mía, al pensar en los peligros que te amagaban en esta desventurada ciudad y al ver que no podía protegerte... Mas dime, Luisa querida, ¿en qué te has ocupado durante todo este tiempo?

—En orar y amar, padre mío—contestó la joven.—He orado por vos, y he amado a Lorenzo.

—¿Es cierto, pues, que le amas?—preguntó Strozzi suspirando.

—Le amo tanto, que, si lo perdiera, no sé cómo podría Dios reemplazarlo en mi corazón.

—Pero nadie sabe que os amáis, ¿verdad?—preguntó Felipe titubeando.

—Todo el mundo lo ignora.

—¿Dónde y cómo os veis?

—Hasta que me dijo que abandonase la casa de mi tía; en ella nos hemos visto, pero desde entonces; nos vemos en la casita de la plaza de la Santa Cruz, adonde él viene disfrazado ora de un modo, ora de otro, pero sin abandonar nunca el antifaz, y cada vez adoptamos una nueva señal para la próxima entrevista. Lorenzo, tan pronto está animado y risueño, como sombrío y desalentado; o bien llora como una mujer, o está alegre como un niño.

—¿Y tú?

—Yo según te veo así estoy, pues su alegría me alegra y su tristeza me entristece.

—¿Y de la boda concertada entre vosotros, ¿sigue hablándote?

—Sí, con bastante frecuencia, padre. Entonces se entusiasma, y habla de lo venidero, del poder, de la Corona; en fin, de cosas que son incomprensibles para mí.

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

—Tranquilizaos, padre mío, no es a Lorenzo a quien debéis temer.

—Es cierto, ahora me haces recordar que aun te amenaza otro peligro... ¿Conque te ama ese duque infame?

—Todavía no me lo ha dicho nadie; pero varias veces, y aun esta misma mañana, he sido seguida por hombres enmascarados, y en los latidos de mi corazón he comprendido que pesaba sobre mí un peligro inminente.

—¿Sabe el duque dónde habitas?

—Desde no hace muchas horas.

—¡Válgame Dios!

—En cuanto lo supe me asusté, pero Lorenzo me ha vuelto la confianza diciéndome que nada tenía que temer.

—¡Lorenzo! ¿Has visto a Lorenzo?

—Sí, esta mañana.

—¿Y no te ha dicho que anoche nos encontramos él y yo?

—En efecto, me lo ha dicho.

—¿Y que te ofrecí a él por esposa?

—También.

—¿Y que no quiso aceptar tu mano?

—Todo, todo me lo ha dicho.

—¿Qué opinión te ha merecido?

—Me he compadecido de él, padre mío.

—¡Que te has compadecido!

—Sí, porque sé que ha debido sufrir.

—¿Dónde lo has visto?

—En su propia casa.

—¡Cómo! ¿Has tenido valor para ir a la calle Ancha, a aquella casa infame?

—He ido, porque creí que el peligro era inminente.

—¿Cuál de los dos ha sido el que primero ha hablado de mí?

—El, padre mío.

—Pero no sabe dónde me oculto, ¿no es cierto?

—Al contrario, padre, no lo ignora.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo.

—¡Oh, desdichada! —murmuró el anciano— ¡Me pierdes y te pierdes conmigo!

—¿Pero es posible, padre mío, que supongáis...?

—¿Y es posible que seas tan crédula, que estés tan ciega? ¡Ah, Luisa! El duque nada ignora en estos momentos, y tú, mis amigos y yo, nos hallamos en sus manos por culpa de tu insensata confianza, de tu loco amor. ¡Oh, desdichada! ¿Qué has hecho? ¡Que Dios te perdone como yo lo hago!

Y Felipe Strozzi, que al pronunciar estas palabras se había levantado, dejóse caer de nuevo en su asiento retorciéndose los brazos.

En la puerta del convento sonaron dos aldabonazos.

—¡Escucha! —dijo Strozzi tendiendo la mano en dirección al sitio de donde venía el ruido.

—¿Y bien? —preguntó Luisa jadeante.

—¿No has oído? ¡Mira, y convéncete! —exclamó el anciano arrastrando a su hija hasta la ventana de la celda desde la cual pudo ver Luisa el brillo de las armas.

—¡El duque!... ¡Y le siguen soldados!... ¡Esbirros!... —exclamó la joven. — ¡Ah, padre mío, matadme! ¡Pero no, no es posible! ¡Os habrán traicionado!

—Sí, me han traicionado —exclamó Felipe, —pero ha sido mi hija la que me ha hecho traición.

—¡Oh, padre mío! —dijo la joven sollozando, —antes de condenarme, esperad...

Poco tuvo que esperar el anciano, pues, a los pocos momentos, fray Leonardo apareció en la puerta de la celda, y dirigiéndose a Felipe Strozzi, le dijo:

—¿Estáis preparado para el martirio, hijo mío?

—Sí —contestó el anciano fríamente.

—Está bien —dijo el fraile, —porque aquí están los verdugos.

Y entonces se oyó la voz del duque Alejandro que decía:

—Quedaos en esta puerta y no dejéis entrar a nadie. Vosotros, seguidme.

Y, acompañado de sus esbirros, Jacobo y el *Húngaro*, penetró en la celda.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó el duque prorrumpiendo en una carcajada, —¿conque es cierto lo que me han dicho? ¿Con que el lobo ha caído en la trampa?

—¿Quién eres tú y cuáles son tus deseos? —exclamó

fray Leonardo interponiéndose entre el duque y Strozzi.

—¿Pregúntasme quién soy?—replicó con acento zumbón el duque.—Ya puedes verlo, mi dignísimo padre, soy un peregrino piadoso que visita las casas del Señor, para recompensar o castigar según sus merecimientos a los que, en su orgullo, se tienen por superiores a las recompensas y al castigo. ¿Que cuáles son mis deseos?—añadió el duque apartando al fraile con violencia,—pues que me dejes libre el paso, pues tengo que hablar con ese hombre.

Pero fray Leonardo púsose nuevamente delante de Felipe, exponiéndose él primero a la cólera del duque, y exclamó:

—Este hombre es huésped del Señor, y por lo tanto, es sagrado, y antes que le echen las manos encima, tendrán que pasar por encima de mi cuerpo.

—Perfectamente—dijo el duque cuyos ojos centelleaban,—pasaremos por encima de él. ¿Crees, acaso, que quien no ha titubeado en hollar el cadáver de una ciudad para subir al trono, se detendrá temeroso de pisar el de un miserable fraile?

—Ea—exclamó el *Húngaro* acercándose y esgrimiendo el puñal,—¿hay que...?

—No, a lo menos por ahora—contestó Alejandro;—tú llevas siempre mucha prisa.—Y dirigiéndose de nuevo a fray Leonardo, añadió:—¡Paso a tu duque!

—¿Mi duque?—replicó el dominico;—no conozco tal nombre. No ignoro lo que es un gonfaloniero, como tampoco lo que es un prior, y estoy dispuesto a obedecer a un juez; pero no sé qué es un duque ni un ducado.

—Entonces—repuso Alejandro, apretando los dientes con rabia,—¡paso a tu señor!

—¡Mi señor!—continuó fray Leonardo con igual resolución,—mi único señor es Dios que está en el cielo, y, mientras la voz de acá abajo me dice: «¡Vetel!», escucho que me dice la de arriba: «Quédate.»

—¿Sí? Pues espera—dijo el *Húngaro*.

—¡Aguarda, repito!—exclamó el duque golpeando el suelo con el pie y lanzando al esbirro una mirada que le hizo retroceder;—cuando por casualidad soy paciente, bien puedes serlo tú también. ¿No ves que quiero evitar que esa joven se asuste?—Y volviéndose nuevamente

hacia fray Leonardo, añadió:—Pues bien, ya que no quieres conocer a tu duque ni a tu señor, ¡paso al más fuerte!

Y a una señal de Alejandro, los esbirros apartaron a fray Leonardo que, descubriendo a Strozzi, lo dejó cara a cara con el duque.

—Duque Alejandro—exclamó el anciano protegiendo a su hija con el brazo, mientras insultaba a aquél, —siempre había creído que te bastaban tu canciller, tu alguacil mayor y tus guardias, para no desempeñar tú mismo el papel de esbirro. Si embargo, veo que me había engañado.»

—¿Y te parece poco el placer de encontrar a un enemigo frente a frente?—replicó el duque echándose a reír.

—¿Me has tomado, acaso, por uno de esos que durante la noche, y cautelosamente, se introducen en una ciudad, permaneciendo de día ocultos en un cubil y que aguardan paciente y arteramente la hora de alargar el brazo en la sombra y herir por la espalda? No; yo me presento en pleno día y a la luz del sol para decirte: Strozzi, entre los dos hemos jugado una terrible partida en la que nos apostamos nuestra vida; tú has perdido, y, por consiguiente, a tí te toca pagar.

—Sí—replicó Felipe—y admiro al mismo tiempo la prudencia del jugador que viene a reclamar su deuda tan bien acompañado.

—¿Es que acaso crees que tengo miedo? ¿Supones que no hubiera ido sin acompañamiento a donde hubiese presumido poder encontrarte? ¡Cuán engañado estás si tal creiste!—Y dirigiéndose a Jacobo y el *Húngaro*, les dijo:—Salid de esta estancia y cerrad la puerta y sea lo que fuere lo que oigáis, no entréis hasta que yo os llame.

Jacobo y el *Húngaro* intentaron resistir, pero el duque golpeó el suelo con el pie, y los dos esbirros dejaron a fray Leonardo, que fué a arrodillarse ante un reclinatorio, y abandonaron la celda cerrando tras sí la puerta.

—Ea, ya estoy solo contra vosotros dos, Strozzi—dijo el duque con altivez.—¡Ah! Comprendo, titubeas porque voy armado.—Y tirando al suelo su espada y su puñal, añadió:—Mira, arrojo mi espada y mi puñal. Ea, romano antiguo, ¿no hubo en aquellos tiempos un Virginio que dió muerte a su hija, y un Bruto que acabó con su soberano? Ea, hazle inmortal como ellos, hiere... ¿Qué arriesgas? Ni siquiera tu cabeza, pues ya sabes que el verdugo la

espera. Y a ti, fraile, ¿qué es lo que te detiene? Recoge esa espada y sepúltamela por la espalda si es que no te atreves a mirarme de frente.

—Dios prohíbe a sus ministros derramar sangre—contestó fray Leonardo con voz sosegada, pero firme;—de no ser así, duque Alejandro, tiempo haría que hubiera libertado a Florencia del yugo de su tirano.

—Y bien, Strozzi, ¿sigues creyendo que tengo miedo?—preguntó el duque.

Luisa aprovechó el silencio que entre los tres se estableció, y con voz temblorosa dijo:

—No, monseñor, vuestra valentía es conocida de todos y os ruego que a ella igualéis vuestra bondad.

—¡Calla, Luisa!—exclamó Strozzi;—quiero entender que le diriges una súplica...

—Padre—insistió Luisa, mientras el duque envainaba nuevamente su espada y su puñal,—permitidme que hable, Dios dará fuerza a mis palabras...—Y añadió echándose a los pies del duque:—Monseñor...

—¡Levántate, niña!—exclamó el dominico levantándose de su reclinatorio y abalanzándose a Luisa.—Nada de pactos entre el ángel y el demonio. ¡Levántate!

—Haces mal, fray Leonardo—dijo el duque echándose a reir;—estaba tan hermosa en esa actitud, que iba a olvidarme de mi ofensa para sólo acordarme de mi amor.

—¡Hija mía! ¡Hija querida!—exclamó Strozzi estrechando a Luisa entre sus brazos.

—¡Oh Dios mío!—repuso fray Leonardo levantando los brazos al cielo,—si miras lo que pasa sin fulminar tus rayos, diré que tu misericordia es más grande aún que tu justicia.

—¡Jacobol! ¡Húngaro!—gritó el duque después de haber esperado un instante, como para dejar a Dios el tiempo de herir.

—Estamos a vuestras órdenes, Alteza—dijo el Húngaro entrando con Jacobo.

—Conducid estos dos hombres a los guardias para que a su vez los lleven al Bargelo,—repuso el duque indicando a fray Leonardo y a Felipe Strozzi.

—¡Monseñor! ¡Monseñor!—exclamó Luisa,—no separéis al padre de su hija ni al sacerdote de su Dios.

—Calla y quédate,—dijo Strozzi.—No des un solo paso si no quieres que te maldiga.

—¡Oh!—murmuró Luisa, y cayó de rodillas.

—Adiós, hija mía—dijo Strozzi;—desde este momento únicamente Dios velará por ti; pero no olvides jamás que tu matador es Lorenzo.

—¡Padre! ¡Padre!—exclamó la joven tendiendo los brazos hacia el anciano.

Felipe Strozzi, a quien las súplicas de su hija no ablandaron, le dió un postrer adiós tal vez más colérico que tierno, y salió.

—¡Oh, monseñor!—dijo Luisa dirigiéndose al duque,—¿no puedo hacer nada para salvar a mi padre?

—Al contrario—contestó el duque volviéndose desde la puerta y acercándose de nuevo a la joven,—tú eres la única que puedes salvarlo.

—Y para salvarlo, ¿qué es preciso hacer, monseñor?—preguntó Luisa.

—Lorenzo te lo dirá—contestó el duque, y abandonó la celda.

IX

EL BARGELO

Felipe Strozzi y fray Leonardo, junto con Silvestre Aldobrandini, no obstante estar herido, y Bernardo Corsini, así como los demás patriotas que el duque Alejandro juzgó del caso, como individuos del complot tramado contra él, fueron conducidos al Bargelo y encerrados en una misma habitación cuyas ventanas estaban enrejadas; sus paredes estaban llenas de inscripciones que los innumerables mártires de la misma causa que habían precedido a los héroes de este relato grabaran en ellas.

Era el Bargelo un inmenso edificio que Arnolfo de Lupo había construído para que sirviera de Audiencia y de prisión; colgado de una de sus paredes se ha encontrado, no hace mucho tiempo todavía, un retrato del Dante pintado por Giotto.

Es todavía uno de los monumentos de Florencia que con más grandeza y originalidad recuerdan aquellos terribles tiempos de que fueron mudos espectadores.

En el momento en que, con nuestros lectores, penetramos entre aquellas nobles víctimas de la tiranía del gran duque, fray Leonardo está recostado contra una de las columnas que sostienen la bóveda; Felipe Strozzi se halla sentado, y junto a él, en un banco y apoyando la cabeza en una capa arrollada, yace Silvestre Aldobrandini; los demás rodean a Bernardo Corsini, que, subido en un escal, está grabando, con un clavo viejo, su nombre en el muro.

—¿Qué haces ahí, Bernardo?—preguntó el fraile.

—Ya lo veis, padre mío—respondió Bernardo,—estoy escribiendo mi indigno nombre al lado del de los mártires que me han precedido acá abajo y me están esperando en el cielo.

—Ahora me toca a mí—dijo Víctor de Pazzi, a quien Bernardo entregó el clavo.—Por Jesucristo, el último príncipe que nuestra nación ha elegido, que estos muros serán con el tiempo el libro de oro de Florencia. ¡Ah! Ved aquí el nombre de mi antecesor Jacobo de Pazzi, y el de Jerónimo Savonarola, y también los de Nicolás Carducci, el Dante, Castiglione... ¡Por Dios vivo! ¡Qué hermosa guardia de nobles fantasmas debe tener la libertad en las alturas!

—Escribe el mío entre el tuyo y el de Corsini, Pazzi—exclamó Aldobrandini.—Es preciso que la posteridad sepa que yo estaba entre vosotros; y si encuentras demasiado dura la pared, bájate y moja el dedo en mi sangre para escribirlo en vez de grabarlo; mi herida no se ha cerrado todavía y te la dará abundante. Escribe, escribe: «Silvestre Aldobrandini, muerto por la libertad.»

—Ahora te toca a ti, Strozzi—dijo Víctor cuando hubo grabado el nombre de Silvestre Aldobrandini debajo del suyo, entregando a Felipe aquel innoble clavo, que en manos de los ilustres presos se convertía en buril de la historia.

Strozzi cogió el clavo, y escribió a la altura de su mano la siguiente sentencia italiana:

«Guárdame de quien me fio, y me guardaré de quien desconfío.»

—No está mal el consejo—dijo Víctor echándose a reír;—pero tiene el defecto de llegar un poco tarde, siendo dado por los muros de una prisión.

Los demás grabaron también sus nombres.

Un familiar de la inquisición del Estado apareció en esto, y preguntó:

—¿Ha regresado Strozzi del interrogatorio?

—Sí; ¿quién pregunta por él?—dijo Felipe.

—Una joven que tiene autorización para pasar junto a él media hora—contestó el familiar.

—¡Una joven!—exclamó Strozzi con admiración.—Como no sea Luisa...

—Sí, padre mío, soy yo—dijo la hija de Strozzi desde la puerta.

—Ven, hija mía—exclamó Strozzi abriendo los brazos.—Te he perdonado y confío en que los demás te perdonarán también.—Y con arranque de paternal ternura y estrechando a su hija contra su pecho, añadió aterrado:—¡Oh, hija mía! Me haces estremecer... ¿Quién te ha dado esa autorización para verme?

—El duque—respondió Luisa.

—¿Y cómo las has obtenido?

—Yo misma he ido a buscarla.

—¿Adónde?

—Al palacio del duque.

—¡Al palacio del duque!—repitió Strozzi.—¿Has puesto los pies en casa de aquel infame?... ¡La hija de un Strozzi en casa de un bastardo de los Médicis!... ¡Oh! ¡Hubiera preferido no volver a verte que lograrlo a este precio!... ¡Vete! ¡Vete!...—añadió Felipe repeliendo a su hija.

—Strozzi, sé hombre—dijo fray Leonardo recibiendo a Luisa en sus brazos.

Pero el anciano se levantó, y, mientras la inocente Luisa lo miraba llena de espanto y admiración, exclamó mesándose los cabellos:

—¡Mi hija ha estado en casa del duque! ¡Ha penetrado en aquella caverna de escándalos, en aquel antro de lujuria!... ¿Y cuántos años de inocencia te ha costado el permiso para verme durante media hora?... ¡Di, contestal

—Padre mío—dijo Luisa con humilde ternura,—bien sabe Dios que no merezco lo que me decís. Por otra parte, no estaba sola; me acompañaba Lorenzo, que no se ha apartado de nosotros.

—¿Así, pues, no ha habido condiciones infames?

—No, padre mío, os lo juro por la honra de la familia.

He pedido de rodillas al duque que me concediera permiso para veros. Lorenzo y él han cruzado algunas palabras en voz baja; después el duque ha firmado un papel, me lo ha entregado, y he salido de palacio sin que tuviera que ruborizarme más que de su mirada.

—No importa — replicó Strozzi moviendo la cabeza; — algún terrible misterio esconde esa clemencia, Luisa. Pero, ya que te han concedido media hora, aprovechémosla, pues tal vez sean éstos los últimos minutos que pasamos juntos.

—¡Padre! — exclamó Luisa.

—Dios te ha dado fortaleza de espíritu, hija mía — dijo el anciano, —y pueden hablarte, no como a una niña, sino como a una mujer.

—Vuestras palabras me hacen estremecer, padre mío— murmuró la joven.

—No ignoras quién es el hombre que reclama mi cabeza, como tampoco cuál el tribunal que me juzga.

—¡Padre! ¡Padre! ¿Han dictado sentencia de muerte contra vos?

—Aun no, pero es lo más probable que me sentencien a ella. Respóndeme, pues, como si estuviese ya sentenciado a morir. Piensa que lo que voy a pedirte envuelve la tranquilidad de mis últimos momentos, que al sentenciado no le queda solamente el morir, sino que debe hacerlo como cristiano, esto es, sin maldecir, ni blasfemar...

—¡Gracias, Dios mío! — murmuró fray Leonardo. — ¡Gracias por haber conducido aquí a ese ángel que le devuelve la fe que casi había perdido ya!

—Padre — exclamó Luisa, — ¿qué debo hacer para devolveros la tranquilidad? Decídmelo, y en seguida seréis obedecido.

—Luisa — dijo Strozzi con voz solemne, — júrame que cuando veas levantar mi patíbulo, y que soy conducido al suplicio, nada intentarás para recabar del duque mi salvación, aunque mi vida fuese el premio de tu diligencia... Júrame que entre tu inocencia y su infamia no se establecerá ningún pacto... Porque te juro, por el alma de tu madre y por mi amor infinito, que si me salvaras moriría desesperado, y que después de haber sido tú la causa de mi perdición en la tierra, no volverías a verme en el cielo...

Luisa cayó de rodillas para dar más solemnidad a su promesa, y, juntando sus manos con las del anciano, contestó:

—Os lo juro, padre mío, y que Dios me castigue si falto a mi juramento.

—Aun no he terminado — siguió diciendo Strozzi, mirando con ternura a su hija y poniéndole las manos sobre su cabeza; — el peligro que durante mi agonía te persigue, puede sobrevivir a mi muerte... Lo que el duque no ha logrado alcanzar por el terror, puede intentar obtenerlo por la violencia...

—¡Padre mío! — exclamó Luisa.

—Nada hay que el duque no se atreva a hacer; tiene valor para todo — dijo con viveza el anciano. — Es un infame...

—¡Dios mío! — balbuceó la joven, ocultando el rostro entre sus manos.

—Luisa — insistió Strozzi, — ¿no es cierto que antes preferies la muerte a vivir en la ignominia y la deshonra?

—¡Oh, mil veces, sí! — respondió la joven.

—Pues bien — dijo Strozzi, haciendo esfuerzos por conservar la firmeza de su voz, — si llegases a caer en manos de aquel hombre, si no encontrases un medio de substraerte a él, si ni aun la misericordia divina te ofreciese una vislumbre de esperanza...

—Acabad, padre mío.

—Pues bien, sólo me queda un tesoro, que he logrado esconder a los ojos de todos: un postrer consolador, último amigo que debía abreviarme el tormento y salvarme del patíbulo... Es este veneno.

—¡Oh! Dádmelo — dijo Luisa, que había comprendido la intención de su padre.

—Gracias, hija mía — exclamó Strozzi. — Este frasco es la libertad, la honra; tómalo, y... acuérdate de que eres la hija de Strozzi.

—Os juro que vuestros deseos se verán satisfechos, padre mío — exclamó Luisa, tendiendo la mano en señal de juramento.

—¡Gracias! ¡Gracias! — dijo Felipe; — ahora puedo morir tranquilo. Y tú, Dios mío, tú que has escuchado este juramento, ¿no es verdad que impedirás que tenga que cumplirse?

La puerta de la prisión se abrió, apareciendo el familiar que había acompañado a Luisa; pero ahora le seguía un enmascarado.

—Han transcurrido los treinta minutos que os han sido concedidos — dijo el familiar, dirigiéndose a la joven; — seguidme.

— ¡Ya! — exclamó Luisa.

—Ve, hija mía, y bendita seas — dijo Strozzi.

— ¡Un momento más, sólo un segundo! — insistió Luisa, juntando las manos.

—No, obedece — le dijo su padre. — Adiós, hija mía no pidas nada a esos hombres.

— ¡Adiós, padre mío! — exclamó la joven.

—Hasta que nos reunamos en el cielo — repuso fray Leonardo.

— ¡Oh! — murmuró el desdichado padre.

—Vamos, sed fuerte, Strozzi — dijo el dominico, estrechándolo contra su corazón.

Mientras tanto, Luisa se alejaba arrastrada por el familiar, y en el momento en que pasó junto al enmascarado, éste le dijo en voz baja:

—Luisa...

— ¡Lorenzo! — exclamó la joven, reconociendo la voz del enmascarado.

— ¿Sigues confiando en mí? — preguntó el enmascarado.

— Más que nunca.

— Entonces, hasta la noche.

— Sí, hasta la noche — repitió Luisa, cuyo corazón se había abierto a la esperanza.

La puerta se cerró de nuevo, y el enmascarado quedóse en medio de los presos, cuyos extrañados ojos se fijaron en él amenazadores.

Felipe Strozzi, embargado por su dolor, fué el único que no reparó en el recién llegado.

El primero en dirigirle la palabra fué Víctor de Pazzi.

— ¿Quién eres tú — dijo adelantándose un paso, — que llegas hasta nosotros con la cara tapada? ¿Un espía de Mauricio? ¿Un esbirro del duque?

— ¿Eres el que nos ha de torturar? — exclamó Bernardo Corsini. — El tormento no nos asusta.

— ¿Eres el verdugo? — repuso Silvestre Aldobrandini, esforzándose por sostenerse en pie. — Estamos prontos a morir.

—Ea, respóndenos, ¿qué nueva nos traes? — dijo Víctor.

—Lo que vengo a deciros—respondió Lorenzo, quitándose el antifaz — es que todos estáis condenados a muerte, y que seréis ejecutados mañana al romper el alba.

—¡Lorencito! — exclamaron los presos.

—¡Lorencito! — repitieron Strozzi y fray Leonardo.

—¿Qué vienes a buscar aquí? — preguntóle Víctor de Pazzi.

—¿Qué quieres? — añadió Bernardo Corsini.

—¿Qué puede importaros lo que quiero y lo que vengo a buscar, si ya no os queda en este mundo sino orar y morir?—respondió Lorenzo.

—Lorenzo — dijo el dominico, adelantándose a su vez, —¿has venido para insultar a los mártires? Y, en caso contrario, ¿qué es lo que quieres?

—Vais a saberlo, puesto que es a vos a quien busco.

—¿Qué me quieres?

—Decid a esos hombres que nos dejen solos y que se aparten todo lo que puedan.

—¿Por qué?

—Porque lo que tengo que deciros es un secreto, y como también mi vida está en peligro, quiero que me escuchéis en confesión.

—¡Que te escuche en confesión! — exclamó fray Leonardo, retrocediendo un paso.

—Sí.

—¡Yo, yo escucharte en confesión! — dijo el fraile, con voz de espanto; — ¿y por qué yo con preferencia a otro?

—Porque tu vida pende de mi secreto y porque estás condenado a muerte; en una palabra, porque de todos los confesores de Florencia, sólo confío en ti.

—¡Retiraos, hermanos míos! — dijo fray Leonardo, con pálido semblante, porque, conforme se lo dijera a Strozzi, sospechaba que iba a escuchar algo terrible.

Los presos obedecieron.

Entonces fray Leonardo sentóse al pie de una columna y Lorenzo cayó de rodillas ante él.

—Padre mío — dijo el joven, — cuando regresé a Florencia hace un año, ya tenía proyectado lo que hoy voy a ejecutar. Tan pronto como llegué al suelo que me vió nacer, temeroso de imputar a los demás mis propias inclina-

ciones, recorrí todos los barrios de Florencia, e interrogué al pobre y al rico, al obrero y al patricio, y de todos escuché una acusación contra el duque Alejandro. El uno le reclamaba su fortuna, el otro su honra; éste un padre, aquél un hijo. Todo era llantos y lamentos; sólo oía acusaciones; entonces me dije que no era justo que un pueblo entero gimiese de tal suerte por la tiranía de un solo hombre...

—¡Ah!—exclamó fray Leonardo,—¿entonces eran ciertas nuestras suposiciones?

—Tendí la mirada en mi derredor—siguió diciendo Lorenzo,—y vi el oprobio en todas las frentes, el terror en todos los corazones y la corrupción en todas las almas. Busqué un apoyo, mas fué inútil: todo cedía bajo mi mano. La delación se había extendido por todas partes; en la plaza pública, en las encrucijadas, en el hogar doméstico, en el seno de las familias, en todas partes había penetrado. Entonces comprendí que el que quisiera conspirar en tales días sólo debía tomar por confidente a su pensamiento, y por cómplice únicamente a su brazo; comprendí que, semejante al primer Bruto, debía cubrir su rostro con un velo lo suficiente tupido para que no pudieran atravesarlo las miradas, y Lorenzo se convirtió en Lorencito.

—Continúa, hijo mío—murmuró fray Leonardo jadeante.

—Era preciso llegar hasta el duque—prosiguió el joven,—y que éste recelase de todos y que sólo se fiase de mí. Así, pues, me hice su cortesano, su criado, su bufón. Y no solamente he acatado sus órdenes, sino que me he anticipado a su voluntad y a sus deseos... Florencia me ha llamado durante un año cobarde, traidor e infame; durante un año, ha gravitado sobre mí el desprecio de mis conciudadanos, pareciéndome más pesado que la losa de una tumba; durante un año no ha habido más que un corazón que no dudase de mí... pero al fin he logrado realizar mi propósito, he conseguido llegar a la meta, y me encuentro al final de mi larga y penosa vía... Padre mío, esta noche daré muerte al duque Alejandro.

—¡Habla más bajo, más bajo!—murmuró el fraile.

—Pero el duque es diestro, tiene fuerza y bravura—prosiguió Lorenzo,—y por lo tanto puedo también sucumbir al intentar la salvación de Florencia. Necesito, pues,

que me absolváis *in extremis*. No titubeéis en hacerlo, padre mío. ¡Ay! ¡Bastante he padecido en la tierra para que aun el cielo me escatiméis!

—Lorenzo—dijo el dominico,—ya sé que absolviéndote cometo un crimen; pero ese crimen lo tomo sobre mí. Cuando Dios te mande comparecer ante su tribunal para pedirte cuenta de la sangre que hayas derramado, yo me presentaré en tu lugar y le diré: «Señor, no busquéis al culpado... pues éste se halla en presencia vuestra.»

—Era lo único que tenía que pedir—exclamó Lorenzo.—Ahora, también él, como vos, está condenado a muerte. Sólo es cuestión de tiempo... Padre mío, cuando os vengán a buscar mañana por la mañana, gritad todos: «¡El duque Alejandro ha sido asesinado por Lorencito! En su casa encontraréis el cadáver del duque...» El mismo verdugo temblará, y el pueblo se precipitará hacia mi casa de la calle Ancha, y encontrará el cuerpo del duque, y en lugar de llevaros al patíbulo, os pasearán en triunfo.

—¿Y tú?

—¿Yo?... Yo abriré al pueblo la puerta del aposento en que el cadáver del duque Alejandro estará tendido. Y ahora que os he dicho cuanto tenía que decir, adiós, padre mío.—Y, adelantándose hacia los presos, que estaban agrupados junto a la puerta, añadió:—¡Paso, señores!

—¿Y si no quisiéramos dejarte pasar?—dijo Víctor Pazzi.

—¿Y si hubiésemos resuelto vengarnos antes de morir?—añadió Bernardo Corsini.

—¿Y si estuviéramos decididos a ahogarte entre nuestras manos?—exclamó Strozzi.

Y todos a una, incluso Silvestre Aldobrandini, que se esforzaba en llegar hasta el joven, comenzaron a gritar:

—¡Muera el que nos ha vendido a todos! ¡Muera el traidor! ¡Muera el infame!

Lorenzo frunció el ceño y llevó la mano a su espada; pero fray Leonardo le dijo en voz baja:

—¡Detente, Lorenzo! ¡Sufré resignadamente el último martirio de tu pasión, la última espina de tu corona!—Y dirigiéndose a los presos añadió en voz alta:—¡Hermanos míos! Dejad pasar a este hombre que es el más grande de todos nosotros...

Y Lorenzo, en medio de la estupefacción de los presos,

que, obedeciendo la orden del dominico, permanecieron quié-
tos en sus puestos, salió de la estancia.

X

EL ASESINATO

En el palacio de la calle Ancha celebrábase aquella noche una gran fiesta para solemnizar el triunfo que el duque Alejandro había obtenido sobre los republicanos.

Los más íntimos del duque hallábanse reunidos allí.

Sin embargo, a la derecha de Alejandro había quedado un asiento vacío, el de su favorito.

Alejandro, al ver que la ausencia de Lorenzo tenía preocupados a los demás comensales, cada vez que éstos le preguntaban algo, les contestaba sonriéndose:

—No os preocupéis por la ausencia de Lito; ya sé donde está.

Era la media noche cuando Lorenzo entró en el comedor; fué a sentarse junto al duque, y, después de llenar su copa de vino, se levantó diciendo:

—¡A la prosperidad, a la alegría, a los placeres de nuestro amado duque!

El brindis del joven fué repetido por los presentes; Lorenzo se inclinó entonces hasta el oído de Alejandro y le dijo en voz baja:

—Podéis beberos dos copas en vez de una, monseñor, pues Luisa estará en mi casa dentro de media hora esperando las órdenes de Vuestra Alteza.

—¿Eso has hecho tú, monín? —preguntó el duque, que estaba ya medio borracho. — ¿Has dicho que dentro de una hora? ¿Y quién vendrá a advertirme?

—No tengo en quien fiarme, monseñor. Vos tenéis confianza en el *Húngaro*, ¿no es cierto?

—Completa; estoy seguro de él como de mí mismo.

—En ese caso, préstádmelo para que vayamos a buscar a nuestra hermosa afligida.

—¡No! —replicó el duque. — Luisa lo reconocería y se negaría a seguirlo.

—¿Con el rostro cubierto con un antifaz y un billete mío?... ¡Bah! Además, la niña sabe a dónde va.

—Entonces, ¿para qué tantas precauciones?

—Para cubrir las apariencias, monseñor.

—Bien, puedes llevarte al *Húngaro*, puesto que lo pongo a tu disposición.

—Llamadle, monseñor, y decidle que me obedezca en todo cuanto le ordene.

El duque llamó al esbirro y le dijo:

—Sigue a Lorencito y obedécelo en todo lo que te mande; en caso contrario, pagarás con tu cabeza.

Nada extrañaron estas palabras al *Húngaro*; estaba ya acostumbrado a tales recomendaciones; así, pues, limitóse a hacer una señal de asentimiento con la cabeza.

—¿Te vas; monín?—preguntó el duque a Lorenzo, al ver que éste se levantaba.

—Debo prepararos la habitación, monseñor — contestó el joven.

—¿Me prometes que en cuanto llegue la hermosa, me enviarás un recado?

—El *Húngaro* vendrá a avisaros; pero no os hagáis esperar, monseñor.

Lorenzo dió algunos pasos hacia la puerta para marcharse, pero se acercó de nuevo al duque y le dijo:

—Monseñor, asegúradme que nadie de los aquí reunidos sabrá donde vais, ni por quién os levantáis de la mesa.

—Te lo aseguro.

—Asegúradme asimismo que daréis un rodeo para desorientar a los que os vean salir.

—Lo daré.

—¿Puedo confiar en que lo haréis como lo decís?

—¿Dudas de mi palabra, Lorencito?

—Está bien, monseñor; mas preferí dos promesas a una. ¿Me dais vuestra palabra de caballero?

—Sí.

—Entonces todo va bien.

—¿Qué te pasa, Lorencito? — preguntó el duque.

—¿A mí?—exclamó el joven.

—Sí; tu semblante tiene una palidez cadavérica, y, sin embargo, tienes la frente cubierta de sudor.

—¡No he de tenerla! — dijo Lorenzo enjugándose con un pañuelo de batista bordado semejante a los que usaban las mujeres.—Aquí se asfixia uno.

Y al acabar de decir estas palabras, Lorencito desapareció.

Daban las doce de la noche en el reloj de la catedral cuando el joven salió a la calle Ancha.

Era la noche del 5 al 6 de enero; una noche fría en extremo, y tan oscura; que, a diez pasos de distancia, casi no podían distinguirse los objetos.

Lorenzo caminaba despacio mirando a uno y otro lado como quien busca a alguno; cuando llegó a la esquina de la calle de las Balanzas, presentósele un hombre, el cual, viendo que aquél retrocedía y llevaba la mano a su puñal, dijo:

—Soy yo, monseñor.

—¡Ah! ¿Eres tú, Miguel?—exclamó Lorenzo.

—El mismo—contestó el interpelado;—¿no me dijo Vucencia que me paseara todas las noches de once a una por la calle Ancha?

—En efecto, te lo dije, y me place que seas tan puntual. ¿Estás dispuesto a seguirme?

—Sí, monseñor.

—Pues en marcha.

—¿Ha llegado, pues, el momento de vuestra venganza?—preguntó Miguel.

—Espero que dentro de una hora todo habrá terminado—contestó Lorenzo.

—Sois muy dichoso, monseñor.

Nada respondió Lorenzo; pero, tomando la delantera, internóse en la calle Ancha y abrió una puertecita.

—¡Ah!—exclamó Miguel,—¿vais a vengaros en vuestra propia casa?

—Sí.

—¿No teméis que los gritos y el chocar de los aceros sean oídos desde el palacio del duque?

—Desde hace un año—repuso Lorenzo—han oído los vecinos tantas voces y tanto ruido de espadas, que ni siquiera se fijarán en ello; te lo aseguro.

Cuando llegaron al primer piso, Lorenzo abrió la puerta de un cuarto en el que hizo entrar a Miguel; éste, al ver que el joven iba a dejarlo solo, le dijo:

—Monseñor, soy vuestro en cuerpo y alma, mas os ruego tengáis presente que me hicisteis una promesa.

—Recuérdamela. ✓

—Me prometisteis que, una vez libre de vuestro enemigo, me dejaríais que a mi vez me deshiciera del duque.

—¿Así, pues, sigues abrigando ese deseo?

—Más que nunca, monseñor.

—¿Y no te harían desistir de él ni los ruegos, ni el dinero, ni las amenazas?

—Juré matarlo sin compasión ni misericordia.

—¿Entonces es cierto lo que me referiste?

—Os dije la verdad, monseñor.

—Casi me resisto a creerlo.

—¿Por qué?

—Porque no hay hombre capaz de semejante crueldad.

—Más cruel fué el duque Alejandro.

—¿Y era hermosa la joven?

—Como un ángel.

—Me dijiste que se llamaba...

—Nella.

—¿Cuántos años tenía cuando murió?

—Diez y ocho.

—Pocos años son.

—Al contrario, monseñor, son muchos cuando ya hace dos que la desventura y el oprobio hacen amarga la vida.

—¿Y dices que después de darte esperanzas de casarte con Nella, el duque Alejandro...?

—¡Oh! ¡callaos, monseñor!—dijo Miguel sucumbiendo a los recuerdos que con tanta crueldad le despertaba Lorenzo.—¡Callaos, por favor, o vais a hacer que pierda la razón! No se trata de mí, sino de vos, ¿no es así? Habéis hecho que os acompañase para ayudaros a matar a alguien... Pues bien, ¿quién es el hombre cuya sangre será el precio de mi venganza? Decidme su nombre, estoy dispuesto.

—No es preciso nombrártelo, puesto que vas a verlo.

—¿Luego lo conozco?

—Poca memoria tienes, Miguel; me dijiste el nombre de cuatro hombres que en aquella noche fatal se encontraban en el aposento verde, y te dije que aquel de quien tenía que vengarme era uno de ellos.

—Cierto, monseñor; lo había olvidado.

—Ea, pues, te dejo en este cuarto; está preparado... piensa en el duque... en tu venganza... y cuando vuelva por ti, ten preparada la espada.

—Descuidad, monseñor.

Lorenzo dejó cerrado a Miguel y entró en la estancia que para el duque había sido preparada.

Los leños que en la chimenea ardían era lo único que alumbraba la estancia.

Apenas hubo entrado Lorenzo en ella, cuando oyó rumor de pasos en la escalera; estos pasos eran los de un hombre y una mujer, de la que, además, se oía el roce del vestido de seda.

Lorenzo se abalanzó al corredor, teniendo tiempo solamente de abrir una puerta y cerrarla tras sí.

Cinco minutos más tarde, Luisa, guiada por el *Húngaro*, que seguía con el rostro cubierto por el antifaz, pasó por delante de la puerta y entró en la pieza; era completamente extraña para ella, pues aquella en que había entrado por la mañana estaba situada en el lado opuesto del edificio.

Sin embargo, bastábale a Luisa, para tranquilizarla, el billete que había recibido, en cuya escritura reconoció la mano de su amado Lorenzo.

—Ya hemos llegado — dijo el *Húngaro* a la joven; — aquí debéis esperar.

—Gracias — dijo Luisa sentándose.

—¿Se os ofrece algo? — preguntó el esbirro.

—Nada — contestó la joven; — decid solamente al que os ha enviado que estoy aquí esperándole.

—Está bien, señora — repuso el *Húngaro*.

Este salió de la estancia, dejando a Luisa encerrada en ella.

No había dado aún dos pasos en el corredor, cuando fué detenido por Lorenzo, el cual le preguntó en voz baja:

—¿Ya está aquí?

—Sí, monseñor — respondió el esbirro.

—Entonces ve a decir al duque que lo estamos aguardando; pero que recuerde que nadie más que tú debe saber que entra en esta casa.

El *Húngaro* inclinóse, haciendo ademán de entregar a Lorenzo la llave de la habitación en que Luisa se hallaba encerrada; el joven no quiso tomarla, diciendo al esbirro:

—¡Hombre! ¿Cómo quieres tú que entre el duque?

—Es cierto — repuso el *Húngaro*. Y salió llevándose la llave.

Alejandro había aprovechado tan bien el tiempo, que al entrar el esbirro en el comedor, encontró a su amo medio borracho.

—¿Y bien?—le preguntó el duque, acercándosele.

—La dama está esperándoos, monseñor—dijo el *Húngaro*.

—En verdad, Lorencito no tiene precio—prosiguió Alejandro.—Estoy convencido de que si le pidiera la luna me la daría.

Y dichas estas palabras pasó a su tocador, en donde se puso un largo ropón de raso forrado de piel de marta cibelina.

—¿Qué guantes te parece que me ponga, los de guerra; o los de amor?—preguntó Alejandro al *Húngaro*.

—Los de amor, contestó el esbirro.

—En efecto, sobre la mesa había guantes de mallas y guantes perfumados.

El duque se calzó estos últimos, y abriendo de nuevo la puerta del comedor, dijo:

—Buenas noches, señores; podéis permanecer aquí todo el tiempo que queráis. Encontraréis vino en la cueva y camas en los aposentos. No vengáis a hacerme la corte antes de mediodía, pues será ya muy tarde cuando me acueste.

—Esperad, monseñor—dijo uno de los convidados;—yo os acompañaré.

—No, quedaos, Justiniano,—replicó el duque;—no necesito que nadie me acompañe.

Pero el estado de embriaguez en que se hallaba Justiniano de Cesena, que era capitán del duque, hizo que insistiera con tenacidad.

—Ven; pues, borrachín—exclamó el duque. Y dirigiéndose a Jacobo, le dijo en voz baja:—Cuando llegemos a la plaza de San Marcos, te lo llevas de grado o por fuerza; con el *Húngaro* tengo bastante.

Los cuatro abandonaron el palacio; pero a fin de desvanecer toda sospecha conforme lo había ofrecido a Lorenzo, el duque dobló la calle de los Caldereros, entró en la de Gironi, siguió por breve espacio la de San Galo y tomando luego la de los Tapiceros, empujó a Justiniano hacia la plaza de San Marcos dando orden a Jacobo que lo condujese a su casa; después, y seguido del *Húngaro* solamente, volvió a entrar en la calle Ancha.

Mientras tanto, Lorenzo había entrado en la estancia en que se hallaba Luisa, la cual, al verlo, se levantó con viveza y le echó los brazos al cuello.

A estas demostraciones de ternura, Lorenzo exclamó:

—Gracias, Luisa, gracias por no haber dudado de mí.

—El día que de ti dudase sería el último de mi vida— repuso la joven.

—Deja que cierre la puerta — dijo el joven; después añadió:—Has confiado en mí hasta el fin, amor mío; ahora escúchame.

—Habla; pero, ante todo, ¿y mi padre?

—Te he dicho que se salvaría, y se salvará. Pero no basta; al pensar en él, también he pensado en nosotros, amada mía. Dentro de una hora abandonaremos Florencia.

—¿Y adónde nos dirigiremos?

—A Venecia — contestó Lorenzo. Y golpeando su faltriquera, añadió:—Aquí guardo una licencia que el obispo de Marzi me ha dado para que podamos tomar caballos de posta; una vez libre, tu padre se reunirá con nosotros.

—Partamos, pues, Lorenzo mío.

—Todavía no; primeramente debe llevarse a cabo un grave acontecimiento, Luisa.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¿Aquí, dices?

—Sí, en esta estancia.

—¿Y yo?...

—Tú estarás en aquel gabinete; pero, a pesar de lo que veas o de lo que oigas, sea cual fuere el acto que se cumpla, no salgas ni digas una sola palabra... Cuando todo haya terminado, yo mismo abriré la puerta del gabinete, y partiremos. Lo único que te recomiendo es que cierres los ojos cuando, al salir, pases por esta pieza.

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo mío! — exclamó la joven, — tus palabras me estremecen... ¿Qué va a suceder aquí?... Lorenzo, ya no soy niña... Mi padre mismo me ha dicho que soy una mujer.

—¡Silencio! — dijo Lorenzo—; ¿has oído?

—Sí, como si cerrasen la puerta de la calle.

—En efecto. Entra en ese gabinete, Luisa... El momento decisivo ha llegado... Llâma en tu auxilio todo tu valor, y, aunque veas entrar a la muerte, no digas una palabra.

— ¡Virgen santísima! ¿Qué va a pasar?...

Lorenzo hizo entrar a la joven en la habitación contigua, cerró la puerta con llave, guardó ésta en el bolsillo, salió precipitadamente de la pieza, y entró en el gabinete en que se había escondido cuando la joven llegó acompañada del *Húngaro*.

Era la segunda vez que el *Húngaro* pasaba por delante de aquella estancia, pero ahora conduciendo al duque; éste entró pesadamente en la pieza, dejóse caer sobre la cama, y preguntó:

— Bien, y la muchacha, ¿dónde está?

— ¿Qué muchacha? — dijo el *Húngaro*.

— La hermosa Luisa, la que tú has ido a buscar con un billete de Lorenzo.

— Aquí la dejé, monseñor, y es indudable que va a venir.

— Está bien... está bien — exclamó Alejandro. — Confío en Lorencito... Mira, márchate y espérame, hasta que amanezca, frente al palacio de Sostegni. Si al amanecer el nuevo día no me he recogido, lo cual es muy probable, aguárdame en palacio.

— Pero, ¿se queda solo, monseñor?

— ¡Qué voy a quedarme solo, majagranzas! — exclamó el duque, echándose a reír. — ¿Acaso no va a traerme Lorencito su prometida? Ea, márchate.

El *Húngaro* salió, y, cuando pasó por el corredor, Lorenzo le detuvo, como la vez primera, diciéndole:

— ¿Dónde está la llave?

— Hela aquí — dijo el esbirro, presentándosela.

— ¿Te ha dicho el duque que lo esperarás?

— Sí, hasta el amanecer, y que si a aquella hora no ha salido, me vaya a palacio.

— Pues ya puedes ir ahora mismo — dijo Lorenzo, riéndose. — Te doy licencia.

— ¿Me garantizáis que no saldrá el duque antes del amanecer?

— Palabra de caballero — respondió Lorenzo. — Puedes marcharte tranquilamente a descansar.

— Es lo que voy a hacer — repuso el *Húngaro*.

— Y harás bien... Ve, amigo mío, ve.

El *Húngaro* salió, y Lorenzo sólo respiró cuando hubo cesado el rumor de sus pasos.

Entonces se pasó las manos por la frente y entró en la pieza en que estaba el duque, el cual le preguntó:

—Y bien, ¿dónde está la hermosa afligida? Creía haberla encontrado aquí.

—¡Aquí!... Vos estabais cenando, monseñor... ¿Sabía yo acaso, vistas las libaciones que habéis hecho a presencia mía, en qué estado os conducirían? ¡Diablo! No he querido que la asustarais.

—¡Cuántas precauciones!—exclamó el duque desciiéndose su espada...—Ea, ve a buscarla.

—Ahora mismo, monseñor—dijo Lorenzo, tomando de manos del duque la espada y el cinturón con el que dió dos vueltas a la empuñadura de la espada para evitar que el duque pudiera desenvainarla, y en el caso de que lo intentase, no pudiera conseguirlo, hecho lo cual, la colocó a la cabecera de la cama.

—¿No os quitáis el ropón? —preguntó Lorenzo al duque.

—Sí; hace mucho calor aquí dentro.

—Dádmelo, pues, y echaos en la cama, monseñor; aquella a quien esperáis, no tardará en estar aquí.

Lorenzo, después de colocar el ropón del duque sobre una silla, salió cerrando tras sí la puerta, y encaminóse precipitadamente al aposento en que estaba encerrado Miguel.

—Ha llegado la hora, hermano mío—dijo Lorenzo al esbirro devolviéndole la libertad;—el enemigo de quien te he hablado está encerrado en mi cuarto... ¿Continúas dispuesto a ayudarme a acabar con él?

—¡Vamos!—dijo el esbirro por toda contestación.

Y los dos, procurando amortiguar el ruido de sus pasos, y con sendas y desnudas espadas bajo sus respectivas capas, se dirigieron hacia la estancia en que el duque se hallaba.

Lorenzo, después de abrir la puerta, fué el primero en entrar.

El duque se había echado en la cama, de cara a la pared, y parecía amodorrado.

—¿Dormís, monseñor?—preguntóle Lorenzo acercándose hasta el duque sin que éste hiciese movimiento alguno.

Y al tiempo de pronunciar estas palabras hundióse el

verduguillo que en la mano llevaba; el arma entró por la parte superior del hombro y fué a salir por debajo de la tetilla.

Un ¡ay! de dolor se escapó de los labios del duque; pero, como era extraordinariamente fuerte, saltó de un brinco al centro de la pieza y se dirigió hacia la puerta; al abrirla, encontróse con Miguel, el cual, al conocer al duque Alejandro, dió un grito de alegría y de un tajo le partió la sien izquierda quedándole recostada sobre la mejilla.

El duque retrocedió en busca de otra salida; pero Lorenzo se abalanzó a él, y empujándolo hacia la cama, lo derribó sobre ella en posición supina y lo sujetó con todo su peso. Entonces el duque, que hasta aquel momento no había dicho una sola palabra, empezó a pedir socorro. Pero Lorenzo le puso violentamente la mano sobre la boca, de manera que el pulgar y parte del índice entraron en ella. El duque, al sentir los dedos de su adversario en su boca, apretó instintivamente los dientes, pero con tal fuerza, que los huesos, triturados, crujieron; fué tal el dolor que Lorenzo sintió, que, lanzando un grito que nada tenía de humano, retrocedió a su vez.

Alejandro, no obstante perder mucha sangre por sus dos heridas, echóse sobre su adversario, y, doblegándolo debajo de él como una caña, intentó estrangularlo.

Lorenzo sentíase perdido, pues en aquella lucha cuerpo a cuerpo no podía servirse de la espada. Entonces el joven se acordó de aquel puñalito de afinada hoja que con tanta facilidad taladraba los zequés de oro, y sacándolo de su pechera, lo clavó dos veces y hasta el mango en las entrañas del duque, sin que éste soltase su presa.

De tal suerte estaban enlazados los dos combatientes, que Miguel, a pesar de su afán en ayudar a Lorenzo, y no obstante el deseo que tenía de tomar parte en la muerte de Alejandro, no se atrevió a descargar golpe alguno contra el uno, temeroso de matar o herir al otro.

Finalmente, Miguel, imitando a Lorenzo, arrojó su espada, y empuñando la daga, confundióse entre los combatientes luchando en medio de la semiclaridad que los leños que en la chimenea ardían comunicaban a la estancia, hasta que hallando el cuello del duque enterró en él su arma, y como el duque no cayera todavía, *porfió* de tal

modo, dice el historiador Varchi, que acabó por cortarle la arteria yugular.

Alejandro lanzó un postrer estertor, y cayó arrastrando consigo a Lorenzo y a Miguel; éstos se levantaron rápidamente, retrocedieron un paso y cruzaron una mirada, horrorizados de la sangre que cubría sus ropas y de la palidez de sus rostros.

—Creo que, al fin, ha muerto—dijo Miguel rompiendo el silencio.

Y al ver que Lorenzo movía la cabeza como dudando, el esbirro fué a recoger su espada y volvió para punzar lentamente al duque; éste no hizo el menor movimiento: era cadáver.

Entonces Lorenzo se acordó de Luisa, pensando en el terror que debía sentir la pobre joven; dos o tres veces la había oído suspirar durante los diez largos minutos que había durado la lucha, y, abriendo la puerta, llamó a su amada; pero no obtuvo respuesta.

Sin embargo, Lorenzo creyó ver, a la débil claridad que de una estancia a la otra pasaba, el cuerpo de Luisa tendido en la alfombra, y, abalanzándose a ella, la levantó en sus brazos y la llevó a la otra habitación; allí, y frente a la chimenea, la puso en el suelo, con la cabeza apoyada en su rodilla.

Lorenzo, creyendo que sólo se trataba de un desmayo, la llamó con angustiada voz, y al ver que aquélla abría los ojos, lanzó una exclamación de alegría.

Pero Luisa con voz apagada, dijo:

—Perdóname, mi amado Lorenzo; he dudado de ti, y ya te dije que el día que de ti dudase sería el último de mi vida.

—¿Y bien? ¡Habla!—exclamó Lorenzo.

—Mi padre me entregó, por si llegaba a caer en manos del duque, este frasco de veneno... Y no sólo he creído que había caído en ellas, sino que eras tú quien me entregabas a él.

—¿Y qué más?—exclamó Lorenzo.

—Mira...—dijo Luisa enseñándole el frasco.

—¡Vacío!—rugió el joven.

Y sin acordarse de la terrible herida de su mano, y enloquecido por el dolor, levantó a su amada, descendiendo con ella precipitadamente la escalera, dejando en el aposento el cadáver del duque.

Miguel, más tranquilo, salió a su vez, y cerró cuidadosamente las puertas de la habitación y de la calle.

Después, y sin que le preocupara lo que de Lorenzo pudiera ser, fué a arrodillarse ante la Virgen de la esquina de la plaza de la Santísima Anunciación, a la que, en su superstición, dió gracias por haber llevado a buen término aquel espantoso asesinato.

CONCLUSION

Nadie ignora qué desenlace tuvo para Florencia el terrible drama del que acabamos de esquiciar las principales peripecias, y que probó al mundo una vez más de que el puñal casi siempre corta, pero no desata.

Del mismo modo que a la muerte del vencedor de Pompeyo, Roma pasó de César a Octavio, Florencia, una vez muerto el duque, pasó de Alejandro al joven Cosme I del que ya hemos hablado al comienzo de esta historia y a quien la popularidad de su padre, Juan de las Bandas Negras, su juventud, su gallardía y el hábito que a la esclavitud ya habían tomado los florentinos, contribuyeron a allanarle el camino del trono, al cual subió no sin antes jurar en manos del cardenal Cibo que observaría religiosamente las cuatro promesas siguientes:

Que administraría justicia por un igual a pobres y a ricos.

Que no consentiría jamás en substituir por otra, en Florencia, la autoridad del emperador.

Que vengaría el asesinato del duque Alejandro.

Que trataría bien a los dos hijos naturales del duque asesinado, Julio y Julia.

Después de haber jurado, Cosme I tomó por divisa este hemistiquio de Virgilio:

...Primo avulso, nen deficit alter.

Pero con el nuevo soberano, pasó lo que con todos aquellos a quienes una revolución inesperada los sube al poder.

Mientras se encuentran en la primera grada del trono reciben condiciones, pero cuando llegan a la superior, las imponen.

Cosme sólo cumplió fielmente las que se referían a la venganza.

En cuanto el cardenal Cibo tuvo noticia de la muerte del duque Alejandro, al día siguiente de haberse cometido el asesinato, comprendió el prelado en qué apuro iba a ponerle la presencia de Strozzi y de sus compañeros en la ciudad. Muerto el duque, no podrían ser ajusticiados; presentes, no habrían dejado proclamar otro duque.

Así, pues, fueron a buscarlos al Bargelo, diciéndoles que el duque los perdonaba; condujéronlos hasta la frontera, y una vez allí les dejaron en libertad de retirarse a donde mejor quisieran.

Strozzi y sus compañeros se retiraron a Venecia, y hasta llegar allí no se enteró el primero, por boca del mismo Lorenzo, del asesinato del duque y de la muerte de su hija Luisa.

Los primeros instantes consagraronlos al dolor; pero cuando vieron que Florencia estaba en manos de Cosme I, y pudieron apreciar el sombrío e implacable carácter del nuevo duque, procuraron reunir en torno suyo a todos los republicanos que en Toscana quedaban y resolvieron fiarlo todo abiertamente a los azares de la guerra.

Batidos, replegarónse en la ciudadela de Montemurlo, y allí fueron sitiados por Alejandro Vitelli.

Después de un sangriento combate que duró más de dos horas, los sitiadores, que eran mercenarios italianos o españoles, entraron en la fortaleza.

Los republicanos que escaparon de la muerte fueron hechos prisioneros.

En cuanto a Felipe Strozzi, él mismo se rindió a Vitelli.

Cosme ordenó que los prisioneros fuesen trasladados a Florencia, después de haber pagado su rescate a los soldados que los habían cogido, y después hizo que el tribunal de los Ocho los juzgara.

Durante cuatro días, todas las mañanas y por tandas de cuatro, se cortaron cabezas republicanas en la plaza de la *Señoría*; pero el pueblo, que conocía que la sangre que de tal modo se vertía bajo el hacha del verdugo, era la más pura de Florencia, no pudo soportar aquel horroroso espectáculo; tanto asustaron sus clamores a Cosme I, que los prisioneros que aun quedaban, entre los que se hallaba

Nicolás Maquiavelo, hijo del historiador, fueron enviados a las cárceles de Pisa, Liorna y Volterra.

Antes de cumplir un mes, todos los prisioneros perecieron en las cárceles que los encerraban; decimos mal, dejaron con vida a cinco de los más ilustres, esto es, a Bartolomé Valori, Felipe Valori y su hijo, otro Felipe Valori, su sobrino, Antonio Francisco Albizzi y Alejandro Rondinelli; todos estos debían servir de ejemplo.

Su ejecución debía verificarse el 20 de agosto, es decir, el día en que se cumplían siete años que el mismo Bartolomé Valori, al principio partidario de Alejandro de Médicis, había reunido al parlamento, violado la capitulación de Florencia y sometido a su patria a los mismos Médicis, los cuales le recompensaban como recompensan los tiranos.

Los cinco debían sufrir el tormento, y el día que va dicho fueron conducidos los cinco al patíbulo.

Quedaba Felipe Strozzi; pero como se había rendido a Alejandro Vitelli, a éste pertenecía. Ahora bien, Vitelli lo había encerrado en la ciudadela de la que él era el amo; lo trataba con muchas consideraciones, y se negaba a entregarlo a Cosme de Médicis.

Ya habrá comprendido el lector que aquello era sencillamente un asunto de tiempo y de dinero.

En efecto, Cosme I compró al prisionero, y Carlos V autorizó a Vitelli para que lo entregara.

Pero, desgraciadamente para la venganza de Cosme, el día que se recibió la autorización de entregar al prisionero, Felipe Strozzi, advertido a tiempo, escribió con su propia sangre este profético verso de Virgilio:

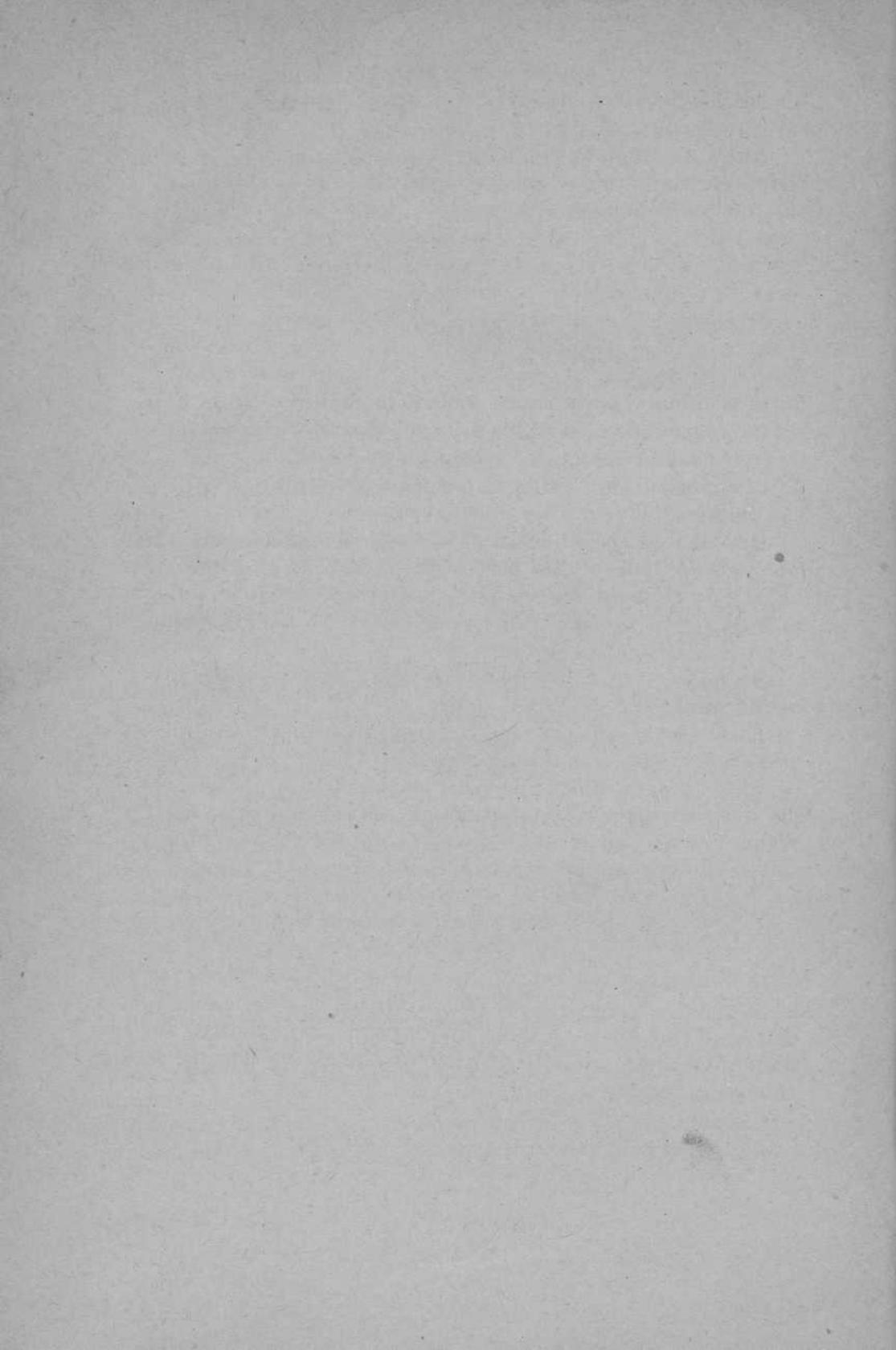
Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

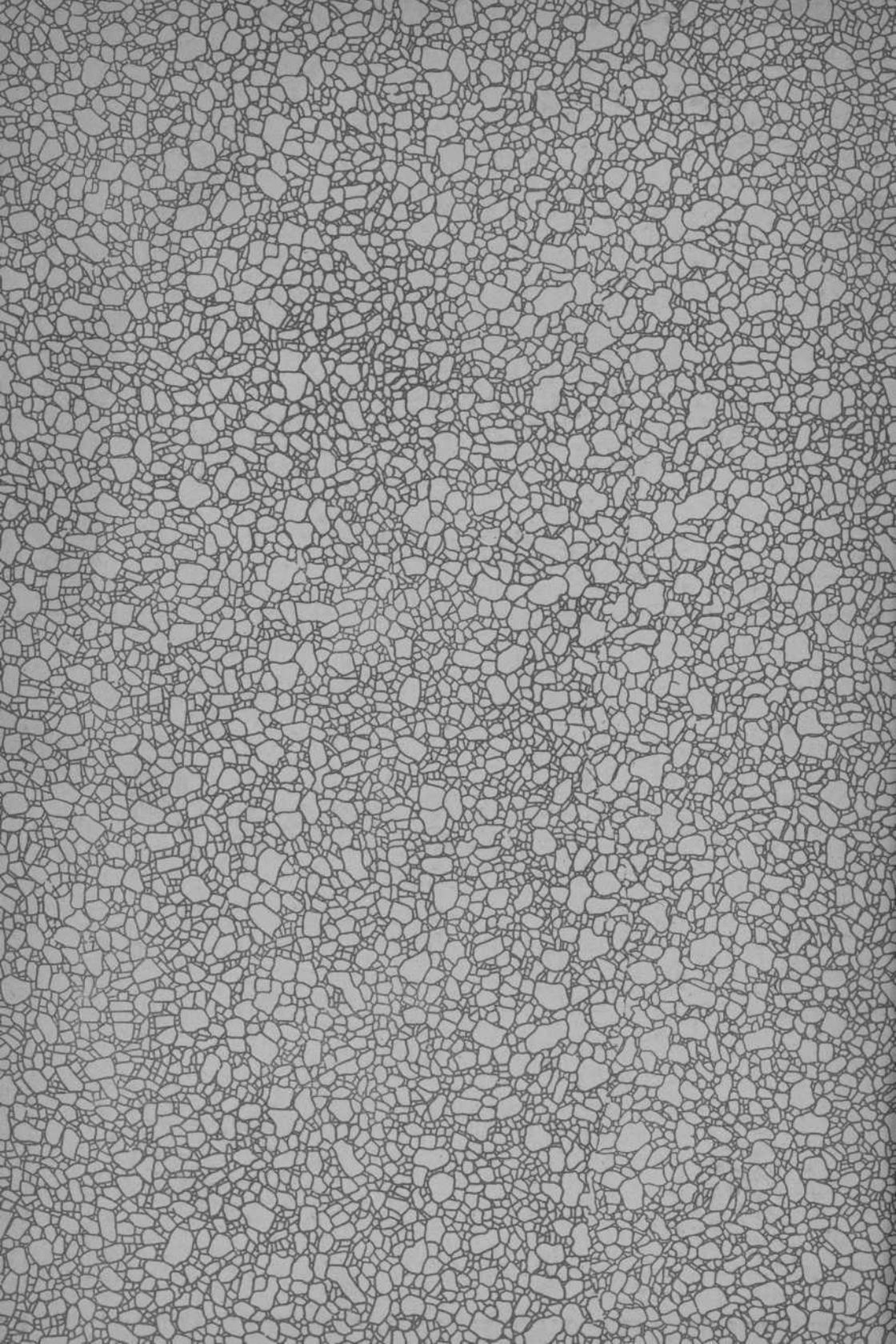
Y después se degolló con un cuchillo.

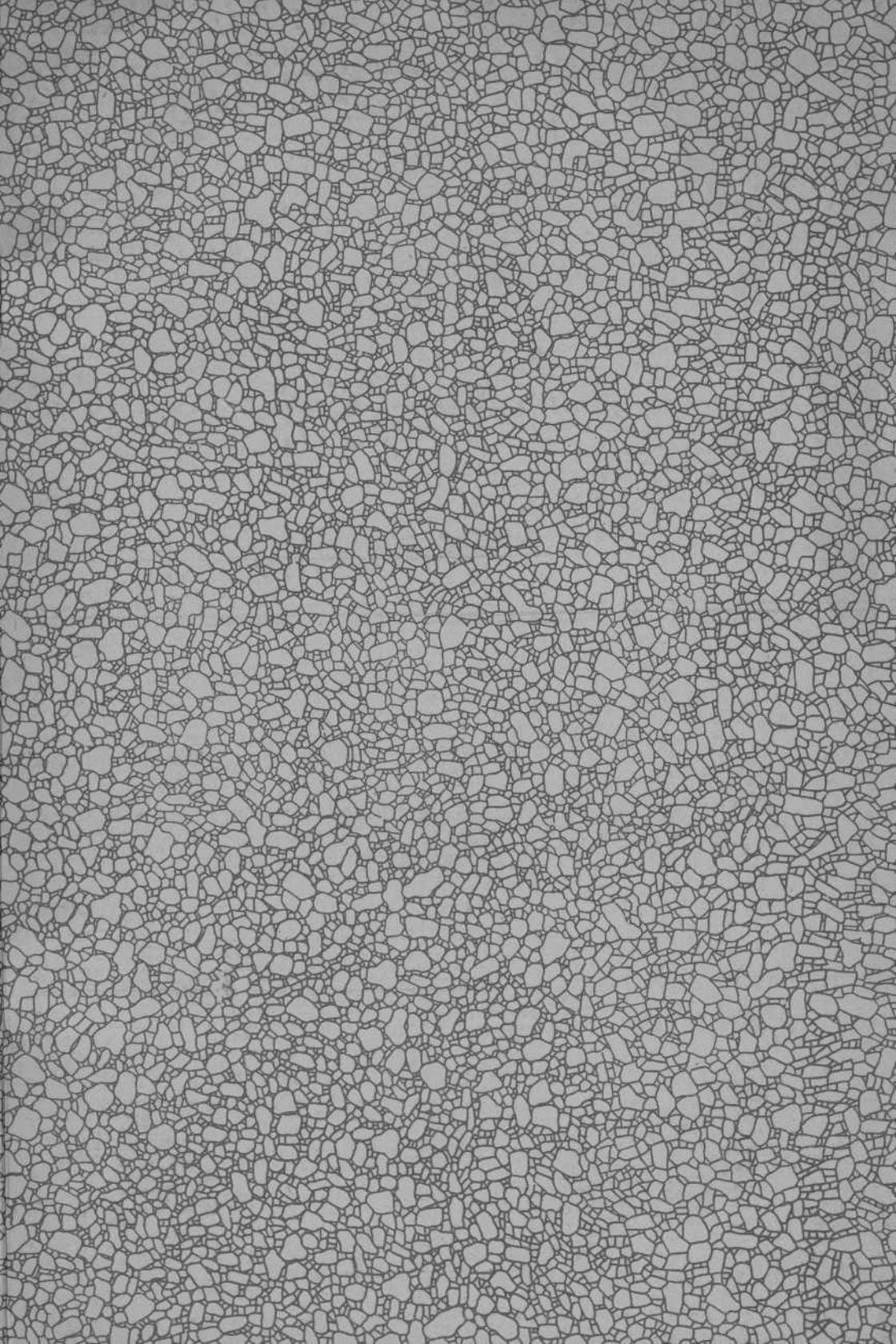
En cuanto a Lorenzo, en 1547, el día en que se cumplían diez años que Cosme I había jurado vengar el asesinato del duque Alejandro, lo encontraron asesinado en una de las calles de Venecia.

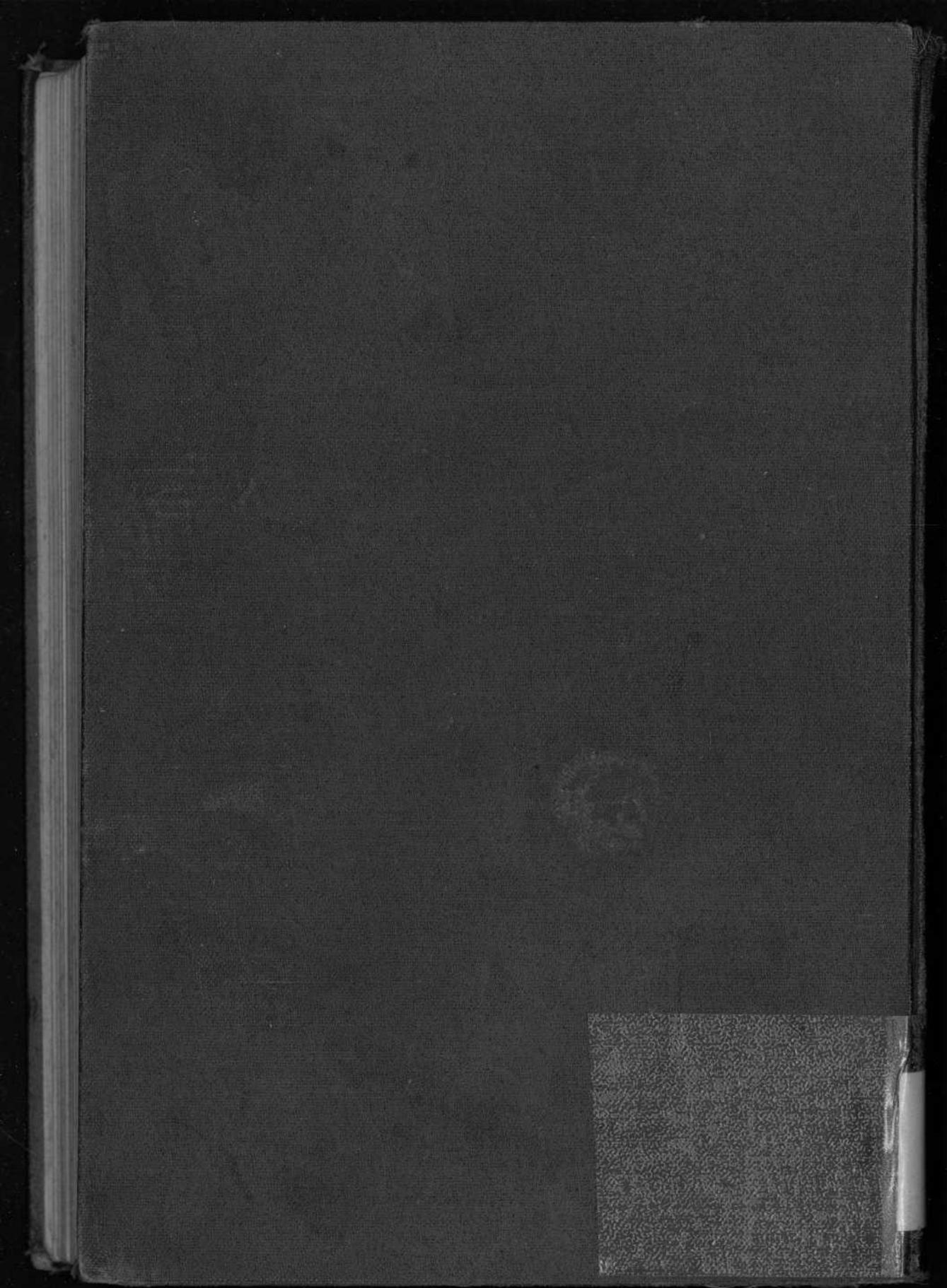
FIN











A. DUMAS

LOS
MORGENS

D-2
2494